



Amalia
Domínguez
Soler

MEMORIAS DE UNA MUJER

MEMORIAS DE UNA MUJER

Amalia Domínguez Soler

Autobiografía

Dividida en dos partes:

La primera contiene lo que escribió en vida.

*La segunda, así como el prólogo que acompaña a la obra ha sido
dictada desde el mundo espiritual por ella misma.*

ÍNDICE

Prólogo espiritual del manuscrito de la Sra. Amalia Domingo Soler	7
Prólogo de una historia	17
Capítulo 1	27
Capítulo 2	32
Capítulo 3	47
Capítulo 4	61
Capítulo 5	73
Capítulo 6	89
Capítulo 7	107
Capítulo 8	133
Capítulo 9	165
Capítulo 10	189
Capítulo 11	203
Capítulo 12	219
Continuación de las Memorias de Amalia Domingo Soler	235

Prólogo espiritual del manuscrito de la Sra. Amalia Domingo Soler.

dictado desde el espacio por mediación de la médium María.

Voy a daros un prólogo, y ese prólogo no tendrá otro objeto que enseñar a los nuevos espiritistas, de la manera que tienen que redimirse. La redención del hombre es muy sencilla. Sólo consiste en amar al prójimo como a sí mismo. Pero dentro de esta sencillez hay un obstáculo que levanta una muralla entre el bien y el mal y no quiero decir el mal que los terrenales veis en el hombre criminal, pues no vengo a hablaros de esos crímenes que se cometen en la Tierra, que para esos infelices está la ley de los hombres para llamarlos al orden: dejemos toda esa escoria de ignorancia y de miseria para remontarnos a esos otros lugares donde el hombre penetra orgulloso, pensando que allí se encuentra la civilización. Para estos enfermos del alma será mi humilde prólogo. Bien podía haberlo dejado escrito en la Tierra, pero entonces no hubiera tenido el valor que tendrá ahora para los seres pensadores, escribiéndolo desde las alturas en que mora mi humilde espíritu. ¡Cuánta diferencia hay de contemplar a la Humanidad en vuestra vida terrena, a contemplarla desde el espacio!...

Si, hijos míos, cuando uno penetra en la vida verdadera, comprende perfectamente que, durante el tiempo que se permanece en la Tierra, se desconoce ésta por completo.

Yo, como vosotros sabéis, había procurado emplear bien el tiempo y pensaba que todo lo que hacía era obra de mi voluntad, pero no es así. Cuando el espíritu desciende a la Tierra y promete a esa naturaleza divina, llamada Dios, que ya nunca más volverá a caer, si la promesa es enérgica y firme, para pasar del mal al bien, le envuelven unas fuerzas superiores a las suyas y encarna desconocedor de todo cuanto ha prometido, pero entre la promesa y el Yo, se constituye una ley, y esa ley es la que rige durante nuestro paso por la Tierra. Y así es como empieza para el espíritu una existencia de lucha y de progreso: Y como en nuestro planeta todo se ignora, y lo achacamos todo a la casualidad, vamos viviendo dentro de la oscuridad y la ignorancia, sin conocer esa ley que nuestro arrepentimiento ha creado, y que es la que

nos conduce a puerto de salvación.

Todas las religiones tienen la tendencia de inculcar al hombre el arrepentimiento y el acto de contrición, pero la equivocación de todas está en dar al hombre un plazo tan corto para arrepentirse.

No, no, hijos míos. El hombre no tiene un plazo para reconciliarse, el hombre tiene una eternidad; el hombre ha sido, el hombre es, y el hombre será. Y los mismos dardos y desengaños que va recibiendo en un sin número de existencias, le van enseñando el camino de su propia regeneración. Así es que, cuando el hombre, cansado ya de sufrir el peso de sus culpas, que consciente o inconscientemente pesa en su conciencia, dice ¡no puedo más! entonces, sin que nadie le recrimine, sin que nadie le juzgue, sin que nadie le castigue, él sólo invoca su regeneración. Cuando un espíritu ha pasado por la Tierra lleno de adulaciones y placeres, al penetrar en el mundo de la verdad, es tan grande su desengaño, que afluye el llanto a su alma, y éste es el Jordán de su regeneración.

Así me sucedió a mí después de haber malgastado tantas y tantas existencias, después de haber empleado mal un talento, después de haberme mofado, en fin, de todos aquellos seres que de buena fe acudían a mí para que los empapara con el rocío de mi inteligencia. Y, no me servían de otra cosa más que de desprecio y de burla aquellos tesoros intelectuales, que sólo se conceden a los hombres para que hagan un buen uso de ellos. Yo, en aquella existencia lo hice todo al revés. Ya en un buen número de encarnaciones, la poesía ha sido mi única compañera, y si de esa flor tan delicada hubiera hecho el uso que hice de ella en mi última existencia, no hubiera tenido que penetrar tantas y tantas veces en la morada de mi Padre.

¿Es que encontré, al despertar mi espíritu, a los jueces que me recriminaron? ¿Es que allí hallé a un tribunal que me juzgó? No. Allí sólo encontré el remordimiento de mis pequeñeces. Allí sólo vi fotografiadas aquellas carcajadas de desdén y de desprecio que yo dirigía a un humilde pueblo.

Llegó, afortunadamente, la luz para mi pobre espíritu, y comprendí en la equivocación que había vivido. Y entonces, ¿qué hacer? ¿A dónde me dirijo? ¿A quién llamo? ¿A quién pido perdón? ¡Ah! ¿Es que tendré que pedirle perdón a ese mismo pueblo? No. Ese

pueblo sigue a mí alrededor, me contempla y me perdona, porque, por regla general, los pequeños de la Tierra son los grandes de espíritu. Y éstos, ya de cerca, ya de lejos, pedían mi regeneración, porque comprendían que si mi pobre espíritu llegaba a la reconciliación, podría dar a ese mismo pueblo toda la luz que un día por su jactancia y orgullo le había negado. Así fue que ese mismo pueblo tan sencillo y tan bueno rodeó al espíritu del orgulloso poeta, y puesto en forma de coro, elevó una plegaria a lo infinito. Yo allí, como el judío errante, en medio de tanta bondad, de tanto amor, hice ese examen de conciencia que sólo se hace cuando el alma se da verdadera cuenta del tiempo que ha perdido. Entonces es cuando el acto de contrición es puramente verdadero; entonces es cuando el espíritu ya no puede retroceder de lo que ha prometido; entonces es cuando aquel panorama de almas abnegadas y justas dejan al pobre pecador solo; es cuando viene el llanto que es el bautismo del alma.

Todas las formas que existen en el planeta Tierra, todas son símbolos de la verdad. Cuando el hombre se apodera de la verdad, cubre con el velo de su maldad toda la verdad que encierra aquel símbolo de amor. El hombre no puede bautizar al hombre; el hombre no puede redimir al hombre; el hombre sólo se bautiza cuando retira el velo del orgullo que le domina. Entonces ve la verdad y es cuando se redime por el sufrimiento que sus mismas pequeñeces le han proporcionado.

Por el llanto que brota de su alma se redime y se bautiza, y esa redención y ese bautismo es obra propiamente suya. Entonces es cuando se prepara una nueva existencia, dando a Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César, descendiendo a esa penitencia dispuesto a luchar y a vencer. ¡Bendita regeneración! ¡Si vosotros pudierais contemplar lo hermoso que es el trabajo de un espíritu cuando de verdad se ha redimido, cuando de verdad se ha bautizado! A su paso por la Tierra no le han importado ni el escarnio ni la mofa de los humanos, porque ha descendido, prometiendo sufrir y vencer: justo es que quien ha hecho sufrir y llorar se encuentre luego en las mismas condiciones.

Nunca debéis dudar, nunca debéis decir que todo cuanto os rodea u os acontece, no es obra vuestra y que es debido a la casualidad, pues todo lo que os sucede son los acontecimientos hijos

de vuestra misma labor. Y de este modo vais tejiendo la tela que os envolverá el día de mañana.

Cuando de estas verdades os convenzáis, no tendréis necesidad de ir en busca de emisarios que os castiguen o que os perdonen. Entre Dios y los hombres no puede haber escogidos ni privilegiados, porque Dios es el hombre, él es Dios, y todo se rige dentro de la verdad, dentro de esa ley suprema. Así es que el hombre debe trabajar para redimirse a sí mismo, y cuando esté limpio de pecado podrá empezar a conocer a Dios.

Todos los que niegan la existencia de Dios tienen razón, y digo tienen razón porque son almas tan pequeñas que aún no han comprendido de donde emana esa inspiración que los alienta y los guía por el destierro de la vida, y por lo tanto, si no se conocen ellos mismos, ¿cómo van a comprender a Dios? Conocer a Dios es muy difícil y es muy fácil. El espíritu conoce a Dios cuando ha sufrido y llorado mucho, porque para conocer lo bello y lo grande, se tiene que haber pasado antes por esos estados ambientales en que el hombre se asfixia, y dentro de esa misma labor es cuando el hombre analiza y conoce la verdad. Para que el hombre ore con el alma, es necesario que se encuentre en un sitio donde las zarzas cierren su paso, pues cuando se ve imposibilitado de salir de este laberinto es cuando decae su cuerpo y se eleva su alma. Para el alma nunca se cierran todas las puertas en el momento que su cuerpo gime, llora y dice: ¡No puedo más! El alma, entonces, busca un punto de apoyo en el océano del infinito, y desde allí contempla esas olas tempestuosas de la vida, comprendiendo, en sus momentos de lucidez, el porqué de su triste situación. Y cuando el alma se convence de que así puede llegar al fin deseado, renuncia a todos los goces terrestres.

¡Sí, hijos míos! Al espíritu le es imposible llegar a la felicidad cuando los placeres materiales absorben todos sus pensamientos, y así le sucedió a mi pobre espíritu, que, cuando todo le sonreía y sobraba, cuando una Humanidad le admiraba por su gran talento, fue cuando mi Yo iba descendiendo de pendiente en pendiente hasta llegar al fondo de un precipicio.

¡Triste y amargo es describir lo que le sucede a un alma cuando se encuentra en esa pobre situación!... El gran mancebo, el satírico poeta, el bufón de otros tiempos... Todas estas y otras pequeñeces que

omito porque sería interminable mi narración, me sugieren estas y otras reflexiones al parangonar mis dos últimas existencias. ¡Cuánta sombra dentro de la opulencia!... ¡Cuánta luz dentro de la miseria!... ¡Qué cambios tan bruscos recibe el espíritu, cuando, en un momento dado, pasa por delante de sus ojos, como visión cinematográfica, tantas y tantas costumbres, tantas y tan variadas posiciones sociales, tantas y tan diferentes maneras de pensar, siendo todo, en conjunto, obra de uno mismo!

¡Cuán grande es Dios! ¡Qué grande es su obra, su amor y su misericordia! ¡Qué sublimes su bondad y sabiduría infinitas, dando al hombre una eternidad para que vaya, poquito a poco, limando la cadena de sus imperfecciones! Allí cayendo, allá levantándose; aquí sufriendo, allá llorando, y más tarde negando sus divinas bondades, porque, cuando el hombre está dentro de la prueba, son tan grandes y tan rudos los golpes que recibe, que llega a dudar de la misericordia de Dios. Pero esta ley inflexible sigue su curso sin inmutarse ni trastornarse, por más que toda una Humanidad niegue su gran poder. Todo en el Universo sigue su rumbo; ni las carcajadas de los audaces ni las lágrimas de los humildes pueden detener su paso. El hombre es hijo de la ley; la ley rige al hombre; el hombre ha de acatar la ley y la ley acaricia al hombre; y éste con su calma, con su amor y con todo lo que es ley y verdad, va siguiendo el curso que es justo que siga. Ahora bien, si todo es justo y todo es obra de la ley, ¿por qué, Dios mío, esa misma ley no hace que el hombre no caiga? Esto, más de una vez, con lágrimas en los ojos y el corazón partido, en mi última existencia lo habían pronunciado mis labios. Pero, ¡ay! ¡Qué diferencia se encuentra mientras está uno en la ignorancia de la Tierra, a cuando se halla dentro de esa divina cascada de la que mana el agua de la regeneración! ¡Qué hermosa es la situación del espíritu cuando, por sí mismo, puede ya buscar ese bendito manantial para bañarse y quedarse limpio de pecado! Después de haber obrado esta operación, es cuando puede el alma contemplar y poner las cosas en su debido lugar. Así me ha sucedido a mí, y así les sucede a todos los espíritus que, como yo, han pasado una existencia de llanto y de soledad, de abandono y de miseria, animando un cuerpo inútil, enfermo y falto de todo lo necesario.

Esta fue mi última encarnación, como vosotros sabéis, y es a la que mi espíritu tiene más cariño por haber sido la única que supo

aprovechar. Estos sitios me atraen por haber sufrido tanto en ellos, pues así como cuando un cuerpo cae a un precipicio, el médico, antes que respetarlo, procura su curación, sin inmutarse porque el paciente sufra y llore, porque el afán del doctor es salvarle la vida, comprendiendo que en aquellos momentos corre peligro, y para lo cual emplea toda su sabiduría para salvar un cuerpo que mañana le bendecirá. Y cuando han pasado los grandes dolores y el cuerpo queda sano como antes de la caída, corre en busca del doctor para felicitarle y demostrar su gratitud. En las mismas condiciones se encuentra el alma después de la caída: vienen los dolores, después de los dolores llega la regeneración, y cuando el alma se ha reconciliado consigo misma, busca con placer aquellos lugares en los cuales ha sufrido y llorado tanto.

Mi espíritu ha tenido predilección por encarnar muchas veces en este suelo español. En él he gozado y he tenido el orgullo de ser tributado y agasajado por aquellos sencillos espíritus que no comprendían el orgullo del mío. En este suelo he recogido muchas flores que convertía, por mi jactancia e ingratitud, en espinas para aquellos pobres jardineros que se habían esmerado tanto en presentármelas. ¿Cómo cambiar de lugar? ¿Cómo tomar diferente rumbo, si no es posible coger el fruto sazonado lejos del árbol que lo arroja? A la sombra del mismo árbol, a los rayos del mismo sol, bajo el mismo ambiente es donde se tienen que recoger, una a una, todas aquellas espinas que uno por su orgullo ha hecho brotar de las flores. Aquellas espinas, por justa ley, tienen que penetrar dentro de nuestras carnes para producir el mismo dolor que hemos producido a los demás. Así es de la única manera que el espíritu puede dar el paso más agigantado. Y aunque parezca que el espíritu lo tenga todo vedado en el transcurso de la vida, no es así: en sus momentos de lucidez se da verdadera cuenta de sus caídas y de sus promesas de quererse regenerar. Cuando el espíritu empieza una nueva labor, gime el cuerpo y se sonríe el alma, y esas dos entidades que al parecer no van unidas, dentro de la realidad funcionan en buena armonía, y poco a poco van cumpliendo esa gran misión llamada progreso.

La Tierra es un vergel de flores. Sólo en sus troncos guarda las espinas, y esos troncos y esas espinas no son confeccionados por Dios, sino que es la obra de vuestras imperfecciones. Cuando el hombre quiera ser feliz, lo será: su felicidad consiste en el sagrado

cumplimiento de sus deberes. Cuando el hombre comprenda que su paso por la Tierra es un trabajo de prueba, empezará su verdadera labor, fatigando su cuerpo y ensangrentándose las manos para arrancar las espinas del tronco de la inmoralidad, del orgullo, de la envidia, etc., que él mismo ha fabricado. Es un trabajo rudo, pero para dejar el planeta limpio de Imperfecciones, la obra ha de ser puramente vuestra. El hombre, sólo él es quien ha hecho crecer las espinas. Sólo él es el que ha convertido ese jardín en un campo árido y sin placer ninguno. Pero el hombre se cansará de sufrir, sí. Se cansará de llorar, y fatigado en la playa de su vida, escuchando el lenguaje de su conciencia, empezará su redención. Después de redimido bendecirá los contratiempos de la vida; bendecirá la tierra ingrata que con el arado en la mano ha ido removiendo, socavando y buscando el fruto de la semilla que él mismo sembró. Entonces es cuando cada espíritu se encargará de quitar las piedras que ha puesto en su camino; entonces será el planeta Tierra ese vergel que os he mencionado antes, ¡ah!, y entonces, ¡que hermoso será descender a la Tierra! Todo se regularizará y marchará como es debido que marche, porque vuestro mundo también está enlazado con la rueda de otros mundos. También a los otros planetas les ha tocado pasar por la misma rotación que el vuestro, y ahora disfrutan sus moradores de esa plácida calma que necesitan los espíritus para comprender a Dios.

Yo escribí ese trozo de manuscrito sin acordarme que nunca tuviera que salir a la luz, pero las fuerzas que me inspiraban para que lo hiciera sí que lo sabían. Esas mismas fuerzas invisibles son las que ahora se han apoderado de vosotros, para que no pasara desapercibido la manera, y por dónde tiene que pasar el espíritu para purificarse y emprender el camino de la regeneración. El espíritu, en sus principios, es un tosco pedazo de hierro (valga la comparación). Este pedazo de hierro, para convertirse en un objeto artístico, tiene necesariamente que pasar por la fundición, donde, después de mil tormentos, completamente purificado, convertido en un objeto de arte, es la admiración de los que lo contemplan. Pues lo mismo le acontece a los espíritus. Todos, absolutamente todos, sienten la necesidad de pasar por la Gran Fundición, dejando en ella, a costa de sus justos tormentos, las imperfecciones adheridas a su espíritu, purificándose con el fuego de los sufrimientos.

Este humilde y sencillo prólogo no tiene otro objeto que enseñar

al hombre por donde tiene que caminar. Que comprenda y que se convenza que nada es hijo del azar, que todo es obra de nosotros mismos, y que cuanto más se sufra y llore, más cerca se está de la felicidad. En todos los días borrascosos que encontréis en el camino de la vida, debéis de bendecir a Dios, porque teniendo fuerza y resignación, si en vez de rebelaros os domináis como niños dóciles, el acíbar de la hiel que se acercará a vuestros labios no será tan amargo, pues será endulzado en esos momentos, si tenéis la resignación debida para llevar el peso de la cruz. Acordaos cuánto sufrió aquel espíritu de amor y caridad cuya existencia no tuvo otro objeto que enseñar al hombre de la manera que tenía que redimirse. Pero los transformadores de religiones han hecho tanto daño a la Humanidad, empequeñeciéndose ellos mismos tanto, que han esparcido una atmósfera putrefacta que la envenena. Ahora, esos espíritus que escondieron la luz debajo del celémín van comprendiendo el error en que han vivido, oscureciendo la verdad. Esos espíritus que han vivido tantos siglos a la sombra de falsas religiones, son los que ahora más se apresuran en derrumbar esos sombríos edificios para que la luz de la verdad se esparza por ellos.

Aquí donde estoy yo, quisiera, en un momento dado, que os pudierais reunir todos, para que distinguierais, como yo, la verdad de la mentira, la luz de la sombra, y así podrían dar vuestros espíritus el paso agigantado que se necesita para cuando llegue la transformación del planeta.

Estas pobres líneas son hijas del cariño y amor que tengo a mi hermoso Ideal, y quisiera que todos los discípulos que pertenecéis a nuestra filosofía dierais el ejemplo, en vez de entreteneros en esas miserias mundanas, enriqueciéndoos de espíritu, porque, ¡ay!, la felicidad que sigue después de una existencia de amargura y sufrimiento no se puede describir: se negaría la pluma del más famoso escritor a trazar en el papel esos conceptos bellos e indescriptibles para el hombre.

En el siglo que estáis, aún no le está concedido al hombre el poder contemplar de cerca esas maravillas. Para realizarlo, tiene antes que purificarse por el sufrimiento. ¡Bendito mil veces el sufrimiento, que nos reporta una eternidad de goce; menos, mucho menos que un granito de arena en la inmensidad de los océanos!

¡Ánimo, amigos míos! Yo procuraré con mi amor penetrar en vuestro Yo, y empaparos de esas verdades, que al papel no se pueden trasladar porque la pobreza del lenguaje humano no puede expresar las bellezas de la Verdad. ¡Ánimo y no desmayéis! ¡Adelante! Que todo cuanto os he manifestado es opaco ante la realidad. No hay más cielo que un alma tranquila, no hay más riqueza que el recuerdo de haber obrado bien y haber sido siempre el marinero dispuesto a lanzarse en el furor de la tempestad, de esas tempestades que se desencadenan en los hogares, haciendo con su esfuerzo de un mar tempestuoso, un mar en calma. Si así obráis, podéis esperar la muerte sin miedo y sin temor. Antes al contrario, debéis aguardar ese feliz día como el que espera un advenimiento que ha de reportarle la dicha y la felicidad...

¡Benditos los justos! ¡Dichosos los humildes y los limpios de corazón, que para ellos será la felicidad eterna!... ¡Adiós, hijos de mi Ideal!, y que para vosotros sea ese hermoso Faro llamado Espiritismo, el que os conduzca al puerto que me ha dirigido a mí. Allí os espero, allí os aguardo con el cariño de una madre que va buscando la felicidad para sus hijos, para colocarlos donde ella desea y que no sufran más. No os canséis de leer mi último paso por la Tierra y mi despertar en el espacio, sirviéndoos estas sencillas páginas de brújula que os guiará para que no volváis a caer en el fangoso mar de las pasiones.

¡Adiós!.. Me despido de vosotros diciéndoos: ¡Hasta luego!.. Os espero en las regiones de amor, donde nos reuniremos todas las almas que, como ésta, han sabido aprovechar su último paso por la Tierra.

Prólogo de una historia

1

En los dieciocho años que, día por día, hemos ido estudiando los fenómenos del Espiritismo, nos hemos convencido, cien y cien veces, que la comunicación de los espíritus es una verdad innegable.

Es la realidad más absoluta sin dejar lugar a la menor duda. Se podrá dudar de la identidad del espíritu que se comunica, pero no de que los espíritus nos hablan y nos cuentan sus impresiones en el espacio y las inquietudes que sufren cuando contemplan nuestra lucha por la existencia, lucha en la cual se da la vida por la vida. Pero aún cuando nuestra convicción es tan profunda, que si todos los espiritistas de este globo declararan que la comunicación de los seres de ultratumba era una alucinación de los sentidos, nosotros diríamos que la comunicación de los espíritus es tan verdadera como la luz del sol que nos alienta. A pesar de nuestra íntima persuasión, cada vez que una prueba evidente nos manifiesta la vida que se desenvuelve tras de la tumba, sentimos una satisfacción tan inmensa, que nos apresuramos a hacer partícipes de ella a nuestros habituales lectores para llevar a su mente, en la escasa medida de nuestras fuerzas, la convicción que nos hace vivir consolados en medio de las más grandes tribulaciones.

Hace tres días que estando hablando con varios amigos en nuestro gabinete sobre los desengaños que las jóvenes reciben en la edad de las ilusiones, y lo difícil que es que se arraigue la amistad completamente desinteresada entre dos muchachos de distinto sexo, súbitamente brotó en nuestra mente un recuerdo, el de José Álvarez, un amigo de nuestros primeros años que lo conocimos en los jardines del Alcázar de Sevilla, del modo más poético que se puede imaginar.

Sin saber por qué, nos llamó la atención aquel recuerdo cuando en el largo período de más de treinta años, nunca habíamos pensado en él.

A la mañana siguiente, nos levantamos con la imaginación muy

dispuesta a trabajar, y cuando estábamos concluyendo muy deprisa de arreglar nuestro cuarto, comenzamos a recordar una poesía dedicada a una *rosa* que nos había dado Álvarez, nuestro amigo de la adolescencia.

Al recitar la composición, dimos principio por la segunda estrofa, y con un leve esfuerzo recordamos perfectamente una poesía escrita hace 39 años, de la cual no conservamos, como es natural, ninguna copia, que las flores de la juventud, como todas las flores de la Tierra, cuando se secan sus marchitas hojas se las lleva el viento, y en nuestra azarosa existencia no hemos consagrado al pasado el menor recuerdo.

Hay encarnaciones en las cuales el espíritu parece un marino perdido en alta mar, y en aquel naufragio sólo se piensa vivir por horas. No se permite uno el lujo de entregarse a recuerdos cuando la lucha del presente absorbe todas nuestras facultades, así es que me sorprendió vivamente aquella reminiscencia. Me pareció que en aquellos instantes una mano invisible levantaba una punta del velo que cubre mi pasado, y vi el jardín del Alcázar de Sevilla con todos sus encantos, y entre sus arrayanes me vi joven y risueña acompañada de mi madre y de mis amigos.

¿Habrá muerto Álvarez y querrá comunicarse conmigo?
¿Quizás mi espíritu durante el sueño de mi cuerpo ha querido recorrer los lugares que un día fueron su encanto?

Y sin fiarme de mí misma, aproveché la oportunidad de haber venido el médium que me ayuda en mis trabajos y le pregunté al Padre Germán a qué obedecía aquel extemporáneo recuerdo.

A qué obedece, me preguntas -contestó el espíritu-, pues a la causa más sencilla y más natural. Tu amigo de la juventud dejó la Tierra, tendió su vuelo y después de haberse elevado a gran altura, vuelve hacia ti con el propósito que el mismo te dirá, que cada espíritu tiene su libre albedrío y no seré yo quien me adelante a decirte lo que él piensa, que es justo dejarle a él todo el mérito de su proyecto. Acepta, pues, su comunicación, que es un buen amigo que hoy se encuentra en el espacio.

Dominada por melancólicos recuerdos, he dejado pasar algunas

horas hasta que, tomando la pluma, he dicho a mi antiguo amigo: Te espero.

2.

Heme aquí. No me esperabas... ¿es verdad? ¡Han pasado tantos años para ti!, porque lo que es para mí, no han transcurrido ni dos segundos, ya que se mide el tiempo de muy distinta manera en la Tierra que en el espacio. A los terrenales, por regla general, los instantes os parecen siglos, y a los desencarnados, las épocas que abarcan varios siglos las consideramos como brevísimos momentos. En la vida eterna del espíritu, ¿que son 39 años? Menos que un átomo perdido en la inmensidad. Pero tú estás en la Tierra y ajustando mis apreciaciones a las tuyas te diré: ¡Cuánto tiempo hace que nos conocimos!, ¿te acuerdas?... Era una tarde de primavera en los jardines del Alcázar de Sevilla. Una multitud de mujeres jóvenes y bellas (porque no hay juventud sin belleza) cruzaban en todas direcciones por aquellos encantadores vergeles con sus paredes cubiertas de hojas de naranjo, con sus gloriets cerradas por muros de arrayanes, con sus canastillos de rosas, rosas hermosísimas que atrajeron tus cándidas miradas y que fueron la causa de nuestra amistad, ¿te acuerdas? Aún te veo con tu vestido de color rosa, con tu velo blanco, con tus rublos cabellos y tu blanca tez.

Nunca fuiste hermosa, pero había algo en ti que me atraía: era tu alma, que muy superior a tu cuerpo arrojaba sobre éste la magia de su poesía, de su sentimiento. Al verte me impresioné de tal manera que cualquiera hubiera creído que me había enamorado de ti, y no era así en realidad. Ya estaba marcado el derrotero de mi vida, pero tuve el presentimiento de que íbas a ser muy desgraciada, y hubiera querido salvarte del abismo.

Sentí amar a otra mujer. Hubiera querido darte mi nombre para decirte: «vive a mi sombra», pero no pudo ser, porque tú no venías a la Tierra para reposar en un lugar humilde separada de los abrojos y de las penalidades. Tenías que luchar con todas las miserias, con todas las humillaciones de la pobreza y de la soledad. Sin yo saberlo, entonces fui el destinado para despertar en tu alma el purísimo sentimiento de la amistad. Yo fui el primer hombre que puso en tus manos una rosa de cien hojas, de embriagador perfume y de bellísimo color. Tu buena

madre me miró sonriendo dulcemente dándome gracias con sus expresivas miradas por mi galantería.

Hablamos mucho tú y yo, y recuerdo que dijiste con encantadora Ingenuidad:

- ¡Qué tarde tan hermosa!

-Es verdad, tenéis razón -te contesté con el mayor entusiasmo- es una tarde de color de rosa: el cielo, vuestro traje, y la flor que os he ofrecido, todo tiene Igual color. La rosa cuya fragancia aspiráis con deleite, perderá su embriagador perfume, pero puede conservarlo si vos queréis.

- ¿Cómo? -me preguntaste con ¡nocente asombro.

-De una manera muy sencilla: dedicando unos versos a esa rosa cuyas hojas por mucho que las guardéis se convertirán en polvo, mientras que vuestro canto resonará eternamente.

Yo entonces ignoraba que mi espíritu sobreviviría a mi cuerpo, y que 39 años después te recordaría las sencillas frases de tus versos. Cópialos ahora, son la página más pura de la historia de tu actual existencia.

A una rosa

Flor de hermosura ideal,

Bella y delicada rosa,

Yo te contemplé orgullosa

En un jardín oriental.

Hubo un ser que comprendió

Que admiraba tu hermosura;

Temerario te arrancó:

*En mi mano te dejó,
Y le miré con ternura.
Otra vez nos encontramos
Y en memoria de la rosa
Cariño eterno juramos;
De amistad pura y preciosa
Un santo lazo formamos.
Hoy tus hojas sin color
Las contemplo y las bendigo;
Pues me dieron un amigo
Que es una ignorada flor.*

3.

¡Ves cómo se ha cumplido lo que yo te dije en los jardines del Alcázar de Sevilla! La rosa que yo arranqué para ti, la guardaste algún tiempo, después..., cuando me uní a otra mujer te pareció que serías culpable guardando un recuerdo mío, y la entregaste a merced del viento.

Tus versos se grabaron en mi memoria, ninguna copia de ellos había en la Tierra, porque yo destruí la que poseía una hora antes de recibir la bendición nupcial, pero nunca los olvidé. Siempre que te veía se me oprimía el corazón y lamentaba no haber sido libre para haberme unido a ti, y no es porque te amaba, no. Mi esposa, la madre de mis hijos, era la mujer de mis sueños terrenales, y tu alma poética y apasionada, tu infortunio, algo misterioso que yo adivinaba en ti, me hacía querer tu espíritu, que triste y solitario, yo presentía que cruzaría

la Tierra.

Lloré con tus primeros desengaños sin que nadie supiera la parte activa que yo tomaba en tus dolores, y cuando tu destino te llevó lejos de Sevilla me alegré, me hacía sombra la sombra de tu infortunio.

Cuando dejé la Tierra, me fui todo lo lejos que mi progreso me permitió, y en medio de la luz, en medio de la inmensidad, libre y enteramente dichoso, súbitamente me acordé de ti y acto continuo leí la historia de tu actual existencia, sintiendo un placer purísimo al leer la primera página en la cual se encontraba una rosa y una poesía. Desde entonces te sigo en tu penosa peregrinación, y de acuerdo con el elevado espíritu que tú conoces con el nombre humilde del Padre Germán, me he puesto en relación contigo para aconsejarte lo que él ya te indicó hace tiempo: que des comienzo a escribir tus *Memorias*, porque harás un gran bien a las mujeres pobres, entregadas, abandonadas a sus propias fuerzas. Escribe, sin reserva, sin temores, cuenta una por una todas tus decepciones, di lo que sentiste cuando te faltaba la luz en tus ojos y en tu alma, di cómo te levantaste de aquella postración, cómo buscaste la fuente de la verdad para saciar tu sed de infinito. ¿Crees que no será un libro interesante? Sí, lo será. Tu espíritu en esta existencia ha dado un paso gigante: ¿Crees que sólo vale la historia de la matanza universal? (pues no es otra cosa la historia general de los pueblos). No; la historia de los espíritus caídos es de gran enseñanza, y en las páginas que dejes escritas, muchas mujeres llorarán sobre ellas.

Yo he querido dictarte el *prólogo* de tus *Memorias*. ¿Quién con más legítimo derecho? Nadie. Yo fui tu primer amigo, el que te presentó la flor que simboliza la vida de la mujer, breve en su lozanía y siempre rodeado de espinas el tronco de su existencia.

Alégrate aunque ya no seas la niña de blanca tez y de cabellos de oro, de mirada ingenua y alegre sonrisa. Ya no te engalanas con trajes de color rosa y blancos velos. Pasó para no volver la juventud de tu cuerpo, pero no ha pasado ni pasará nunca la eterna juventud de tu alma. Este cada día irá adquiriendo nuevas perfecciones, en cada existencia alcanzará nuevos triunfos, los palacios de la ciencia se abrirán ante ti, y en ellos penetrarás con regocijo.

En los asilos benéficos te esperarán los niños, y cuando te

retrases se dirán unos a otros: ¿Por qué no habrá venido aquella señora tan buena?... Esta regeneración del espíritu no es obra de un año ni de cientos, se necesitan muchas encarnaciones de lucha y de sufrimiento para refrenar las pasiones y hacer el bien sin esperar recompensa; para perdonar todos los agravios y abstenerse de inferir ofensas, el trabajo del perfeccionamiento del espíritu es muy lento, amiga mía, pero no por su lentitud pierde un átomo de su grandísima importancia.

¿Ves cómo las verdaderas amistades ni la muerte las rompe? ¿No es verdad que te sorprendió agradablemente recordar la poesía que tan borrada la tenías de tu imaginación? ¿Qué es, pues, el tiempo transcurrido? ¿De qué manera ha influido en nuestros espíritus? Tú me has recordado (sin saber por qué), con dulce melancolía, diciendo con inmensa satisfacción: Nuestro afecto fue tan puro como el perfume de aquella rosa. Yo, por mi parte, recuerdo, mejor dicho, veo aquellos días de juventud del cuerpo, llenos de ilusiones y de halagüeñas esperanzas, aquellas ilusiones y aquellas esperanzas tenemos la eternidad para realizarlas, ¿por qué, pues, lamentas unos cuantos años de angustia, si éstos te han servido para engrandecer las aspiraciones de tu alma, que es la que ha de vivir eternamente?

Tú que siempre te lamentas de tu soledad, tú que dices con amargura que no quieres profundizar en ningún afecto, para que el ceno no aparezca en la superficie, cuando menos lo pensabas has vuelto a encontrar un amigo que tuviste en la Tierra, que hoy se asocia a tus trabajos para ayudarte a escribir tus *Memorias*. Créeme, amiga mía: será un trabajo útil para ti y provechoso para las mujeres pobres y abandonadas a sus propias fuerzas. Por hoy te dejo, necesitas reposo. Tu primer amigo, *Álvarez*.

4.

Cuanto ha dicho el espíritu es muy cierto. Su encuentro nos ha producido una inmensa satisfacción, y estamos dispuestos a seguir sus consejos. Lanzaremos una mirada a los 39 años transcurridos, y consagraremos un recuerdo a nuestras debilidades y a nuestras energías, a nuestros inmensos dolores y a nuestros breves goces. Si este trabajo nos conviene para dar un paso en la senda del progreso, no titubharemos ni un segundo, y al prólogo de las *Memorias de una mujer* seguirán los capítulos de una historia de expiación, pero como el

tiempo no tiene fin, con el transcurso de los siglos tal vez escribiremos relatos interesantísimos de hechos heroicos, en los cuales nuestro espíritu haya sido el héroe por su ciencia y por su inmenso amor a la Humanidad.

Al que llama le responden, al que pide le conceden, nosotros llamaremos y pediremos la ciencia para comprender la omnipotencia de Dios y el amor de los amores para hacer el bien por el bien mismo, y ser uno de los grandes hombres que implantes en la Tierra la fraternidad universal.

*Bajo un cielo transparente
de estrellas mil tachonado
donde rielando la luna,
de los amantes el astro,
va difundiendo en la Tierra
sus melancólicos rayos,
se ve un jardín delicioso,
nido de amor perfumado,
cuyos paseos adornan,
sus márgenes bordeando,
las madre selvas, los tilos,
los alhelies y agigantos;
entre el espeso ramaje
se oculta un rústico banco
que una amorosa pareja,
sus manos entrelazando,
ocupa en aquel instante,*

*ajena a todo cuidado:
el amor los acompaña,
que es del alma el fiel resguardo,
y la luz que la ilumina
refractaria a los engaños;
sólo el astro de la noche
que contempla sus encantos,
es el único testigo,
fiel, discreto y recatado
que a los jóvenes amantes
protege desde lo alto.
¿Y así siempre tan unidos
por estos amantes lazos
resbalará nuestra vida
hasta llegar a su ocaso,
ni que nada la perturbe,
ni la envidia y sus amaños,
ni los celos torcedores
nos claven sus fieros dardos?.*

Capítulo 1

Es costumbre antiquísima que cuando se escribe un libro le acompañe su correspondiente dedicatoria, y por regla general, los escritores siempre se han puesto bajo la salvaguarda de un nombre ilustre, buscando la sombra de un Mecenaz. Otros, dominados por piadosos recuerdos, han dedicado sus inspiraciones a la memoria de sus deudos más queridos. Y yo al dar comienzo al relato de mi azarosa existencia, no dedico mi obra a la persona más querida de mi corazón, porque es muy débil la ofrenda. Para el amor inmenso de una madre (y de una madre como la mía), la historia de millones de siglos sería débil testimonio de mi inmensa gratitud hacia la noble mujer que me consagró todo el amor de su alma, amor que no he visto en ninguna otra madre, amor que no pertenecía a este mundo. La figura de mi madre, engrandecida por treinta años de ausencia y por la amarga y dolorosa experiencia de la vida, hoy aparece ante mis ojos como la imagen de la divinidad del sentimiento, como la encarnación del amor, como el guía eterno de mi espíritu. La veo muy cerca de mí porque yo soy su punto de atracción en la Tierra, y al mismo tiempo la considero tan lejos de mi círculo de acción por la grandeza de su espíritu, que me parece una anomalía, un contrasentido dedicarle el relato de unos cuantos años de expiación.

¡Ella está a tanta altura!... que no debe confundirse lo divino con lo humano. En cambio, tengo una familia muy numerosa en la Tierra con la cual estoy siempre en contacto, familia que cada día la quiero más, porque cada día aprecio mejor los sufrimientos de las mujeres pobres abandonadas a sus propias fuerzas, y estas desdichadas mártires de la miseria, víctimas de un trabajo superior a su débil organismo, a éstas dedico *mis memorias*, pues ¿a quién mejor que a mis compañeras de padecimiento?, a las que calman su sed con sus lágrimas, a las que tienen frío dentro de su hogar, a las que se quedan solas en la Tierra a merced del infortunio, a las que consumen su existencia dentro de un taller insalubre, a las que trabajan en su casa junto al lecho de un enfermo querido, a las que se levantan cuando aún las estrellas envían

sus pálidos fulgores sobre la Tierra, y se acuestan después de la media noche rendidas de cansancio y angustia, a las que padecen hambre de pan y sed de amor, a las que no escuchan una palabra de cariño, a las infelices expósitas que no han recibido el beso de una madre, a las madres de familia que tiemblan cada vez que son madres porque aumentan el número de los esclavos de la miseria, a las esposas abandonadas rodeadas de pequeñuelos hambrientos, a las huérfanas entregadas a sí mismas, a todas las mujeres, en fin, que sufren el peso de su expiación, dedico ***mis memorias***: libro inútil en la biblioteca de los sabios y de los felices de la Tierra, pero, en cambio, libro de consulta para esas desgraciadas criaturas que no tienen más patrimonio que el dolor y que se creen olvidadas de Dios y de los hombres.

El estudio del Espiritismo me ha hecho amar a la Humanidad, especialmente a las mujeres que sufren, porque son los culpables de ayer, mis íntimos compañeros de otros siglos con los cuales indudablemente falté a las leyes morales de este planeta, porque el dolor de hoy es la consecuencia de los desaciertos cometidos cuando el espíritu no conocía otra ley que su omnímoda voluntad. Inspirándome inmensa compasión las mujeres que cruzan solas la senda de la vida, solas, no porque a veces les falte familia sino porque les falta un alma que las comprenda, y deseando hacerlas copartícipes de la gran fortuna que he adquirido hace veinte años, quiero demostrarles cómo en medio de la más horrible soledad, del abandono más completo, sin salud, sin recursos para vivir, sin una voz amiga que nos diga, ***levántate y anda***, cuando la mujer conoce a fondo el Espiritismo, cuando se convence que de ella depende su engrandecimiento o su degradación, en el terreno más estéril hace brotar flores, y en la roca más dura un manantial de agua cristalina que calma su ardiente sed.

El convencimiento de su pequeñez es lo que estaciona a los espíritus, y mi propósito al escribir ***mis memorias*** es demostrar con hechos innegables, que nadie es pequeño cuando se quiere engrandecer. La mujer más pobre, la más abandonada, la que el infortunio convierte en hoja seca que el viento arrastra a su capricho, puede llegar a ser grande convirtiéndose en maestra de aquellos que saben menos que ella, y no se necesita para esto hacer una especialidad ni tener un talento gigante, ni poseer virtudes de primer orden, ni haber venido a este mundo en ***misión***, nada de esto, muy al contrario, viniendo sencillamente a pagar lo mucho que debemos de anteriores

existencias, con más vicios que virtudes, con más defectos que buenas cualidades, adquiriendo únicamente la completa, y absoluta convicción de que nadie nos puede salvar más que nosotros mismos; que ni el amor inmenso de una madre podrá conseguir del Eterno la rebaja de un año de condena, ni todos los ruegos de los ascéticos anacoretas conseguirán que Dios quebrante sus leyes inmutables en favor de este criminal o de aquel pecador arrepentido, sino que cada uno ha de labrar el terreno que le conceden en una existencia, y a su laboriosidad deberá únicamente las buenas o las malas cosechas. Esta certidumbre es la que convierte al pigmeo en gigante, al criminal en hombre honrado, a la mujer abandonada en útil y prudente consejera de los atribulados, a la mendiga sospechosa, en depositarla de bienes ajenos para repartirlos entre los necesitados. Todo esto y muchísimo más se consigue con el estudio razonado del Espiritismo: el huérfano encuentra padres en el espacio, el asesino medios para regenerarse, la mujer sin familia y sin hogar halla deudos que le dicen: No has perdido, pagas tus deudas, pero todo tiene fin, menos el progreso de tu espíritu, ¡ levántate y anda!

Esto me dijeron los espíritus hace treinta años, pero tuvieron que transcurrir muchos inviernos para que yo apreciara el valor de aquellas palabras proféticas. Entonces yo era muy joven, no tenía la menor idea de que hablasen los muertos, y cuando el presbítero Don Antonio Mazzini, me entregó en Cádiz la comunicación que habían obtenido en una sesión espiritista dedicada *A una mensajera del progreso*, la leí y la guardé, más bien por agradecimiento de que se hubiesen acordado de mí, que por comprender su verdadero sentido. La comunicación decía lo siguiente:

Ha llegado una paloma herida que abandonó su nido: tenía que abandonarlo para recorrer la Tierra, porque es *una mensajera del progreso*. Mujer, no llores porque has roto tus lazos de familia. Tu familia es ingrata y no te merece. Tu familia no está en este mundo, la encontrarás más tarde en el espacio.

Por esta vez estarás libre del yugo marital. Tiende sola tu vuelo, que a la sombra de tus alas un día reposarán los afligidos. *Ismael*.

Si he de hablar con toda Ingenuidad, diré que la profecía de no encontrar un marido me hizo muy poco feliz, pues ya había perdido a

mis padres, no tenía más que parientes ingratos a los cuales estorbaba mi presencia. Nadie me prestaba amparo en la Tierra, y la perspectiva de una vida solitaria sin bienes de fortuna, sin hábitos de pobreza, puesto que no me habían enseñado ningún oficio, ni me habían hecho estudiar ninguna carrera por la falta de la vista (pues yo siempre he vivido a la mitad), me colocaban en una situación muy difícil. Así es que la primera comunicación que me dieron los espíritus me fue muy desagradable. Agradecí el Interés de los espiritistas gaditanos, pero las palabras del espíritu me hicieron decir con profunda tristeza: Si esto fuera verdad, ¡Dios mío!.. ¡Que desgraciada voy a ser! Sola en la Tierra... ¡Qué horror! Dicen que a mi sombra se acogerán los afligidos, ¿y qué sombra podré dar yo? Los árboles secos no dan ninguna, y la mujer que no se casa es un árbol seco.

La verdad es que para estos augurios, aunque no se hubiesen acordado de mí no hacía ninguna falta, y muy descontenta guardé la comunicación por agradecimiento a los espiritistas, pero muy enojada con el espíritu que en breves frases describió el derrotero de mi existencia.

Entonces se cumplió el adagio de que no por mucho madrugar amanece más temprano. Todo mi progreso se lo debo al estudio del Espiritismo y a las comunicaciones de los espíritus, y sin embargo, como al recibir la primera yo no tenía la menor idea del destino del alma, como creía buenamente que aquí comenzaba y acababa la vida, como la creencia en Dios no tenía en mi mente el desarrollo necesario, y la religión católica apostólica y romana nada decía a mi alma, para mí el espacio estaba poblado de astros, pero no de humanidades, así es que me parecía una burla encontrar familia entre las estrellas, y esto de no encontrar un marido, el mayor de los infortunios, puesto que consideraba a la mujer con el mismo destino que las plantas trepadoras, o sea, las enredaderas. Para mí, entonces, la mujer tenía perfecta semejanza con la hiedra, tenía que enlazarse a *un algo* que la sostuviera, si no sus débiles ramas se romperían arrastradas por el suelo. Yo no le concedía entonces a la mujer vida propia. Ignoraba que el espíritu puede progresar con la pesada armadura del guerrero y con la blanca toca de la hermana de la caridad. Para mí, el hombre era el árbitro de los destinos, y sin él la mujer estaba condenada al ridículo, a ser un juguete en la sociedad, así es *que tender mis alas y dar sombra a los afligidos* era un jeroglífico, un problema que no podía descifrar ni

resolver, y tuvieron que pasar muchos años para comprender la profunda verdad que encerraban aquellas palabras.

Recordando la primera comunicación que me dio un espíritu adelantado los sucesos, puesto que de un salto he dejado atrás los primeros años de mi vida, el Idilio de mi existencia, y esto no debe ser, porque es necesario hablar de un período de luz para luego apreciar mejor el horror de la sombra.

No hay en mi actual encarnación, el Interés que inspira una novela de folletín que encierra en sus hojas todos los horrores del crimen y las ansiedades de los remordimientos.

Gracias a Dios, por esta vez (al menos hasta ahora) no he cometido ningún crimen. No he tenido la desgracia de llevar en mis brazos un hijo desfallecido por el hambre. No he gemido en ninguna cárcel ni he sufrido la persecución de la justicia. No he adquirido grandes responsabilidades, pero he pagado muchas deudas y he sido castigada como merecían mis desaciertos de ayer.

Al escribir *mis memorias* no trato de la exhibición de mi individualidad, porque no he descollado ni en vicios ni en virtudes, he sido en todo una medianía física y moralmente considerada. Pero sí ofrezco mi existencia de expiación para que en ella estudien las mujeres que vivan en las condiciones en que yo he vivido, sin familia, sin recursos, sin salud, para que adquieran como adquirí el convencimiento de mi grandeza espiritual, la certidumbre de un progreso indefinido para el espíritu.

Este bien inapreciable, este conocimiento de la vida futura, es el único legado que puedo dejar a mis compañeras de destierro. Y en verdad que, si bien se considera, es una herencia de gran valía, porque sólo el que se encuentra en la Tierra (desheredado al parecer) sin familia, sin hogar, sin más porvenir que un asilo de mendicidad para los últimos años de la vida y un hospital para morir, puede apreciar en su inmenso valor el gran consuelo que ofrece el estudio razonado del Espiritismo. La comunicación de los espíritus, ¡cuánto bien hace a los seres afligidos!, las más terribles tribulaciones se sufren con resignación. No diré que se paguen las deudas de pasados crímenes con evangélica alegría, no, sólo las religiones, que han propagado tantas mentiras, son capaces de asegurar que se bendice a Dios cuando

se padecen crueles dolores.

En el potro del tormento un alma racional libre de fanatismo y de supersticiones, no puede entonar himnos de alabanzas a su Creador. Podrá pedir misericordia a su divino Padre como la pidió Jesús cuando dijo: Señor, aparta de mí este cáliz, pero estar contento y satisfecho no, porque el sufrimiento humilla al espíritu que sabe pensar, puesto que comprende que en aquel período de su existencia no es útil a nadie: se asemeja al presidiario. ¿Qué bien reportan a la sociedad los confinados? Ninguno; son miembros desprendidos del gran cuerpo social que faltos de savia se consumen lentamente, impotentes para hacer el mal, lo mismo que para hacer el bien, pues un espíritu en sufrimiento dominado por dolores físicos o perturbaciones morales, prisionero de su expiación, está completamente estacionado: cumple su condena y nada más. Pero el espiritista convencido cuando lucha en medio de las olas de la vida, aunque comprenda que se va al fondo, dice con tristeza: Por hoy me hundo, pero mañana me levantaré porque no adquiriré nuevas responsabilidades, y libre de exigentes acreedores, tenderé mi vuelo y llegaré donde otros han llegado.

No todo acaba aquí, y este convencimiento consuela de un modo extraordinario porque no se acaba la esperanza. En cambio, cuando nada se espera, cuando está uno persuadido de que en todas partes estorba, cuando se vive como el pez fuera del agua, entonces no hay otro pensamiento que el suicidio. Puedo asegurar que he pasado más de veinte años en esta existencia, pensando únicamente de qué manera se moriría sin dolor. Recuerdo que una anciana católica ferviente (muy amiga de mi madre), cuando oía mis lamentaciones me decía con la mayor dulzura:

-Muchacha, tú estás loca. Te rebelas a la voluntad de Dios. ¿No sabes que si padeces es porque Dios lo quiere?

-Señora, no diga usted disparates. Dios no puede querer que yo maldiga la hora en que nací. El que ha hecho todo lo más hermoso, ¿cree usted que puede complacerse en atormentarme? ¿Y para qué? ¿De qué sirve mi sufrimiento? ¿Qué ventajas obtiene la sociedad de que yo viva muriendo?

La buena señora se encogía de hombros y le decía a mi madre:

-Tú tienes la culpa de que Amalia sea una descreída. Si no la hubieras enseñado a leer, viviría como yo he vivido, tranquila y contenta sin meterme en honduras.

Y en verdad que tales honduras me hacían sufrir horribilmente, porque no conformándome con el infortunio, pedía cuentas a Dios por haberme dado tan poca luz en mis ojos y tanta luz en mi alma. Y, bien reconociendo una Causa Suprema o perdiéndome en un mar de conjeturas, concluía siempre por decir: Cuando un miembro se gangrena se corta, pues cuando un cuerpo para nada sirve, ¿para qué procurar que arrastre su cadena? Lo mejor es concluir de una vez. Que viva el que por suerte tenga un padre anciano que mantener, hijos a quienes educar, esposa o marido con quien compartir su destino, pero yo, que no tengo a nadie en el mundo, ¿no es hasta una estupidez que viva sin fe en el alma, y sin luz suficiente en mis ojos para dedicarme al trabajo? ¡Morir! ¡Oh! Sí, morir debe ser la suprema felicidad. Cuando algún desgraciado se suicidaba yo le admiraba y le envidiaba su valor, que es hasta donde puede llegar el desencanto de la vida y el desaliento de la impotencia. En cambio, cuando los espíritus me convencieron de que había un Más Allá, cuando mi madre, después de 18 años de ausencia, me dijo en el Centro Espiritista de Tarrasa:

¡Hija mía!... Nunca me he separado de ti. La Tierra es mi cárcel porque tú estas en ella. Tú eres mi culto y mi religión. Vivo por ti y para ti. Para mí en el Universo no hay más que tú. Bien he vivido, y me he creado numerosa familia en el transcurso de muchos siglos, pero ninguno de mis deudos me atrae como tú ¡Eres desgraciada! ¡Estás tan sola!... Trabaja en tu progreso, ¡hija mía!, que te va faltando la luz en los ojos y en el alma. ¡Yo te daré una nueva familia!

¡Le diré a los espiritistas que te amen, les inspiraré para que no te abandonen! ¡No padecerás hambre! ¡No sentirás frío! ¡Morirás rodeada de pobres que te bendecirán y acompañarán tus restos llorando con profundo desconsuelo! ¡Trabaja, hija mía! Trabaja sin descanso interpretando el pensamiento de los espíritus, que puedes hacer mucho bien a la Humanidad. ***Tu madre.***

Lo que sentí al escuchar la primera comunicación de mi madre, dada por el médium parlante, Miguel Vives, no encuentro frases para describir mis encontradas emociones, porque no las hay en el lenguaje

humano, pero mi alegría y mi enternecimiento fue superior a todas las alegrías terrenales.

Como el proscrito que vuelve a su patria después de pasar toda su juventud en el destierro, como el ciego que recobra la luz, como el ser calumniado que al fin le devuelven la honra y la libertad, como el mendigo que de pronto se ve dueño de inmensas riquezas, como el niño perdido que encuentra a su madre después de pasar muchos días sufriendo hambre y sed. Todo esto y muchísimo más encontré yo con la comunicación de mi madre. Renacieron en mí los más nobles propósitos, me juré a mi misma ser útil a la Humanidad, comprendí todo lo que se puede conseguir con el trabajo y la buena voluntad. En resumen, nací de nuevo.

Mas ahora reparo que este capítulo lo haría interminable si me dejara llevar de mis recuerdos, y quiero dar comienzo a *mis memorias* ordenadamente, principiando, como es natural, por mis primeros, años.

Mujeres que sufrís, compañeras de destierro, cuando el dolor os abrume no os desesperéis, os lo ruego, porque la desesperación es el estacionamiento del espíritu. Exhalad vuestras quejas, sí, llorad. El llanto es el rocío del alma, y cuando pase la primera crisis, aprovechad los momentos que tengáis libres, y estudiad entonces en un libro humilde, en *las memorias de una mujer*.

Capítulo 2

Antes de todo, debo dar una satisfacción a todas las lectoras de *La Luz* y de otros periódicos espiritistas. Muchas de ellas esperan *mis memorias* con vivísimo interés y cariñoso afán. Algunas hasta se impacientan y me dicen que hago muy mal en no publicarlas semanalmente.

Hasta cierto punto tienen razón, y digo hasta cierto punto nada más, porque dice un antiguo adagio que más sabe el loco en su casa, que el cuerdo en la ajena.

A mí me ha sucedido lo que les sucede a muchos espíritus que en el espacio piden cruentos dolores para una existencia, y cuando están a la mitad de ella caen abrumados bajo el peso de su cruz, y hasta suelen poner fin a sus días huyendo de una agonía que parece interminable, muy superior a sus gastadas fuerzas.

Nunca había pensado escribir *mis memorias* porque huía de la noche de mi pasado para no aumentar las sombras de mi presente, pero el espíritu del Padre Germán (que tanto bien me ha hecho en esta encarnación), me dijo hace algunos años lo siguientes:

-Tienes que dejar una herencia a los pobres de la Tierra.

- ¿Herencia?., -repliqué con amarga ironía-. ¿Y qué quieres que deje yo a los pobres?.. Por razón natural moriré en un hospital o auxiliada por algunas mujeres piadosas que se verán con grandes apuros para costear la caja que encierre mis restos.

-La herencia a que yo aludo la puedes dejar de la misma manera, sea cual sea el final de tu actual existencia.

-No te comprendo.

-Pues nada más sencillo ni más fácil que tu legado. Tú debes

dejar escritas tus *memorias*. Debes decir a las mujeres que lloran lo mucho que tú has llorado. Les puedes enseñar del modo que encontraste una familia y cómo en medio del más horrible aislamiento te creaste amistades verdaderas y admiradores entusiastas. Es un deber que tienes que cumplir y lo cumplirás, y después de cumplido, quedarás satisfecha de tu obra.

Los años pasaron, y aunque nunca olvidaba el consejo del Padre Germán, mucho más cuando él me lo recordaba con frecuencia, no me encontraba con valor suficiente para mirar de frente a mi pasado. Que no es necesario haber gemido en una cárcel, ni tener remordimientos recordando grandes crímenes para temblar ante una serie de años pasados en la miseria y en la orfandad, sin ese calor bendito que da vida y esperanza, sin un ser amigo que tome parte en nuestras penas, sin un rincón humilde donde encontrar reposo para el cuerpo y tranquilidad para el alma.

Al fin, la comunicación de un espíritu amigo me decidió y escribí la introducción, o sea, el prólogo de *mis memorias*, después el primer capítulo y luego... Luego, me ha faltado valor para seguir escribiendo, porque mi espíritu se humilla, se empequeñece, se anonada recordando lo mucho que ha sufrido, por ser este sufrimiento la prueba evidente de su triste inferioridad. Y este convencimiento íntimo de mi pequeñez no me desespera, pero me entristece, y me entristece profundamente, porque mido la inmensa distancia que aún me separa de la felicidad. La esperanza huye de mi espíritu, y quisiera que la nada fuera una realidad para dejar de ser, y perderme en el inmenso laboratorio de la Naturaleza, no quedando de mi inteligencia dos átomos unidos que recordaran lo que yo había pensado en la Tierra.

Este anonadamiento, este deseo de sepultar mi yo pensante en la disgregación de todo mi ser, afortunadamente es pasajero. Cuando escucho las sensatas comunicaciones de algunos espíritus y veo que una existencia es menos que un átomo perdido en la eternidad, me reanimo y exclamo: Pudiendo recuperar el tiempo perdido no hay más que seguir adelante, y las espinas, con el paso de los siglos, se convertirán en perfumadas flores. Y haciéndome yo misma el pro y el contra, he ido pasando los días sin continuar *mis memorias*, hasta que una noche, no sé si dormida o despierta, escuché la voz de un espíritu que me dijo con acento de amarga reconvención:

¡Qué ingratos sois los terrenales! No recordáis más que las desventuras. ¡Qué pronto olvidáis las horas de placer!... Me diréis que son breves, ¿pero dejan por esto de haber sonado en el reloj de vuestra vida? No. Se borrará de vuestra memoria un segundo de alegría borrado por un año de dolor, pero al sumar en la eternidad los instantes de una existencia, aparecerá el segundo de placer junto a la cifra de un lustro de dolor, sin perder su verdadera importancia aunque se necesite un microscopio de los más perfectos para encontrarlo.

Te lamentas de tu infortunio, producto de tus desaciertos y de tu atolondramiento en todos los actos de tus existencias anteriores, pero entre tantísimas espinas, ¿no te acuerdas haber encontrado una flor cuya dulcísima fragancia aún embalsama tu vida? ¿No te acuerdas del idilio de tu infancia?... ¿En la aurora de tu actual existencia no contemplas la figura adorable de una mujer que fue el ángel de tu guarda, y que cuanto tiene de racional tu entendimiento todo se lo debes a ella? ¿Tan pronto has olvidado que te llevó en sus brazos con más satisfacción que si llevara al Salvador de un mundo? ¿Es posible que ya no la veas velando tu sueño? Cuando lees y te entusiasmas con las obras escritas por los grandes genios, no se te ocurre decir: ¡Ella me enseñó a leer! ¡Ella inculcó en mi mente el amor a la Naturaleza! ¡Ella me hizo comprender la omnipotencia de Dios!... ¿Acaso no merece tu madre una página en tus *memorias*?

Al oír estas palabras el llanto del remordimiento bañó mis ojos, y al momento sentí que me abrazaban y murmuraban en mi oído muy quedo: ¡No llores, hija mía!... ¡No llores!...

Como impulsada por una corriente eléctrica me senté en mi lecho sintiendo aún el dulcísimo calor de mi madre. ¡Era ella! Sí, que al verme llorar acudió a enjugar mis lágrimas.

Aprecié en todo su valor la lección que me dio el espíritu que me hizo ver mi ingratitud. Y para demostrarle al invisible consejero que deseo cumplir un deber sagrado, diré en este segundo capítulo algo de mi infancia.

Como los que vienen a expiar por regla general no pueden elegir un hogar risueño, mi venida a la Tierra no alegró a nadie, ni aún a mi pobre madre, que al unirse con mi padre se unieron los cuerpos, pero no las almas. Diversidad de caracteres, distintos gustos y costumbres,

opuestas opiniones, algo que no se explica, pero que separa a los seres y que a pesar de poseer uno y el otro, excelentes cualidades, no pudieron conseguir la paz del hogar.

Mi padre emprendió un largo viaje antes de que yo llegara a este mundo, y mi madre llorando sus perdidas ilusiones, lamentando sus desgracias, reflexionando que iba a ser madre sin tener a su lado al elegido de su corazón, preparó mi ajuar cumpliendo con su deber, pero sin sentir esa alegría inefable que sienten las mujeres dichosas cuando esperan a su primer hijo. Ella no tenía con quien compartir sus esperanzas, aumentando sus penas el tener a su madre enferma.

Llegué por fin a la Tierra, eligiendo la oriental Sevilla, y a los ocho días de estar en ella, antes que mi madre pudiera acariciarme (pues su mal estado no le permitía darse cuenta de lo que pasaba en torno suyo), me quedé ciega. Los gritos de mi abuela volvieron a mi madre a la vida real y ambas se quedaron aterradas, espantadas ante una criatura que había nacido bajo tan tristes auspicios.

Durante tres meses hicieron cuanto les fue posible para conseguir mi curación, y al ver que la ciencia era impotente, rogaron a Dios fervorosamente que me concediera un puesto en la gloria, prefiriendo mi muerte antes que verme tan inmensamente desgraciada.

Al fin, un sabio ignorado, un modesto farmacéutico triunfó de mi enfermedad, abrí los ojos y mi madre creyó que veía el cielo.

Desde aquel instante supremo olvidó por completo todas sus desventuras, porque mi madre, desde su más tierna infancia, había sido inmensamente desgraciada, pero al abrir yo los ojos el cielo se abrió para ella. Me quiso como no se quiere en la Tierra, con delirio, con verdadera adoración. Si existe la locura del amor maternal, mi madre estuvo completamente loca desde que yo recobré la vista. En mis ojos (que me quedaron muy imperfectos), no sé lo que ella veía, pero lo cierto es que se consagró en absoluto a mí y no tuvo más afán que hacerme dichosa sin que por su extremado cariño descuidase en lo más leve mi educación. Baste decir que cuando cumplí dos años, comenzó para ella la penosa tarea de enseñarme a leer, con tal perseverancia que a pesar de que yo tiraba a la calle todas las cartillas que podía o las rompía con el mayor placer, ella siempre tenía sin duda cartillas de repuesto y ni un sólo día dejaba de darme lección, consiguiendo en

premio de su afán y su desvelo, que a los cinco años leyera correctamente, haciéndome leer en voz alta dos horas diarias, y cuando fui mayor, dos por la mañana y dos por la tarde.

Nuestros espíritus se unieron de un modo tan admirable que sólo con mirarnos nos adivinábamos el pensamiento, pero a pesar de la gran confianza que me inspiraba la respetaba en tan alto grado que para mí era Dios en persona, reconociéndole tal superioridad moral e intelectual que no encontraba nadie que se le asemejara.

Mi respeto y mi veneración estaba exenta de temor, porque nunca me pegó: así es que yo jamás temblé ante el castigo, no lo conocía, pero la grandeza de su espíritu me asombraba y me dominaba de tal manera que una palabra suya era una orden terminante para mí, a la cual no encontraba apelación, y en prueba de ello, referiré de qué modo sabía yo obedecer sus mandatos.

Tendría ocho o nueve años, cuando envidiando unas tiras de raso de color hortensia y unos cuantos palmos de blonda blanca que tenían unas niñas que vivían en el piso segundo de mi casa, los cogí cuando ellas no me vieron, y con mi hurto engalané a una de mis muñecas, diciéndole a mi madre que me habían regalado aquellas preciosidades. Ella lo creyó y yo me encantaba mirando a mi muñeca. Pero como tras la culpa viene el castigo, mis compañeras se enteraron de mi mala acción y se propusieron castigarme explotando mi delito.

Ellas eran unas niñas muy pobres, y aunque yo no era rica, en comparación con ellas vivía en la opulencia. La mayor comenzó diciéndome: Si tu mamá se entera de lo que has hecho te matará, así es que no le diremos nada si tú de cuantos postres compre tu mamá nos das la mitad.

Como tras dado un mal paso se dan los demás, compré el silencio de mis compañeras dándoles todo cuanto me pedían. Mi madre, al principio, no advirtió nada, pero pronto le causó extrañeza ver cómo desaparecía toda la fruta comprada. Yo le decía que me la comía. Ella se calló, observó mis acciones y vio cómo repartía a hurtadillas lo que ella compraba para el arreglo de la casa. Al verlo me dijo:

- ¿Por qué te ocultas para hacer un bien? Ya sé que esas

infelices están en la mayor miseria, que carecen de lo más necesario, y tú, sin duda, compadecida de su mala situación las socorres, pero, ¿no sabes que tu madre debe saberlo todo?, tanto lo bueno como lo malo. Dios me hizo entrega de ti y yo tengo que saber tus menores pensamientos, cuanto más tus obras.

Al verla tan tranquila perdí el miedo, cogí la muñeca y le conté cuanto había sucedido. Mi madre palideció al oír mi relato, y me hizo desnudar mi muñeca, diciéndome con voz muy conmovida:

-Hija mía, los ladrones, por regla general, más tarde o más temprano mueren en la horca. Tú has comenzado por envidiar y desear lo que no era tuyo, caíste en la tentación, y como el criminal, a escondidas arrebataste a sus dueñas los trapos con que has engalanado tu muñeca. Has cometido un robo en la casa de otro, y siguiendo la pendiente, luego me has robado a mí comprando con un nuevo delito el silencio de unas niñas tan malas como tú. Si yo no pusiera un severo correctivo a tus primeros pasos en la senda del crimen, sería tan criminal como tú, así que es preciso imponerte un castigo para salvarte quizá de morir en una horca. Concebiste la idea y tus manos la ejecutaron. Pues bien, haciendo desaparecer éstas, no volverás a hurtar. Tráeme el cuchillo de partir el pan y te salvaré de una muerte ignominiosa.

Aún me parece ver a mi madre, lívida, temblorosa, llevando retratado en su semblante el dolor más horrible. Yo escuché sus palabras creyendo buenamente que estaba delante de Dios, y sin titubear, creyendo ciegamente que si no me cortaban las manos mi perdición era cosa segura, fui por el cuchillo que me había pedido, se lo entregué y extendí mis manos sobre la mesa del comedor.

Mi madre, al ver mi docilidad, dejó caer el cuchillo y me estrechó contra su corazón. Las dos lloramos copiosamente. Nuestras lágrimas se confundieron y durante largo rato me retuvo en sus brazos diciéndome al fin con inmensa alegría: ¡Ya estás salvada, hija de mi alma! El camino del crimen ya está cerrado para ti.

En otra ocasión (tendría yo unos diez años), introduje la discordia entre dos familias diciendo mentiras y verdades, que no debían ser repetidas. Mi madre se enteró y me dijo:

-Puesto que eres un ente perjudicial en la sociedad, es necesario separarte de ella. Así es que yo saldré todos los días que tenga necesidad de ello, y tú te quedarás en casa ya que no puedes tratar con nadie.

Y durante muchas tardes salió dejándome encerrada en casa sola con un buen libro. Al oscurecer me sentaba en el balcón llorando silenciosamente. Cuando ella llegaba me arrojaba en sus brazos diciéndole que no hablaría nunca más, y ella me contestaba: Déjame hacer a mí, que todo cuanto hago es para que no seas un ser odioso en la sociedad.

Estas palabras hirieron de tal modo mi imaginación, que me convertí en juez de mi misma y puse tal cuidado en todas mis acciones que constantemente le preguntaba: ¿Oye, mamá, si hago esto o aquello, seré un ser odioso en la sociedad? Ella se sonreía dulcemente y yo me refugiaba en sus brazos.

Veinticinco años estuvimos juntas en la Tierra, y sólo dos veces me habló con severidad. Si cabe aumento en el amor bendito de una madre, yo puedo decir que el de la mía aumentó siempre, porque a cada segundo me daba nuevas pruebas de su inmenso cariño. Muchas veces en nuestros largos paseos por el campo me decía con acento conmovido:

-¡Ay, Amalia, tengo un miedo!...

-¿De qué?

-De lo que nos queda por sufrir.

-¿Por qué? ¿Qué nos amenaza?

-La ley de la vida, mi muerte o la tuya, la que se quede en la Tierra. ¡Dios mío!... ¡Cuánto padecerá!

- ¿Y crees tú que podremos vivir la una sin la otra?

-Tú sí, porque eres joven. Yo no, porque si vivo es por ti. ¡Dios sabe lo que sufro, nadie más que el!

Y, ciertamente, sólo la energía de su voluntad la sostenía en pie,

porque tenía una enfermedad incurable.

Una noche de verano (nunca la olvidaré) nos quedamos las dos solas sentadas a la orilla del Guadalquivir frente a los jardines del palacio de San Telmo. Sin podernos explicar la causa las dos estábamos muy tristes. La luna nos enviaba sus pálidos destellos y aquel silencio, aquella calma de la Naturaleza aumentaba nuestra inexplicable melancolía.

De pronto, mi madre cogió mis manos entre las suyas, y dejando correr silenciosamente copioso llanto, me dijo con la mayor ternura:

-¡Cuán agradecida te estoy, hija mía!

-¿Por qué?

-Porque te debo las horas más felices de mi vida. Educada bajo el antiguo sistema del terror, mis padres me inspiraron miedo. Mi madre, sólo en sus últimos días fue cariñosa conmigo. El compañero que eligió mi corazón o no le comprendí bien o él no me comprendió, lo cierto es que tú no has disfrutado de las caricias de tu padre. Sólo tu agradable compañía me ha hecho feliz, y no sé por qué tengo el presentimiento que esta felicidad se me va a concluir, y me horroriza pensar lo que te queda por sufrir. ¿Qué harás tú sin mí en el mundo? Tu falta de vista no me ha dejado perfeccionar tu educación. No tienes ni oficio, ni carrera, ni hábitos de pobreza, y como ves poco, eres torpe para las faenas domésticas, ¿qué será de ti? Muchas veces (ahora te lo digo para descargar mi conciencia (le he pedido a Dios tu muerte para dejarte colocada en la caja libre de las miserias de la vida, pero Dios no me escucha y veo sobre ti una sombra que me espanta, porque a mí me parece que se acerca mi último momento y por más vueltas que le doy yo no sé como vas a vivir tú. ¿Quién te peinará con el cuidado que te peino yo? Nadie, mira que esto es terrible, no poder dejarte colocada como yo quisiera.

Al oír sus palabras lloré con ella y no supe qué contestarle, porque en realidad yo tampoco encontraba camino para poder vivir sin la sombra de mi madre. Creía en Dios, pero no en el Dios cuya efigie se veneraba en los altares. Admiraba la naturaleza, adoraba las flores, me encantaban las puestas de sol, pero de la Providencia no esperaba nada ni de mí misma tampoco. Acostumbrada a vivir bajo la dulce

tutela de mi madre, que hasta para cambiarme de vestido le pedía parecer, acobardada por mi poca vista que hasta para cruzar la calle me apoyaba en su brazo, me inspiraba yo misma tan poca confianza, que no pensaba en buscar ningún medio para vivir, confiando buenamente morirme de pena.

Mi madre empeoraba en su dolencia y la pequeña herencia que yo había tenido de mi padre también tocaba a su fin. Cuando ella vio que íbamos a vernos reducidas a la mayor miseria, tembló de espanto por mí, y yo me horroricé por ella. Entonces al ver mi impotencia para trabajar, comprendiendo que por mucho que yo hiciera no podría evitarle a mi madre terribles sufrimientos, se operó en mí una extraña transformación, y dirigiéndome a Dios, como si hablara con un íntimo amigo le dije así:

Nunca te he pedido nada, así es que bien puedes concederme lo que te voy a pedir. Yo quisiera que mi madre no tuviera que morir en un hospital, dame a mí todas las amarguras que quieras, yo sola las resistiré, pero verla a ella tan digna y tan orgullosa en el extremo de la miseria, eso sí que no me encuentro con valor suficiente para resistirlo. Oye bien lo que te pido, sola seré fuerte, con ella..., no lo creo.

Parece increíble lo que me sucedió entonces. Como aquel que ha sido ciego desde que nació y al recobrar la vista encuentra un mundo nuevo para él, así súbitamente medí el abismo de la miseria que nos esperaba y comprendí que mi pobre madre, si vivía mucho tiempo más, sería horriblemente desgraciada, porque a pesar de haber sufrido mucho, no había descendido nunca a la publicidad de la pobreza. Había vivido muriendo, pero dentro de su casa, sin decirle a nadie el motivo de sus penas.

Cuando se dejó caer para no levantarse más, le di gracias a Dios, diciéndole: Gracias te doy porque mi madre no morirá negando tu misericordia, tendrá su caja, su nicho, su lápida, en sus últimos momentos se verá rodeada de sus amigas, descansando su cabeza sobre mis brazos, no conocerá el horror del abismo que nos rodea. ¡Bendito! ¡Bendito seas!

Y con ánimo sereno durante catorce días no me separé de su lado.

Cuatro días antes de morir me dijo:

-Hoy es día de Corpus, y quiero, ya que estoy mejor, que te peine Juanita. Te pones el vestido negro de seda y te vas a ver la procesión, si no vas me darás un gran disgusto.

Comprendiendo su idea, que era verme vestida por última vez con el traje que más le gustaba, y habiéndome advertido el médico que no le negara nada de lo que me pidiera, me arreglé como ella quiso, y cuando me estaba poniendo el velo, sentí pasos, me volví y la vi a ella, pálida, cadavérica, parecía un espectro que había abandonado la sepultura, pero su lívido semblante estaba iluminado por una sonrisa sobrehumana. Se acercó a mí diciéndome con voz apenas perceptible:

-Deja, deja que te ponga el velo, que tú no te lo pones bien, y ella me lo puso haciéndome volver repetidas veces la cabeza contemplándome con verdadero éxtasis... ¡Cuánto me quería!...

Salí un momento para complacerla, moviéndome como un autómatas, y al volver me hizo sentar junto a su lecho y más de dos horas me estuvo mirando como el que mira a una imagen, sin decirme una palabra de su próximo fin, ni yo tampoco.

Tres días estuvo agonizando diciéndome siempre:

-No te separes de mí, así, así, las dos juntitas, bien abrazadas, y en mis brazos exhaló su último suspiro...

Cuando me entregaron la llave de la caja, le dije al amigo que cumplió con tan triste encargo: He aquí lo último que tenía que recoger en la Tierra, ahora me voy a otro planeta, al mundo del dolor.

Muchos creyeron que me volvería loca, porque en los primeros días no pude llorar. Durante tres meses perdí la memoria por completo. Pintar los primeros momentos de mi soledad es tarea superior a mis fuerzas. Lo haré en el próximo capítulo, porque quiero explicar bien lo que yo sentí al entrar en mi nueva vida, en mi mayor edad, no por hablar de mi personalidad, harto insignificante, sino para que sirva de lección provechosa a las muchísimas jóvenes que se quedan solas en el mundo sin más sombra que la que proyecta su cuerpo.

Quiero pintar con todos sus colores las angustias de una mujer

abandonada a sí misma y de qué manera, cuando el alma se eleva sobre las miserias humanas, atrae la protección, el consejo y el auxilio de esa gran familia que todos tenemos en el espacio y que bien puedo yo decir:

¡Huérfanas de la Tierra! No desmayéis, no hay madre que abandone a los que llevó en su seno, porque su amor es eterno. ¿Sabéis por qué no pueden olvidar? ¿Sabéis por qué las madres llevan en sí mismas la esencia inapreciable de todos los amores? Porque Dios les dice: ¡Amad en mi nombre a vuestros hijos!

Cuanto más cruel es el señor, más vil es el esclavo.
Chateaubriand.

La prudente moderación, es la virtud del sabio. *Moratin.*

La venganza es una piedra de maldición, que vuelve tarde o temprano contra el mismo que la arroja. *José Zorrilla.*

El secreto dobla el precio de la limosna. *Antonio Flórez.*

El único medio de borrar una injuria es olvidarla. *Solón.*

Un hombre con pereza, es un reloj sin cuerda. *Balmes.*

Respetad a un ser por pequeño y débil que parezca, porque hasta el más sutil cabello tiene sombra. *Altet.*

No trabéis amistad con el hombre iracundo, ni os asociéis jamás con viciosos. *Salomón.*

Quien todo lo puede de todo abusa. *Carlos Rubio.*

Venera el juramento.

Respetar a tus padres y a tus hermanos.

Hazte amigo del que se distinga por su virtud. Y cede siempre a palabras buenas y a obras útiles.

Mientras puedas, no aborrezcas a tu amigo por una pequeña falta, porque el poder habita cerca de la necesidad.

Observa estos preceptos, y acostúmbrate a abstenerte de lo que voy a decirte:

No te abandones a la gula, a la pereza, a la lascivia, ni a la ira.

No hagas nunca cosa indigna en compañía de otro, ni a solas.

Ante todo avergüénzate de ti mismo.

Conviene que ejercites la justicia lo mismo en el trabajo que en la palabra.

No estés nunca sin reflexionar sobre alguna cosa.

Procura cuando sea tiempo adquirir riquezas, y no te duela gastarlas cuando sea oportuno.

Lleva con paciencia el error de tu semejante.

Capítulo 3

Dejé pendiente mi relación en el capítulo anterior en la crisis más importante de toda mi vida, que fue indudablemente la muerte de mi madre y el cambio total de mi modo de ser, porque de una timidez excesiva, hija de la educación que había recibido y de los cuidados amorosísimos de que siempre había sido objeto, tuve que pasar bruscamente a tener voluntad propia y energía suficiente para luchar por la existencia.

Los primeros días me acompañaron las amigas de mi madre y una de ellas me propuso entrar en un convento comprometiéndose a buscarme la dote, diciéndome entre otras cosas lo siguiente:

- ¿Qué harás tú en el mundo? Nada de provecho. Eres pobre, y pobre en las peores condiciones, porque tu madre te ha criado con los hábitos de una gran duquesa. Tú no sabes salir a la calle con un lío de ropa, ni con un cesto ni mal vestida, tú no te puedes poner a servir porque tu falta de vista te hace cometer mil torpezas sin poderlo remediar. Los únicos parientes que tienes, que son el hermano de tu padre y sus hijos, no te quieren, porque no pueden quererte. Las desavenencias de familia, desengáñate, nunca crearon afectos, y todo lo más que harán (porque no tienen mal fondo) es atenderte tres o cuatro meses (y gracias que lo hagan), ¿Y luego que harás? Casarte es difícil, porque para un pobre no sirves, y un hombre bien acomodado busca una chica con dinero o una muchacha muy guapa, y tú ni eres rica, ni puedes figurar entre las bellas. Ya has tenido tus desengaños en amores, pues lo mejor es que te consagres a Dios y te evitarás muchísimos disgustos, ¿qué me dices?, ¿qué me contestas?

-Que no quiero ser monja por último recurso. Me consagraría a Dios si yo sintiera en mi alma la imperiosa necesidad de pasar mi vida entregada a la oración y al ayuno, vistiendo un tosco y burdo sayal, durmiendo sobre una piedra. Pero como yo no encuentro a Dios en los altares de los templos, como los conventos me han parecido siempre

las mazmorras de la inteligencia, como yo no concibo que se pueda vivir perdiendo la libertad, no quiero enterrarme en vida. Es verdad que nada espero de nadie, ni de mí misma, que es lo más triste y más desconsolador, pero así como creo que me faltará siempre el valor para suicidarme, me falta también para enterrarme en vida. Así pues, no quiero ser monja. Para consagrarme a Dios preferiría mil veces la vida del anacoreta. En la cumbre de una montaña creo que oiría la voz de Dios, en la celda de un convento renegaría de una religión que rompe los sagrados vínculos de la familia, condenando a la esterilidad a mujeres jóvenes que podían ser útiles a la sociedad desempeñando el honroso cargo de esposas y madres, y no abandonando en los últimos años de la vida a sus ancianos padres. La religión que desata lo que atan las leyes de la naturaleza no interpreta la voluntad de Dios.

-Pero mujer, si tú estás sola en el mundo, completamente sola, ¿a quién mejor puedes asirte que a la diestra de Dios?

-Si mi Dios lo encuentro yo en el Sol, en el aire, en las flores, en las aves, en las montañas, en los ríos, en los mares, en los abismos, en todas partes donde se manifiesta la vida. Menos en esas casas sombrías que llaman lugares de oración, y en esas tétricas fortalezas donde se consumen centenares de mujeres lejos de todos los afectos que engrandecen al espíritu.

La buena señora se quedó mirándome muy sorprendida de mi lenguaje, se levantó y se despidió diciéndome:

-Algún día te arrepentirás. Si quieres, piénsalo mejor, y dentro de ocho días volveré a saber tu determinación.

-Ya está tomada, la religión debe llenar el alma para que ésta en su duelo le pida un refugio. Si algún día siento ante las imágenes de los Cristos milagrosos, de los santos mártires y de las vírgenes angustiadas, lo que no he sentido hasta ahora, yo le prometo que pediré limosna de puerta en puerta hasta reunir mi dote para entrar a formar número entre las esposas del Señor, pero en tanto que mi criterio encuentre defectuoso el credo de una religión, ¿cómo quiere usted que me consagre a lo que rechaza mi razón?

A la proposición de la clausura siguió la de un casamiento sin amor, con un hombre de mediana edad, muy distinguido, pobre y

enfermizo. Y con gran sorpresa de mis parientes y amigos dije que no quería casarme.

¿Es posible? -Me dijo un antiguo amigo-. ¿Tú sabes lo que es quedarse sola? Tú no has pensado seguramente cómo te verás mañana, porque todas estas visitas pronto se acabarán. Tendrás que trabajar para vivir, si te dedicas a coser al poco tiempo te quedarás ciega y tendrás que pedir una limosna de puerta en puerta.

-Pero seré libre y no habré engañado a nadie. Yo, no siento por ese hombre generoso que me quiere honrar dándome su nombre, nada que se parezca a lo que he sentido por mis primeros amores, creyéndome dichosa cuando mi madre preparaba mi blanco traje de desposada. La gratitud que yo podría sentir ahora, en comparación del amor que he sentido, es como una gota de rocío frente a los mares que circundan la Tierra. Dar el cuerpo sin dar el alma, es como hacer pasar una moneda falsa diciendo que es buena. Mi madre me dijo muchas veces: no engañes a nadie, y el consejo de mi madre no lo olvidaré jamás.

Mis negativas alejaron a aquellos que me propusieron el monjío y el casamiento. Mis parientes, durante seis meses me dieron una pequeña pensión, siendo yo a cambio la costurera de la casa. Yo acepté muy contenta aquel plan de vida, me quede viviendo en la misma habitación que murió mi madre, vendí mueble. Lo arreglé todo lo mejor posible, y cuando creía que iba a estar más tranquila, mis parientes dejaron de darme la pensión, alegando que no les era posible sostener aquel gasto que se podía llamar superfluo. No me sorprendió tal determinación, pero sí la sentí muchísimo, porque perdía los débiles cimientos sobre los cuales se sustentaba mi humilde existencia: hasta entonces no había tenido que ir de casa en casa pidiendo trabajo, ni había tenido que conocer caras nuevas. Como pasaba la mayor parte del tiempo en mi habitación, me parecía que la sombra de mi madre me acompañaba, y de noche hablaba con ella como si estuviera a mi lado.

Yo entonces no tenía la menor idea del Espiritismo. Pero ahora comprendo perfectamente que el espíritu de mi madre no se separó un momento de mi lado porque yo no sentía el vacío de la soledad, estando en mi aposento, no sabía darme cuenta de aquella calma

melancólica que disfrutaba y me reconvénía muchas veces diciéndome: ¡Parece mentira que puedas vivir!..., y sin embargo..., vives.

Cuando mis parientes me negaron su apoyo, una amiga de mi infancia que estaba muy lejos de Sevilla me llamó a su lado, diciéndome:

-Si has perdido una madre, te queda una hermana. Ven, que te espero.

Yo, que lo que más temía era el aislamiento y la soledad, que la primera vez que salí sola creí que todas las torres de Sevilla caían chocando contra mi frente, cuando me vi en la calle sin mi amadísima compañera, sin oír aquella voz amorosísima que me decía continuamente:

-Aquí hay una piedra, allá hay un charco, no resbales, no tropieces, ten cuidado que te puedes caer.

Al mirar en torno mío y verme tan sola, me pareció del todo imposible poder continuar mi camino. Muchos años han pasado, y sin embargo, aún recuerdo con profunda tristeza la agonía de aquella tarde.

Al verme tan sola acepté la oferta de mi amiga, y durante un año estuve separada de la tumba de mi madre. Cuando volví a Sevilla fui enseguida al cementerio a llevarle un ramo de flores, y al postrarme ante su huesa exclamé: ¡Madre mía! He bebido la hiel de amargos desengaños. ¡Todo ha muerto para mí! Mentira es el amor y la amistad.

No es mi propósito seguir paso a paso el calvario de mi vida. No referiré nada de mi historia íntima a la cual están enlazadas otras personas que aún existen, y no debo en manera alguna poner en evidencia los defectos de los unos, las debilidades de los otros y las ingratitudes de los más. Mi narración parecería una especie de venganza, y los que estudiamos el Espiritismo no podemos vengarnos de nadie, porque sabemos por experiencia que al hacerlo rompemos las tejas de nuestro tejado.

No por omitir hechos y sucesos que todos sirvieron para

aumentar mi sufrimiento, perderán *mis memorias* su verdadero interés, que consiste principalmente en demostrar la diferencia que existe para el espíritu, desconociendo lo que vale y los medios de que puede disponer, a saber que de sí mismo depende ser un criminal o el redentor de un mundo.

Hay también otra causa para que mi narración no resulte incolora, y es que la historia íntima de las mujeres tiene gran semejanza la de las unas con la de las otras, y al no hablar yo detenidamente de mis amores y de mis esperanzas frustradas, no por eso se deja de comprender que si vine a sufrir a la Tierra, habré pagado mi contingente amando y recibiendo desengaños.

Casi todas las mujeres tienen en su juventud amores purísimos, esencialmente espirituales. No hay mujer algo sensible que a los 17 años no haya enviado un beso al amado de su alma en las *alas* de la brisa y en el perfume de las flores. ¿Cuál será la joven que no habrá recibido un desengaño y no se habrá creído la más desgraciada de las mujeres? Después, con el transcurso de los años, se olvidan las desgracias juveniles para lamentar otros infortunios, que la vida de la mujer siempre es dolorosa aún dentro de su hogar, rodeada de su marido y de sus hijos. Por regla general, son más las veces que llora que las que sonríe, por la debilidad de su organismo, por los disgustos que le dan sus hijos, por las continuas enfermedades de éstos, por el carácter más o menos cariñoso de su marido, por los cambios funestos de fortuna y otras mil causas que no es posible enumerar. Y si desgraciada es la mujer teniendo una familia, que es cuando verdaderamente vive en su centro, por razón natural tiene que ser desgraciadísima cuando se queda sola en la Tierra y en las condiciones que yo me quedé, con inteligencia suficiente para conocer que estaba dentro de un abismo, con un sentimentalismo tan extremado que todo me hería y todo me hacía daño, y con tan pocas fuerzas físicas que parecía mentira que no estuviera siempre postrada en el lecho del dolor.

Haciéndome cargo de que *nadie es profeta en su tierra*, y aconsejada por unas amigas que estaban en Madrid, creyendo que allí podría vivir con más desahogo, porque el trabajo era mejor retribuido que en Sevilla, y entrando también en mucho mis aficiones literarias, pues a la edad de diez años comencé a escribir, y a los dieciocho

principié a publicar mis poesías, figurándome que en la Corte encontraría más ancho campo, me trasladé a Madrid, donde en realidad trabajando vivía mucho mejor que en Sevilla, y mis escritos obtenían más éxito, pero no lo bastante para vivir de su producto. Así es que la costura era mi principal elemento de vida. Trabajé mucho de día y de noche, y al fin mis ojos se negaron a seguir mirando fijamente horas y horas la blanca batista o el negro terciopelo, y entonces comenzó para mí una serie ininterrumpida de sufrimientos y de humillaciones inexplicables.

Mientras pude trabajar pagaba mi habitación en compañía de una buena familia y me mantenía frugalmente, pero cuando no pude ganar nada, cuando los mejores oculistas, tanto españoles como extranjeros, que residían en Madrid, todos me dijeron que me quedaría ciega si persistía en querer trabajar una semana más, me quedé aterrada, horrorizada y sin acción para dar un paso, porque perder la poca luz que me quedaba me producía un espanto que no tiene nombre.

Como mis ahorros eran muy exiguos, pronto tuve que empeñar toda mi ropa, y parece mentira que cueste tanto adquirir el alimento y poder dormir bajo techado, aunque se duerma en un desván y se coma una sola vez al día.

Dice un antiguo adagio, que del árbol caído todos hacen leña, y todos hicieron leña de mis delicados sentimientos y de la dignidad que conservaba mi espíritu, aunque bien mirado, en una sociedad esencialmente egoísta y que sólo rinde culto a las fastuosas apariencias, ¿qué respeto podía inspirar una mujer medio ciega, sin nadie que le diera sombra, y por apéndice pobremente vestida, que no servía para nada, ni aún para llevar chiquillas a la escuela? Porque la persona que apenas ve es un cero sin valor que al parecer sobra en la suma social. Y a pesar de mi insignificancia, dominada por ese misterioso instinto de conservación, acudía a las casas de aquellas personas que en otro tiempo me habían dado trabajo, para que me dieran un plato de sopa a la hora de comer.

Los unos me aconsejaban que me encerrase en un asilo, los otros me decían que bien podía ganarme la vida acompañando a alguna señora, puesto que conservaba la vista suficiente para poder ir sin lazarillo.

Yo hacía todo lo que me aconsejaban, pero tenía la inmensa desgracia de que si se me proporcionaba el acompañar a alguna señora tropezaba siempre con un gran inconveniente, y es que ésta tenía una conducta equívoca, esto es, los actos de su vida podían interpretarse de distintos modos y ninguno de ellos muy favorable. Así es que, al ponerme en contacto con ella, sus palabras y sus ademanes me impresionaban dolorosamente, veía el tristísimo papel que mi desgracia me obligaba a representar, y sin decir una palabra a nadie, porque nadie quería comprenderme, me retiraba, lo que me producía más tarde graves disgustos, porque todos me decían que para ser tan pobre era demasiado delicada, y que era preciso que me acostumbrase a tratar con toda clase de gente, ya que no era útil para nada. Y entre desprecios de unos, y amarguísimas reconvenciones de otros, llegué a perder la voluntad propia y era un autómatas que se movía según querían los demás, llevando cartas a un lado, recados a otros.

La cuestión era trabajar algo para ganarme un pedazo de pan, pero no siempre lo conseguía. Mis grandes apuros eran para pagar la casa, y por fin encontré habitación gratis en el taller de dos pintores. Allí repose algo de mis fatigas pasándome días y días sentada en un sofá, haciéndome las reflexiones siguientes:

¿Qué es la Humanidad? Un árbol gigantesco, cada hombre es una rama. Cuando en el reino vegetal, a un árbol se le seca una rama, ¿qué hace el horticultor con ella? Cortarla. ¿Y yo qué soy? Una rama completamente seca, puesto que en realidad no sirvo para nada, no tengo vista para trabajar ni he podido degradarme para aceptar la compañía y la protección de mujeres cuya conducta deja mucho que desear. He aquí, pues, en práctica lo que decía muy sabiamente Espronceda:

*Aquí para vivir en dulce calma,
o sobra la materia, o sobra el alma.*

Yo no tengo familia, yo no tengo nadie que me tome cuenta de mis actos. ¿Por qué no sigo la corriente de mi vida que me lleva a caer no con el cuerpo, pero sí con el alma? ¿Por qué me repugna y me es del todo insoportable todo aquello que no lleva el sello de la decencia y de la moralidad? ¿Por qué si una mujer casada que falta a sus deberes misteriosamente, al darme una carta para que la lleve a su

destino me inspira tan profunda aversión? ¿Qué tengo yo que ver con su vida? Me paga mi trabajo y no tengo ningún derecho a juzgar sus acciones, y sin embargo, el dinero que me da me quema. Más si no tengo ningún camino bueno que seguir, ¿Por qué no pongo fin a mis días? ¿Por qué huyo del coche que se me viene encima cuando en un momento todo podía estar terminado? ¿Qué hay en mí? ¿Hay dos voluntades? ¿Hay dos inteligencias? ¿La una que me dice **muere**, porque la Humanidad nada tiene para ti, y la otra que murmura muy quedo, **espera**? ¿Esperar..., el qué?

Yo he perdido en absoluto la noción que tenía de Dios, la naturaleza ya no me encanta porque apenas veo sus bellezas. Donde quiera que vaya me reciben con esa indiferencia y ese desvío con que por regla general se recibe a los pobres.

De mi madre nada queda, ni la tumba. Pasó el tiempo marcado por la ley y sus huesos fueron recogidos por una joven piadosa y puestos en la sepultura de la familia de mi padre.

¿El alma sobrevive? Ni lo creo ni lo niego. Es verdad que al mes de haber muerto mi madre, dije yo una tarde a una de mis amigas:

-Si tuviera una fortuna inmensa, toda la daría por abrir la tumba de mi madre a ver cómo estaba.

-Deshecha -dijo mi amiga-, no te quede duda.

-Eso no puede ser, ¡tan pronto!...

Llegó la noche, lo recuerdo muy bien. Yo no dormía, estaba bien despierta pensando en lo que había leído aquella noche, que era **El genio del Cristianismo**. La luz de la luna entraba por los cristales de la ventana y de pronto vi una sombra negra que se destacaba de la blanca pared. Se adelantó lentamente, y al darle de lleno los rayos de la luna reconocí a mi madre, ¡era ella!..., con su negro traje, con su blanca toca, y un manto que la envolvía, pero que bajo sus pliegues se adivinaba, mejor dicho, se traslucía un talle esbelto, una figura distinguida. Y no era una alucinación de mis sentidos, no era una evocación, porque yo en aquellos momentos no pensaba en ella. Me incorporé al reconocerla, sintiendo gozo y espanto a la vez, porque vi que su rostro no era ni sombra de lo que había sido, de sus ojos sólo quedaban los cóncavos huecos, su nariz y su barba se unían, quise

gritar pero me contuve pensando que se ofendería con mi demostración de invencible terror.

Se Incliné hacia mí y sentí su aliento tibio. Esto me reanimó, porque yo esperaba sentir la misma Impresión que cuando besé su frente antes de colocarla en la caja, que sentí un frío Inexplicable. Porque el frío de un cadáver no se parece a ningún hielo de la Tierra.

- ¿Cómo estás? -le pregunté.

-Hecho de menos tus cuidados -y al decir esto me besó.

Sus labios tenían el calor natural, todo me decía que aquella aparición era mi madre, pero su rostro no lo podía mirar, y al mirarla pensaba: ¿y esto queda de los seres más queridos?.. ¡Qué crueldad!

La sombra se desvaneció y yo perdí el deseo de abrir alguna tumba. Si entonces su alma estaba viva, ¿lo estará también ahora? Y si lo está, ¿por qué me abandona? ¿Por qué no me da fuerzas para luchar por la existencia? Su amor era de esos amores que nunca mueren. Cuando no da señales de vida también su alma se habrá deshecho como se deshizo su cuerpo. Nada pues me detiene, ninguna consideración social me une a este mundo. ¿Por qué persisto en estar en él?

Ahora recuerdo que hay una religión, digo mal, hay muchas religiones. Aquí funcionan dos, la católica apostólica romana y la reformada por Lutero. ¡Si yo pudiera creer en alguna de ellas!... ¡Los que creen dicen que son tan felices!.. Pues me voy a la iglesia. Nadie por desgracia más desocupada que yo, y me iba por las tardes a los mejores templos donde sabía que hacían novenas para oír a los buenos predicadores.

Algunos me inspiraban profunda admiración, pero al volver a mi solitario hogar, donde nadie me esperaba, sintiendo el frío que produce la falta de alimento, volvía a pensar en alta voz, diciendo con amargura:

He pasado el tiempo (que no es poco) oyendo hablar a un hombre instruido, que según dicen está inspirado por el espíritu santo, pero a pesar de toda su sagrada inspiración, no me resuelve el

problema de mi vida. Dice que en la Tierra hay víctimas expiatorias, Y ¿por qué? Añade que los crímenes de los unos tienen que ser lavados con el llanto de los otros, y que los mártires son el complemento de la armonía universal.

Ahora bien, si el alma pide esos martirios, o Dios se los impone en uso de su omnímoda voluntad, si yo (dejo por sentado) le pedí al Señor llevar sobre mis hombros el peso de las culpas de otro, ¿por qué ahora me rebelo contra mi destino? ¿Por qué no acepto de buen grado todas las humillaciones que me imponen? ¿Por qué no me decido a entrar en un asilo de mendicidad? ¿Por qué hay en mí algo grande, sublime, superior a mi inferioridad física y a las miserias que me rodean? ¿Por qué me inspira profunda admiración todo lo que es bueno y justo si pedí vivir entre la escoria de la sociedad?

¿Es que el infierno de las religiones está situado en la Tierra? ¿Si algo superior hay a las miserias humanas, dónde está la clave para encontrarle?

Dicen que en las Capillas Evangélicas se encuentra la verdad. Pues iré a ellas, y una tarde me dirigí a la calle de Calatrava después de haber oído un sermón muy notable en la Iglesia de San Sebastián. Llegué temprano y esperé largo rato. Al fin pude entrar en el templo, que por lo sencillo y por estar desnudo de todo adorno, me agradó. Me rodeaban mujeres del pueblo. Una de ellas me miraba fijamente, diciéndome al final:

-Se conoce que Ud. sufre mucho.

-Es cierto.

-Y se viene aquí a buscar consuelo.

-Es verdad. Estoy buscando a Dios y no lo encuentro en ninguna parte.

- ¡Jesús mil veces!.. ¿Y puede Ud. vivir?..

-Si puedo, *porque hay horas que el sufrir nos centuplica la vida.*

Esto dijo Camprodón, y dijo una gran verdad.

Comenzó el culto y me fue muy grato oír cantar a los fieles

himnos sencillos y conmovedores. Subió después el pastor a la tribuna y me fue muy simpático. Era un hombre que sabía despertar el sentimiento. Hablaba para los caídos, para los humillados, para los hambrientos de justicia, para los sedientos de amor. Cada palabra suya era una promesa bendita. Mientras duró su discurso no cesaron de correr mis lágrimas, pero mi llanto no abrasaba mis mejillas, era el rocío del sentimiento más dulce que hay en la criatura, mi llanto era de inmensa gratitud. ¡Hacía tantos años que buscaba a Dios y no lo encontraba!... ¡Hacía tantos años que buscaba compasión para mi infortunio y nadie me compadecía! ¡Hacia tantos años que me conceptuaba un ser inútil!..., que al oír decir que Jesús amaba a los afligidos y no se cansaba de recorrer el monte buscando las ovejas extraviadas, mi alegría no tuvo límites, y al terminar el pastor su plegaria pidiendo luz para los ciegos de entendimiento, abracé a la buena mujer que había comprendido mi sufrimiento, diciéndole:

-Yo estaba ciega y ahora veo, veo a Jesús que busca mi alma, yo saldré a su encuentro, pero yo necesito quien me guíe: ¿Quiere Ud. guiarme?

-Si, señora, conozco que Ud. sabe más que yo y pronto me guiará, pero ahora cuente Ud. conmigo. Soy muy pobre y al mismo tiempo muy rica, porque creo que Jesús está conmigo, y para que no se aparte hago todo el bien que puedo. Si no puedo dar dinero al necesitado lo llevo al que puede dárselo, si necesita consejo lea la Biblia y allí encuentro siempre algo que me sirve de ejemplo para llevar la luz a su entendimiento. Si un enfermo no tiene quien le asista, allá voy yo, si un muerto no tiene quien le acompañe yo sigo tras de su caja, y cuando llega la noche le pido a Jesús que lea en mi conciencia, y Jesús lee en mi pensamiento y me quedo dormida pensando en las obras de caridad que podré hacer al día siguiente.

Las palabras de aquella mujer eran gotas de bálsamo preciosísimo que caían sobre mi corazón hecho trizas por el exceso del sufrimiento. Desde aquella noche me sentí más fuerte, y al llegar a mi casa no me pareció ésta tan sombría ni tan triste. Jesús amaba a los pobres, yo lo era, así es que entraba en el número de sus elegidos.

Jesús quería a los niños porque eran limpios de corazón, y yo, en el mío, no encontraba manchas imborrables. Me parecía que aunque

había estado al borde de todos los abismos mi túnica se había desgarrado, estaba cubierta de harapos, pero mi conciencia no estaba sucia. La impresión de aquella noche la trasladé más tarde al papel en los versos siguientes:.

A un alma buena.

(28 de marzo de 1872).

*Hace dos años que tu voz vibrante
porque debía de ser hirió mi oído;
y al detener mi paso vacilante
latió mi corazón estremecido.
Hace dos años que cruzaba el mundo
cual hoja seca que arrebató el viento:
sin encontrar en mi dolor profundo
un ser que comprendiera mi lamento.
La indiferencia me dejó su tedio
y el ateísmo su sonrisa helada,
para mi enfermedad no había remedio,
que en mi fiebre le di ser a la nada.
¡La nada!... Pensamiento que horroriza,
que destruye de Dios el poderío;
reduciendo los mundos a ceniza,
el porvenir del hombre es el vacío.*

*Comprendo del suicidio la locura
cuando el hombre no ve más que este suelo.
Desdichado de aquel que en su amargura
no halla hogar ni en la tierra ni en el cielo!...
¡Ay!. .. ¡Qué triste es vivir sin esperanza!,
bendigo a Dios que en su piedad suprema,
me hizo arribar a un puerto de bonanza
donde tú descifrabas un problema.
Contabas de Jesús la triste historia
comentando las santas profecías,
y tu voz fue trayendo a mi memoria
los grandes hechos de pasados días.
Tú iluminaste mi fatal camino,
tú diste un cielo a mi alma desterrada;
fuiste estrella polar de mi destino
destruyendo las sombras de la nada.
En santa gratitud mi pecho arde
y por ti ruego con ardiente anhelo;
cuando las rojas nubes de la tarde
se extienden por las bóvedas del cielo.
Pidiendo a Dios que en otras existencias
El te ponga en mitad de mi camino:
y que conserve yo reminiscencias*

*de que tú engrandeciste mi destino.
Y así tendrá que ser, que una cadena
forman los seres en su eterna vida.
Tu misión en la Tierra fue muy buena
y muchos llorarán por tu partida.
Yo por ti la grandeza he comprendido
de Dios y su justicia soberana,
deuda inmensa contigo he contraído
¡con qué placer te pagaré mañana!
Mañana, sí, cuando la tierra deje
cuando ante el peso del dolor sucumba,
cuando el ángel del bien que me protege
me presente en el mundo de ultratumba.
Hoy en la Tierra por mi mal no puedo
devolverte el tesoro que me has dado,
mas lo recobrarás; no tengas miedo,
que tú serás por Dios recompensado.
Y en tanto que me encuentro en este mundo
de miseria, de luto y de agonía,
el reconocimiento más profundo
te hará vivir en la memoria mía.*

Capítulo 4

Nunca un dolor viene solo ni una alegría tampoco. Así es que después de haber encontrado una religión que entonces llenaba mi alma de las más dulces esperanzas y de los más inefables consuelos, encontré lo que yo no podía esperar, la completa certidumbre de recobrar un día más o menos lejano, la luz que lentamente iban perdiendo mis ojos.

Ya dije anteriormente que encontré en la capilla evangélica una mujer muy buena, que fue para mí un guía humilde y desinteresado. Nunca estubo en mi casa, ni yo en la suya, y sin embargo, ¡cuánto nos queríamos!, ¡Y qué bien nos comprendíamos la una a la otra!

Durante el culto estábamos siempre juntas, y al verme al momento conocía si mis penas iban en aumento o en disminución. Por regla general, más bien aumentaban en la parte material, pues yo tenía entonces, además de la dolencia de la vista, **la gran enfermedad de la vida, la miseria** (como dice muy bien Pérez Galdós).

Ya me consolaba extraordinariamente mi religiosa creencia, pero la vida humana tiene sus exigencias. Una necesidad diaria nadie la socorre, me encontraba en una situación verdaderamente difícil, y hablando una noche en la capilla con mi inolvidable amiga Engracia, me dijo ésta:

-Yo de usted probaría a ver si los médicos encontraban un remedio, que la medicina dicen que cada día hace nuevos descubrimientos.

-Pero si todos los oculistas me han dicho lo mismo, que me quedaré ciega, que lentamente iré perdiendo la vista y que todo lo veré envuelto en una espesa neblina, y así me va sucediendo.

-No importa. A veces los más sabios también se equivocan. El Dr. Joaquín Hysern, es un médico homeópata que ha hecho curas

asombrosas. No pierde Ud. nada en ir, tiene consulta gratis y es muy bueno para los pobres, pues muchas veces les da la medicina y dinero para que se hagan un buen caldo.

Siguiendo el excelente consejo de Engracia, fui al día siguiente a ver al doctor Hysern, que me recibió no como a una pobre, sino como si fuera una gran duquesa. Me miró atentamente, me reconoció los ojos a través de unos lentes especiales, le pinté mi horrible situación y me dijo con tristeza:

-Tiene Ud. los ojos tan malos y está tan adelantada la enfermedad que le queda a Ud. más de un año de padecimiento. No tendrá grandes dolores, a no ser que Ud. se empeñe en hacer algún trabajo que necesite mirar fijamente treinta minutos seguidos, pero si Ud. se abstiene de mirar con fijeza, si Ud. Se resigna y se hace el cargo que no tiene ojos, pasado un año y algunos días, cuando Ud. menos lo espere recobrará súbitamente toda la luz que ha perdido y podrá dedicarse a diversas labores (no siendo bordados) días enteros, absteniéndose, siempre de trabajar con luz artificial. Yo le daré toda la medicina que necesite, y si Ud. me obedece fielmente, pasado el plazo que le he dicho, si es Ud. agradecida bendicirá mi nombre.

Pintar el júbilo que yo experimenté al oír las palabras de Dr. Hysern, me es totalmente Imposible. ¿Qué era un año de sombra si luego el sol de la vida Irradiaría para mí? ¿Qué era la horrorosa esclavitud de la Impotencia y las privaciones de un año, si luego mi trabajo y el pan regado con el sudor de mi frente me haría libre?...

De qué modo expresaría yo mi contento, que Dr. Hysern, que era un hombre muy serlo y muy grave, se conmovió de tal manera que sus ojos se humedecieron, diciéndome con voz temblorosa: ¡Bendita sea la ciencia que redime a los cautivos!

Le advierto que se Irá empeorando con mi medicina, pero si tiene fe en mi palabra Ud. se curará.

Desde aquel día cumplí estrictamente los mandatos de mi médico, cumpliéndose también sus predicciones de empeorar cada día más, lo que me ocasionaba reproches de todas las personas que me favorecían, pues ya se sabe que el que da una limosna continuada se cree autorizado para reconvenir con más o menos oportunidad al

infeliz necesitado que necesita de sus favores. ¡Pobre del que es pobre!

Muchas señoras me decían:

-Parece mentira que Ud. haga versos tan bonitos y hasta que tenga algún talento; porque no hace Ud. más que torpezas. Con sus delicadezas y sus escrúpulos de monja, no ha querido aceptar las colocaciones que le hemos proporcionado, como si un pobre tuviera derecho a tener esos miramientos. Después se va Ud. a oír a los pastores protestantes, que son unos herejes que no entrarán nunca en el reino de Dios, y por último, se pone Ud. en cura con un médico homeópata que es un loco rematado que le va a Ud. a dejar ciega para alivio de sus males. Y Ud. erre que erre, diciendo que recobraré la vista. ¿Qué ha de recobrar? Yo lo que veo que cada día está Ud. peor. ¡Qué modo de curar más estrambótico! En fin, nadie más que Ud. pagará los platos rotos, aunque algo también nos toca a los demás.

Yo enmudecía porque nada abate tanto al espíritu como el no tener. Y después de oír tales filípicas, dejaba de importunar por algún tiempo a las señoras que más me amonestaban, haciéndose mi situación material verdaderamente insostenible. En cambio, tres veces por semana iba a la capilla evangélica y allí olvidaba una gran parte de mis penas.

¡Allí me querían tanto! ¡Veía en muchos semblantes una expresión tan dulce y tan cariñosa! Se disputaban aquellas buenas mujeres sentarse junto a mí y me escuchaban con tan marcada complacencia, que mi espíritu se reanimaba, miraba a todos lados y aunque no veía más que a las personas que estaban más cerca de mí, sabía que el templo estaba lleno de fieles y yo decía con el mayor entusiasmo: Ya tengo una familia, y una familia numerosa. Muchos de sus miembros me quieren. Cuando yo paso oigo un murmullo de simpatía. Aquí nadie me reconviene, al contrario, siempre encuentro una mujer compasiva que se empeña en acompañarme a mi casa.

De los pocos recuerdos gratos que mi espíritu se llevará de la Tierra, figurará en primera línea mi entrada y permanencia en la capilla evangélica de la calle de Calatrava. Allí encontré mi espíritu horas de inefable reposo, y a no ser el exceso de mi expiación, quizá se hubiera estacionado en esta existencia y no hubiera preguntado nunca a la filosofía: ¿Desde dónde vengo? ¿Quién soy? ¿Dónde iré?

¡Qué sensación tan nueva experimenté cuando asistí al entierro de un joven protestante! En unión de mis compañeras fui a la casa mortuoria y allí estaba ya el pastor dirigiendo una plática a la familia, dulce y conmovedora como todas las suyas. Nos pusimos en marcha y los hombres se disputaban el llevar sobre sus hombros el ataúd que encerraba a su joven compañero. El pastor iba detrás seguido de toda su grey, llegamos al cementerio, que era muy poético, con las paredes blancas como la nieve, colocaron el féretro junto a la fosa, lo abrieron y el pastor elevó una fervorosa plegaria, pidiéndole a Jesús que saliera al encuentro de un alma sencilla noble y pura. Y habló con tanto sentimiento, empleó un lenguaje tan sublime que fue su elocuencia verdaderamente arrebatadora, pintando a grandes rasgos el paso por la Tierra de aquel espíritu que había conservado toda la pureza del más elevado sentimiento. Y tal fue la magia de sus palabras, que el auditorio escuchaba atónito, verdaderamente asombrado. La figura del apóstol se engrandeció de tal manera que no parecía el mismo, en torno de su frente todos vieron una aureola luminosa. Hasta la respiración se comprimía temiendo hacer ruido. Hombres, mujeres y niños todos dejaban correr su llanto, nadie se enjugaba sus lágrimas, el menor movimiento parecía una profanación. Y la palabra dulcísima de aquel enviado de Cristo llenaba el espacio en sus notas melódicas, el sol enviaba sus últimos rayos para completar aquel cuadro verdaderamente conmovedor.

El pastor al fin enmudeció para cerrar por sí mismo la caja ayudando a bajarla a la fosa, siendo el primero en arrojar la primera paletada de tierra, yo fui la segunda y entre todos llenamos la huesa, diciendo el pastor al terminarse tan piadosa tarea: ¡Dichoso el proscrito que vuelve a su patria!

Con el mayor orden salimos del cementerio, volviendo todos juntos a la ciudad, rodeado el pastor de sus más íntimos amigos. Tenía aquel hombre sobre su grey un verdadero ascendiente. Una palabra suya era bastante para que todos llegasen al sacrificio, y solo otro hombre he encontrado en la Tierra que se asemeje a él: Miguel Vives.

El apóstol de Cristo era un modelo en su vida privada, esposo cariñoso y padre amantísimo, nunca su rostro revelaba mayor alegría que cuando entraba en la capilla rodeado de su familia. Con ninguna mujer tenía la menor intimidad ni la más leve preferencia, la gran señora y la pordiosera eran para él iguales, y al estar a su lado la mujer

más degradada soñaría con la dicha inefable de ser virtuosa, tanto respeto inspiraba su mirada dulce y serena.

Profesión más adecuada para el temple de aquel espíritu no podía haber escogido aquel hombre sencillo, humilde y grande a la vez. Sí, muy grande, ejerciendo su misión de apóstol se elevaba a tanta altura que parecía imposible que los que le escuchaban pudieran seguir su raudo vuelo. Y sin embargo lo seguían, porque él antes sabía descender hasta ellos. Despertaba su sentimiento, tenía frases compasivas para todos los dolores y consuelos inefables para los más grandes infortunios. Y cuando conseguía hacer verter el llanto de la gratitud, entonces decía: ¡Seguidme, hijos míos, seguidme, benditos de mi Padre! La celestial Jerusalén nos abre sus puertas. Jesús nos llama, Jesús nos espera, no os importe llevar el traje desgarrado en mil pedazos, él no se fija en la riqueza de las túnicas, él sólo quiere la pureza de las almas. Los despreciados, los oprimidos, los perseguidos por la justicia humana, los que no tenéis hogar en la Tierra, los huerfanitos que desde que nacieron lloran por su madre todos los que sufren son llamados por Jesús. Respondamos a su llamamiento con actos de humildad y de verdadera resignación. Si os insultan no respondáis con el agravio. Si os hieren pedid a Dios misericordia para los abusadores. Perdonad siempre si queréis ser perdonados. Jesús es amor y sólo el amor nos acerca a El. Y con estas pláticas y otra parecidas, aquel hombre llenaba dignamente su cometido cumpliendo su gran misión con un celo admirable, coronando, su trabajo verdaderamente evangélico el ejercicio de su buenas obras, hechas sin ostentación, sin anunciarlas a son de trompeta.

Llegaba por ejemplo un pobre a su casa, y ya se sabe que por regla general, cuando se le da pan a un pobre se le dan los pedazos sobrantes, y él cogía el pan más tierno y le decía su hija: dáselo a ese pobrecito, que ya está endurecido este pan por haberlo tenido que pedir.

En una ocasión, teniendo un hijo suyo en poder de la nodriza, ésta le vino a decir toda convulsa y azorada que el niño le parecía que estaba muerto. El acudió en seguida con dos médicos, los que dijeron que el niño había muerto de una gran caída, teniendo la señal de un golpe mortal en la cabeza y en la espalda. Teniendo el padre derecho sobrado de formarle una causa criminal a la nodriza, que no sabía

explicarle de qué manera había muerto el niño, pero tanto ella como su marido temblaban como tiemblan los delincuentes. El infeliz padre abrazó a su hijo, diciéndoles a los médicos:

-Como hombre, pediría el castigo para los asesinos de un inocente, que era el alma de mi vida. Pero como pastor evangélico, perdono a los homicidas para ser yo mañana perdonado.

Y llorando con inmenso desconsuelo, él mismo se trajo su hijo a su casa para vestirlo de blanco y cubrirle de aromadas flores.

Me detengo en dar estos detalles porque son necesarios para demostrar por qué sus palabras llevaban al ánimo más abatido la convicción y la esperanza. Porque sus frases estaban siempre acentuadas con sus obras verdaderamente evangélicas.

Entre sus predicaciones y los buenísimos consejos que de continuo me daba Engracia llegó a operarse en mi alma un cambio notabilísimo. Llegué a ser verdaderamente humilde, acepté la cruz de mi infortunio, no diré con ese placer ni con ese goce místico del creyente fanático, pero sí con el firme propósito de hacer méritos para la vida eterna.

Mi enfermedad seguía su curso, la luz se iba alejando lentamente de mis ojos cansados. Mis relaciones, unas me dejaban y otras las dejaba yo, porque me hablaban de mis nuevas creencias con el mayor desprecio, y para evitar altercados enojosos, dejaba de visitar a aquellas señoras que más me mortificaban. Con lo cual mis medios de subsistencia disminuían de un modo pavoroso. Pero como cuando se ha de vivir, se vive, una antigua amiga de mi madre, que me quería y me compadecía profundamente, porque había presenciado el curso de mi vida, durante mi infancia y mi juventud, vino a verme una tarde muy contenta, diciéndome que una sociedad de señoras filantrópicas repartía raciones a los pobres compuestas de un buen cocido y pan del superior, y ella, pensando en mí, había conseguido adquirir un centenar de bonos con los cuales tenía yo asegurado el alimento sano y nutritivo para cien días, cuidándose ella de recoger más antes de que se me concluyeran. La casa donde las mismas señoras repartían las raciones estaba muy lejos del centro de Madrid, barrio donde nadie me conocería. Ella me trataba con la misma delicadeza que cuando me conoció, para ella yo no era la pobre mujer medio ciega desatendida de

todos, no, era aún la niña mimada, la joven respetada en su decorosa medianía.

Con los bonos, me entregó un cestito muy bonito con una gran taza de porcelana con su tapadera, y cerrado el cesto nadie sabía lo que aquél guardaba. Le agradecí con toda mi alma sus cuidados, mucho más que en aquella época era la única que me los prodigaba, porque mis amistades creadas en la capilla me daban consuelos únicamente para el alma, me parecía una profanación y una mira interesada decirle a alguna de ellas mi verdadero estado pecuniario.

En aquel oasis de goces puramente espirituales, me parecía un contrasentido que penetrara la prosa de mi vida. Aquella noche fui a la capilla y justamente habló el pastor sobre la humildad, creo que nunca le escuché con más atención, porque aquella noche no encontraba yo en mi espíritu toda la humildad que yo deseaba.

Aquellos cien días que tenía ante mí con la manutención asegurada, me parecía que debían producirme un gran reposo, podía vivir sin tener que molestar a nadie, ¡qué alegría tan grande debería yo experimentar, y sin embargo, no la experimentaba!... ¿Sería sin duda porque conservaba los resabios de mi juventud? ¡Quién sabe! ¡Hay misterios, hay profundidades en el alma que nunca se llega al fondo de ellas!

Pero lo cierto era que aunque el pastor estuvo elocuentísimo pintando de un modo admirable las excelencias de la humildad, ensalzando las innumerables ventajas de la pobreza y lo que ganaba el alma resignándose con las miserias y las tribulaciones de la vida, por más que yo admiraba la profundidad de sus conceptos, la galanura de su estilo y aquella magia especial que tenía su palabra, no podía dejar de pensar con profunda tristeza que al día siguiente tenía que ir a recoger una limosna que daban por caridad.

No ir, era un desaire para la fiel amiga de mi madre que tanto se desvelaba por mí, y que tanto me complacía en lo que su pobreza le dejaba hacer. Era preciso tener valor, además, nadie sabía lo que yo llevaba dentro de aquel cestito tan primoroso, pero, ¡ay!... Lo sabía yo.

Aquella noche no dormí y me levanté mucho peor de la vista. Esto me alentó, si cabe, la alegría en el dolor, me alegré de ver menos

aquel día, porque vi más claro lo terrible de mi situación, y perdí una gran parte de aquella repugnancia invencible que yo sentía para cumplir con aquel nuevo sacrificio impuesto por mi fatal dolencia.

Salí al fin de mi casa pensando en el sermón que oí la noche anterior. Llegué al palacio donde se hacía la obra benéfica, entré en un gran patio, y vi centenares de pobres de todos aspectos, pues por algo (que entonces no pude explicarme) en aquellos momentos (que eran para mí momentos supremos), recobré una parte de la vista perdida, y pude ver perfectamente el cuadro que tenía ante mis ojos. Había pobres de todas condiciones, muchas mujeres humildemente vestidas con su mantilla, que como yo llevaban la muerte en el alma, muchos ancianos con sus raídos gabanes que parecían espectros escapados de sus tumbas, eran muchos más los pobres vergonzantes que los de oficio, y estos últimos apostrofaban a los que tenían la inmensa desgracia de no haber nacido en la miseria. Creo que en aquellos instantes pagué una gran parte de las deudas contraídas en un centenar de siglos, porque sufrí una angustia que no tiene nombre en el lenguaje humano. Quise huir, pero al mismo tiempo dije: no, es preciso llegar hasta el fin para saber las fuerzas que tiene mi alma, y me acerqué a recoger mi ración en compañía de un anciano que me dijo tristemente: ¡Ay, señora!..., ¡qué horrible es la crucifixión de la miseria!

Salí del palacio con una ligereza que parecía increíble que pudiera ir tan deprisa. Ahora me explico perfectamente lo que no me pude explicar entonces, y es que en medio de mi atroz sufrimiento sentía mi espíritu una alegría inexplicable. Como aquel que debe una gran cantidad y dice al pagarla: ¡Gracias a Dios!, que ya no debo nada a nadie, así me sucedía a mí. Estaba contenta de mí misma, sin pensar en volver jamás a aquel paraje, eso no, volver... ¡Nunca!..., así es que me perdía en un mar de confusiones, porque me decía a mí misma.

Primero he sufrido horriblemente, después me he alegrado, digámoslo así, de mi sufrimiento, y al mismo tiempo de alegrarme por nada del mundo quiero volver a confundirme con aquellos desgraciados. ¿Comenzaré a perder la razón? ¿Qué hay en mí? Y llegué a mi casa contenta y triste a la vez.

Al día siguiente, la portera de mi casa (que era una buena mujer), se encargó de presentar los bonos, y durante mucho tiempo ella y yo nos alimentamos con las raciones que repartía la sociedad

benéfica de señoras.

Desde aquel día mi espíritu se mostró más inquieto y más preocupado. Yo había creído buenamente que me había entregado en cuerpo y alma a la nueva religión que había abrazado, yo había seguido estrictamente todas sus enseñanzas, había visitado a los enfermos, había acompañado a los muertos a su última morada, había pedido ropas y dinero para socorrer a una infeliz viuda con siete hijos, había ido a la capilla todos los días de culto desafiando el frío y la lluvia, y eso que tenía que atravesar todo Madrid de punta a cabo, y los domingos recorría el camino cuatro veces. Yo no pensaba en otra cosa que en Jesús, mi mundo era la capilla. Los días festivos, cuando veía la muchedumbre que se dirigía al Prado, a los jardines de Recoletos, a la Fuente Castellana, al Retiro, al Botánico y a otros muchos puntos de recreo que tiene Madrid, miraba a la multitud con una especie de lástima, diciendo con melancolía: ¡Qué lejos están de Jesús!, y apresuraba el paso para llegar cuanto antes a mi oasis. Yo siempre era de las primeras y le guardaba el sitio a mi fiel amiga Engracia, que siempre llegaba tarde ocupada en sus obras de caridad.

Yo ya me creía salvada, contaba los meses que me faltaban para recobrar la vista suficiente que me permitiera trabajar, diciéndome a mí misma: ¡Qué vida tan tranquila pasaré! Trabajaré cuanto pueda, haré ahorros para socorrer a los ciegos, y mis únicas alegrías vendré a buscarlas en este rincón, en este humilde templo, ¡aquí está Jesús, aquí está la verdad, aquí está la paz del alma y la salud del cuerpo! Y cuando menos lo esperaba se presentó la rebeldía de mi espíritu, no aceptando aquella nueva humillación.

Aquel alarde de libre voluntad me sobresaltó, haciéndome las reflexiones siguientes: Allí había mujeres distinguidas y ancianos que aunque mal vestidos se conocía perfectamente que habían vivido en otra esfera, pues si ellos iban, si ellos se resignaban con las crueles alternativas de su destino, ¿por qué no me resignaba yo deseosa como estaba de hacer méritos para ser agradable a los ojos de Jesús? ¿Qué había en mí? Y muy preocupada le pregunté a un médico materialista (hombre muy sabio) qué es lo que había en mí, que aún conservaba independencia bastante para sacudir el yugo que una religión me imponía.

-Hay, que Ud. no ha sido ni será nunca fanática creyente. Ud. se hace la ilusión que ha encontrado el puerto, y su inteligencia no encontrará jamás la playa deseada.

-No, no es eso. Yo en la capilla evangélica me encuentro muy bien, y hallo muy razonables las oraciones, los himnos, los discursos del pastor, todo el culto me satisface, sus enseñanzas no pueden ser mejores, sus prácticas tampoco.

-Vamos, ya veo que Ud. no recuerda que me ha dicho muchas veces: Yo quisiera que el pastor explicara por qué unos nacen tan dichosos y otros tan desgraciados. Yo estoy muy contenta con saber que Jesús me tenderá sus brazos, pero... ¿Por qué causa he sufrido desde que nací? ¿Por qué cayó sobre mí el castigo antes de haber pecado? ¿No se acuerda Ud. de esto?

-Sí que me acuerdo, pero he tratado de no profundizar para vivir más tranquila, y ahora me encuentro con una salida de tono que me disgusta en gran manera.

-¿Sabe Ud. quién le daría explicación de lo que Ud. siente?

-¿Quien?

-Unos nuevos locos que creen con la mejor buena fe del mundo que el alma vive, mejor dicho, el espíritu, que así le llaman ellos a la fuerza inteligente que da vida al organismo humano: pues bien, ellos afirman (muy seriamente) que el espíritu vive de toda eternidad, encarnando tantas, cuantas veces lo necesita, en la Tierra y en otros mundos. Y esa serie de existencias le sirve para adquirir conocimientos, perfeccionarse y pagar a la vez los desmanes, las felonías, las traiciones, los atropellos y demás abusos cometidos en otras encarnaciones. Ud., por ejemplo, tiene la pesadilla con sus ojos, pues esto para los cándidos y crédulos espiritistas, sería la prueba inconclusa de que Ud. en otros tiempos ha hecho muy mal uso de sus ojos o ha dejado ciego a más de un prójimo, y ahora recibe el castigo ***por de más pecado había.***

-¿Y en dónde se reúnen esos locos (como Ud. dice)?

-En una buena casa de la calle de Cervantes, no recuerdo el

número, y no crea Ud., que hay entre los espiritistas hombres de muchísimo talento que escriben admirablemente. Publican varios periódicos, a mí me mandan **El Criterio**.

-¿Conserva Ud. algún número?

-Por mi parte ni lo leo siquiera. Mi esposa y mi hijo suelen leerlo para reírse de los fenómenos y de las apariciones de los espíritus, y luego... no sé qué hacen del bienaventurado **Criterio**.

-Pues yo le ruego encarecidamente que le pregunte a su esposa si tiene por casualidad algún número, y si lo conserva, me lo trae enseguida, déjeselo a la portera para no molestarse en subir tantos escalones, que me ha llamado la atención lo que piensan esos locos.

-Buena la hemos hecho, ahora caigo en la cuenta que será Ud. muy capaz de hacerse espiritista. Esto sí que sería gracioso: que un materialista de **pura raza** le proporcionase a Ud. los medios de conocer el Espiritismo. Pero en fin, la Naturaleza es muy sabia, y si Ud. sólo pensase en su dolencia, la habrían enterrado hace muchísimo tiempo. Y divagando entre Jesús y sus seráficos **pastores**, y averiguando si el espíritu de su abuelo está en el planeta Marte o en el lejano Neptuno, irá usted pasando los días de la manera más entretenida sin hacerle el menor daño a nadie. Yo le prometo que si mi mujer no ha destruido **El Criterio** (que es muy amiga de romper papeles) iré a la sociedad Espiritista Española y les diré: Denme un número de su sabia revista y cuenten desde hoy con una compañera más para ir al manicomio de Leganés. Porque, lo que es Ud., o mucho me engaño o se hace espiritista al vuelo. Los poetas son unos locos inofensivos, Ud. desde niña ha escrito renglones **cortos y largos** (como llama Zorrilla a los versos). Es usted entusiasta de todo lo maravilloso, y como es una maravilla de primer orden eso de que **hablen los muertos**, Ud. hablará dentro de poco con media Humanidad de la cual no queda en la Tierra ni un miligramo de sus cenizas.

Mi buen amigo se despidió sonriendo bondadosamente, diciéndome: Hasta mañana, que le traeré **El Criterio**.

Con viva ansiedad esperé el día siguiente. Mi amigo no se hizo esperar, me trajo un número del periódico espiritista antes citado, me leyó un artículo y antes de concluirlo, le dije con el mayor entusiasmo:

-Amigo mío, el Espiritismo ¡es la verdad!

Capítulo 5.

Al decirle yo a mi buen amigo que el Espiritismo era una verdad, él se sonrió moviendo la cabeza, diciéndome con acento melancólico:

-Eso es una utopía más, Amalia. Un nuevo delirio de la Humanidad, ayer estaba Ud. tan contenta con su capilla, con su buen pastor, con sus compañeras, y por una llamarada de un algo, que no sé qué nombre darle para no herir su extremada susceptibilidad, pero que sin duda responde a la educación que le dieron a Ud., se ha preocupado de tal manera que ya su religión no le satisface y quiere irse en pos de una locura superior a todas las demás, porque eso de hablar los muertos, es la farsa de todas las religiones, es la trama que sirve para tejer todos los milagros, profecías, apariciones, avisos del cielo, y telegramas del infierno, y no contentos los farsantes con haber engañado a los buenos creyentes, ahora toman otro rumbo y hablan los muertos por todas partes. Y a la mentira de las mentiras la bautizan los entusiastas y los amantes de lo maravilloso con el nombre retumbante de la verdad.

-Será todo lo que Ud. quiera, pero yo quiero estudiar el Espiritismo y creo que tengo hasta obligación de hacerlo, puesto que mi razón me obliga a buscar un puerto donde encuentre la fe y la luz que me falta.

Yo creo que cuando una religión no responde con sus argumentos concluyentes a las preguntas que le hacen los que rezan su credo, aquella religión no reúne la suma de conocimientos necesarios para llevar el convencimiento racional a sus adeptos.

No crea Ud. que seré ingrata con el hombre generoso que me ha hecho conocer la existencia de Dios, ni dejaré de amar a esa gran figura llamada Jesús, que si para ser Dios es pequeña, para considerarle como los demás hombres, tiene la grandeza y la

excelsitud de un Dios.

Pero, ¿qué quiere Ud. que yo haga si me he encontrado con un problema que no puedo de ningún modo resolver? ¿Por qué si yo me entrego en cuerpo y alma a una religión aceptando su credo y sus mandamientos, no he de obedecer ciegamente sus enseñanzas? ¿Por qué hay en mí algo que se rebela? ¿Por qué a pesar de haber escuchado un sermón admirable en el fondo y en la forma sobre la humildad, la paciencia y la resignación en las tribulaciones de la vida, he dicho resueltamente: no quiero hacer esto? ¿Por qué no puedo resistir semejante humillación? Esto que queda en mí, ¿qué es? ¿Por qué si yo quiero ser como las piedras de la calle, *que todo el mundo las pisa, y no se quejan de nadie* (como dice el cantar popular) no puedo serlo? ¿Por qué hay en mi mayor cantidad de orgullo que en aquellos Infelices que vi en torno mío? Si yo procuro convertirme en el ser más humilde, ¿por qué me es Imposible conseguirlo?

Si es que hay en mí mayor cantidad de vicios, ¿por qué los tengo? Si al nacer todos somos (como suele decirse) un pedazo de carne con ojos, ¿por qué aquél es un bendito y yo un condenado?, ¿qué he hecho yo en esta existencia para merecer el peso del infortunio?, ¿por qué si había de vivir sola en el mundo, me han dado una sensibilidad extremada y un deseo insaciable de ser querida? Si Dios es la suma perfección, ¿cómo hace obras tan imperfectas? Yo saco la consecuencia por mí misma. Yo amo la luz sobre todas las cosas de la Tierra, y mis ojos apenas me dejan ver los reflejos del Sol.

Yo adoro la libertad, la independencia en todas las acciones del hombre, y vivo esclava de la impotencia y de la miseria. ¿Dónde hay un ser más imperfecto que yo? Y tal como soy, ¿he salido de las manos del Creador? Mentira, aquí hay un misterio que quizá el Espiritismo explicará. Yo le ruego por lo que Ud. más quiera en la Tierra (que sin duda será su familia) que pida en la Sociedad Espiritista todos los números que quieran darle de *El Criterio*. Diga Ud. que son para un ciego que busca la luz.

Mi buen amigo mi miró fijamente, estaba emocionado y me dijo con tristeza:

-No sé por qué, las quejas de Ud. me han conmovido. Sus amargas verdades revelan que piensa Ud. demasiado. Yo le prometo

traerle periódicos espiritistas, porque aparte de no ser verdad, el Espiritismo es muy consolador.

Mi amigo cumplió su palabra, me trajo muchos números de *El Criterio* y él mismo me los leía, y como el que entra en un gran edificio y al recorrerlo va por sí mismo abriendo y cerrando las puertas así fui yo cerrando tras de mí las puertas de las fábulas religiosas. Adán y Eva con su incalificable pecado, y Caín el maldito, con su señal en la frente para que todos conocieran su infamia (cuando en el mundo no había habitantes), y otros absurdos por el estilo, todo lo aparté de mi razón y me di palabra a mí misma de estudiar el Espiritismo, pero tropezaba con gravísimos inconvenientes: primero mis ojos, que aún no habían recobrado toda la luz prometida, después el no tener dinero para comprar las obras espiritistas, que yo bien comprendía que no eran libros para ser leídos sino para ser estudiados y consultados muy a menudo. Pero como dicen que querer es poder, no descansé hasta encontrar una familia espiritista que tenía las obras de Allan Kardec, se las pedí prestadas y las fui leyendo poquito a poco, pues sólo podía leer una media hora por la mañana, y esto descansando de veinte en veinte renglones.

Al comenzar a leerlas adquirí la completa, la absoluta convicción de que el Espiritismo era la verdad de todos los tiempos, y di principio a una serie de estudios con el mejor éxito. Los días que iba a la capilla leía y volvía a leer muchas veces algunos párrafos de *El Libro de los Espíritus*, y con el pensamiento fijo en lo que había leído y comentado, comenzaba a escuchar atentamente lo que el pastor decía. Al principio, como yo no había profundizado los estudios en el Espiritismo, el pastor destruía con sus argumentos una gran parte de los conceptos filosóficos que yo llevaba en mi mente, pero el tiempo fue transcurriendo y meses después era mi razón la que destruía sus argumentos, y ya no era la capilla un oasis para mí. Miraba con el mayor cariño cuanto en ella había, pero mi espíritu veía en aquel culto, en aquellas prácticas religiosas, un estacionamiento y un desconocimiento total de la verdadera historia de la Humanidad.

Una mañana, estando en mi casa cosiendo una túnica que hacia tres meses que me la estaba componiendo, pues sólo podía coser unos quince minutos cada día (y a veces no seguidos), sentí en la cabeza una sensación dolorosa y extraña. Me pareció que toda ella se había

llenado de nieve, tal frío experimenté en la frente y en las sienes. Después, me pareció escuchar voces confusas: presté atento oído y creí oír esta breve palabra: ¡Luz!...

¡Luz! ¡Luz quiere mi alma y mis ojos! (grité sobrecogida por una Impresión Inexplicable). Luz necesito. ¡Dios mío!..., y sin saber por qué, lloré, pero no lloré con amargo desconsuelo, muy al contrario, aquel llanto parecía que me daba la vida. Sin darme cuenta de lo que hacía, me miré al espejo y lancé una exclamación de júbilo y de asombro indescriptible al ver que mis ojos estaban perfectamente abiertos, como hacia muchísimo tiempo que no me los había visto, puesto que siempre tenía los párpados tan caídos que parecía Imposible que pudiera ver lo poco que veía.

¿Habrá llegado la hora de recobrar mi libertad?, pregunté en alta voz (como si alguien pudiera contestarme).

-Sí -murmuró una voz muy lejana.

Oír aquel *sí* y echar a correr a ver a mi médico todo fue uno. Dr. Hysern me miró fijamente y estrechando mi mano entre las suyas me dijo con la mayor seriedad:

-Amalia, demos gracias a Dios, desde mañana podrá Ud. trabajar sin exceso. Acuérdesse Ud. de lo que ha sufrido, y no cometa imprudencias, aún tiene que tomar medicina más de un año.

Cuando se siente mucho, el hombre es aún muy torpe para manifestar lo que siente. Y yo sentía tan Inmensa gratitud que no le dije a Dr. Hysern una palabra, pero él debió comprender el estado de mi espíritu porque me dijo sonriendo: Ya sé que para Ud. soy un santo en la Tierra. Pídale Ud. a Dios que la ciencia de Hannemann, siga haciendo prodigios. Desde aquel día (para mi memorable) comencé una vida nueva. Con la mayor actividad, busqué trabajo y lo encontré enseguida, y me puse a coser con tal alegría que parecía que había heredado una gran fortuna. Firme en mi buen propósito de seguir estudiando el Espiritismo, quise tener todas las revistas espiritistas que se publicaban en España, y no encontré medio mejor que colaborar en ellas.

Comencé mandando a *El Criterio* una poesía, exigiendo que si no les gustaba me la devolvieran. Pasó algún tiempo, y viendo que nadie

me contestaba, escribí de nuevo, y entonces recibí una carta muy atenta del vizconde de Torres Solanot, con un ejemplar de su obra ***Preliminares del Espiritismo***, y mi poesía, que por abundancia de original no se publicaba.

No me desconcertó en lo más leve la devolución de mi humilde escrito, sino que inmediatamente la envié al director de ***La Revelación*** de Alicante, y el secretario de la sociedad alicantina me contestó a vuelta de correo ofreciéndome las columnas de ***La Revelación***.

La alegría que yo sentí entonces fue tan inmensa como cuando me vi con los ojos bien abiertos. ¡Escribir en la prensa espiritista! ¡Ponerme en relación directa con aquella nueva familia que había encontrado! ¡Hablar con los espíritus!... ¡Qué horizonte tan espléndido se presentaba ante mis ojos!.. ¡Qué vida tan activa! Porque al tener relaciones con la sociedad de Alicante, le pedí una recomendación para poder asistir a las sesiones de la Espiritista Española. Y una noche me presenté con mi carta de recomendación en el centro de la calle de Cervantes, donde encontré escogida concurrencia, que no me causó tan dulce impresión como el grupo de sencillas mujeres que encontré en la capilla evangélica.

Entregué mi carta al conserje, éste me colocó en muy buen sitio para ver y oír a los oradores, y entre aquellas mujeres elegantes y aquellos hombres distinguidos, sentí mucho frío en el alma recordando la capilla y su grey, como recuerda el niño perdido, los brazos amorosos de su madre, pero me hice cargo que yo había ido allí a estudiar, no a buscar simpatías.

El adormecimiento, la quietud hasta cierto punto agradable de las religiones, no era lo que yo necesitaba. Descansar en brazos del trabajo de otros no da al espíritu más que un reposo momentáneo, y el conocimiento exacto de las cosas es lo que da al hombre tranquilidad más duradera.

Comenzó, por fin, la sesión, que era de controversia con la escuela católica, y me entusiasmé con los elocuentísimos discursos de García López Huelbes y Corchado; mientras ellos hablaron me pareció que estaba en otro mundo, y desde aquella noche no perdí una sola sesión, sin dejar por eso de ir a la capilla. A este último lugar me llevaba la gratitud, y a la sociedad espiritista un deseo vehementísimo

de adquirir conocimientos de la vida de ultratumba.

Con mi asiduidad me creé algunas amistades entre las señoras espiritistas, pero ninguna de ellas tan consecuente y tan verdadera como la de mi fiel amiga Engracia, que sabiendo los estudios que yo estaba haciendo en el Espiritismo, me decía muchas veces:

-Pero aquí entre nosotras, ¿no estaba Ud. bien?

-Mejor que en ninguna parte -le decía yo-. ¿Tú crees que allí voy a buscar afectos? No. Lo que yo busco es la historia de mi ayer, la causa de mis dolores de hoy. No le basta a mi razón creer que Jesús intercederá con su divino Padre para que éste me reciba en su reino. Yo necesito saber por qué tengo las alas del águila, y me he de arrastrar por la tierra como las tortugas. Porque amando la luz he de vivir poco menos que en tinieblas. Porque aunque ahora veo mucho mejor, comprendo perfectamente que mis ojos se asemejan a esos enemigos implacables que se ocultan en la sombra saboreando el placer de pensar en su venganza, hasta que encuentran ocasión propicia de exterminar a su enemigo.

¿Crees tú que yo me creo salvada de caer en el abismo de la ceguera? Estás en un error, la vida cuesta muy cara, y para ganarme el sustento, pagar una modestísima habitación y presentarme entre la gente con un vestido limpio, he de trabajar mucho, y mis ojos, cuando llega la noche, se resienten del abuso que he hecho de ellos, y antes que me llegue otra crisis, quiero saber si me he de cruzar de brazos diciendo humildemente: ¡Señor, hágase tu santa voluntad! O si tengo obligación de preguntarle a mi pasado el *porqué* de las amarguras que afligen mi presente.

Puedes creer que yo era hasta dichosa en el quietismo de mi nueva religión, pero, ¿de qué me sirvió aquel sueño en un momento supremo? De nada. Me desperté, hice uso de mi voluntad sin poderme explicar de dónde nacía mi rebelión imprevista, y me convencí que estaba más ciega del alma que del cuerpo, y para vivir es necesario *ver*. ¿No te causa penosa impresión ver a un ciego apoyado en su báculo?, ¿cómo titubea para seguir un camino y los golpes que recibe si no se detiene a cada momento? Pues hazte cargo que el espíritu que ha vivido creyendo en la eficacia de una religión, confiando en las plegarias de su buen pastor, cuando deja la Tierra se encuentra que si

no ha procurado engrandecer su historia, si él por sí mismo no ha puesto en práctica grandes virtudes, ya puede haber estado rezando toda su vida hundiendo su frente en el polvo, que estará como el ciego de la Tierra, sin saber si es la vida el principio de la muerte, o es la muerte la aurora de otra vida.

La verdad eterna no se encuentra mirando al suelo, se halla abriendo los ojos del entendimiento y preguntando a nuestra historia dónde escribimos su primer capítulo. Yo en el Espiritismo, no creas que pienso encontrar paz y calma, porque el convencimiento de mi inferioridad no me producirá más que tristeza, y en muchas ocasiones amargo desaliento. Pero yo quiero conocer la verdad para ir por el camino más recto. No quiero vivir como he vivido, creyendo que todos tenían derecho para despreciarme porque era pobre y estaba enferma. No, quiero saber si puedo engrandecerme, si me es posible libertarme de la esclavitud, si me es dado corregir una mínima parte de mis muchos yerros, si me será factible servir de algo a mi gran familia, porque... ¡Si tú supieras que ideas tan grandiosas surgen en mi mente! ¡Si tuviera tiempo para escribir, cuánto escribiría!... Yo siento en mi nueva vida, comprendo perfectamente que me rodean muchos espíritus. ¡Y si tú supieras qué bien hablan algunos seres de ultratumba!... Yo he visto escribir a hombres ignorantes comunicaciones asombrosas, niñas inocentes han escrito tratados de moral admirables, hay médiums que hablan y rien mientras escriben consejos filosóficos cuya profundidad maravilla.

Engracia me escuchaba en silencio y nada me respondía, y yo seguía mis estudios luchando con las contrariedades de la vida, cuando una tarde vino a verme una señora que durante mi larga dolencia había hecho algo por mí, y por influjo de ella tenía aún, casa gratis en el taller de pintura. Su visita, sin saber por qué, me entristeció, pues era de las personas que más se reían de mis estudios y que más me mortificaban con sus chanzonetas y sus vulgares bufonadas, y a la que nada contestaba, recordando siempre que por mediación de ella había encontrado un rincón donde dormir, y que muchas veces en su casa había calmado esa angustia indescriptible que se llama *hambre*.

Yo agradecía muchísimo sus beneficios, pero me era muy doloroso ser objeto constante de sus burlas y de sus mal intencionadas sátiras. Cuando entró me miró sonriendo y me dijo:

-Aunque Ud. no merece que yo me interese por su vida, pues parece que la aconseja el demonio yendo siempre por esos andurriales de las capillas evangélicas, donde no hay más que chusma, y para acabarlo de componer va Ud. luego a la sociedad espiritista, donde según me han dicho, no van más que mujeres medio perdidas y hombres sin oficio ni beneficio. Antes que acabe Ud. de volverse loca quiero hacer una obra buena en memoria de mi hija Eugenia que está en el cielo.

Ya sé que los dueños de este taller se van a Italia y se quedará Ud. sin casa, yo con la herencia que he tenido de mi hermana puedo vivir muy en grande, ¡gracias a Dios! Ya he tornado un piso magnífico, que amueblaré con magnificencia, así es que los muebles de mi gabinete azul se los cederé a Ud., le daré en mi casa dos habitaciones lujosamente amuebladas, con la cama colgada, en fin, todo bien concluido. Comerá Ud. conmigo, le daré diez duros mensuales y toda la ropa que yo desecho, que ya Ud. sabe que es mucha y buena, y Ud. no tendrá más obligación que acompañarme a paseo y coser algún rato por la mañana. Algún domingo (no todos) podrá Ud. ir a su capilla una vez al día, y de la sociedad espiritista despidase usted, porque créame, Amalia, para ir a Leganés siempre tiene Ud. tiempo.

Escuché su relato sin interrumpirla, y cuando concluyó de hablar me quedé mirándola sin saber por dónde comenzar, porque sabía que mi negativa le produciría viva contrariedad. Mas la vida de aquella señora no era todo lo digna que las leyes morales exigen, y ni un momento titubeó mi mente en rechazar su oferta.

-Vamos, ¿Y qué me contesta Ud.? ¿Será capaz de no aceptar lo que le ofrezco? ¿Le parece a Ud. que ganará poco? Pues le daré doce duros que podrá imponer en la Caja de Ahorros todos los meses, y andando el tiempo tendrá un capitolito para el día de mañana.

-Yo le agradezco muchísimo su ventajoso ofrecimiento, pero..., no puedo aceptarlo.

- ¿Es posible? Ud. está loca sin remedio. ¿No sabe Ud. que si sigue trabajando como hasta aquí, dentro de poco estará como antes?

-Ya lo sé, pero me he propuesto ir por el camino estrecho, esto

es, quiero estudiar lo que he sido. Mi vida no me satisface, las comodidades que Ud. me ofrece tienen para mí un dejo amargo. Sigamos cada cual su camino, no me guarde rencor porque quiero ser libre. Aunque en vísperas (como dice Ud. muy bien) de caer otra vez en el abismo en que he vivido tanto tiempo, hay la ventajosa diferencia de que antes lo ignoraba todo, y ahora estoy estudiando la verdad eterna.

Ayer me creía un estorbo en el mundo, me conceptuaba un cero sin valor en la suma social, no puse fin a mis días por no encontrar el secreto de morir sin dolor. Ignoraba por qué había nacido y creía que al morir nada quedaría de mí. Vivía en medio de la sombra, no distinguiendo el más leve rayo de sol. Buscaba el alimento como lo busca el, bruto. Mi yo pensante, mi inteligencia, dormía. Puesto que no pensaba más que alimentar el cuerpo, llegué a perder toda noción de independencia y de libertad. Al mismo tiempo que se extinguía la luz de mis ojos se extinguía también la luz de mi entendimiento, conceptuándome una *cosa animada*, como llamaba Aristóteles a los esclavos.

En cambio, desde que he comenzado a estudiar el Espiritismo, me considero un espíritu con los mismos derechos y los mismos deberes que todos los hombres que pueblan la Tierra. Sé que no soy víctima de la arbitrariedad de un Dios caprichoso que crea según su antojo ángeles inocentes y demonios rebeldes, que nacen malditos porque Dios les dice: id a sembrar la discordia entre los hombres. No, no, eso es un absurdo inadmisibile. Ya sé que me animó su aliento y me dijo en la noche del tiempo: ¡Átomo luminoso, animado por la inteligencia eterna! ¡Chispa brillante desprendida por mi voluntad del volcán inmenso, donde están en ebullición los soles que mañana iluminarán el Universo! ¡Cruza el infinito! ¡Asimilate si quieres las virtudes de otros espíritus que antes que tú han luchado en los mundos, o embriégate con las pasiones y adormécete con los vicios si te sientes inclinado a rodar por los abismos, y emplea después tu fuerza y tu trabajo para subir desde las cavernas de la sombra a las eternas regiones de la luz!

Ya sé que no soy de una casta inferior, a la raza que habita en los pueblos civilizados. Puedo llegar a ser tan sabio como Sócrates, tan elocuente como Demóstenes, escultor sin rival como Fidias, y pintor

tan célebre como Apeles. Puedo adquirir el máximo de las santidades conocidas en la Tierra. Y todo este progreso depende únicamente de mi voluntad. Ud. me mira y se ríe, y me dice con su risa que según su parecer ya no tengo mi juicio completo. No se figure Ud. que mi adelanto creo que será en esta existencia, siendo como es de expiación, o sea, un saldo de cuentas atrasadas. No, señora, no. Quizá por esta vez sucumba en un hospital o en un rincón humilde, rodeada de mujeres piadosas tan pobres como yo, pero por esto no dejaré de haber pagado muchas deudas con lo cual quedaré más libre, ni habré dejado de adquirir algunos conocimientos que me habrán llevado a terreno más firme del que he pisado en otras existencias.

-Pero mujer de Dios, ¿qué adelantos quiere Ud. hacer si todo le falta para vivir? Porque de Ud. se puede decir que tiene comida para hoy y hambre para mañana. ¿Qué hará Ud. para instruirse e instruir a los demás? Ud. apenas puede leer porque en seguida se cansa. Escribir menos mal, pero se tiene que ganar la vida y no puede perder el tiempo emborronando papelotes. Ud. misma lo dice, no soy yo la que lo invento. Por eso, créame Vd., véngase conmigo y deje que los demás se arreglen, que el Espiritismo por un loco más o un loco menos no perderá ni ganará importancia.

-Se lo repito señora, yo agradezco muchísimo su ofrecimiento, pero he vislumbrado la verdad y quiero trabajar en la propaganda del Espiritismo, lo que a su lado no me sería posible hacer.

-Bueno, bueno, ya se arrepentirá algún día.

-No lo creo.

-Es que ya no tiene Ud. casa, el taller se cierra mañana.

-Ya lo sé, ya tengo tomada una habitación en el cuarto de enfrente en compañía de una familia muy buena, una viuda con dos hijas que la mayor es planchadora.

-Y prefiere Ud. vivir con esa gente, en un palomar, a estar como una señora, en una casa magnífica en el centro de Madrid, ¡qué necedad!

-Esa gente, señora, me enseñará en su pobreza lo que Ud. por esta vez, desgraciadamente, no me puede enseñar.

Mi interlocutora nada me contestó, y sin darme la mano, sin decirme adiós siquiera, salió del aposento dirigiéndome una mirada despreciativa.

Al día siguiente me trasladé a mi nueva habitación, que era muy pequeña, pero muy alegre. Sus blancas paredes se reían cuando les daban los rayos del Sol, que entraban por una gran ventana que daba al tejado. Mi cuartito parecía una salita de muñecas, y al entrar en él sentí un placer indefinible, había roto todas las ligaduras que me habían puesto la miseria y mi enfermedad. Ya no tenía casa gratis, aquel cuartito era mío, y delante de aquella hermosa ventana desde la cual veía el cielo escribí los primeros artículos sobre Espiritismo.

Como un recuerdo de imperecedera gratitud, copio a continuación el primer artículo que leí en ***El Criterio***, el cual me hizo decir: ¡El Espiritismo es la verdad! No llevaba firma y lo siento, ocupaba la primera plana del número 9 del año 1872.

La Fe Espiritista

No reconocemos más que una autoridad y un dogma, la verdad. Antes que nuestras creencias se arraiguen en nuestra conciencia, han sido analizadas por nuestra razón. Nuestra fe ha sido ayer nuestra duda, y nuestras dudas de hoy grandes, porque es mucho lo que nos queda que saber todavía, porque es insignificante lo que hemos explorado en el campo que descubrimos, serán nuestra fe de mañana.

La facilidad con que todas las religiones se han subdividido hasta ahora en sectas, que formaron cuerpo de doctrina aparte del centro originario donde se habían creado, es una prueba de lo ingratas que han sido con la razón humana, de la violencia con que han planteado sus dogmas. Y por consiguiente de la inarmonía en que han vivido con la verdad y hasta con la naturaleza, esa providencia inevitable a través de la cual tiene que buscar el alma a su Creador.

Las religiones han cumplido con su misión. Las hemos visto no sólo encauzar el sentimiento de los hombres según sus necesidades y

aspiraciones de los pueblos sobre los cuales han dominado, sino también responder inmediatamente al deseo que induce al corazón humano a creer y esperar en algo concreto y definido, sin género de vacilaciones y dudas.

El Espiritismo cumplirá también la suya. No se funda en la necesidad arbitraria de un deseo, sino en la necesidad de la razón. Viene lentamente, con esa lentitud con que la pequeña nube invade todo el cielo, marchando con la ciencia y sin enemigos, porque no ha creado enfrente de sí ese poder del mal, que sin existir, su sola idea ha dejado sobre las pasadas generaciones densas tinieblas, huellas de sangre, ignorancia y horrores sin cuento.

El Espiritismo no se presenta, pues, envuelto en el misterio. Viene con la naturaleza, rechaza lo violento e inarmónico. Sus dogmas tendrán que ser axiomas cuando fije como incontestables los principios que sustenta. No necesita ciegos prosélitos ni apasionados campeones, sino amigos insaciables del bien y constantes partidarios en el campo de la sabiduría.

El Espiritismo lo invade todo. Busca el medio de mejorar las condiciones así morales como materiales del hombre. Busca su bienestar así en la Tierra como en los cielos. Estudia en la historia a la Humanidad, con el geólogo el planeta, con el químico la materia, con el antropólogo y el fisiólogo al hombre, con el astrónomo el movimiento de los mundos. Registra desde el génesis hasta el Apocalipsis, desde los Vedas y Confucio hasta los libros de las teogonías más modernas, para rebuscar en ese sagrado depósito humano algo tradicional que añadir a la verdad.

Nuestra fe nadie nos la impone, nosotros nos la creamos. Y sentimos así que nuestro corazón se ensancha, y que nuestro espíritu se agita. Algo hay en torno nuestro sobre nuestras cabezas y a nuestros pies. Y este algo lo invocamos, y nos responde y nos alienta para marchar al porvenir. Y marchamos seguros de encontrar más allá el bien. La razón nos guía, y con ella cada vez vemos más claro el camino que emprendemos. Siendo esta luz inextinguible, ¿cuál será nuestra felicidad?..

No, no reconocemos más que una autoridad y un dogma, la verdad.

Ya que he copiado el artículo que me hizo conocer y admirar el Espiritismo, copiaré mi primera poesía espiritista, con la cuál pedí hospitalidad primero a ***El Criterio*** y después a ***La Revelación*** de Alicante, que la publicó en el número 27 del año 1873.

La Calumnia.

*¡Calumnia abominable!..., el luto y el espanto
difundes por do quiera; ¡fatal es tu misión!
Los ojos más serenos anublas con el llanto,
y arrancas despiadada la paz del corazón.
En todas partes dejas tristísima memoria;
unida estas al hombre con invisible imán:
profanas con tu aliento el libro de la historia
y crédito los siglos a tus sofismas dan.
A veces el acaso te arroja de tu trono
y pierdes en un soplo tu fuerza y tu poder;
mas tornas a la lucha con implacable encono,
y a la verdad humillas, y vuelves a vencer.
La condición humana acepta la impostura
y a la verdad rechaza cual sombra que da horror;
y si al mortal no halaga la ajena desventura
escucha indiferente la queja del dolor.
Es triste confesarlo; mas con desdén profundo
contempla la desgracia la turba mundanal.
¡Ay!... ¡Pobre del que llora! Que le desdeña el mundo*

*porque sus ayes turban su impura bacanal.
Amaos unos a otros, nos dice la Escritura,
y odiarnos mutuamente, nos pareció mejor;
la envidia y la calumnia que son de igual hechura,
buscáronse y se unieron la sombra y el terror.
¡Qué mundo tan pequeño es éste que habitamos!
Sin duda por sarcasmo se llama a esto vivir;
cobardes y mezquinos en todo nos mostramos:
la educación tan sólo nos llega a corregir.
Mas queda la semilla del mal en nuestro pecho,
y siempre fructifica con tal fecundidad,
que el más leve accidente presenta al punto el hecho
que el hombre lleva el germen en sí de la impiedad.
¿En esos otros mundos será mejor el hombre?
Sin duda debe serlo si está cerca de Dios:
¿Tendrá distinta forma?... ¿tendrá distinto nombre?
¿Irá como en la Tierra de su codicia en pos?
No, no; debe ser grande y hallarse revestido
de un algo poderoso que irradie clara luz:
debe ostentar su frente el sello bendecido
que a la virtud legara El que expiró en la cruz.
¡Oh!, ¡cuánto anhela mi alma llegar a esas regiones!
¡Aquí me falta espacio!, ¡aquí me falta fe!...*

*Pues veo luchar tan sólo mezquinas ambiciones
y no encuentro los seres que en mi ilusión soñé.
¡Oh, Ser omnipotente!, que acabe mi destierro,
¡qué lenta es mi agonía! ¿Por qué tanto sufrir?
Aquí mi frente oprime un círculo de hierro...
Permíteme que muera para después vivir.
Vivir entre otros seres, sin que calumnia impía
arroje en mi camino su rayo destructor;
en donde siempre brille el luminar del día,
en donde encuentre el alma inextinguible amor.
Ese amor noble y grande, inmaterial, profundo,
amor que desconoce la pobre Humanidad;
¡Oh, Ser omnipotente! Yo quiero ir a otro mundo;
que aquí hay hombres que niegan la luz de tu verdad!.*

Capítulo 6.

Nunca olvidaré el tiempo que viví en mi pequeño cuartito, ¡allí todo era luz! Luz penetraba por la hermosa ventana, luminosas parecían las paredes porque eran más blancas que la nieve, y luz irradiaba la humilde familia a la cual me reuní. Admirando sus virtudes aprendí a respetar a la clase obrera, porque como yo, en medio de mi modesta medianía, en mi juventud no me traté con la gente del pueblo, no podía comprender lo que valían los hijos del trabajo. Y después, como la clase pobre no es la que proporciona ocupación, cuando me tuve que ganar el pan con el sudor de mi frente estaba en contacto con personas ricas y siempre vivía con familias pobres, pero distinguidas, que guardaban todos los miramientos sociales, y que no salían a la calle las mujeres sin su mantilla y los niños sin su sombrero. Así es que desconocía por completo lo que era la gente del pueblo, pues sólo había tratado con una anciana fosforera muy poco tiempo, a la cual debí respetuoso cariño.

Tengo un gran placer en recordar a la honradísima familia a la cual me reuní, cuando rompí todos los lazos que me ligaban a la época más horrible de mi vida.

Eran madre y dos hijas. La mayor era planchadora, y a la pequeña pensaban darle el mismo oficio. La madre era una buena mujer, pero su hija Francisca era un ángel en toda la acepción de la palabra. Se levantaba cuando aún las estrellas enviaban sus fulgores sobre la Tierra, y cuidando de no hacer ruido, encendía el hornillo y preparaba su trabajo para ponerse a planchar hasta las doce de la noche, sin más descanso que el breve rato que empleaba para almorzar y comer, porque la cena siempre la hacía de pie doblando camisas. Y a pesar de un trabajo tan continuo y tan penoso, la más dulce sonrisa se dibujaba siempre en su pequeña boca. Cantaba como un canario, nunca se impacientaba ni se quejaba de su suerte. Sumisa a la voluntad de su madre, trabajaba sin descanso sin pedir en recompensa de su constante sacrificio el ir el día de fiesta ni a un baile ni a un teatro ni a

un paseo; para ella todos los días eran iguales. Simpatizamos tanto, que los domingos, cuando tenía algún ratito libre, me preguntaba que era eso de los protestantes y de los espiritistas, escuchándome atentamente cuando yo le explicaba lo poco que sabía.

Le gustaba muchísimo verme escribir, seguía con ávida mirada las líneas que yo iba trazando, y a no haber sido por su madre me hubiera acompañado a las sesiones espiritistas, porque le llamaba vivamente la atención que se *viviera muchas veces*.

Francisca no se trataba con nadie, sólo salía cuando el dueño de la camisería la mandaba llamar para encargarle algún nuevo trabajo más delicado que los demás. Y a pesar de vivir en un círculo tan reducido, ¡cómo tendía sus alas aquel espíritu! ¡Y eso que apenas sabía leer!

Mi alma fatigada, fatigadísima, descansaba dulcemente en aquella atmósfera de trabajo, de resignación y de inocentes alegrías, porque Francisca con sus cantos populares, era capaz de alegrar a un difunto. Mientras ella planchaba yo cosía ropa blanca y estábamos las dos tan contentas. Los domingos escribía mis primeros artículos para enviarlos a *La Revelación*, y cada vez que concluía un escrito sentía un placer Inexplicable.

Por ir a velar a un enfermo, conocí a una familia protestante y espiritista, compuesta de madre, hija y tres niños. Con la hija, que era viuda, Intimé rápidamente. Al vernos la primera vez estuvimos hablando más de tres horas, y ambas quedamos convencidas que no era aquella la primera vez que nos veíamos.

Con mi nueva amiga iba a las sesiones espiritistas y a la capilla. Mi hermana en creencias me decía que me fuese a vivir con ella para estar más en mi *centro*, pero yo quería tanto a Francisca que no quería separarme de ella. Era mi maestra sin darme una sola lección. Así las cosas, una mañana entró Francisca en mi cuarto llorando y riendo a la vez. Se le había presentado un buen novio y su madre y él querían hacer la boda inmediatamente. Se mudarían de casa, se iban muy lejos, y su futuro esposo no quería a nadie que no fuera de su familia en su compañía.

Las dos nos abrazamos llorando con el mayor desconsuelo. Ella

me decía:

- ¿Dónde irá Ud. que la quieran tanto como yo?

Y sólo se calmó su pena cuando le dije que una buena amiga y hermana en creencias me esperaba con los brazos abiertos.

Dejé mi alegre cuartito con verdadero sentimiento. En él había dado mis primeros pasos de propagandista del Espiritismo, en él había llorado dulcemente dando gracias a Dios de haberme concedido la luz del cuerpo y la luz del alma.

En él había recibido un magnífico ramo de rosas y azahar, que me mandaron los espiritistas alicantinos, presente simbólico que yo recibí con inmensa satisfacción.

Contemplando aquellas flores hermosísimas, escribí mis primeros artículos espiritistas, que transcribo a continuación para demostrar el estado de mi espíritu en aquella época, que bien puedo llamar de mi renacimiento.

Cartas íntimas.

Hermana mía: Hace dos años que, sin conocerte, te odiaba. Tan triste papel te ha tocado representar en mi historia.

Hace dos años que mi mente no acariciaba ni una ilusión ni una esperanza, era uno de tantos desgraciados que, cuando veía el cadáver de un amigo, no le decía melancólicamente hasta la vista, sino que murmuraba con profundo desconsuelo: *¡Adiós!... ¡Adiós!*

¡Qué triste es la vida cuando la fe no nos presta aliento!... ¡Qué idea tan confusa y tan incompleta se tiene de la Creación!..

El gran novelista francés, Dumas (padre), decía en su helado escepticismo que el día que la Humanidad encontrara el secreto de morir dulcemente, sería la muerte la mejor amiga del hombre.

¡Cuántas veces he repetido esas palabras fatales! Y me reprochaba mi indecisión de no buscar en el suicidio un término a mi dolor.

¡Cuántas veces, contemplando el mar y escuchando el rugido de sus olas, he preguntado a la inmensidad!:

¿Qué es lo que guardan esas montañas de espuma? ¿Qué sonidos confusos e incoherentes son esos, que me cuentan una eterna historia?

¿Me hablan las generaciones que pasaron, o me saludan las edades que han de venir?

¿Qué hay antes de nacer? ¿Qué hay después de la muerte?

Y estas preguntas las hacía continuamente, y el mar siempre me daba su misteriosa e ininteligible contestación.

Para mí, el mar ha tenido una atracción mágica. Allí he visto la huella indeleble de un algo superior a la inteligencia humana. Una mano poderosa cuya fuerza invisible nos detiene y nos hace buscar un mundo desconocido.

Ante ese *eterno poema* (como dice Huelbes) es donde he sentido y he adorado el poder de Dios. Cuando he penetrado en los templos, si eran esas gigantes catedrales como las de Sevilla y Toledo, he admirado a los artistas que levantaron aquellas fábricas grandiosas. Pero las imágenes de Jesús y de María cubiertas de terciopelo y de brocado, de encajes y de piedras preciosas, nada le han dicho a mi corazón, cuando he visto a los fieles postrados en tierra ante aquellas figuras heladas, rezar y llorar en el delirio de su fe, les he mirado con sentimiento, y si alguna vez la fatal envidia me ha hecho sentir su dardo penetrante, ha sido en esos momentos que envidiaba el consuelo que recibían los creyentes, mientras que yo salía del templo murmurando estas frases:

¿Qué pecado tan grande habré cometido yo para que Dios no me consuele como consuela a los demás? ¿Por qué no tengo mi parte en su herencia?... ¿Seré, sin duda, uno de los muchos desheredados? Y una amarga sonrisa contraía mis labios y me entregaba en brazos de ese fantasma que llamamos *fatalidad*.

Jamás olvidaré la lucha que sostenía mi extraviado pensamiento, mirando frente a frente la injusticia humana, hasta que un día escuché una voz vibrante, apasionada y conmovedora, que contaba una historia

compendiada en un libro que han respetado los siglos.

Era la historia de Jesucristo. Sin artificios, sin mentiras piadosas, sin templos, sin apariciones ridículas, únicamente la palabra bendita del Evangelio con su lógica contundente, con su razón inapelable, con su verdad eterna, con la ley de Amor y Caridad.

Hay sensaciones en la vida que el lenguaje humano es demasiado mezquino para expresarlas. No hay frases, no hay conceptos que respondan a nuestras ideas, ni analicen esos momentos supremos, en que la criatura sale del caos de la duda y contempla el sol de la fe, en que tiene conciencia de lo que vale reconociendo el yo, su espíritu que ha vivido, vive y vivirá.

¡Desgraciados materialistas! ¡Desdichados ateos que viven sin vivir! Desterrados dentro de su mismo organismo, sin comprender siquiera las distintas partes de que se compone su ser.

Dicen las sagradas Escrituras: Arrepentíos porque el reino de los cielos ha llegado ya. ¡Palabras benditas que han pasado luengos siglos sin que los hombres comprendieran su verdadero sentido! No es Dios el que ha de descender hasta nosotros, somos las criaturas las que tenemos que llegar hasta él, por medio de la fe cimentada en la razón, practicando la moral evangélica y tratando de unir por lazos de comunicación directa, a los millares de mundos de que se compone el Universo.

Este gran movimiento, esta revolución universal necesitaba mostrarse de un modo tangible, de una manera práctica, de un hecho natural que el hombre tocara sus resultados, sintiera sus efectos y no le quedara duda que existía un ayer, enlazado íntimamente con el hoy y con el mañana.

Nuestra inteligencia tiene un límite muy pequeño por cierto, y unido a la ignorancia se encuentra el amor propio que tiene la audacia de negar todo aquello que no alcanza a comprender. Por eso en todos los tiempos se han llamado locos o visionarios a los seres privilegiados que han tenido una inteligencia superior. Copérnico, Galileo, Colón, y otros muchos han arrastrado la vida de la muerte, sólo porque han poseído conocimientos más trascendentales que los de la generalidad, y ésta es la causa por la que le ha cabido al Espiritismo la suerte que a

todos los grandes descubrimientos.

La Humanidad, vengativa por excelencia, acogió la ley de Moisés, y el lema de ojo por ojo y diente por diente fue el que los hombres grabaron en su memoria.

Cuando más tarde vino Jesús diciendo: Devolved bien por mal, y perdónalos, Señor, que no saben lo que hacen, no hizo caso la Humanidad, y han pasado diecinueve siglos y todavía nos cuesta sumo trabajo comprender las sublimes doctrinas del Evangelio, y hay muchas naciones que adoran al Dios de la venganza y desconocen al Padre tierno que tiene para sus hijos eterno Amor.

El Espiritismo es la sanción de Dios. Sin Dios no tiene razón de ser el Espiritismo y sin el Espiritismo no se comprende a Dios.

Así como Cristo descorrió la cortina del templo de Salomón, el Espiritismo ha venido a levantar el telón que cubría la superstición, al fanatismo, al error y a la mentira, y a los innumerables abusos cometidos en nombre de Dios.

Cristo murió en la cruz sacrificado por una turba fanática. La sociedad actual, más indiferente, acoge con sarcástico desdén a los regeneradores del mundo, y los llama utopistas, visionarios, locos y embaucadores.

Nada más natural ni más lógico: el hombre se siente humillado ante una virtud que no puede practicar, y anatematiza todo aquello que le empequeñece y pone de relieve su mísera condición.

Sólo tengo un sentimiento, el tiempo dudando de todo, mirando únicamente las anomalías que se cometen en la Tierra.

En mí había un germen latente de algo bueno que permanecía en la inacción, dominado por la indiferencia.

Nadie, en particular, ha llorado por mi ingratitud, pero no encontraba una necesidad imperiosa de enjugar el llanto de los demás: me replegaba en mí misma como la sensitiva repitiendo el antiguo adagio: Al que nada le debo, con nada le pago. La ley de amor universal era completamente desconocida para mí.

Desperté de mi sueño fatal, y tú eres, hermana mía, el primer enemigo a quien he perdonado y a quien he querido con toda mi alma.

Es tan grande y tan sublime la doctrina espiritista, que no es extraño que los mortales rechacen como una locura, ese sentimiento dulcísimo de perdón y amor. Ayer se perdonaba, pero toda la generosidad se reducía a perdonar y a olvidar al ofensor, no se creía nadie obligado a querer a su enemigo. Era un perdón acre, seco y duro que dejaba a los culpables en un completo abandono. El perdón espiritista es de otra índole, se perdona al enemigo y se le enseña a practicar la ley universal que no tiene más que un sólo artículo: ***amaos los unos a los otros.***

Nosotras, hermana mía, hemos comprendido el eterno progreso a que está destinada la Humanidad, nos hemos mirado, el fluido de nuestros espíritus se ha confundido y ha nacido un afecto grande y poderoso. Plegue a Dios que la planta que ha brotado entre abrojos crezca y de mañana sazonados frutos en otros mundos, donde se comprenda que amor y caridad son sinónimos de Dios.

Madrid 10 de marzo de 1873.

Cartas íntimas.

Hermana mía: Por segunda vez te confió mis impresiones, porque la comunicación de las ideas es la cadena magnética que une a la Humanidad.

Entre los innumerables beneficios que reporta a la raza humana el Espiritismo, uno de ellos es sin duda alguna, la libre y amplia discusión que sostienen los espiritistas con todas las escuelas filosóficas de este mundo.

Los adeptos de la vida de ultratumba no dogmatizan, no dicen: Creed porque lo manda la fe, sino investigad, preguntad a la razón el porqué de las cosas, ***la causa*** de los efectos. Y sólo por el conocimiento práctico, por las verdades matemáticas que presentan los hechos consumados, en la historia de los siglos, queremos que os convenzáis de la existencia de Dios, y que seáis como Santo Tomás, que sólo ***viendo y tocando*** creyó.

Dice Roque Barcia: **Sembrad ideas y recogeréis hombres.** Este profundo pensamiento encierra todas las tendencias de las revoluciones sociales: todos los adelantos a que está llamada la Humanidad. Y a los espiritistas les estaba reservado dar el gran paso en la senda del progreso.

Actualmente se discuten en la Sociedad Espiritista Española, las bases fundamentales del Espiritismo y las teorías del bien y del mal.

Las escuelas católicas y materialista impugnan los principios de la religión única, de la religión que no rechaza la razón, y que será la estrella polar que lleve al puerto de salvación a las generaciones futuras.

Los católicos romanos, encerrados en un círculo muy pequeño, parapetados en su fe ciega y en sus absurdos misterios, no pueden sostener con ventaja la lucha de las ideas.

¿Cómo han de sostenerla, los que no han tenido más argumentos para convencer a sus víctimas que llevarlas al pie de las hogueras y decirles: cree, o muere?..

Les falta lógica, les faltan pruebas para demostrar que su Dios vengativo es el Dios que irremisiblemente debemos adorar.

Los católicos romanos terminan siempre sus discursos diciendo: Creemos lo que nos manda creer la santa madre iglesia.

¡Lo que nos manda!.. ¿Luego son esclavos de un pensamiento superior, cuando rebajan su imaginación hasta el extremo de creer sin razonar lo que creen?...

Verdaderamente que inspiran compasión esos hombres, que se despojan de todos sus derechos legítimos para vivir dominados y subyugados por los sofismas de la superstición y del error.

Los materialistas tienen más ventajas para luchar, porque son más instruidos, porque tratan de apoyarse en la ciencia, y aun cuando ésta no responda categóricamente para darnos cuenta de todo lo que sentimos, porque hay un algo superior sobre la física y la química: da lugar al menos a brillantes y científicas discusiones, donde el Espiritismo puede probar hasta la evidencia el eterno poder de un Ser

supremo, que es el que le presta electricidad a ese telégrafo humano que se llama hombre.

¡Cuán cierto es que de la discusión brota la luz!... ¡Cómo se engrandece la vida a nuestros ojos, cuando vemos a esos profundos pensadores, a esos sabios locos, buscar en la ciencia el principio y la causa del *yo pensante*, que los materialistas derivan de la electricidad cerebral, diciendo que de las impresiones externas nacen todas las ideas!

¡Todas las ideas!... Si sólo de las impresiones terrenas reciben vida las sensaciones, surgen las ideas y se forman los pensamientos, ¡qué pequeñas!, ¡qué mezquinas serían nuestras aspiraciones!...

¿Y los grandes filósofos? ¿Y los que soñaron y vieron nuevos continentes? ¿Y los genios benéficos que nos inician en otras existencias? ¿De dónde reciben sus inspiraciones? ¿De lo que ven en la Tierra? No, mil veces no. Y los mismos materialistas, los que abominan la injusticia humana, ¿por qué no aceptan como moneda corriente el régimen social? ¿Quién les inspira para desear el mejoramiento del orbe? ¿Quién les dice que el vicio asciende y la virtud se hunde? ¿Quién les despierta? ¿Quién? ¡Dios!

Ese Dios que niegan y que no quieren conocer, a pesar de que les habla tan alto a su entendimiento y a su conciencia.

Grande le llaman al siglo XIX, puesto que lo denominan el siglo del vapor y de las luces, pero todos sus adelantos científicos, todos sus progresos materiales, en la perforación de las montañas, en la división de los mares, en los telégrafos submarinos, en los descubrimientos astronómicos, nada valen en comparación de la *ciencia nueva*, porque hasta ahora sólo ha progresado el hombre materialmente, pero en la parte moral, no diremos que está como en los primeros siglos de barbarie, mas, le queda tanto que aprender..., tiene que cambiar de tal manera sus Instintos, que ha de pasar mucho tiempo aún antes que la criatura se convenza que no basta el no hacer daño, que es necesario hacer bien.

Dijo Cristo, que el que no fuera bautizado de agua no entraría en el reino de los cielos. El Jordán bendito a que aludía el mártir de Nazaret era el agua de la candad, de la mansedumbre y del amor.

El Espiritismo es la catarata universal, es el torrente Impetuoso que ha de arrastrar la escoria que hay en la superficie de la Tierra, y como la draga limpia el fondo de los puertos, del mismo modo penetrará en nuestra conciencia, donde se encuentran petrificadas la indiferencia y la duda.

¿Qué se puede esperar del que duda de todo? El retraimiento. ¿Qué abnegación, qué sacrificio, se le podrá exigir al que dice con sonrisa desdeñosa: Yo a ese mundo le doy nada por nada...?

Para el reloj de la eternidad, los siglos serán segundos, pero para la medida del tiempo humano, los años se hacen siglos y nos parece que marcha con demasiada lentitud el progreso moral.

El Evangelio... Esa recopilación grandiosa de los más sublimes pensamientos. ¡Ese código divino! Esa historia cuyo prólogo fue la muerte de Jesús, y cuyo epílogo aún no ha visto la Humanidad. ¡De qué manera tan absurda y tan errónea ha sido comprendido!.. Hasta que el Espiritismo ha venido a demostrar la base en que se apoyaba esa fábrica grandiosa que se llama Naturaleza: esos millares y millones de mundos animados por el fluido de Dios.

¡Atrás, falsos milagros! ¡Dioses y apariciones, pasad! Y dormid en la tumba del olvido.

Cuando se comprenda el Espiritismo en lo que vale, se volverá a reproducir ***La edad de oro*** de los patriarcas, pero esta será más feliz que aquella, porque entonces el entendimiento del hombre era mucho más limitado que ahora, y eran las criaturas buenas, porque no tenían medios de ser malas. La comunicación de los pueblos apenas se conocía, y no podían transmitirse los unos a los otros sus dulces o feroces Instintos, sino de tiempo en tiempo, y las tribus vivían cuidando sus ganados porque no habían visto un Más Allá.

A ***la edad de oro*** del porvenir le servirá de pedestal la ciencia, el análisis de todos los fenómenos físicos y morales, y el verdadero conocimiento de un Dios justo y clemente.

Decía Fernán Caballero en uno de sus Inimitables cuadros de costumbres:

Prefiero que mi hija sea buena a que sea feliz.

Pensamiento profundo que debe servir de guía a la Humanidad.

La felicidad según se entiende en la Tierra consiste en un egoísmo refinado, en proporcionarse el individuo toda clase de goces y comodidades, sin cuidarse del que nada posee. Y cuando de lo superfluo sobre, entonces arrojar al mendigo algunas monedas sin mirarle a la cara.

La felicidad según el Evangelio no debe cifrar su ventura en la molicie y el sibaritismo de las riquezas, sino en consolar al que llora, en instruir al que no sabe, y en prodigar a nuestros hermanos un amor sin límites.

¿Qué senda seguiremos nosotras, hermana mía? Creo que optarás por practicar la verdadera caridad, por amar siempre, sin odiar a los ingratos. Y cuando multiplicados desengaños hagan pedazos nuestro corazón, recordaremos las últimas palabras de Cristo. Y así como el pedía el perdón para aquellos que le crucificaban, así nosotras pediremos misericordia para todos los seres que despiadadamente han ido marchitando las ilusiones de nuestra vida.

¡Bendito sea el Espiritismo con sus lógicas esperanzas, con sus verdaderas recompensas y su inextinguible porvenir!

Madrid, 20 de marzo de 1873.

Como se ve, mi alma, entusiasta por lo grande y todo lo sublime, se consagró por completo a su nuevo ideal. Me trasladé a mi nueva habitación, que si bien era más grande y mejor decorada, le faltaba la alegría y el raudal de luz de mi blanco cuartito que nunca olvidaré, cuartito situado junto al tejado, pero que está fotografiado en mi memoria lo mismo que la joven planchadora, a la cual visité después de casada, sintiendo ver en su agraciado semblante lo que nunca había visto, las huellas del pesar. Ya no cantaba como los pajarillos del bosque, una sombra melancólica había dejado en su rostro una ligera nube de tristeza. Iba a ser madre, y me dijo casi al oído en voz muy queda:

-Pídale Ud. a Dios que me dé un niño, porque las mujeres...

¡somos tan desgraciadas!...

He aquí la única queja que le oí exhalar a aquel espíritu fuerte y resignado, que tomó la cruz de su vida sin murmurar. ¡Cuánto valía aquella mujer!.. ¡Cuánto aprendí a su lado!.. ¡Cuántas lecciones recibí de aquella niña alegre y risueña en medio de un trabajo superior a sus fuerzas!

Más de una vez la sorprendí durmiendo sentada en un taburete con la cabeza reclinada en el borde de la mesa y su diestra reposando sobre la plancha. Y al despertarla, una sonrisa angélica iluminaba su semblante, diciéndome con la mayor sencillez: ¡Estoy más enfadada conmigo misma!..., pues no me duermo cuando tengo una docena de camisas de encargo que las quieren más brillantes que el Sol. Y rociando su rostro con agua fresca, reanimaba su trabajo planchando a veces toda la noche sin que el cansancio influyera para alterar la paz de aquel espíritu tan dulce, tan sufrido y tan bueno.

En mi nueva morada encontré también mucho cariño, y una hermana en creencias a la cual dediqué mis primeros artículos espiritistas, cuando el trabajo lo permitía cosíamos juntas. Tres años dormimos bajo un mismo techo, hace catorce que no nos vemos y, sin embargo, nuestra amistad es la misma. Yo recuerdo siempre su gratísima compañía y ella pide a Dios verme antes de morir: le debí horas muy agradables, se complacía en complacerme, pero su expiación y la mía ordenó nuestra separación. Más no quiero adelantar los sucesos.

Yo seguía cosiendo y escribiendo, cada día se despertaba en mí más afán de escribir, y muchas veces me decía mi hermana con la mejor intención:

-Mujer, tú te estás matando. Te levantas a las cuatro, te pones a escribir hasta las seis, lo dejas para marcharte a tu trabajo, y a la noche, cansada de todo el día, te pones a escribir hasta las once o las doce. ¿Y todo para qué? Para recibir muchos papelotes que te darán mucha gloria, pero que no te dan ningún provecho ni las atenciones que tú te mereces, porque ni los espiritistas te consideran como debían considerarte. Vamos a la Sociedad y nadie te invita a que tomes parte en sus fiestas, como somos pobres nadie nos hace caso, es decir a ti, que yo con oír ya tengo bastante. Pero lo que es tú, debías tomar parte

en las veladas donde tantos hablan y leen.

-No extrañes su natural indiferencia, hermana mía. Tú, como me quieres (desde hace muchos siglos), porque es indudable que entre tú y yo existen lazos de otras existencias, como me quieres tanto, quisieras que todos me atendieran, pero eso por ahora, desengáñate, no es posible. Los hombres que toman parte en los trabajos de propaganda, ¿quiénes son? La mayoría pertenecen a las primeras clases sociales, entre ellos hay títulos de Castilla, generales, ingenieros, médicos de nombradla, abogados de fama, escritores notables, diplomáticos distinguidísimos. Estos hombres no han conocido la pobreza, ignoran todavía que entre los pobres hay almas sedientas de luz que tienen intuiciones maravillosas: la concurrencia que acude a las sesiones es verdaderamente aristocrática, apenas se ven seis mujeres vestidas con la sencillez que vamos nosotras. Y en los hombres, una noche que entró una con blusa, acuérdate, todos se miraron sorprendidos. El ser espiritistas no nos obliga a salir de la esfera en que siempre hemos vivido, por eso los espiritistas de aquí no me atienden como tú quisieras, porque entre ellos y yo hay la barrera de nuestra distinta posición social. No me desdeñan con intención de desdeñarme, no. Es que no hay atracción entre los grandes y los pequeños.

Mira cómo nos atiende el limosnero de la Sociedad, el bueno de Salvador Hernández, y ¿sabes por qué? Porque es un obrero como nosotras, un humilde carpintero, y sólo sus grandes virtudes han acortado la distancia que le separaba de sus hermanos mayores. Yo con mi trabajo la acortaré también, yo formaré un día en las filas de los propagandistas del Espiritismo. Lo que mucho vale mucho cuesta, pero querer es poder.

Mi hermana se encogía de hombros, como diciéndome, *cada loco con su tema*. Y yo seguía en mi doble tarea de coser todo el día y escribir por la noche.

Pasaron algunos meses, y estando una noche en La Espiritista Española, se habló del aniversario de Allan Kardec, y uno de los vicepresidentes de la Sociedad, Don Alejandro Benisia, me miró fijamente, se acercó a mí, y apoyando su dedo índice en mi frente, se volvió a sus compañeros y les dijo con gravedad: En la próxima velada, que se guarde un turno a Amalia Domingo, que dentro de esta cabecita hay

mucho guardado, que a su tiempo dará abundante fruto.

Yo me quedé tan sorprendida que nada contesté, miré a Benisia, y le di gracias con el pensamiento por haber roto la muralla de hielo que me separaba de aquellos hombres sabios que difundían la luz de la verdad.

Para mí era un verdadero acontecimiento, porque nunca había leído en público. En aquellos días tenía muchísimo trabajo en casa de una señora francesa que me atendía mucho, y recuerdo que me encontraba tan inspirada cuando estaba en su casa, que muchas veces, mientras cosía, componía versos que solía conservar en mi mente hasta la noche, y otros días, una niña muy amable sobrina de dicha señora, escribía lo que yo le dictaba, y así compuse la primera poesía que leí en público. Recuerdo que el día de la fiesta estuve cosiendo en casa de la señora francesa hasta las ocho de la noche, y ella misma me peinó y me arregló lo mejor posible, y desde allí me dirigí a la Sociedad, donde ya me esperaba mi hermana.

El salón estaba brillantísimo. Una escogida concurrencia lo llenaba por completo. En la plataforma o estrado había unos veinte espiritistas, la mayoría de ellos con frac y corbata blanca que tomaban parte en la velada. Cuando me llegó el turno y subí al estrado, sentí una emoción Indescriptible, recordé todos mis sufrimientos pasados, vi el palacio a cuyas puertas esperaban los pobres que les dieran un poco de alimento, me vi confundida entre ellos, y al verme después en tan distinto lugar entre hombres eminentes, ¡que iban a la cabeza de la civilización!, al considerar que mi esfuerzo, que mi constancia en el trabajo me abría las puertas de aquel nuevo mundo, sentí una satisfacción inmensa, un placer Indefinible. Porque es preciso haber vivido en la sombra para conocer el valor de la luz, porque es necesario haber estado dos años sin poder contestar una carta (por carecer de seis cuartos para un sello), para apreciar en todo lo que vale la comunicación de las ideas. Ya no estaba separada de la Humanidad, ya no era una rama seca en el árbol de la vida, la crisálida se había convertido en mariposa. Comenzaba a tender mis débiles alas, yo trabajaría para levantar el vuelo, y animada por tan hermoso pensamiento, leí con voz entera la siguiente poesía:.

A la memoria de Allan Kardec.

*Locos errantes que cruzáis la Tierra
oyendo un eco que en los aires zumba,
los que sufrís encarnizada guerra
porque en vosotros el ayer retumba;
los que decís que el porvenir se encierra
en la perpetua vida de ultratumba;
a vosotros, ilusos utopistas,
me dirijo, escuchadme, espiritistas.
Yo vine al mundo y penetré en la vida
con la incredulidad por patrimonio,
nunca acepté la gloria bendecida
ni el limbo, ni el infierno, ni el demonio.
Yo he buscado otro punto de partida
que del gran Ser me diera testimonio.
Ninguna religión, dogma ni rito
me ha mostrado de Dios el infinito.
Yo admiro en las gigantes catedrales
de los nobles artistas el desvelo,
que en el mármol grabaron los anales
de la bíblica historia de este suelo.
Escucho las salmodias celestiales
y murmuro después con desconsuelo:
La inspiración del hombre es portentosa,
mas la causa primera es otra cosa.
Contemplo con placer grande y profundo
la solitaria ermita del desierto,*

*pero no envidio al que abandona el mundo,
que es la inacción, la calma, mas no el puerto.
Y la vida es luchar, aunque un segundo
lo convierta en un siglo el desierto,
y la ansiedad fatal que nos ayuda
a lanzarnos en brazos de la duda.
Sin dudar no se llega hasta la cumbre
de la fe que transporta las montañas;
sin dudar adquirimos la costumbre
de aceptar como buenas las patrañas.
Yo dudé y adquirí la certidumbre
que hay otras tierras para el hombre extrañas:
y algo sin nombre que en los aires zumba
trajo hasta mí los ecos de ultratumba.
Ecos vagos, extraños, confundidos...
que pretenden cambiar la faz del mundo;
por unos con asombro recibidos,
por otros con desprecio sin segundo;
pero el caso es que fueron sometidos
a un examen y análisis profundo;
y que las muchedumbres repetían
que los muertos hablaban, y sentían.
De este dicen que dicen los rumores
se han repetido en todas las edades,
porque siempre los grandes soñadores
escucharon la voz de las verdades.
Hoy quizá nuestros tiempos son mejores,
porque nuestras modernas sociedades,
al buscar el porqué de la existencia*

hallan en su razón la Providencia.
Allan Kardec, filósofo eminente,
se asemejó a Colón, que tras los mares
vio las palmas de un nuevo continente
y escuchó de otros hombres los cantares;
y Allan Kardec que fue constantemente
el sabio explorador de nuevos lares,
también veía rodar por los espacios
planetas con techumbres de topacios.
El vio la irradiación del infinito
en algo que su mente presentía,
y el porvenir del hombre lo vio escrito
en torrentes de luz y de armonía.
Hallé en sus obras el jordan bendito
que calmara la sed del alma mía,
y desde entonces sigo mi jornada
esperando tranquila y resignada.
Inmensa gratitud guarda mi mente,
al que nunca debemos olvidar.
¡Espiritistas! Nuestro afán ardiente
uno sólo ha de ser, el imitarle:
El fue nuestra lumbrera refulgente,
debemos por su ciencia venerarle;
que él nos profetizó mejores días
y del progreso eterno fue el Mesías.
¡Gloria a su nombre! A sus virtudes gloria:
del adelanto infatigable obrero,
El alcanzó del bueno la victoria.
¡Feliz de aquel que siga su sendero!

*Honremos del gran hombre la memoria
con nuestro amor profundo y verdadero
¡Oh! Regenerador de las ideas...
¡Bendito Allan Kardec! ¡Bendito seas!.*

Aquella noche formó época en mi vida. El 31 de marzo de 1875, entré a formar parte en las filas de los propagandistas del Espiritismo. Desde aquella noche, cuantas veladas literarias ha celebrado la Espiritista Española, en todas ellas ha resonado mi humilde voz. Mi pobreza y mi modestísima posición social, ya no sirvieron de obstáculo para intimar con aquellos hombres eminentes y aquellas mujeres distinguidas. Cambiábamos nuestras impresiones en la Sociedad, y pasábamos veladas agradabilísimas. Porque es indudable que los hombres de talento (en su mayoría) tienen un trato excelente. Y la Espiritista Española reunió en aquella, época verdaderos sabios en lo más hermoso de la vida, en la edad madura, cuando aún tiene flores el árbol de la juventud, a pesar de comenzar su madurez los frutos de la experiencia, con la particularidad de que todos aquellos atletas del progreso ocupaban en aquel tiempo una buena posición social. La vida del adelanto se desbordaba entre aquellos hombres amantes de la ciencia, sin el menor estorbo. Trabajaban unidos en el mayor entusiasmo, era un grupo verdaderamente simpático, mejor dicho, admirable el que formaban aquellos hombres que todo lo reunían: talento, distinción, gracia en el decir y un amor inmenso al Espiritismo.

De aquellos hombres eminentes algunos han dejado la Tierra, otros han sufrido los vaivenes de la fortuna y han entrado en el período más triste de la vida, cuando el cuerpo se inclina a la Tierra y comienza a sentirse el frío de la vejez.

Pocas sociedades científicas habrán tenido una *edad de oro* tan brillante, tan espléndido como la tuvo La Espiritista Española. En ella vi la luz de la verdad. ¡Bendita sea!.

Capítulo 7.

Ya dije en el capítulo anterior la gran actividad que desplegaba mi espíritu para estudiar el Espiritismo, y aunque mi buena hermana, con ternura verdaderamente maternal, me aconsejaba que no trabajase tanto porque concluiría por no poder hacer nada, una fuerza superior a mi voluntad me impulsaba a no cesar en mi empeño... Si como tuve la inmensa suerte de estar rodeada de buenos espíritus amantes de la luz, llego a estar dominada por algún enemigo invisible que me guardase odio de anteriores existencias, hubiera sido víctima de la obsesión más horrible y más espantosa. Más que obsesión hubiera llegado a ser subyugación absoluta, porque durante muchas horas del día, cuando estaba cosiendo, si me encontraba sola componía versos, que conservaba en mi mente hasta la noche, molestándome muchas veces la tenaz insistencia de los espíritus, a los que les decía resueltamente:

-Vamos a ver, antes de todo yo tengo que ganarme el sustento, el día es para mi trabajo, para mi tarea material. Bastante hago que las noches y los días festivos los dedico a escribir, ¿qué más queréis? Dejadme tranquila.

Descansaba un buen rato y vuelta a la misma tarea. Tan pertinaz empeño llegó a preocuparme seriamente, preguntándome a mí misma: ¿Pero esto es razonable? ¿Tendré un principio de locura? No, eso no puede ser, porque el presidente de la Sociedad Espiritista Alicantina, Don Manuel Ausó, hombre muy sabio, doctor y catedrático muy respetado y admirado de todos, me escribe y me aconseja que escriba cuanto pueda. Me dirijo al director del Centro de Sevilla, y éste me envía su periódico ***El Espiritismo***, en el cual encuentro que han copiado una poesía que dediqué a mi madre.

Escribí al director de ***La Fraternidad*** de Murcia, y también me contestó de la manera más afectuosa, aconsejándome que me entregara incondicionalmente a la propaganda del Espiritismo. ¿Qué haré?, y con nuevo afán continuaba mi tarea.

Lo que yo escribí en aquella época ahora me asombra y me sorprende en alto grado, porque todo me faltaba. No tenía ningún diccionario, ni tratados de gramática, ni libros de consulta de ninguna especie, no tenía entonces más libro que ***Los Preliminares del Espiritismo***, obra de gran valía, porque si bien desde niña había ido coleccionando volúmenes llegando a reunir una buena biblioteca, cuando me quedé medio ciega la tuve que vender. ¡Qué día tan horrible fue aquel para mí!

Tenía todas las obras encuadernadas con la mayor sencillez, pero que a mí me parecían de gran mérito, sin duda por los muchos sacrificios que me habían costado. Puesto que durante largas temporadas después de muerta mi madre, el dinero que había de emplear en la cena lo guardaba en una bolsita, y cuando tenía reunidas 6 u 8 pesetas encuadernaba los libros que podía. Así es que mi pequeña biblioteca era para mí lo más querido de la Tierra, y el día que la vendí, el mismo librero que la compró me dijo muy contrariado:

-Si todos los libros que compro me proporcionaran ver un disgusto tan grande, yo le juro a Ud. que dejaba de ser librero.

Cuando se los llevó me pareció que había perdido todo lo que quedaba de mi pasado. ¡Qué días tan espantosos ocasiona la miseria!..

En mi primera visita a la Capilla evangélica, me regalaron una Biblia, después adquirí números de ***La Luz***, periódico evangelista en el cual escribí con el pseudónimo de Violeta, antes de conocer el Espiritismo. Al comenzar mis estudios espiritistas, me mandaron de Alicante ***La Revelación*** y algunos libros, después recibí ***La Fraternidad, El Espiritismo, La Revista de Estudios Psicológicos*** y ***El Buen Sentido***, mas veo que voy adelantando los sucesos y no quiero adelantar fechas. Cada periódico que recibía me producía una alegría infantil, diciéndole a mi hermana:

-Mira, ¿ves? Ya tengo otro compañero más.

-Sí, y otro nuevo trabajo.

-Y otras nuevas afecciones. Tú tienes tu madre y tus hijos que te quieren, yo, no tengo a nadie, y a falta de una familia pequeña, quiero ver si consigo tener una familia muy grande. Ella se reía diciéndome con el mayor cariño:

- ¿Y piensas tú que a mí no me gusta que escribas? Lo que yo quisiera es que no tuvieras que coser, porque este trabajo, créeme, Amalia, acabará contigo.

-Al contrario, mientras más escribo más deseo tengo de escribir: escucha, escucha lo que trae hoy La Fraternidad de Murcia, y le leí la siguiente poesía.

Ante un Túnel.

Meditación.

*Cuatro períodos nuestra vida tiene,
la niñez con sus mundos de alegría;
la dulce y soñadora adolescencia,
la edad viril con su ambición gigante,
y en la vejez la triste indiferencia.
¡Cuán breve es nuestra estancia en este mundo!
De niños no sabemos que vivimos,
la juventud nos brinda con sus sueños:
la ancianidad recuerdos de que fuimos.
Sólo la edad madura nos ofrece
la verdadera vida, el pensamiento
se eleva, se dilata, se engrandece,
y adquirimos ternura, y sentimiento.
Del mismo modo que los hombres tienen
distintas fases en su propia vida,
así el cuerpo social siente su influjo,
la sociedad refleja la tendencia
que le impone la ley de la costumbre,
dominio que se acepta sin violencia,
y que siempre acató la muchedumbre.
El mundo tuvo su feliz infancia,*

*después su adolescencia soñadora,
en esas dos edades la ignorancia
cubrió la luz de su rosada aurora.
El mundo niño quiso los vergeles,
el mundo joven luchas y torneos,
y el mundo pensador busca hoy laureles
y halla el orbe pequeño en sus deseos.
Hay otra aspiración, hay otra vida,
vertiginosa, ardiente
que sin orden, sin regla, y sin medida:
su punto de partida
es dominar a todo lo existente.
¡Ya no existen montañas,
el hombre ha penetrado en sus entrañas!
Suenan una voz gigante, atronadora,
que el Universo escucha conmovido
y pasa la veloz locomotora.
Cuando el dolor nos deja en nuestro pecho
el corazón deshecho,
le podemos decir a un amigo:
¡Ven a llorar conmigo!
Transmite nuestra queja
el telégrafo ardiente y palpitante
que el tiempo lo reduce a un solo instante.
¡Buques, puertos, canales,
máquinas infernales:
que ya en la superficie de la Tierra
o en lo profundo de revueltos mares,
arrojan a millares*

*mundos de fuego que la muerte llevan!...
¡Todo ha brotado en confusión, gigante!
¡Hay un afán ardiente!...
¡Todo es exuberante
en la mente grandiosa
del poderoso siglo diecinueve
que a su poder el mundo se conmueve!
El le ha dicho al pasado:
Duerman por siempre en la olvidada tumba
(que tu misma ignorancia te ha labrado).
Duerman en paz tus ritos, tus costumbres,
tus ídolos, tus santos, tus altares,
tus doctos familiares,
tu sabio jesuitismo,
que sembró la semilla
de un profundo egoísmo.
Caigan tus monasterios, donde el hombre
desataba los lazos de familia.
Perdiendo hasta el recuerdo de su nombre,
llegó la hora bendita
en que el mortal comprenda la grandeza
de la eterna verdad por Dios escrita.
Tiempo es ya de que el genio se consagre
no a fantásticos sueños:
ya no existen los bardos que cantaban
en medio de ruinas,
los idilios pasaron,
las cántigas guerreras.
Su puesto le usurparon,*

*escépticos que todo lo negaron
y que el nombre de Dios desconocieron.
Este vértigo ardiente
del fatal ateísmo
hoy inclina su frente
ante el Espiritismo.
Sostienen fuerte lucha
encontradas pasiones;
le oye una voz, el Universo escucha.
Y olvida sus pasadas tradiciones.
Pero todo es incierto, todo es vago,
la incoherencia domina
dejando tras de sí fatal estrago.
Pero esto es natural, los grandes cambios,
los trastornos sociales,
son como los violentos huracanes
que el aire purifican,
pero desbordan los profundos mares
y arrebatan los cedros seculares.
Titánica es la lucha, pero al hombre
la razón le domina,
y ante esa clara luz su pensamiento
le rinde culto a la verdad divina.
Dios dice al hombre: Avanza en tu carrera, mi
pensamiento tienes.
Por eso como el águila altanera
debemos los mortales
elevarnos audaces por la esfera.
Y según nuestras dotes especiales*

*enaltecer de Dios la gran historia,
escribiendo una página elocuente
en la región eterna de su gloria.
La ciencia, hija de Dios, debe inspirarnos,
venid, poetas, y elevad cantares,
venid hijos de Apeles:
tomad vuestros pinceles
y en la boca del túnel tenebroso
deteneos un instante,
y veréis cómo avanza en las tinieblas
el humo de la máquina triunfante
tejiendo un velo de flotantes nieblas.
¡Parecen cordilleras de montañas!
¡Visiones delirantes!
Copiad esas figuras tan extrañas.
¡Ligeras, indecisas, palpitantes!
¡Oh! Traslada al lienzo ese paisaje
de sombra, de vapor y luz rojiza;
porque ese extraño cuadro simboliza
todo el invento y el poder del hombre.
Y vosotros, profundos pensadores,
que buscáis en la ciencia de ultratumba
de la divina luz los resplandores,
escudriñad las santas Escrituras:
que ellas dicen del modo que hallaremos
paz en la Tierra y gloria en las alturas.
El evangelio es fuente sacrosanta,
es manantial purísimo y fecundo;
¡El que bebió en sus aguas se levanta*

sobre el impuro lodazal del mundo!.

Cuando desde Sevilla me mandaron ***El Espiritismo***, encontré que de ***La Revelación*** de Alicante habían copiado una poesía que dediqué a mi madre en el mes de junio de 1873.

¡Cuánto se lo agradecí al director del periódico!... Ya que en Sevilla había perdido lo que más amaba, me era muy grato que allí resonaran mis palabras: la poesía era la siguiente.

A la memoria de mi madre.

*¡Madre del corazón! Cuánto he sufrido
En la triste ignorancia de mi vida;
cuando tu inmenso amor miré perdido
creyendo que era eterna tu partida;
cuando en tus sienes no encontré un latido,
cuando tu dulce voz quedó extinguida:
y en mi horrible ansiedad y en mis enojos
perdí la luz de tus hermosos ojos.
¡Tus ojos!..., que habían sido en mi existencia
faros de salvación y de consuelo,
destellos de la santa Providencia,
luminares purísimos del cielo;
ídolos de mi fe, de mi creencia,
que yo adoraba con ardiente anhelo;
porque antes de perderte comprendía
lo mucho que me amabas, ¡madre mía!...
¡Cuánto me amaste! Sí, yo fui tu gloria,*

*tu ensueño de placer jamás perdido,
capítulo el más triste de tu historia
y para ti sin duda, el más querido.
El afán de tu vida transitoria
fue evitar a mis labios un gemido;
pensar en mi dolor fue la gran pena
que te hizo sucumbir. ¡Eras tan buena!
Que no es extraño que, al perderte, el llanto
fácil brotara de mis tristes ojos.
Y que en mi soledad sintiera espanto,
y en mi camino hallara sólo abrojos.
La vida en su terrible desencanto
¿Qué le ofrece al mortal? Luto y enojos;
el que fija en la Tierra su mirada.
¿Qué ha de encontrar? El hielo de la nada.
Eso encontraba yo, madre querida;
por eso ante tu losa funeraria
pasaba muchas horas de mi vida
sin elevar al cielo una plegaria;
en tu recuerdo santo embebecida
mi mundo era tu huesa solitaria,
siendo todo mi afán en mis dolores
cubrir tu tumba con hermosas flores.
Una voz, un murmullo, un eco vago
resonó de la Tierra en el abismo,
y un algo misterioso en dulce halago
la frente acarició del ateísmo.
Quién dijo que la muerte no hacía estrago
por medio de la magia o Espiritismo,*

*y asombradas las gentes repetían
que los muertos hablaban y sentían.
Los unos con desdén los escucharon,
los otros de pavor se estremecieron,
algunos por reírse investigaron,
y sin saber por qué se convencieron.
Aquellos que en su mente conservaron
recuerdos de los seres que perdieron,
sintieron renacer en su memoria
de su existencia la pasada historia.
Yo la sentí también, brotó en mi mente
vertiginosa... delirante idea.
Comprendí que había un Ser omnipotente
y exclamé con amor: ¡Bendito sea!
Admiré la gran Causa inteligente,
miré en la ciencia luminosa tea
que nos mostraba mundos y planetas
que nunca los soñaron los poetas.
Vi a hombres rudos, sencillos, ignorantes,
trazar sobre el papel rasgos extraños,
pigmeos convertidos en gigantes,
sin doblez, sin mentira, sin engaños.
Yo vi la conmoción en sus semblantes
y lamenté los juveniles años
que he perdido dudando que vivían,
que los muertos hablaban y sentían.
Viven, sienten, se agitan, se estremecen,
velan amantes nuestro triste sueño,
del globo terrenal desaparecen,*

*que así lo quiere su divino dueño;
mas siempre en nuestra lucha nos ofrecen
de la esperanza el mágico beleño,
por eso en mis momentos de agonía
te contemplaba siempre, ¡madre mía!
Te contemplaba, sí; junto a mí estabas
y yo creyendo que un delirio era,
mi frente cariñosa acariciabas
murmurando: Prosigue tu carrera,
tus ojos en mis ojos los fijabas
diciendo en su expresión sufre y espera,
y yo entretanto en mi dolor profundo.
¡Me encontraba tan sola en este mundo!
Sola viviendo tú... ¡fatal locura!
¡Qué tiempo tan precioso he consumido
lamentando mi horrible desventura!
(Expiación que sin duda he merecido.)
Pero ya terminó, radiante y pura
contemplo hermosa luz, y conmovido
mi corazón se agita, y en mi mente
tres épocas se enlazan dulcemente.
Mi ayer con tu ternura sacrosanta,
mi presente flotando en el vacío.
Mi porvenir que al cielo se levanta
exclamando: yo espero, yo confío,
y la fe racional, eterna planta
que la ciencia le sirve de rocío
hoy me brinda el aroma de sus flores
y a su sombra se extinguen mis dolores.*

*¡Espiritismo!... ¡Ciencia bendecida!
¡Espiritismo!... ¡Religión sagrada!
¡Foco del bien! ¡Antorcha de otra vida!
Filosofía en la razón fundada;
la ley de recompensa merecida,
la negación eterna de la nada;
el amor al progreso y a la gloria,
de la creación la legendaria historia.
Yo reconozco tu verdad innegable,
de Dios presentas la perfecta hechura,
en sus divinas leyes inmutables,
sin preferir a nadie en su ternura,
tu doctrina es sublime, es adorable,
es practicar la caridad más pura;
¡feliz de aquel que al borde del abismo
oye tu voz, potente Espiritismo!.*

Mi salud comenzó a alterarse, y en la Espiritista Española creyeron que el magnetismo me aliviaría. Quien más consiguió con dicho tratamiento fue un ingeniero, hombre muy pensador, pero que de todo dudaba. Sosteníamos animadas discusiones, las que terminaron con la siguiente poesía que yo le dediqué, y publicó *El Espiritismo* de Sevilla en su número 22 del año 1874.

La razón.

Al Sr. Don Manuel Oncins (dualista).

*A usanza del insigne don Quijote,
desfacedor de entuertos y de agravios:
el que a Cervantes le valió que el mote
de loco le pusieran muchos sabios.
Siguiendo yo al hidalgo caballero
en su afanosa y singular tarea,
hoy me cumple decirte que no quiero
que tengas del gran Ser tan pobre idea.
Tú hallaste en la Tierra por fortuna
a una mujer, que con delirio ciego,
veló tu sueño y te mecía en la cuna;
sintiendo de una madre el sacro fuego.
De santa gratitud tu pecho henchido
un amor sin rival la has consagrado;
si tu claustro materno aquí no ha sido
su espíritu otra vida ha recordado.
Porque esas poderosas afecciones,
no son hijas de un mundo tan pequeño;
aquí son más mezquinas las pasiones:
aquí la abnegación es sólo un sueño.
Aquí el oro es el móvil poderoso
que une y desune a la familia humana;
el titán de la fábula, el coloso,
por el que el hombre olvida hasta el mañana.
Por un presente espléndido, se olvida
de que al progreso eterno consagrado,
una prueba no más es esta vida,
un paso en su camino ya trazado.
Por eso cuando un alma enamorada*

*nos ofrece tesoros de ternura
brindando su magnética mirada,
un mundo de esperanza y de ventura.
Debemos concentrar el pensamiento,
debemos despertar nuestra memoria,
para escuchar el eco de un acento
que nos cuenta de ayer pasada historia.
Esa mujer que con delirio amante
fue el ángel protector en tu camino,
otra vez guió tu paso vacilante
y al tuyo está enlazado su destino.
¿No la recuerdas? ¿Di? Nunca tu mente
al escuchar los ecos que retumban
en las selvas, que gimen tristemente
cuando los huracanes las derrumban.
¿Nunca tu mente de pavor herida
buscó una sombra que te diera amparo?
¿Nunca viste una luz vaga y perdida
que tú creyeras rutilante faro?
¿No has escuchado en el espacio nunca
una dulce y lejana melodía?..
¿Cuando en el mundo tu placer se trunca
no busca un Más Allá tu fantasía?
No sé los sueños que guardó tu mente;
sé que anhelas un Dios, pero que dudas,
y que sin ser ateo ni creyente,
tras un helado análisis te escudas.
Ávido de saber, vas inquiriendo,
y vas a las escuelas preguntando;*

sistemas filosóficos leyendo
que van tus ilusiones marchitando.
La historia de ultratumba te ha ofrecido
más mundos, más esferas, más regiones,
y ante ésta, te has quedado sorprendido
luchando entre sofismas y razones.
La mujer celestial que en este mundo
fue el ángel tutelar de tu destino,
dejó esta vida; y con afán profundo
como sigue a la brújula el marino.
Seguiste evocando en tu memoria
su sombra entre los muertos confundida,
pidiendo que una página en tu historia
escribiera su diestra bendecida.
Pero sorda a tus ayes no responde
y exclamas en tu loco desvarío:
Algo queda de ti... ¿Mas dónde, en dónde?...
¿Que no contestas al lamento mío?...
Preséntate ante mí, que yo te vea,
y viéndote una vez seré creyente;
y con afán propagaré esa idea,
o seré en mi dolor indiferente.
En el Espiritismo yo he buscado
un consuelo a este mal que en mí delira:
si en el Espiritismo no lo he hallado,
es el Espiritismo una mentira.
¡Lógica deducción, por vida mía!...
Que como espiritista yo te arguyo;
tu osado pensamiento se extravía,

*y vence a tu razón tu loco orgullo.
¿Qué sabes tú si esa mujer querida
cumpliendo una misión en otro suelo,
no podrá embellecer tu triste vida
y de expiación te sirve tu desvelo?
¡Pues si todos los seres contemplaran
a las almas queridas que se alejan!..
¡Si todas al llamarlas contestaran!..
¿Se quejarían los hombres cual se quejan?
Que hay comunicación está probado,
revelaciones hay bien convincentes;
porque tú no las hayas alcanzado.
¿Podrás negar los hechos evidentes?
Si copias de Murillo las creaciones,
y al trazar en el lienzo una figura,
no imitas sus divinas perfecciones,
¿Valdrá por esto, menos la pintura?
Si de conquistador quieres el nombre,
y tu nave la absorbe el mar profundo;
¿Me negarás acaso que hubo un hombre,
un Cristóbal Colón, que nos dio un mundo?
¿Todos los hombres son grandes poetas?
¿Todos llegan a ser legisladores?
No, que giran en órbitas concretas
trazadas por sus hechos anteriores.
Tiene razón de ser cuanto acontece,
la ley universal es infalible,
y lo que más absurdo nos parece
es cual la ciencia exacta, indiscutible.*

*¿Por qué un ciego entre sombras viva triste
sin encontrar consuelo en su agonía:
podrá acaso negar que el sol no existe
porque él no llegue a ver la luz del día?
¿Por qué el Espiritismo aún no te ha dado
la solución ansiada de un problema,
deja de ser un hecho consumado
la irradiación de su verdad suprema?
No basta que tú niegues por despecho,
investiga, compara, sintetiza,
nadie para negar tiene derecho:
aquel que tiene dudas, analiza.
Tienes talento, ilustración bastante,
y como espiritista yo te arguyo;
yo quiero que camines adelante,
y pueda tu razón más que tu orgullo.*

Madrid, noviembre 1874.

De los periódicos espiritistas españoles, me faltaba colaborar en la **Revista de Estudios Psicológicos** de Barcelona. Escribí a su director Don José Ma Fernández y no me contestó. Su silencio me sorprendió, pues tenía muy buenos antecedentes de su amabilidad. Le escribí de nuevo y a vuelta de correo obtuve la contestación más franca y más afectuosa que podía desear, aceptando mi colaboración, enviándome su **Revista** y aconsejándome que trabajara con celo incansable en la propaganda del Espiritismo. Y yo entusiasmadísima con un artículo que publicaba el Número 2 del año 1875, sobre el proyecto de llevar a la Exposición de Filadelfia del 76, obras y periódicos espiritistas, escribí la siguiente carta que publicó la **Revista de Barcelona** en su Número 3, del mismo año.

Cartas íntimas.

Señores redactores de la *Revista de Estudios Psicológicos*:

Hermanos míos en creencias, he leído con profunda atención el razonado artículo que con el epígrafe de El Espiritismo en la exposición internacional de Filadelfia de 1876 publicó en febrero último, la *Revista de Estudios Psicológicos* de Barcelona, tan dignamente dirigida.

No sé qué admirar más en el citado artículo, si la galanura y fluidez del lenguaje o la grandeza de sus ideas.

Si no fueran espiritistas, ciertamente que se asombrarían de mi atrevimiento al ver que trato de contestar a esa carta en plural que han dirigido usted es a todos sus hermanos.

Osadía fuera indudablemente, si yo pretendiera elevarme a la altura de ustedes, que poseen tan brillante erudición, y tan profundos conocimientos. Pero como yo sólo quiero demostrarles que su voz ha encontrado eco, y que lo encontrará en inteligencias mucho más adelantadas que la mía, para esto no hacen falta grandes dotes literarias.

En el campo espiritista, todos tenemos obligación de sembrar la semilla productora de la observación y del adelanto. El grano que ustedes arrojan dará mieses, y el mío humilde musgo, ustedes sembrarán arbustos que llegarán un día a ser árboles seculares, y yo seré la hiedra que se enlace a ellos.

Entre los verdaderos espiritistas, el progreso moral tiene más valía que el intelectual, por eso entre nosotros todos tienen valor entendido, el profundo sabio y el humilde ignorante, aquél por su ciencia, éste por su sentimiento.

Las exposiciones, sean regionales o universales, son verdaderamente los días de fiesta de la Humanidad, y así como en el génesis Mosaico dicen que a los *seis días* Dios descansó al ver concluida su obra que era *buena*, también el artista, el obrero, el industrial, todo aquel que se pueda consagrar al trabajo, cuando llegue el momento de ver terminado el objeto de sus afanes y de sus tareas, debe replegar su pensamiento, deben reposar sus ideas, y encontrarse

satisfecho de haber llegado, si no al límite del progreso, al menos a una de sus Innumerables estaciones. Y ese día será el verdadero **domingo** de su vida, la única fiesta legal de su existencia: por eso siempre he llamado a las exposiciones el séptimo día de los pueblos.

Felizmente éstas se multiplican, la Humanidad se regenera, el trabajo la ennoblece, la vida cambia de forma, y lentamente el progreso sale de su crisálida para convertirse no en mariposa como el humilde gusano, sino en polen fecundante que deja el fruto en todas las regiones de la Tierra.

En el fondo de los mares, en el seno de las montañas, en el espacio, en los talleres, en las fábricas, en los museos, en las escuelas, y principalmente en la cámara oscura del pensamiento.

El hombre hoy piensa por sí solo, y expone sus ideas sin ser tan cruelmente castigado como lo fueron Sócrates, Cristo, Galileo, y todos los hombres que han iniciado algo nuevo.

Desaparecieron las hogueras. Las cenizas de los mártires abonaron la Tierra, y la semilla que ellos sembraron nos ha dado abundantes cosechas.

Los ateos son pesimistas, y niegan el progreso. ¡Qué locura!... Aún más, dicen que retrocedemos..., eso es imposible, completamente imposible: podremos estacionarnos, pero retroceder, jamás.

No hay más que leer la historia y se ve claramente que cada siglo ha dado un paso en la senda del bien, del único y verdadero bien, porque se han equilibrado en el humano organismo sus dos grandes arterias afluentes, el sentimiento y la razón.

Cuando los poetas pintan en sus idilios la decantada edad de oro, la época de los reyes pastores, ¿qué era entonces la razón humana? Una mezcla informe, un compuesto mixto entre el hombre y el bruto.

¿Qué es la historia de los antiguos patriarcas? ¿Qué domina en aquellas razas? El instinto sensual en el hombre, y la humillación y degradación en la mujer, convertida en mueble, en cosa, sin conocimiento de sí misma, esclavizada por su ignorancia, envilecida

por su idiotismo. Hasta que llegó la hora bendita en que un espíritu superior infiltró en el alma de doce hombres el germen de la civilización, éstos cruzaron la Tierra, repitieron las parábolas de Cristo, y su santa doctrina, a través de diecinueve siglos, se conserva latente en una gran parte de la Humanidad.

Desgraciadamente la han corregido y aumentado de tal modo, que muchas fracciones de la sociedad ignoran completamente lo que fue Cristo, pero en fin, algo es algo, y aunque muchísimos explotan la religión cristiana y la utilizan para edificar casas en la *arena* de la Tierra, y no en las *montañas* de la eternidad, pero los obreros que dependen de esos arquitectos o maestros de obras, los creyentes automáticos que creen porque ven creer, esas máquinas humanas que obedecen sin replicar, no son tan responsables de la debilidad de sus actos como lo es el pastor que guarda y conduce aquel rebaño.

Las grandes inteligencias deben ser el faro de esas nulidades, de esas criaturas cuyo desarrollo intelectual está bajo cero.

El que no tiene inteligencia para analizar y comparar, y obra guiado únicamente por el instinto de imitación que distingue a los orangutanes y que no tiene conciencia de sus actos, esas almas inocentes tiene que mirarlas el Eterno con la tierna compasión, con que se mira a un niño cuando da sus primeros pasos en la senda escabrosa de la vida.

Por eso yo respeto y compadezco a las falanges de los fieles de todas las religiones positivas, y aunque conozco (o al menos, creo conocer) que van hacia Dios, me parece que van por el camino más largo.

Cristo, en su predicación oral, que fue muy breve, dejó las bases de un código verdaderamente divino: elevó al hombre a la altura de un semidiós, porque le dio la libertad de la razón y el Universo por templo, sin altares, sin dogmas, sin ritos, sin ceremonias clericales, le dejó al hombre por herencia *espacio y tiempo* y por ejemplo que imitar su modo de morir.

¡Cuán pocos comprendieron a Cristo! ¡Cómo han empequeñecido su memoria! ¡A la sombra de su gran figura, cuántos crímenes se han cometido!...

Pues bien, el Espiritismo es sencillamente la ampliación del Cristianismo con menos figuras parabólicas, y un número mucho más reducido de milagros y hechos sobrenaturales, porque después de diecinueve siglos que han transcurrido desde la predicación de Cristo, la Humanidad naturalmente está más civilizada. Razona mejor, y conoce algo los secretos de la ciencia, por eso dijo, y dijo muy bien un espíritu, *que la razón derribó a los dioses y hoy la razón es diosa*.

El Espiritismo y el primitivo Cristianismo que se pueden llamar las colmenas del progreso, tienen sus zánganos, si, desgraciadamente los tienen. El Cristianismo tuvo falsos sacerdotes que introdujeron en la Santa Doctrina, el comercio y los privilegios, y el Espiritismo tiene hoy juglares, prestidigitadores, miserables embaucadores que hoy se utilizan del Espiritismo por el lado bufo, y sabe Dios si mañana querrán convertirse en pontífices y hacer de nuestra escuela filosófica una religión utilitaria.

Ahora bien, todos aquellos que tengamos un átomo de inteligencia, debemos protestar enérgicamente de semejante abuso.

¿Pues qué? ¿Quizás el Espiritismo sirve para dar funciones teatrales en Londres, París, y en la corte de España? ¿Necesita exhibirse en los coliseos? Lo que es verdaderamente necesario que se infiltre en las conciencias.

El Espiritismo no es la alquimia de los pasados siglos. No es la prestidigitación moderna, no es la magia de los egipcios, es únicamente la práctica del evangelio, es la primitiva enseñanza de Cristo, ni más, ni menos. Y así como en tiempos de aquel hombre solo sus apóstoles fueron los primeros en propagarlo, hoy los apóstoles se han multiplicado y se cuentan por millones.

Cristo, que fue la humildad personificada, que sufrió resignado la befa y el escarnio, echo un día a latigazos a los mercaderes del templo. Pues bien, para nosotros los espiritistas, nuestro templo debe ser todo lugar, todo paraje, todo sitio donde se rinda culto a la civilización.

Afortunadamente, nuestros hermanos de los Estados Unidos, han levantado una fábrica grandiosa y ofrecen en ella hospitalidad a la industria de todos los países, a las artes de todas las regiones, a todos

los adelantos, en fin, de la Humanidad. Acudamos nosotros al llamamiento, y hagamos lo que hizo Cristo, echemos a latigazos a los mercaderes del Espiritismo que irán a ofrecer sus mercancías a la Exposición de Filadelfia.

Debemos unirnos todos los espiritistas de este globo y decir por medio de la palabra, del libro, del periódico, de los cuadros, de la estatua, y de todos los objetos y artefactos que el hombre puede hacer, que el espiritista no es juglar de oficio. Que no posee con las comunicaciones de ultratumba el *oráculo* de Napoleón. Que lo que únicamente ha conseguido es el convencerse de la identidad de sus pasadas existencias, y conformarse, y resignarse con sus penalidades presentes. Que el verdadero espiritista sólo se ocupa en recordar el dístico del templo de Delfos, *conócete a ti mismo*, y el conocimiento de nuestra pequeñez, nos hace ser mucho más indulgentes con los demás.

Ese es el Espiritismo, problema indescifrable para la generalidad que lo convierten unos en religión positiva, otros en escuela puramente racional, aquellos en socialismo o comunismo, éstos en magia *blanca o negra*, y los unos en serio, y los otros en bufo, lo ridiculizan y lo desprestigian por completo.

A nosotros nos obliga un deber sagrado a deshacer ese error por todos los medios imaginables, diciendo muy alto, que se no confunda el Espiritismo con el Empirismo.

Ni los médiums disponen a su antojo de los espiritas, ni estos los utilizan y los presentan como *monos sabios*.

Los espiritistas no son *reveladores* del mañana, conocemos algo lo que *fuimos*, no lo que *seremos*. Este es el error capital que pesa sobre el Espiritismo, que le quieren dar un tinte fantástico que realmente no tiene.

Aquí no se ha encontrado aún el movimiento continuo de la materia, pero el Espiritismo es el movimiento continuo del espíritu.

¡La eterna actividad!

Cada época ha reflejado su civilización en sus artes. Las pirámides de Egipto demuestran en lo mucho que se tenía a la materia. Los soberbios templos denotan que el formalismo religioso imperaba,

y que el hombre, para adorar a Dios, necesitaba ver un objeto. Hoy se rinde culto al Ser omnipotente contemplando la Creación, hoy no nos revestimos de misticismo, y los lienzos con Cristos expirantes y vírgenes en éxtasis, se perdieron en la sombrías, arcadas de los conventos.

Hoy no tenemos un gusto determinado, no existe el bello ideal artístico de una sola escuela, porque la verdadera civilización no debe tenerla, porque debe ser múltiple en sus demostraciones como lo es la naturaleza.

Por eso nosotros debemos llevar a la exposición de Filadelfia nuestros diversos adelantos, las inspiraciones que recibamos de espíritus superiores, pero sin amaneramiento ni artificio.

El Espiritismo es grande por sí solo, no necesita de pequeños accesorios.

¡Espiritistas! No nos asemejemos al siervo que guardó el *talento* que su Señor le dió. Seamos como su compañero que le dieron cinco y devolvió diez a su dueño.

No tengamos la luz debajo del celemín, sino coloquemos un faro en la nevada cumbre del Himalaya.

A Filadelfia, hermanos míos. La unión es el símbolo de la fuerza moral y material, demostremos que el Espiritismo no es un *arte* de hacer fortuna, es sencillamente la definición del problema *conócete a ti mismo*.

Adiós, hermanos míos. La civilización es un templo, ustedes presentaron con su artículo la ofrenda al rico, yo con estas pobres líneas el dinero de la viuda, sigan ofreciendo sus brillantes dones, que ante el altar del progreso todos debemos presentar el fruto de nuestra inteligencia, porque los espiritistas somos los obreros del porvenir.

Madrid, marzo de 1875.

En contestación al artículo anterior, me mandó Fernández la colección completa de su *Revista*, las obras de Allan Kardec, y una carta cariñosísima. Cuando yo me vi dueña de los libros de Kardec (por los que tanto había suspirado) mi alegría fue inmensa y le decía a

mi hermana:

- ¿Ves como es útil trabajar? Ya tengo libros, ya podré estudiar, ya no caminaré a ciegas: porque entonces, si bien asistía a todas las sesiones de la Espiritista Española, y tenía bastante intimidad con la mayor parte de sus socios, existía en mí la cortedad del que se reconoce inferior. Ante aquellos hombres verdaderamente sabios, yo me encontraba tan pequeña que no me atrevía a importunarles con preguntas que para ellos hubieran sido muy insignificantes, por más que para mí entrañaban un interés inmenso.

Acudía con mi hermana a otras reuniones familiares, pero en aquellas no encontraba mi espíritu lo que deseaba. En la Sociedad Espiritista Española me asustaba la sabiduría de aquellos hombres eminentes, y en las sesiones particulares no veía más que un cambio de fanatismo y mucha farsa en algunas de ellas, lo cual me entristecía profundamente, porque había tornado muy en serio el estudio del Espiritismo.

Crecía como la espuma mi correspondencia, y rápidamente me puse en relación con muchas familias espiritistas: mis escritos hechos con verdadera voluntad, encontraron la mejor acogida, y muchos hermanos en creencias me brindaron su hogar para reposar algún tiempo de mis fatigas.

Como mis ojos se resentían mucho de aquel abuso de trabajo, me aconsejó mi médico que tomase baños de mar si me era posible, y una familia espiritista de Alicante, me envió el dinero para el viaje. Yo, con el afán de ganar la luz que había perdido, acepte muy contenta el pasar la temporada de baños en Alicante, haciendo proyectos de escribir mucho ya que no tendría que coser durante un mes.

Me despedí de mi hermana con gran sentimiento. Mucho más cuando ella me dijo:

-Todo el que se empeña en volar, dicen que vuela. Yo creo que tú volarás y te irás muy lejos, tengo este presentimiento.

-No sueñes. Dentro de un mes estaré aquí.

-Sí estarás. Sí, así lo espero, pero luego... luego te irás. Indudablemente mi hermana era médium de presentimientos.

Yo entonces no pensaba ni remotamente el poco tiempo que me quedaba de estar a su lado, pero sí comprendía que aquel estado era insostenible, era un trabajo superior a mis fuerzas. Los ratos que pasaba en las sesiones espiritistas, ¡cuántas veces me preocupaba lo que tenía que coser al día siguiente! Me daban trabajo en una tienda y para ganar diez reales al día cosiendo sin máquina faldas y sacos, era cuestión de coser sin descanso, y añádase a esto la idea constante de alguna poesía o de algún artículo. Todos los escritos que intercalo en mis *memorias*, hasta mi traslado a Barcelona, son la prueba evidente de la firmeza de mi voluntad, y de la buena asistencia de los espíritus. No transcribo más que los escritos con los cuales pedí hospitalidad en la prensa espiritista, que si los copiara todos formarían un tomo voluminoso.

Yo debo a los invisibles una gratitud inmensa, porque si debí a mis padres la formación material de mi organismo, he debido a los espíritus una protección admirable, jamás me he sentado a escribir que instantáneamente no haya estampado mis pensamientos en el papel. ¡Bendita sea la hora que comencé el estudio del Espiritismo!.. ¡Cuánto le debo a los espíritus!.

Capítulo 8.

Al llegar a Alicante, fui muy bien recibida de todos los espiritistas, encontré lo que yo no podía esperar, pues no creía que en tan poco tiempo pudieran ganarse tantas voluntades. Don Manuel Ausó en todas las sesiones me sentaba a su lado y decía a sus compañeros:

-Si Amalia sigue mis consejos, hará mucho bien a los desgraciados y a sí misma. Si expiatoria es su existencia, misión hermosa puede cumplir en medio de sus sufrimientos, en trabajar en la propaganda del Espiritismo está su redención. Yo la envidio porque irá mucho más lejos que yo. ¡Cuánto puede adelantar si no se detiene! ¡Cuanto puede progresar si comprende cuál es su deber!

Yo le escuchaba con el mayor asombro, porque no podía comprender lo que me guardaba el porvenir. Veía que mis ojos siempre me amenazaban con el tormento más horrible, ¡la ceguera! Vivir de las dádivas y de la protección de los espiritistas lo rechazaba mi espíritu en absoluto. Pues nunca he creído que se deba vivir a la sombra del ideal filosófico o religioso que el hombre defiende.

Asociar lo más grande, lo más sublime, como son las aspiraciones del alma, con la prosa de la vida, con sus necesidades materiales, lo he creído siempre incompatible para la dignidad del espíritu. Así es que aun cuando varias familias espiritistas se disputaban darme su generosa hospitalidad, yo decía siempre: El hombre digno, antes que todo debe ganarse su sustento, y después de atender a las primeras exigencias de la vida terrena, el tiempo sobrante que lo emplee en lo que más grato le sea.

Yo soy muy pobre, debo procurar el conservar la poca luz de mis ojos, vivir de ella, y después, después haré lo demás. Y con un deseo inmenso de aliviarme me levantaba antes de las cuatro de la mañana y me iba al baño. ¡Qué bien me encontraba en el mar!.. En

aquella hora estaba completamente sola, pensaba en mi pasado con horror, en mi presente con melancolía, en mi porvenir con ese temor que inspira lo desconocido. Positivista por excelencia, jamás he vivido de ilusiones, y la realidad era muy triste para mí, porque nadie mejor que yo sabía que mis fuerzas eran muy débiles.

En Alicante supe la aparición en el estadio de la prensa de un nuevo periódico, ***EL Buen Sentido*** de Lérida, y recuerdo que en el mar hice la poesía con la cual me puse en relación con Don José Amigó y Pellicer, el cual, como los demás espiritistas, me animó muchísimo para que escribiera. He aquí la poesía que compuse en el lugar más hermoso de este planeta, ¡en el mar!, en ese templo donde Dios se presenta con toda su grandeza y poder.

En el mar.

*¡Pobres desheredados de La Tierra!
Los que vivís errantes, sin abrigo.
Que sostenéis encarnizada guerra
sin encontrar jamás un ser amigo;
los que juzgáis que el mundo nada encierra;
que es el hombre del hombre el enemigo
y negra ingratitud el alma humana;..
¿Queréis oír a una mujer cristiana?
Un tiempo fue que yo también creía
que el principio y el fin aquí se hallaba,
y viviendo en frenética agonía
de la muerte el silencio ambicionaba;
llegó, por fin, de redención el día,
y comprendí que, necia, me engañaba,
siendo el mundo y sus penas y congojas*

del Libro de La vida... algunas hojas.
Desde entonces, si bien no soy dichosa,
ni de mis pobres ojos huye el llanto,
considero una amiga cariñosa
la muerte, que antes me causaba espanto;
que aunque ansiaba morir, y aunque la fosa
tenía para mí siniestro encanto,
un algo, un no sé que me retraía
sin poder explicar lo que sentía.
Hoy alientan en mí nuevas pasiones
y me entrego a luchar con mi destino;
que encuentro de mi vida las razones
aunque con llanto riego mi camino;
las pruebas penas son y expiaciones,
código justo, celestial, divino:
mas si no nos doliesen las heridas,
¿de qué nos servirán vidas y vidas?
Si a sufrir y triunfar hemos venido
tenemos que pagar deuda sagrada:
Podrá, sí, resignarse el afligido
sin exhalar un ¡ay! en su jornada;
mas de esto a ser feliz, a ver cumplido
el sueño de su mente entusiasmada,
hay a mi ver la misma diferencia
que va de las tinieblas a la ciencia.
Existen, en verdad, almas tan bellas,
tan buenas, tan humildes, tan piadosas,
que cánticos de amor son sus querellas
y encuentran en las zarzas blancas rosas,

*yo he querido seguir las santas huellas
de esas vidas serenas y dichosas...
pero mi afán es un delirio loco;
soy muy débil aún, valgo muy poco.
Fijo en la Tierra mis cansados ojos
y al verme sola, errante, sin amparo,
siento angustia, me hieren los abrojos,
y hasta vencida a veces me declaro.
Son tan multiplicados mis enojos,
que por más que en el puerto brilla un faro,
lo vislumbro tan lejos, ¡ay!, tan lejos...
Que las brumas envuelven sus reflejos.
Y delirante, en mi dolor profundo
le pido a Dios que calme mis pesares;
que me permita abandonar un mundo
donde sólo hallé penas a millares.
Donde el tiempo es dolor y en un segundo
vivo un siglo de dudas y de azares:
y un algo va mi vida destruyendo
y de mi propia sombra voy huyendo.
Y por ver si mis quejas encontraban
un eco que mi acento repitiera,
a la playa me fui, donde llegaban
las olas con su rápida carrera:
en ellas me lancé, ¡oh! Me guardaban
una emoción que yo jamás sintiera;
y más vivida luz brilló en mi mente,
y mi alma se meció en un nuevo ambiente.
Y exclamé con acento entrecortado,*

sintiendo esa emoción desconocida:
¿Quién, Señor, tu grandeza habrá negado
y en el acaso comprendió la vida?
¿Quién será el infeliz que conturbado
te negó, convirtiéndose en deicida?
¡Si sólo al contemplar el Océano
te aclama el corazón por soberano!
Ya brille el sol en el rosa do oriente
o la luna nos de sus resplandores,
o en noche tenebrosa únicamente
alguna estrella lance sus fulgores;
siempre te ha de encontrar, ¡oh!, ser potente,
quien oye de las olas los rumores;
que ellas nos cuentan legendaria historia
de la Creación y de su eterna gloria.
Ellas me han dicho: Vive, espera y ama;
nuevos mundos te guardan nueva vida,
donde crece purísima la llama
del sacro fuego que a vivir con vida;
el pensamiento en el amor se inflama;
y de la ingratitud la horrible herida
nunca la siente el alma en las regiones
donde son celestiales las pasiones.
Tú, que a nosotras llegas desolada,
porque tu vida de expiación te abruma,
te ofrecemos llevarte a otra morada
en niveo globo de flotante espuma:
extiende, pobre ser, esa mirada,
deja la Tierra y su plumiza bruma;

*que en alas de tu fe te llevaremos
hasta Dios, a quien todo lo debemos.
Y me llevaron, sí: sentí en mi alma
un consuelo inefable, una alegría...,
una esperanza tal, que en dulce calma
se trocó mi tormento y mi agonía:
su sombra me prestó la eterna palma
que en cruz trocara muchedumbre impía,
para que el Cristo en ella sucumbiera
y de ejemplo a los hombres les sirviera.
Sí, recordé a Jesús, bueno y creyente
y de nuevo admiré su fortaleza,
y se fue disipando lentamente
la nube de dolor que mi cabeza
en sombra la envolviera; dulcemente
de mí se apoderó santa tristeza;
y en las olas miré las mensajeras
que nos vienen a hablar de otras esferas.
¡Pobres desheredados de este mundo!
Cuando sintáis el dardo de la duda,
cuando en vuestro dolor gran de y profundo
ningún genio del bien os preste ayuda,
id a orillas del mar, vergel fecundo
donde la inteligencia torpe y ruda
se engrandece, se eleva, se dilata,
y el férreo lazo con valor desata.
Allí está siempre Dios, allí, en mi duelo
le encontré omnipotente y soberano
difundiendo la luz, mostrando el cielo*

*y del abismo el misterioso arcano.
Venid, los que vivís con triste anhelo,
venid a contemplar el Océano
cubierto de nevadas aureolas,
y escuchareis el canto de las olas.
Hosanna y aleluya pronunciado
por espíritus libres que allí moran;
su lenguaje confuso he descifrado:
ruegan a Dios cuando los hombres lloran;
y la espuma es el llanto que ha brotado
cuando los ayes del mortal deploran;
y ellas nos dicen con su voz sonante:
Humanidad, despierta, y adelante.*

Alicante, julio 1875.

Desde la muerte de mi madre, yo nunca había celebrado esas fiestas que celebra el que tiene familia, mi cumpleaños y el día de mi santo habían pasado completamente desapercibidos para mí. Nadie me avía felicitado en ellos, antes al contrario, en esos días siempre se habían multiplicado mil contrariedades por diversas circunstancias para sufrir más que de costumbre.

Estando en Alicante llegó el 10 de julio, día de la fiesta de mi nombre. Nada dije a la familia en cuya casa me hospedaba, y cuando estaba pensando en mi hermana que desde Madrid me había escrito diciéndome que me echaba muchísimo de menos, vi entrar doce o catorce hombres del pueblo y una mujer de edad mediana, los que me dijeron que habían venido expresamente de Jijona para darme los días y ofrecerme una gran caja de dulces sobre los cuales estaba mi nombre formado con letras blancas adornadas con filetes y arabescos color de rosa.

Me quedé tan sorprendida y tan asombrada, que al pronto no

supe demostrar mi agradecimiento, hice grandes esfuerzos por contener mis lágrimas y abracé a la mujer buenísima que había dejado dos hijas pequeñas encargadas a una parienta suya, sólo por conocerme, sólo por verme había hecho el viaje desde Jijona a Alicante. Desde aquel día, Teresa Galiana, ocupa un lugar preferente en mi corazón. Después de mi madre es la única mujer que en la Tierra ha velado mi sueño. Me hizo prometer que iría a Jijona para presidir algunas sesiones espiritistas, y cuando después le Conté a Ausó la sorpresa tan agradable que había tenido, me dijo él con inmensa satisfacción:

-Dios da ciento por uno, sigue propagando la verdad, conságrate al Espiritismo y en él encontrarás una familia.

Marché a Jijona cuando concluí de tomar los baños, y en casa de Teresa encontré atenciones y cuidados verdaderamente maternos, desvelos y demostraciones cariñosas que jamás olvidaré.

Jijona tiene una campiña deliciosa, en la cual pasé horas muy agradables, mas este goce se turbó con la enfermedad que adquirí, enfermedad que me duró algunos meses, las calenturas del país, y entonces fue cuando Teresa veló mi sueño con el mayor cariño, mi madre no hubiera cumplido mejor. Confieso ingenuamente que cuando me despertaba de noche y me veía en aquella alcoba con las paredes y las cortinas más blancas que la nieve, en mi blando lecho tan limpio, tan primoroso, y a Teresa de pie a la cabecera, mirándome sin cansarse, deseaba morirme en aquellos instantes y así se lo pedía a Dios diciéndole como si hablara con un íntimo amigo:

¿Por qué no me dejas aprovechar esta ocasión tan favorable? Morir en brazos de una mujer tan buena debe producir una muerte dulcísima. ¡He luchado tanto!... ¡Soy tan pobre!... Cuando vuelva a Madrid no tendré fuerzas para trabajar: ¿Y cómo viviré? En cambio, si ahora me muriera todo quedaba arreglado. Teresa me enterraría llorando sobre mi tumba, ¡me quiere tanto!... Pero mis ruegos no fueron oídos, y Ausó desde Alicante ordenó mi traslado para tenerme más cerca y poder estudiar mejor mi enfermedad.

Ausó siempre me inspiró un profundo respeto, sus palabras siempre fueron órdenes para mí, y me trasladé de nuevo a Alicante, donde la ciencia de mi buen amigo supo combatir y vencer a mi tenaz

enfermedad.

Para la convalecencia marché a Murcia, donde una familia espiritista me esperaba con los brazos abiertos, y allí permanecí cuatro meses, teniendo una convalecencia muy parecida a una enfermedad. Pero me cuidaron con tantísimo cariño y me dieron tan buenos alimentos, que al fin recobré la salud. En mis ratos lúcidos seguí escribiendo lo que me fue posible, y aquella buenísima familia, Don Eduardo de los Reyes y su angelical esposa, me propusieron muy formalmente que no me separase de ellos. Mas yo les dije:

-No, no puedo quedarme aquí, en Murcia el trabajo escasea, y el poco que hay está muy mal pagado. Yo, mientras humanamente pueda, quiero ganarme el sustento, no quiero vivir a la sombra del Espiritismo, mientras yo pueda coser algunas horas al día.

Y a pesar de sus reiteradas instancias me trasladé a Madrid en el mes de febrero de 1876.

Mi hermana me recibió con las más vivas demostraciones de alegría. Partió conmigo su lecho, pues la habitación que yo antes ocupaba la tenía alquilada a una señora, pues yo para no perjudicarla así se lo aconsejé. Busqué trabajo y la señora francesa que tanto me había protegido anteriormente, me ofreció ocupación en su casa que acepté con el mayor placer, y empecé de nuevo a coser y a escribir, rodeándome los espíritus con tal insistencia, que muchas veces tenía que escribir, y escribir en las peores condiciones, porque ya no tenía aposento independiente, ocupaba el de mi hermana y nunca podía estar sola puesto que ella tenía su anciana madre y tres hijos.

Al mismo tiempo, los directores de los periódicos espiritistas, todos me seguían aconsejando lo mismo, que no dejara de escribir, y yo muchas veces por la mañana, cuando iba a mi trabajo, elevaba mi pensamiento a Dios, y le decía: Ábreme un camino para que yo gane lo suficiente y pueda tener una habitación independiente para trabajar, o aleja de mí a esta legión de espíritus que continuamente me rodea. Los dos trabajos no los puedo seguir, si escribo no gano un céntimo para vivir, yo no quiero abusar de nadie, así que déjame tranquila, porque las dos tareas a la vez no me es posible desempeñar. Y como si Dios estuviera sordo a mis súplicas, seguía cosiendo y escribiendo con la mayor angustia. Recuerdo que para el aniversario de Allan Kardec,

escribí unas octavas reales que leí en la Espiritista Española, que a mi hermana y a mí nos parecía imposible que unieran dos pensamientos, porque justamente en aquellos días, habíamos tenido unas amigas de huéspedes, y yo, tan pronto me encerraba en la cocina con mis papelotes y mi tintero, como me escondía en una alcoba huyendo de los chiquillos y de la continua charla de nuestras amigas. Cada octava la escribí en distinto lugar, y es cierto, que cuando hay voluntad de trabajar, los espíritus nos prestan poderosa ayuda. Pruebas tuve de ello en la siguiente poesía.

A la memoria de Allan Kardec.

*Conforme voy cruzando de la vida.
su espinoso y tristísimo sendero,
tu memoria sagrada y bendecida
con fe más razonada la venero;
cuando miro esta turba fratricida
que piensa únicamente en el dinero,
te recuerdo, y exclamo con ternura:
¡Bendito Allan Kardec por tu alma pura!
Eras grande, tan grande que tu acento
el eco repitió de mundo en mundo,
encontrando tu noble pensamiento
un enemigo fuerte, sin segundo:
encontraste el yo del avariento.
Ese yo con su cálculo profundo:
¡Ah! ¡Pobre Humanidad! ¡Cuán pobre eres!
Te compones no más de mercaderes.
Ciega de nacimiento, que no miras
más que la oscuridad de tu presente,*

*y el aire inficionado que respiras
te asfixia y debilita fatalmente:
si a Dios quieres amar, si en El admiras
algo grande, sublime y prepotente,
¿por qué no te despiertas, raza humana,
y contemplas la luz en el mañana?
¿Por qué de Allan Kardec la voz sonora
no queréis escuchar? Decid, mortales,
¿no sabéis que al llegar la última hora
os dejaréis aquí vuestros caudales?
¿Que los unidos bienes que atesora
el hombre, son sus dotes especiales;
que caridad y amor únicamente
nos harán progresar eternamente?
Eternamente, sí; las obras buenas
y el consuelo que al triste prodiguemos,
darán a nuestra vida horas serenas
y nos harán valer más que valemos;
tus páginas, Kardec, se encuentran llenas
de profundos consejos, y debemos
estudiar en tus libros la doctrina
que a practicar el bien nos encamina.
Debemos bendecirte, y admirarte,
debemos propagar tu gran idea:
la caridad también tiene su arte
y monumentos eternos crea;
y aunque la Humanidad la mayor parte
rechaza la verdad, que esto no sea
obstáculo ninguno en nuestro empeño,*

*que es despertar al hombre de su sueño.
De ese sueño de oprobio y de ignorancia
en que hace tanto tiempo está sumido;
es vergonzosa nuestra eterna infancia
y para algo mejor hemos nacido;
¡despierta, Humanidad! Que tu vagancia
te arrojará en la tumba del olvido:
y la misión del hombre es dejar huellas
para que otros después sigan por ellas.
No nos basta nacer, vivir, y luego
entregarnos en brazos de la muerte:
tenemos que dar luz al que está ciego,
y darle vida al que se encuentra inerte,
tenemos que avivar el sacro fuego
que en héroes a los hombres nos convierte,
tenemos que luchar, porque luchando
es sólo como iremos progresando.
Y siendo Allan Kardec nuestro caudillo
alcanzaremos eternal victoria,
artes y ciencias, esplendente brillo
obtendrán con los lauros de la gloria.
El déspota orgulloso, hombre sencillo
se tornará si graba en su memoria,
que ciencia y caridad, paz y consuelo
serán la escala que nos lleve al cielo.
No lo olvidemos nunca, espiritistas;
perdón y caridad es nuestro lema,
que dejemos de ser exclusivistas,
que adoremos de Dios la ley suprema.*

*Y aunque nos llamen locos y utopistas,
de Allan Kardec sigamos el sistema
que nos dice olvidando el egoísmo:
Al prójimo amarás como a ti mismo.
Venid hermanos, y entonad conmigo
hosanna y aleluya en alabanza
del que quiere y perdona a su enemigo
y el yo avariento de su mente lanza
vivamos a la sombra y al abrigo
de la hermosa y dulcísima esperanza
que Allan Kardec nos da ¡Bendito seas!
¡Oh, regenerador de las ideas!*

Madrid, marzo 1876.

Murió en aquellos días un pobre hombre en el Hospital de la Princesa, que había jugado con mi hermana cuando los dos eran pequeñuelos. Yo creo que el espíritu de aquel infeliz se unió a mí como la sombra al cuerpo. Yo entonces no acababa de comprender lo que sentía. Veía a Antonio por todas partes, dormida y despierta, le llamaba y le decía: ¿Qué quieres? Y sentía un dolor de cabeza irresistible, dolor tan fuerte que no me dejaba coordinar dos ideas, y luchando con multitud de pequeños inconvenientes, escribí el siguiente artículo, que sin duda alguna es el que he escrito en peores condiciones, pues lo escribí como la poesía anterior, huyendo de los chiquillos, encerrándome tan pronto en la cocina como en una alcoba oscura, durando mi trabajo más de quince días entre hacer el artículo y copiarlo. Transcribo dichos escritos para que sirvan de enseñanza a muchas mujeres que son médiums escribientes que podrían ser muy útiles al Espiritismo si tuvieran constancia para trabajar. La perseverancia hace un trabajo de gigantes. Nadie más pobre y más desheredado que yo, sin gran inteligencia, careciendo en absoluto de conocimientos científicos, medio ciega, sin familia, sin recursos, y a pesar de tantos inconvenientes he sido útil a una fracción de la Humanidad. Aunque veo que me separo de mi objeto, que es copiar el último artículo que escribí en Madrid, titulado:.

¿Dónde estas?.

1.

¡Pobre Antonio! ¿Qué ha sido de ti? Qué turbación tan grande tendrás, y con cuánta pena contemplarás tu pasado, exento de actos punibles, pero sí sumido en la mayor ignorancia.

Y sin embargo, tu alma era grande y buena, accesible a los más delicados sentimientos y a las más nobles aspiraciones. En tanto que tu entendimiento dormía con el vergonzoso sueño de la más obcecada pereza, no querías pensar, y sabías sentir.

¡Qué desequilibrio! ¡Qué inarmónico conjunto! ¡Luz y sombra! ¡Muerte y vida! ¡Nieve y fuego!

Libro en blanco era tu mente, exceptuando el prólogo de tu existencia terrenal.

¿Quién diría al verte con tu semblante risueño, con tu humilde blusa, que guardabas toda una historia de sentimiento y de amor?

Pasaste desapercibido en el mundo. Nadie fijó su mirada en el pobre jornalero: tu cuna la meció el infortunio, y en tu lecho de muerte ni un sólo amigo derramó una lágrima. ¡Pobre Antonio!

Escogiste una familia casi sumida en la indigencia, dividida por una continua lucha doméstica. Palabras obscenas y duros tratos fueron las primeras pinceladas que dieron color al lienzo de tu vida.

Creciste sólo, sin afectos, sin familia. Sin familia, sí, porque los padres que no se interesan por sus hijos no son más que instrumentos de acción para que se realice la ley de multiplicación.

Después son ceros sin valor alguno, en la suma infinita de los seres que pueblan el Universo.

2.

Vivía en tu misma casa una niña de tu misma edad, que más dichosa que tú, deslizaba su existencia en compañía de su buena

madre, que supo inculcarle los santos principios de la divina ley del trabajo.

Una tierna afección te unió a ella, y desde entonces tu vida fue menos triste y abandonada. Tu infantil compañera te enseñó a leer, y ya pudiste encontrar algunas flores en tu estéril imaginación.

La niña llegó a la adolescencia, y a los quince años puso su taller de modista, y en las largas veladas del invierno, cuando consagraba a sus tareas noches enteras, tú velabas con ella viviendo de su misma vida.

Como ella era muy buena, su benéfico fluido te dominaba y te inspiraba a trabajar también. Y de día tejiendo esteras de junco, y de noche de acomodador en los teatros, utilizabas tu tiempo y ganabas honradamente tu subsistencia.

Los años pasaron, tu amiga de la infancia, que era mucho más instruida que tú, buscó su centro simpático donde encontró un alma a la altura de la suya y se casó con un joven empleado, bueno y entendido.

Aquel casamiento te dejó herido mortalmente. Tú le habías dado a aquella mujer todo el amor que podía albergar tu alma. Pero no basta querer, es necesario hacer agradable el cariño, tiene que haber unidad de aspiraciones e igualdad de educación: esto faltaba entre tú y ella.

Violento y decidido en tus resoluciones, resolviste no volverla a ver, y durante 18 años, no te pusiste en su camino, pero guardaba tu mente un recuerdo dulcísimo de aquel amor primero y único de tu vida.

El alma necesita para amar, tener en mucho al objeto amado: la raza humana es idólatra en sus aspiraciones, es indispensable que admire para que ame. Ante el ser querido hay que doblar la cabeza para mirarle con los ojos recónditos del alma, hay que reconocerse pequeño ante el dueño de nuestras ideas, para que se realice la ley de la armonía. Dos fuerzas iguales se repelen.

He aquí la razón por la que tu amor no se extinguió durante tantos años, porque ella tenía sobre ti un valor indescriptible. Para ella

era el mundo pequeño, para ti aún era grande la Tierra.

Quisiste formar familia, y te uniste con una mujer meretriz de alma, que son más despreciables aún que las de cuerpo.

Durante 13 años pudiste con tu trabajo sostener tus obligaciones, pero por una de las mil penalidades y peripecias de la vida, te encontraste un día sin poder ganar tu sustento, y entonces la miserable compañera que eligió tu ciego entendimiento, te abandonó dejándote solo y olvidado por el grave delito de ser pobre.

3.

Sentiste frío en el alma, pero un frío intenso, penetrante, que helaba hasta la médula de tus huesos.

Moral en tus costumbres, humilde en tus deseos, te habías contentado con la paz del hogar doméstico, con la vida rutinaria del jornalero que ni vive para comer, ni come para vivir, pero como la felicidad no es más que relativa, el aeronauta es feliz cuando en su globo cruza el espacio y el pastor conduciendo su ganado también lo es: si así no fuese, la Humanidad no podría cumplir su misión.

Al verte solo, al encontrarte aislado, como en la niñez, por ley natural volviste a mirar a tu pasado y pensaste en ella, en aquella mujer que encerraba para ti ese encanto espiritual, esa atracción del alma, esa voz poderosa que nos llama, ese eco profético de nuestro porvenir, esa melodía íntima del pensamiento, que deja en nuestro oído las notas dulcísimas de la esperanza.

Ella también había sufrido, ella también se había quedado sin su amado compañero.

Estaba viuda y pobre, tres hijos le pedían pan.

4.

Temblando como un adolescente en sus primeros exámenes, te presentaste ante la compañera de tu Infancia, y le contaste tu triste historia que escuchó con vivo Interés, volviendo a ser para ti lo que había sido en la niñez, una hermana cariñosa y buena.

Como todo tiene su valor entendido en la vida, también lo tienen los afectos tranquilos.

Las grandes pasiones nos hacen sentir en un segundo todas las sensaciones conocidas y por conocer, resumen en un segundo mil y mil siglos de existencia, pero después el fuego se convierte en ceniza, y sabido es que la ceniza siempre ha sido juguete del viento.

El cariño fraternal sin emociones, ni violentas crisis, dura tanto como nuestra vida.

Es un cielo sin sol, pero también sin nubes.

Es un valle sin flores, pero también sin zarzas espinosas, cumpliéndose así la ley de la compensación, que es la ley universal.

5.

El dolor tiene sus períodos de calma, y el tuyo los tuvo también. Tu alma, ávida de querer, cifró en los hijos de ella un afecto profundo, y apasionado, y tu mayor placer era salir con ellos, complacerlos, satisfaciendo sus menores y fútiles caprichos.

¡Pobre Antonio! Eras muy bueno.

Yo seguía atentamente los pasos de tu vida, y admirando tu gran corazón, me desesperaba al ver las densas sombras que envolvían tu inteligencia.

Deseando que fueras más feliz viviendo más resignado, ella trató de hacerte conocer el Espiritismo. ¡Vano empeño! Refractario a la luz, cerraste los ojos y nada ni nadie te los hizo abrir. La tisis se apoderó de tu cuerpo, esa enfermedad lenta y segura, ese gusano roedor que no suelta su presa hasta que tritura el organismo dividiéndolo en átomos. Tus padres pobres y por apéndice ávaros, te dejaron ir al hospital joven aún. No querías morir, y luchaste con la muerte cuanto pudiste luchar.

Parece que aún te veo, pálido, jadeante, con los ojos vidriosos, la voz apagada, que producía un eco sepulcral: al verte, sin saber por

qué, pensaba en los cementerios y recordaba un carro lleno de muertos procedente de un hospital que vi cuando niña, y que causó en mi mente una impresión indeleble. Aquellos cadáveres hacinados unos sobre otros arrojados brutalmente en la fosa común, siendo objeto de blasfemias y chanzonetas de los enterradores, hicieron tanto daño en mi imaginación, la escena fue tan repugnante para mis ojos, que a través de largos años, aún se fotografía fielmente en la cámara oscura de mi memoria.

No apruebo las pompas fúnebres, antes al contrario, soy partidaria de la primitiva incineración de los muertos. Digo lo que dice la nueva sociedad incineraria que se ha formado en París, cuyo presidente es Víctor Hugo: El hombre debe desaparecer, pero no pudrirse, no quiero para los que dejan la Tierra soberbias tumbas, pero no quiero tampoco que éstos sirvan de pábulo a burlas groseras.

La muerte realiza un hecho demasiado trascendental y se la debe mirar con religioso respeto.

Las salas de disección en las clínicas de los hospitales me inspiran menos repugnancia, porque allí se ve a la ciencia buscando en la materia disgregada el secreto para unificar y virilizar las células.

6.

¡Pobre Antonio! Me parece que aún te veo, me parece que aún te escucho, sí. Un mes antes de morir me hablabas de ella con melancólico resentimiento, con resignada amargura, fijabas tu mirada en el pasado y murmurabas con pena:

¡Cuánto la he querido!... ¡Nadie, nadie en el mundo la habrá querido tanto como yo!..

Tu expiación en la Tierra termino, tu compañera de la infancia fue a verte tras largos días y encontró tu lecho vacío.

¿Estaba tu espíritu allí? Casi me atrevo a asegurarlo. ¿La conociste? Sí la conocerías, y no te darías cuenta seguramente de su

aflicción y de su desconsuelo.

Me cuentan que tus padres reclamaron tu cadáver para darle una honrosa sepultura.

¡Solicitud estéril, cuando te habían dejado morir en un hospital sólo y abandonado, sin que una mano querida enjugase el sudor de tu frente, sin que unos ojos amantes buscaran los tuyos, sin que una voz del alma te hablara de la eternidad!

La iglesia cumpliría su rito. Pero no hay rito en el mundo que valga lo que vale una plegaria íntima acentuada por los latidos del corazón.

7.

¿Dónde estás, Antonio? Quizá junto a mí. ¡Oh! Sí. Ella te ha visto en su sueño, sueño bien significativo, pues te vio muerto y horriblemente desfigurado.

Acariciabas a sus hijos, tus infantiles amigos. Pero éstos ni te veían ni te oían, y tú hacías inútiles esfuerzos por atraerlos a ti. ¡Vano empeño! ¡Infructuoso afán! ¡Tu espíritu sólo se materializaba para ella! Sólo para ella se hace visible.

Tu situación es aún muy angustiosa, porque no te das cuenta de tu muerte.

¿Cuándo despertarás de tu penoso sueño? ¿Cuándo comprenderás la realidad de la disgregación de tu materia y la eternidad indivisible de tu espíritu?

Aún tardará mucho tiempo. No había en ti el más leve presentimiento de la vida futura.

Tu espíritu no ha salido de la infancia. ¿Infancia? He dicho mal, estás aún en el primer período de la vida del espíritu.

Pon a un niño de pocos meses echado en el suelo, él llorará, gritará, pero no podrá correr al lado de su madre. Del mismo modo estabas tú, te quejabas amargamente, sí. Pero tu dolor era impotente, no podías ir a buscar la luz que tu alma enferma necesitaba.

¡Cuántas veces! ¡Cuántas!..., me decías con desaliento: ¡Ay Amalia!... ¡Qué triste es vivir tan solo!... Y solo nunca está el hombre, amigo mío. Por eso el Espiritismo presta tanto consuelo a los seres infortunados, porque si en la Tierra no encontramos más que dolores, tenemos la completa certidumbre que nadie, absolutamente nadie, podrá usurparnos nuestro puesto en el Congreso Universal.

Todos somos iguales, todos poseemos los mismos bienes. Los más activos y los que son más sensibles al dolor de los demás, llegan antes: los más negligentes, y los más rebeldes, llegan después.

8.

¿Dónde estás, Antonio? Tú eras bueno, muy bueno. Ahora encarnáis nuevamente y darás los primeros pasos en la senda del adelanto intelectual.

Tú me querías cuando estabas aquí, yo te ruego que no me olvides, y si te fuera posible que te comunicaras con ella.

¡Deseo tanto saber lo que has sentido!

Adiós, Antonio. Te recuerdo con melancólica ternura, y con triste satisfacción me alegro de tu muerte: ¡Sufrías tanto!..., pobre..., enfermo... y solo..., tenías sobre ti la trinidad del dolor.

Muchas veces, muchas, me acuerdo de ti, y cuando deje este triste planeta espero encontrarte, y estoy bien segura que tendré en ello un gran placer.

Los verdaderos espiritistas no sabemos olvidar. ¡Pobre hermano mío! Adiós, hasta luego. Adiós, hasta mañana...

¿Por qué no me dices dónde estás?.

Madrid, mayo, 1876.

Una noche, al volver de mi trabajo, me dijo mi hermana: - ¡Cuánto siento que no hayas estado aquí, han venido a verte dos espiritistas catalanes, me han hablado de tus escritos con muchísimo entusiasmo! Traen una tarjeta para ti del presidente del Círculo Espiritista **La Buena Nueva** de la villa de Gracia, y dicen que es tan buen espiritista y que tiene un gran empeño en que tú vivas en su casa, ¡no te decía yo que volarás muy lejos!...

Y mi hermana lloró con gran desconsuelo.

-Mujer, no digas disparates ni te apures antes de tiempo. ¿Qué me he de ir yo a Gracia? Si no conozco a tal hombre.

-Pues él te conoce mucho, y tanto él como su familia dicen que pronto irás a su casa. Ellos volverán pasado mañana, que es domingo, para verte.

-Pues no me verán, tengo que trabajar sin descanso lo menos una semana velando hasta las doce de la noche.

-Pues lo que es el domingo tienes que estar, no hay más remedio, tráete el trabajo y yo te ayudaré.

Así lo hice, y el día señalado recibí la visita de los dos espiritistas catalanes, que eran un anciano y un joven, ambos muy distinguidos. El de más edad, que se llamaba Pedro, me dijo:

-Traigo encargo especial de nuestro hermano Luis, que es el presidente del Círculo **La Buena Nueva** de ofrecerle a Ud. su casa, mejor dicho, una habitación exclusivamente para Ud., porque está empeñado en que viva Ud. en su compañía. Es casado con dos hijos, una niña de doce o trece años y un chico de catorce o quince, es muy buena familia. En su casa está el círculo espiritista, y todos los domingos tienen sesiones por la tarde, y al despedirme me dijo muy formalmente:

-Dile a Amalia que la espero, que venga cuanto antes.

Mi hermana y yo tomamos a broma tales ofrecimientos y nos reímos de muy buena gana. Seguimos hablando largamente, yo les dije

mi verdadera situación y mi hermana añadió:

-Yo bien conozco que Amalia, no puede vivir mucho tiempo así, porque su situación es insostenible. Como no tiene seguridad de poder seguir cosiendo, como no sabe con los recursos que puede contar, y yo a la vez soy tan pobre, que no le puedo proporcionar lo que ella necesita, que es una habitación separada, independiente, y el alimento necesario, y tal como vive ahora no es posible que pueda vivir mucho tiempo. Porque los espíritus la rodean de continuo y no la dejan coser tranquilamente. Yo creo que el estudio del Espiritismo más bien la ha perjudicado.

-Eso nunca, señora -replicó Pedro-, porque sus escritos han consolado a muchos afligidos, y el consuelo que a otros ha prestado ella lo encontrará también, no tenga Ud. duda, y del modo más sencillo. En Barcelona se paga el trabajo mucho mejor que en Madrid, y Amalia en la Ciudad Condal ganará lo suficiente para vivir, trabajando mucho menos que aquí, y quedándole por consiguiente más tiempo libre para sus tareas literarias, teniendo la ventaja de poderse bañar en el mar, ya que tanto lo necesita para los ojos. Tendrá más reposo, muy buenos hermanos que la quieren, y si le detiene el no querer separarse de una hermana tan querida, vengase Ud. También, y encontrará las mismas ventajas que ella, trabajará menos, y ganará más.

Mi hermana y yo ya no nos reímos de las proposiciones del anciano espiritista, y como en Madrid (desgraciadamente) nada bueno nos retenía, porque mi hermana, para mantener y educar a sus hijos, era una esclava del trabajo, decidimos trasladarnos a Barcelona una primero y otra después. Se decidió que yo fuera primero para aprovechar la temporada de los baños y preparar el trabajo que debía empezar mi hermana a su llegada.

Como los catalanes son tan entusiastas de su montañosa Cataluña, Pedro y su compañero nos pintaron la vida del trabajador en Barcelona con Innumerables ventajas, comenzando por la baratura y la comodidad de las casas y en lo que tenían muchísima razón, porque en Madrid los pobres viven en tugurios, y en las cercanías de Barcelona viven en pisos cómodos y decentes, con agua abundante y gas en la escalera.

Sin perder momento mi hermana y yo hicimos los planes y proyectos más agradables, y el 20 de junio de 1876, salí de Madrid en dirección a Barcelona, separándome de mi hermana con la dulce esperanza de volverla a ver muy pronto.

Cuando llegué a la fabril ciudad, me esperaban en la estación varias familias espiritistas, hospedándome en casa de Don Miguel Pujol, cuyas simpáticas hijas ya me eran muy queridas, por haber tratado a la mayor en Madrid. Al día siguiente de mi llegada vino a verme Luis, el presidente del Círculo *La Buena Nueva*, que desde el primer momento me trató con la misma franqueza que si me hubiera visto nacer. Estrechó mi mano entre las suyas, y mirándome fijamente, me dijo con acento cariñoso:

-¿Y qué piensas hacer en Barcelona?

-¿Qué pienso hacer? Trabajar. Nuestro hermano Pedro ya me ha dicho que aquí se paga el trabajo mucho mejor que en Madrid. Vendrá mi hermana, viviremos juntas; trabajaremos, y escribiré cuanto pueda, ya que aquí tendré más tiempo disponible.

-¡Ah! No, para eso no has venido tú a Barcelona. Aquí lo que sobran son modistas y costureras, lo que falta son escritoras.

-Pero como escribiendo no gano para vivir, tengo primero que coser, y las horas que me sobren serán las que emplearé en escribir.

-¿Y tú piensas que podrás coser mucho tiempo? Todo lo más que te queda de vista para coser (y eso tirando por lo largo), son tres meses, eso te lo digo yo. En cambio, para escribir, siempre verás, te sacaremos cuando seas muy viejecita en un capazo al sol, y aún escribirás.

Las palabras de Luis me dejaron helada. Había en la mirada de aquel hombre algo que imponía. Magnetizador de gran potencia, su mirada me hacía estremecer, y algo inexplicable me decía que el pronóstico de aquel hombre era una verdad. Pero disimulé la penosa impresión que recibí y le dije:

-Confío aliviarme mucho con los baños de mar, procuraré coser lo menos posible, pero yo quiero trabajar para vivir.

-Tú podrás querer, pero tus ojos te dirán que no. No hay más que mirártelos. Dentro de tres meses (o antes) me lo dirás, y como yo se lo que te sucederá, ya te estoy arreglando una habitación en mi casa, mi hijo te la pinta. Tú mientras tomas los baños y después te vienes a Gracia, donde nadie te molestará, yo te daré habitación y alimentos con la sola condición que tú emplees tu tiempo en escribir para los periódicos espiritistas. Para difundir la luz de la verdad siempre tendrán luz tus ojos. Para coser..., antes de tres meses dirías con tristeza ¡se cumplió la profecía de Luis!

La seguridad con que aquel hombre hablaba, me causaba un espanto inexplicable. Pero no me abandonó la esperanza y tomé muchos baños de mar esperando un pronto alivio, pero contra todos mis deseos mis ojos se empeoraban lentamente y siempre que Luis me veía me decía:

-¿Cuándo te decides a venir? La habitación ya la tienes preparada, acuérdate que si te empeñas en hacer lo que no puedes, nadie perderá más que tú.

Yo no hacía caso de sus consejos, y hacía diligencias para ver si se podía venir mi hermana, que me decía en todas sus cartas lo mucho que deseaba reunirse conmigo. Pero los pobres tienen grandes inconvenientes para viajar, que no es lo mismo costearle el viaje a una persona sola que a cinco. A mí me lo pagaron entre varios espiritistas, pero a cinco individuos ya es muy diferente. Así es que ante la amarga realidad fueron muriendo mis más dulces esperanzas. Comprendí que trasladar a una familia pobre desde un punto, donde ya tiene sus amistades y sus conocimientos, a otro lugar donde todo tiene que irse adquiriendo lentamente, y hay que pasar el *año de noviciado* sin contar con los fondos necesarios para hacer frente a las necesidades imperiosas de la vida durante algunos meses, era cometer poco menos que una locura. Así se lo hice comprender a mi hermana, la que se convenció ***que del dicho al hecho hay gran trecho***, puesto que yo, que al fin era sola, no encontraba tan fácilmente dónde vivir y dónde trabajar. Y no queriendo abusar más de la franca hospitalidad que me concedieron en casa de Pujol, acepté la oferta de Luis hasta encontrar lo que yo deseaba, que era trabajo y una habitación en Barcelona, donde tenía todas mis relaciones. Y el 10 de agosto me trasladé a Gracia en carruaje, acompañada de Luis y de dos jóvenes espiritistas. En mi nueva morada me dediqué a coser mi ropa, a dejármelo todo

bien arreglado para empezar después mi tarea, que era la de aprender a hacer corbatas. Y recuerdo perfectamente que arreglándome un abrigo negro, en la plenitud del día, tuve que suspender mi trabajo, porque sobre mis ojos había caído un velo de bruma, y vi todos los objetos envueltos en una densa neblina. Cuando vino Luis le dije tristemente:

-Se ha cumplido tu profecía, todo lo veo cubierto de una espesa niebla. Quiero coser mi abrigo y al mirar la tela negra parece que me clavan agujas en los ojos. ¡Dios mío! ¿Volveré a estar como antes?

-No. Durante algunos días abstente de todo trabajo. Te vas a Barcelona y te distraes con tus amigas, y cuando yo te avise te pondrás a escribir y ya verás, cuántas cosas buenas harás con tus ojos medio cerrados. Y eso es lo que yo quiero, porque en Barcelona, ya te lo he dicho muchas veces, que sobran modistas y costureras, y en cambio hacen falta escritoras. No te inquietes ni te apures, haz lo que te digo y ya veras cómo propagarás el Espiritismo.

Cuando aquel día me quedé sola en mi habitación, lloré amargamente al convencerme que otra vez estaba en la impotencia, que no podía ganarme el sustento. Tenía que entregarme nuevamente en brazos de la Providencia, recibiendo favores de una familia pobre, que si bien vivían sin escasez, no contaban con más bienes que su trabajo, familia con la cual nunca había tenido la menor relación, que hasta el idioma era distinto. Pensaba en mi hermana, en todas las amistades que había dejado en Madrid, y de todas me despedí llorando silenciosamente. Mis ojos, convertidos de nuevo en implacables y poderosos enemigos, me habían aprisionado entre densas nieblas.

¡Cuánto me han hecho padecer mis ojos!

9.

Antes de continuar mi narración, tengo que confesar ingenuamente que he cometido una torpeza equivocando dos fechas para mí, memorables, y dos composiciones poéticas.

No sé si efecto de la turbación en que se encontraba mi espíritu

al reanudar *mis memorias* o a causa de la confusión que produce fijar la vista largo rato hojeando distintos libros, es lo cierto que creí buenamente ser, *La Calumnia*, la primera poesía que publiqué en *La Revelación* de Alicante, cuando en realidad fue una *Meditación* que se insertó en el número 26 correspondiente al mes de enero de 1873, que la copio a continuación.

Meditación.

*¡Oh, ciencia de ultratumba! Naciste con el mundo;
por ti ha sentido el hombre magnética atracción,
y en ruinas y en cavernas, con un afán profundo
buscaba de tus sombras la extraña aparición.
Proféticas sibilas, y magos y hechiceros,
y duendes y fantasmas los vio pasar y huir,
y llamas incoloras, brotando en los senderos
le hacían sonar entonces, en otro porvenir.
Buscaba un algo grande, por intuición sabia;
que no puede en la Tierra su vida terminar,
según sus adelantos, el hombre comprendía
que la materia sola no puede progresar.
Su espíritu adelanta porque es de Dios hechura;
las fieras del desierto hoy rugen como ayer,
las aves siempre anidan buscando la espesura;
los peces sin el agua los vemos perecer.
En cambio se ve al hombre primero en selva umbría,
después en tribu errante formando su aduar,
más tarde forman pueblos, naciones de valía.
Que el lazo del progreso las une sin cesar.
Venid, materialistas, decidme: ¿por qué el hombre
es el que sólo avanza en toda la Creación?*

*Buscad en vuestra mente y no hallareis un nombre
que dé a tan gran misterio perfecta solución.
No lo hallaréis diciendo que Dios es sombra vana,
que la materia unida por choque casual,
le dio forma a los mundos, y que la raza humana
sólo tiene una vida, la vida material.
Razones que nos dejan el corazón vacío,
llenando nuestra mente de horrible confusión;
y en nuestro ser producen inexplicable frío
que ahogan las esperanzas en un mar de aflicción.
Ante el materialismo la abnegación perece:
¿Sin ella qué serías?.. Responde, Humanidad:
ante la indiferencia, el genio languidece;
la lepra de la vida es la incredulidad.
¡Pigmeos que en vuestro orgullo mirando lo creado
su perfección inmensa negáis reconocer!
Si sólo la materia los globos ha formado
sus grandes maravillas, muy bien podéis hacer.
Del sol resplandeciente que fecundiza al mundo,
copiad de sus destellos el mágico color...
¿Podrá, ¡oh!, materialistas, vuestro saber profundo
el darnos de la luna su pálido fulgor?
Vuestro poder es nulo, gusanos de la Tierra:
¿Qué adelantó la alquimia buscando el gran metal?
Sostuvo con la ciencia encarnizada guerra,
mas no forma del oro el rico mineral.
A un árabe creyente le preguntó un ateo,
que al Ser omnipotente por qué reconoció;
y el árabe le dijo: Mirando al sol le veo,*

*porque esa huella, nunca el hombre la dejó.
Del hijo del Profeta yo sigo el pensamiento,
no es la creación efecto de un algo casual:
un Dios regulariza su eterno movimiento,
aquel que dijo al hombre: Devuelve bien por mal.
Creyendo en la existencia de un Dios omnipotente
la vida de ultratumba se deja comprender;
porque si el hombre sólo tuviera lo presente...
¡Qué poco al Ser Eterno, tendría que agradecer!
¿Qué vemos en la Tierra? Al vicio que se extiende
cubierto de oropeles, de mágico esplendor,
y a la virtud humillada que nadie la defiende
envuelta en el sudario del llanto y del dolor.
Las miserables criaturas en todas las edades
deicidas han negado de Dios el gran poder,
y algunas que han buscado las bíblicas verdades
obstáculos inmensos tuvieron que vencer.
Entonces, si en la Tierra no hay nada que responda
a la suprema idea de creer y de esperar,
y si es la raza humana voluble cual la onda,
en otros hemisferios la luz debe brillar.
Por eso con anhelo buscamos a porfía
el lazo misterioso, la mágica atracción,
el eco que retumba y oyó la fantasía
que dice en nuestro oído: No es esta tu mansión.
¡Oh ciencia de ultratumba!... Naciste con el mundo,
los hombres te buscaron con indecible afán:
hoy piden que descifres misterio tan profundo,
y siempre Los mortales la luz te pedirán.*

Madrid, noviembre, 1872.

Amantísima de la verdad, no he querido dejar oculta mi equivocación, mucho más que para mí fue un suceso muy notable ser admitida como colaboradora en ***La Revelación*** de Alicante, puesto que desde entonces entré a formar parte en la gran familia espiritista, y para aquel que no tiene nadie en la Tierra, para aquel que vive olvidado y despreciado porque es pobre y está enfermo, encontrarse de repente atendido y considerado, es salir de las sombras del abismo y ascender a los cielos de la luz. Por eso no quiero confundir una fecha con otra, ni una poesía con otra poesía.

He dicho anteriormente que había entrado a formar número en las filas de los propagandistas del Espiritismo el 31 de marzo de 1875, y comencé antes mi tarea. Leí por primera vez en la Sociedad Espiritista Española, el 4 de abril de 1874, la siguiente poesía.

El cielo del Espiritismo.

*Un eco entre los ecos confundido
que una pregunta extraña repetía,
tal vez por algo resonó en mi oído
y despertó mi pobre fantasía;
preguntaba una voz: Si no ha existido
el cielo con su célica armonía,
ni las eternas sombras del averno
ni el devorante fuego del infierno.
Si sólo visionarias religiones
a ese absurdo prestaron su égida:
si da el Espiritismo las razones
de la causa suprema de otra vida;
si se encuentran en él compensaciones,
si se obtiene la palma merecida:*

*¿Dónde duermen las almas sin anhelo,
cuando el Espiritismo niega el cielo?
Eco perdido que hasta mí has llegado,
los que en la ciencia de ultratumba vemos
que en relación al hecho consumado
el galardón debido recogemos;
el cielo ciertamente hemos negado:
en la inacción del alma no creemos;
para nosotros es inconcebible,
y la razón no acepta el imposible.
¡Ese cielo de mágicos colores
catarata de luz y de armonías,
vergel divino de inmarchitas flores
donde no acaban los hermosos días:
Ese Dios que entre eternos resplandores
vive en unión de santas jerarquías,
ese no hay más allá del fanatismo.
¿A los pueblos qué ha dado? ¡Obscurantismo!
Obscurantismo, sí; y en su ignorancia
a Dios le colocaron a su altura:
del eterno al mortal no hubo distancia,
y el hombre se creyó su misma hechura.
Como aquí el prócer tiene regia estancia,
justo es que Dios tuviera luz más pura:
y como Dios debía de ser anciano,
le retrataron con cabello cano.
¡Ver tanta audacia a la verdad sorprende!
¿Quién es el hombre que hasta Dios alcanza,
para decir al que la luz extiende*

*¿Has de poner un dique a la esperanza?
A la clara razón esto la ofende:
¡Limitar el naufragio y la bonanza,
y a su antojo formar la providencia
quien no conoce ni aun de Dios la esencia!
¡Huid, errores de pasados días
Ya vuestro imperio termino en buena hora,
se inquietan las antiguas profecías
y el hombre a Dios con su razón adora!
Las escuelas de oscuras teologías
no imponen ya su voz dominadora;
hoy el hombre analiza por sí mismo,
y esa ciencia se llama ¡Espiritismo!
Espiritismo, sí; progreso eterno,
del trabajo incesante el adelanto,
en la ignorancia vemos el averno,
y en la inmoralidad mares de llanto:
en los vicios las llamas del infierno,
y en la conciencia el misterioso encanto
de una voz que nos habla en esta lucha
(y que no siempre la razón escucha).
La conciencia es el cielo en que creemos,
¡La conciencia es el cielo en que esperamos!
Según las perfecciones que alcancemos,
no un cielo, sino mil y mil soñamos;
mas no donde alabanzas entonemos
que el límite del bien nunca fijamos,
ni se debe fijar: El infinito,
¿podrá tener un límite prescrito?...*

*¡Eco perdido que hasta mí has llegado!
En el Espiritismo existe un cielo,
Pero no el que Las sectas han soñado
Sino el trabajo con su noble anhelo.
Cada mortal, en sí lleva guardado
De su conciencia el transparente velo,
Foco de luz que del Eterno emana;
¡Único cielo de la raza humana!*

Madrid, marzo, 1874.

Capítulo 9.

Cumplido un deber para mí de conciencia, sintiendo haber cometido una torpeza involuntaria, hija sin duda del estado anómalo de mi espíritu al reanudar *mis memorias*, porque, de todo cuanto llevo escrito en este mundo, nada me ha costado tanto trabajo como la narración que voy escribiendo.

Desde el mes de noviembre de 1872, hasta el mes de marzo de 1891, he escrito 1286 artículos, entrando en esta suma un gran número de poesías, largas conferencias y escritos filosóficos refutando los argumentos que en contra del Espiritismo han presentado en la Cátedra del Espíritu Santo, cuatro sabios de la iglesia romana, los señores Manterola, Llanas, Sallarás, y el padre Fita, este último de la Compañía de Jesús. Al frente de estos hombres verdaderamente sabios, no sentía temor alguno, mi pluma volaba sobre el papel con rapidez vertiginosa, las ideas brotaban en mi mente con la mayor facilidad. Y para referir una mínima parte de las penalidades de mi vida, experimento algo que no tiene nombre. Y es que temo que mi trabajo no sea bien comprendido de la generalidad, es que sin duda me atormenta la penosa idea de que muchos puedan creer que quiero exhibir mi insignificante personalidad, contando mis desgracias para despertar más vivo interés, y justamente si refiero una millonésima parte de mis desdichas, omito todo lo que se refiere a la historia íntima de mis afecciones, de mis esperanzas, de mis desengaños. Y sólo hago mención de la dolencia de mis ojos por estar íntimamente relacionada con el cambio de mis ideales religiosos y filosóficos, por deber a esa misma enfermedad el renacimiento de mi espíritu. Pues si yo hubiera podido trabajar para vivir, no me hubiese convertido en propagandista del Espiritismo. Porque siempre he creído que la primera obligación del hombre en la Tierra es ganarse el pan con el sudor de su frente, atendiendo primero a las imperiosas necesidades de la vida, para conservar la noble libertad de acción.

Los ideales religiosos y filosóficos, he creído siempre que deben

servir para engrandecer las aspiraciones del alma, no para satisfacer los goces del cuerpo, no para vivir a expensas del ideal que se defiende. La prosa de la vida material, la he separado en absoluto del rápido vuelo del espíritu, he creído que se debe dar a Dios lo que es de Dios, y al César lo que es del César. Por eso, a pesar de sentirme impulsada por los espíritus, desde fines del año 72 hasta mediados del 76, sólo escribí en ese tiempo 172 artículos y poesías, porque atendía en primer lugar a mi trabajo, sin dejar por esto de desear ardientemente relacionarme con la gran familia espírita. Ahora, si me ocupo de mí y de cuanto me ha sucedido en el sentido filosófico desde que conocí la religión de la Reforma, es para demostrar con un hecho innegable, la inmensa ventaja que tiene sobre todas las religiones, el estudio razonado del Espiritismo, y no he hallado mejor ejemplo que mi propia historia.

Por eso he referido las luchas de mi espíritu cuando me encontraba en la mayor miseria, y en el abandono más horrible, cuando a pesar de creer que Jesús me tendería sus brazos, me conceptuaba una *cosa animada*, un ente despreciable que sólo servía de estorbo en la sociedad, quedándome profundamente sorprendida, cuando no me resigné a ir a recoger como otros muchos pobres una ración de sopa. El ideal religioso sólo me inspiraba el anonadamiento de mi voluntad. Yo quería no sentir, no levantar la mirada del polvo de la tierra, creía que mientras más me humillara más cerca estaba de entrar en el reino de Dios. Mi misión según mi entender estaba reducida a pedir una limosna sin murmurar una queja. En cambio, al conocer, aunque de un modo muy imperfecto la filosofía espírita, puesto que entonces apenas tenía vista para leer, y por consiguiente no podía estudiar. Aunque asistía a las sesiones sin comprender más que la mitad, las enseñanzas de los espíritus, ¡qué horizontes tan espléndidos vi ante mi pensamiento! Dejé de considerarme cosa animada, y de crearme un ente despreciable e inútil para toda obra buena. Los espíritus en tropel acudían en torno mío y murmuraban en mis oídos:

¡Mujer, escribe, levántate del polvo, que es tuya la inmensidad!
Si ciega estás del cuerpo procura recobrar la luz del alma.

No estás sola, no estás abandonada, únicamente cumples tu condena. Cuando a un criminal la justicia humana le impone su castigo y lo arroja al fondo de un presidio para toda su vida, ¿dejará por esto

aquel desgraciado de tener familia si aún viven sus padres o si antes de cometer el crimen se unió a una mujer para cumplir con las leyes de la Naturaleza? El estará sólo con su conciencia en la penitenciaría, pero sus padres, su esposa y sus hijos pensarán en él.

Pues algo parecido acontece a los terrenales que encarnan en ese planeta para expiar una parte de sus crímenes. Se encuentran solos como te encuentras tú. Tienen hambre, sienten frío, pero su familia del espacio les rodea, les presta aliento, les aconseja, porque no hay ningún espíritu que esté solo en la Creación. Y si tú quieres, a pesar de tu pobreza y de tu ignorancia, puedes ser útil a la Humanidad, puedes transmitir nuestros pensamientos y decir con absoluta certidumbre que el ciego de hoy será el gran astrónomo del porvenir, que el tullido del presente, irá mañana en un globo cruzando la inmensidad. Y lo demostrarás con la metamorfosis que se operará en ti misma. Tú darás luz a los ciegos de entendimiento, tú despertarás a los que duermen con el sueño del crimen, tu voz resonará en los abismos de las penitenciarías y criminales empedernidos llorarán leyendo tus escritos. No te llevaremos a las Academias científicas, pero te haremos entrar en las sombrías mansiones del dolor.

¡Trabaja!..., ¡levántate!..., ¡aprovecha el tiempo!..., mira que has perdido muchos siglos en la indiferencia y en los vanos placeres que proporciona el olvido total de los deberes. No estás condenada a la mendicidad del espíritu, puedes enriquecer tu alma y llegar a ser el redentor de un mundo: no desoigas la voz de los invisibles, llegó la hora de comenzar tu regeneración. No llores creyendo que vives en la soledad, tienes muchos espíritus que lamentan tus extravíos de otro tiempo y esperan anhelantes poder llegar a ti. Acorta la distancia que de ellos te separa con tu trabajo, con tu estudio, con tus deseos de practicar el bien. No te creas un desheredado, tienes una herencia fabulosa. ¿Sabes en qué consiste? En la perfectibilidad de tu espíritu.

Tú puedes trabajar, tú puedes enseñar a los que saben mucho menos que tú: y en la misma Tierra, en ese mundo que ha sido para ti en esta existencia una calle de *amargura*, puedes crearte una familia numerosa, y al dejar ese planeta, aunque murieras en la mayor miseria, cuando se extinga el eco de tu voz dirán los confinados en los presidios:

¿Dónde está aquella mujer que nos consolaba con sus escritos, que nos llamaba hermanos y que a la faz del mundo entero nos brindaba con su fraternal cariño? -¡Ha muerto!, dirá la prensa, y aquellos infelices te llorarán y bendecirán tu memoria.

Esto me decían los espíritus, y los directores de los periódicos espiritistas, todos a una me aconsejaban que escribiera, que no desechara la inspiración que me daban los seres de ultratumba, que podía hacer mucho bien a la Humanidad difundiendo entre los humildes los destellos de la verdad suprema.

Ahora bien, ¿no hay una inmensa diferencia entre el anonadamiento que me producía la creencia religiosa y la noble tarea de dar luz a los ciegos de entendimiento? ¿No hay un mundo de distancia entre la vida humillante de la mendicidad a la vida honrosa del trabajo? ¿No es el Espiritismo indudablemente la redención de la Humanidad? Sí lo es, porque nos da a conocer la verdad de nuestra historia, proporcionándonos los medios para conquistar nuestros perdidos derechos, comenzando por hacernos cumplir nuestros olvidados deberes.

El estudio del Espiritismo nos hace libres, nos hace honrados, despertando en nosotros los más nobles y levantados sentimientos. Porque nos demuestra prácticamente que somos desgraciados porque queremos serlo, y seremos felices cuando sembremos con nuestras virtudes la semilla de la felicidad. Sin excluir de esta ley al monarca poderoso y al infeliz mendigo; el uno en la cumbre de las grandezas humanas, y el otro en el fondo de las humillaciones terrenas, los dos pueden trabajar en su progreso, los dos pueden aspirar a la Inefable dicha de ser amados; los dos son considerados como miembros útiles del gran cuerpo social. Con el estudio del Espiritismo desaparecen las castas degradadas y los hijos desheredados, lo mismo que las razas privilegiadas y los seres elegidos. Todos los espíritus reciben con el don de la Inteligencia la aspiración eterna del progreso y el patrimonio del tiempo. Tiempo que nunca concluye, el alma vive siempre y siempre está en vías de perfeccionamiento, y esta verdad tan Innegable como consoladora es la que yo he querido demostrar escribiendo ***mis memorias***, para llevar el consuelo a muchas mujeres afligidas, a Innumerables familias abrumadas por los más horribles sufrimientos. Para convencer hay que presentar ejemplos que respondan a nuestras afirmaciones. Y yo he presentado el que he tenido más cerca, mi

propia historia, lo que era mi Inteligencia dentro del pequeño círculo de una religión, y lo que ha sido después estudiando y propagando el Espiritismo.

Con mi asiduo trabajo, con mi constante afán de aprovechar todos los Instantes que me dejaban libres mis labores, conquisté en poco tiempo grandes simpatías, y cuando mis ojos se negaron a seguir auxiliándome, no me encontré abandonada a mis débiles fuerzas, no fue objeto inútil y despreciable, nadie me propuso entonces que me convirtiera en *cosa*, nadie me conceptuó como un estorbo en la sociedad, muy al contrario. Una familia honrada me ofreció franca y generosa hospitalidad, y no era esa hospitalidad que se concede al pobre, que por regla general gana con su trabajo el pan que come, pero que no es apreciado su afán y su desvelo. Y yo entré a formar parte de una familia sin que ésta me exigiera que yo le ayudase en sus tareas en lo más leve. Luis sólo me dijo:

-Escribe cuanto puedas sin cansarte, sin perjudicarte en lo más mínimo. Difunde la luz y ten la completa confianza que no vivirás jamás en la sombra. Tu expiación hubiera sido horrible si no hubieses aprovechado el tiempo, pero viendo que has hecho cuanto has podido por dar luz a los ciegos, luz tendrás para escribir.

¡Qué diferencia! ¿No es verdad? La religión de Cristo me decía: humíllate, resignate, crúzate de brazos y espera que Jesús te lleve al reino de su padre si tú con la cruz de tus desdichas llegas hasta el calvario sin exhalar una queja. En cambio, el Espiritismo me decía: Si tu expiación no te permite ganar el pan con el sudor de tu frente, no por eso te entregues en brazos de la ociosa mendicidad. Si no tienes luz en tus ojos tienes luz en tu alma, pide auxilio a los espíritus, ruégales que guíen tu mano y que Iluminen tu entendimiento, y escribe todo cuanto puedas, que hay muchos desgraciados que gimen en la ignorancia y tú puedes guiar sus pasos por el camino del bien.

Yo, entonces, confieso ingenuamente que no aprecié en todo su valor la protección de los espíritus. Agradecía con toda mi alma la hospitalidad de Luis y las consideraciones de su familia, que me trataban como si fuera un niño enfermo, porque en realidad si enferma tenía el alma, no menos lo estaba el cuerpo. Una alimentación sana y abundante me hacia recordar con amargura la escasez de otros

tiempos. No tenía que pensar en pagar la casa, que es el susto permanente de los pobres. Tenía una habitación espaciosa, aunque algo triste, pero en la cual tenía todo lo necesario para mi trabajo con la mayor comodidad, mas, ¡ay!, mi espíritu se rebelaba en su impotencia, no estaba conforme con aquel nuevo período de esclavitud. Le era muy doloroso recibir tan señalados favores de una familia con la cual no había tenido nunca la menor relación, había llegado al fin de la intimidad sin mediar antes la preparación necesaria de la simpatía, del trato, de la identidad de pensamientos, hasta el idioma me separaba de aquellos seres que hablaban en catalán casi siempre y yo no les entendía ni una sola palabra, porque he sido y soy la torpeza personificada en cuestión de números y de lenguas. Me humillaba y me entristecía ver como por la mañana, Luis y su hijo se iban al trabajo, su hija al colegio, que estudiaba para profesora, y la madre comenzaba sus tareas domesticas, que eran múltiples, porque la casa era muy grande, y yo me quedaba en mi cuarto pronunciando el monólogo siguiente:

Dicen que tengo talento, es verdad, pero no saben en que lo he empleado. Yo sí, yo lo sé. Lo tuve asombroso para pedir la expiación que hoy me abruma. Mucho habré pecado, pero por vida mía que tanto pagar acaba con mi paciencia.

Yo, que he sido siempre tan independiente; yo, que he puesto siempre una línea divisoria entre las aspiraciones del alma y las necesidades materiales de la vida; yo, que he creído que los ideales religiosos y filosóficos no han de mezclarse con la prosa de la existencia, ahora vivo a la sombra del Espiritismo. Esta familia que me rodea se gana el pan con el sudor de su frente, y yo me siento a su mesa sin derecho alguno. ¿Qué dirán estas criaturas de mí? ¿Qué pensará su madre? Excelente mujer, que no tiene más mundo que su casa. Su marido y sus hijos son su religión, y para la cual mis escritos no pueden realmente tener valor alguno. Luis es el único que les da un valor sin duda excesivo, cuando me concede hospitalidad con la sola condición que escriba y propague el Espiritismo.

Pero esto para mí no es bastante, yo no encuentro legal este modo de vivir, y al mismo tiempo conozco que estoy como ave sin alas, como pez fuera del agua. Mi hermana me quiere mucho, pero me tuve que separar de ella, porque dos miserias juntas nunca hicieron nada bueno. ¿A dónde iré? A un asilo de beneficencia lo rechaza mi

espíritu en absoluto. Dicen que puedo ser útil a la Humanidad recibiendo inspiración de los espíritus, pues por mí no ha de quedar, trabajaré sin descanso. Y con febril actividad me ponía a escribir, y huían de mi mente las dudas y los temores, pudiendo decir que más en relación estaba con los espíritus que con los terrenales, y al llegar la noche decía al acostarme:

-Pues señor, yo he trabajado todo cuanto he podido, mi conciencia está tranquila, lástima que la conciencia no la ve más que uno mismo. ¿Qué dirán de mí los demás? ¿Se creerán que no quiero coser? Y la verdad es que no puedo, porque yo pruebo muy a menudo y siempre las pruebas me dan resultados negativos. Y en continua lucha conmigo misma, me entregaba al sueño que era dulce y apacible, porque en honor de la verdad, tenía muy tranquila la conciencia.

Así como cada día tiene su afán, cada trabajo que se emprende tiene sus inconvenientes y sus obstáculos que vencer.

Cuando yo me sentaba a escribir, muchas veces reflexionaba y decía: -Quieren que sea propagandista del Espiritismo, mis ojos enfermos e inútiles para la labor (menos para escribir), también parece que me dicen que propague la *buena nueva*. Mas no basta escribir, hay que relacionarse con mucha gente. Los centros espiritistas de América me envían sus cariñosas felicitaciones, y para contestar a tantos hermanos y compañeros tengo que gastar mucho dinero en sellos, y no ganando un céntimo, ¿cómo podré seguir correspondencia con mis correligionarios de allende los mares? En fin, yo escribiré y Dios dirá. Y escribía sin descanso, teniendo siempre de treinta a cuarenta artículos en depósito esperando ocasión oportuna para volar por este mundo.

Lamentándome una tarde con una joven espiritista de la impotencia de mi pobreza, me dijo ella:

-Ya verás qué pronto tendrás sellos en abundancia. Mi tío Domingo, el que está en Alicante, delira por tus escritos. Yo le escribiré y verás cómo lloverán sobre ti sellos de todos los colores.

Así fue. A los pocos días me escribió Domingo Galcerán, diciéndome: Hermana mía, ponte en relación con todos los espiritistas de la Tierra, yo me comprometo a enviarte cuantos sellos necesites

para tu correspondencia; acepta la inspiración de los espíritus y no temas por tu porvenir.

Aquella carta me hizo un bien inmenso, y durante tres años, Domingo me envió mensualmente la cantidad de sellos necesaria para seguir mis relaciones epistolares.

Otro espiritista de Barcelona, José Arrufat, que tenía un almacén de libros rayados, me dijo son riéndose:

-No te apures por objetos de escritorio. Yo te mandaré papel, sobres, tinta, carpetas, plumas y una cartera, y tú escribe, a ver si escribes más que el Tostado.

Luis se reía y me decía:

- ¿Ves, mujer? Queriendo tú trabajar no te faltará nada de lo necesario para salir adelante con tu empresa.

Ante aquella protección manifiesta de la Providencia, mi espíritu se reanimaba y trabajaba cuanto le era posible, pero echaba muchísimo de menos las sesiones de la Espiritista Española, porque en aquella época en el círculo ***La Buena Nueva***, no había mas que médiums de muy buena voluntad que daban sencillas comunicaciones, y para mí, que estaba acostumbrada a oír médiums tan admirables, aquellas narraciones vulgares y lamentaciones de espíritus en sufrimiento no me impresionaban agradablemente.

Había entonces sesiones especiales para curar a los obsesados, teniendo Luis gran poder sobre ellos, pero aquellas escenas violentas me asustaban. Nunca olvidaré a un matrimonio anciano, ella ciega, él medio ciego, ella dominada por un espíritu que le hacía gritar de un modo tan extraño y tan espantoso, que no parecía que gritaba una persona, sino que ladraban muchos mastines furiosamente; otras veces se arrojaba al suelo y aullaba como un perro moribundo. El marido, aunque no estaba obsesado, estaba tan harto de su compañera y tan aburrido de su vida, tan desesperado, que blasfemaba de una manera horrible. Vivían de limosna, no tenían casa ni hogar, iban de pueblo en pueblo y nada más repulsivo que aquella desgraciadísima pareja.

Si yo hubiera conocido el Espiritismo en un centro de curación de obsesados, hubiese huido horrorizada, creyendo que yo también iba

a ser víctima de la persecución de algún ser invisible. Porque las manifestaciones de los obsesados me causaban un espanto indescriptible.

¡Cuán cierto es que a cada uno le dan los medios de acción apropiados a su modo de ser! Yo vi la luz del Espiritismo en un centro de sabios, sin admirar yo no podía creer, y aunque en esta existencia no he tenido la menor instrucción científica, me han inspirado inmensa simpatía todos aquellos que han consagrado su vida a la ciencia. Para mí los sabios han sido mis santos, y mis dioses los astrónomos, los observatorios astronómicos los mejores templos de este mundo. He mirado siempre hacia arriba, por eso la materialidad, la pequeñez de la vida terrena me ha causado siempre profundo hastío, y en el Espiritismo me ha sucedido lo mismo.

Las comunicaciones de espíritus tranquilos, que hablan para enseñar e instruir, me han llenado de inmenso júbilo. En cambio, los espíritus en sufrimiento, martirizando a los médiums, me han causado un terror invencible, me he sentido enferma inmediatamente, me ha parecido que tenía ante mis pies un abismo tan profundo que no se le veía el fondo, y sobre mi cabeza un mundo de rocas próximas a caer sobre mis hombros. Y al mismo tiempo, como he sido muy aficionada al estudio, asistía a las sesiones de curación para aprender y conocer algo de lo muchísimo que ignoro, pero dichos estudios me daban más miedo que enseñanza.

Las comunicaciones que me llenaban de inocente alegría, eran las de Miguel Vives, que de vez en cuando asistía a las sesiones de **La Buena Nueva**. Me parecía que escuchaba a un apóstol del Cristianismo, retrocedía a los tiempos de Jesús, y lentamente mi alma se iba acostumbrando a aquella atmósfera de reposo y de humildad. Pero cuando mi espíritu recibió una impresión inexplicable, fue cuando asistí por primera vez a una sesión en el Centro de Tarrasa.

Miguel vivía entonces en una casita muy pequeña, y en una salita en torno de una mesa redonda nos reunimos catorce o dieciséis espiritistas. Aquella tarde me encontraba profundamente triste, pero gozaba en mis recuerdos un mundo de reminiscencias que aglomeraba en mi mente, cuando Miguel Vives se concentró después de haber leído muchas oraciones.

Reinaba el silencio más profundo, todos estaban con gran recogimiento, el médium comenzó a llorar sin que su rostro revelase la angustia del sufrimiento. Todos le miramos atentamente, preguntándonos unos a otros en voz muy queda:

-¿Quién será? El médium está muy conmovido.

Uno de los hermanos, viendo que Miguel seguía llorando sin hacer la menor contracción, exclamó:

-¿Quién eres, buen espíritu? ¿A quién buscas aquí?

-A mi pobre hija - contestó el médium con voz entrecortada.

Al oír tal contestación, sentí en todo mi ser tan violenta sacudida, me emocioné de tal modo, que me es del todo imposible explicar lo que sentí, pero hice esfuerzos sobrehumanos para prestar toda mi atención al médium, que serenándose lentamente prosiguió diciendo:

Si, hermanos míos, vengo a decirle a mi hija que no está sola en ese mundo. Que jamás lo ha estado, ni en los momentos de mayor angustia, cuando ha pagado con mares de llanto una mínima parte de sus muchas culpas.

Yo he velado su sueño, he guiado sus pasos, le he inspirado la repulsión que siempre ha sentido por todo lo que lleva el sello de la degradación.

Yo la he apartado del abismo del suicidio, yo he murmurado en su oído, *sufre* y *espera*. Yo he conservado el fuego sagrado de su dignidad bajo las cenizas de la humillación y de la miseria, yo he sido siempre ¡su madre! Aquella que se extasiaba con sus caricias, que no vivía más que para su hija.

¡Cuánto has sufrido, hija mía!.. O por mejor decir, ¡cuánto hemos sufrido! Cuando tú te has caído las dos recibíamos daño, cuando te desesperabas al oír tus amargas quejas, yo también creía que Dios era injusto. Siempre en pos de ti, he vivido como tú en tinieblas. Yo no quería ver la grandeza del infinito viviendo tú en la sombra del dolor. Yo no quería hacer uso de las ventajas de mi desencarnación mientras tú estuvieras esclavizada con las esclavitudes de las

dolencias, de la soledad y de la miseria.

Yo quería hacerte libre despertando en tu espíritu un deseo, un anhelo, un afán de penetrar en lo desconocido, y trabajé incansable hasta hacer llegar a ti algo que te hablara de tu eterna vida, y que te impulsara al progreso. Yo quería que tuvieras una familia, y ya la tienes, ¡hija mía! Los espiritistas te quieren mucho: ¡Queredla, hermanos míos! Ayudadla en su penosa peregrinación.

Ella os dirá cómo lloran muchos desgraciados, ella os contará interesantes historias, ella trabajará en medio de su inutilidad física y difundirá la luz de la esperanza entre los desvalidos y los infortunados. ¡Amadla, hermanos míos! Ella se cree sola desde que no se duerme en mis brazos, desde que no oye mi voz apartándola del peligro imaginario, compadeced a los huérfanos, ¡pobrecitos!.. ¡Sufren tanto!.. Pero tú ya no eres huérfana, hija mía, porque sabes que yo vivo para ti, que podría estar muy lejos de la Tierra y tu aliento se confunde con mi aliento, porque sin ti, los mundos de la luz están para mí en el caos de la sombra. ¡Te quiero tanto!... Os lo vuelvo a repetir, hermanos míos, ¡amad a mi hija! Dadle el calor de vuestro cariño, que su alma está enferma de frío.

Tiene miedo, mucho miedo de volver a sufrir lo que ha sufrido. Decidle que para ella no habrá más aislamiento, que habrá muchos desgraciados que buscarán sus consejos, decidle que ella dará muchas limosnas a los pobrecitos necesitados, decidle que en sus horas de melancolía se entregue a un asiduo trabajo, que nunca el desaliento se apodere de ella, que jamás la duda la arroje en el abismo de la desesperación, que ella puede borrar las manchas de su pasado conquistando con sus esfuerzos un porvenir glorioso. Sí, hija mía, puedes enriquecerte con esas riquezas que nunca pierden su inmenso valor.

Tú, que tanto me has querido, tú, que tan buenamente creías que sin mí te sería imposible la vida, consuélate con la certidumbre absoluta de que nunca me he separado de ti. La Tierra es mi cárcel porque tú estás en ella, no lo olvides nunca. Tú eres mi culto y mi religión, yo vivo por ti y para ti, para mí en el Universo no hay más que tú: bien he vivido y me he creado numerosa familia en el transcurso de muchos siglos, pero ninguno de mis deudos me atrae

como tú. ¡Eres tan desgraciada!... ¡Te crees tan sola!... Trabaja en tu progreso, ¡hija mía!, que te va faltando la luz en los ojos y en el alma. ¡Yo te daré una nueva familia! ¡Yo les diré a los espiritistas que te amen, yo les inspiraré para que no te abandonen! ¡Tú no padecerás hambre! ¡Tú no sentirás frío! ¡Tú morirás rodeada de pobres que te bendecirán y acompañarán tus restos llorando con profundo desconsuelo! ¡Trabaja, hija mía! Trabaja sin descanso interpretando el pensamiento de los espíritus, que puedes hacer mucho bien a la Humanidad. No olvides los consejos de tu madre.

Mientras habló el médium, una fuerza poderosísima contuvo mis lágrimas y mis demostraciones de júbilo. La realidad era superior a todos mis ensueños. ¡Mi madre! Aquella mujer que lo fue todo para mí, que en medio de su pobreza me rodeó de tantos cuidados, que me educó y me hizo amar a Dios en la Naturaleza, aquel ser que en medio de su impotencia arrancó de mi camino todas las zarzas espinosas, me vistió con elegancia, me separó de toda la prosa de la vida, aquel espíritu todo amor, abnegación y sacrificio, vivía aún y me amaba lo mismo, más si cabe, que cuando guiaba mis inseguros pasos por la Tierra. Aquel hallazgo para mí completamente inesperado me enloqueció, grité, lloré, abracé a las buenas mujeres que me rodeaban. ¡Mi madre vivía!... ¡Vivía para mí!

Era la primera comunicación familiar que yo recibía, al revés de la generalidad de los neófitos del Espiritismo, que lo primero que hacen es evocar a sus espíritus más queridos. Yo nunca evoqué a mi madre, he mirado siempre la comunicación con el más profundo respeto, y al mismo tiempo he querido evitar el engaño. He creído en la comunicación de los espíritus desde que leí el primer artículo sobre Espiritismo, pero de esto a buscar la identidad de los espíritus que nos fueron queridos, hay un mundo de distancia. He creído siempre que la impaciencia en el Espiritismo era el mayor escollo que podríamos poner en nuestro camino, y me propuse no ser impaciente. Por eso hasta ahora creo que no he sido engañada.

He huido también de preferir las comunicaciones firmadas con nombres celebres, en la religión y en la ciencia. Para mí han estado de más las santidades de los unos y la sabiduría de los otros. He creído que los espíritus debían estar en relación directa con el grupo formado para escucharlos, por eso, en una reunión familiar compuesta de mujeres humildes y en su mayoría ignorantes, no he aceptado como

buenas las comunicaciones de sabios doctores de la Iglesia, ni de santas ilustres como Teresa de Jesús.

En la Tierra, ¿no van como suele decirse, *cada oveja con su pareja*? Las mujeres honradas, las mujeres modestas educadas en el rincón de su casa, ¿acuden en sus horas de asueto a las mancebías o a las tabernas? No, van al teatro, de paseo, a las reuniones buscando sus amigas más afines con sus sentimientos y sus costumbres.

La juventud escolar, ¿busca para su esparcimiento a los hombres entrados en años? No, los jóvenes buscan a los jóvenes. Los trabajadores del campo, ¿van a contar sus cuitas y la pérdida de sus cosechas a sabios y a graves académicos? No, ni estos relatan sus triunfos ni hacen partícipes de sus estudios a los tenorios de oficio. Cada cual se mantiene dentro de su esfera de acción.

Pues de igual manera los espíritus que por ley natural han de ver más claro que los encarnados, cuando se den cuenta de la continuidad de su vida, no acudirán a los centros donde no tienen el menor lazo de atracción. Podrán acudir de vez en cuando, por ejemplo como acuden los catedráticos a las escuelas para ver el estado de adelanto de los alumnos, pero estar a la disposición de los niños, eso jamás. Por eso a mi, las sesiones en los grupos familiares nunca me han satisfecho, salvando algunas excepciones, y es por la monomanía que tienen en todos ellos de llamar continuamente al padre, al hermano, al hijo, al abuelo, o a la mitad de los santos de la corte celestial.

A mi modo de ver, hasta ahora no sabemos más que una cosa positiva del Espiritismo, y ésta es la comunicación de los espíritus. La comunicación es innegable, en ciertas ocasiones parece que se llega a obtener la identidad de los espíritus, no porque el espíritu diga su nombre, ni porque un médium vidente describa la figura del ser que se comunica, sino por la emoción que experimenta el interesado. ¡Ah! La aproximación de un alma querida nos produce todas las sensaciones conocidas en la Tierra, y otras muchas de las que no tenemos la menor idea.

Yo sentí al hablar Miguel Vives un placer que nunca había sentido. Mientras hablaba el médium, ¡yo vivía!, ¡yo sentía el calor de la vida!, calor que no he vuelto a sentir después, a pesar que en muchas sesiones me han dicho los espíritus tu madre está aquí.

Yo he agradecido su buena intención, he comprendido que me querían consolar, pero he dicho entre mí: no está aquí mi madre.

En la sesión de Tarrasa fue muy distinto. Yo no la evoqué, no creía que mi madre me quisiese tanto, pensaba que por su vida de martirio y por la grandeza de su espíritu, estaría muy lejos de las miserias humanas. Por eso aquella comunicación espontánea, aquel lenguaje sencillo lleno del más puro sentimiento, me hizo creer que era mi madre el espíritu que hablaba. Yo me preguntaba a mí misma: ¿Es ella? Y los apresurados latidos de mi corazón me respondían: ¡Ella es!..

¡Cuánto bien me hizo mi madre con aquella comunicación! Entonces bendije la hora de haber llegado a Cataluña, aprecié en todo su valor la hospitalidad del presidente del círculo espiritista de Gracia, y cuando me encontré de nuevo en mi gabinete de trabajo, me pareció la habitación más alegre y más risueño todo cuanto me rodeaba, porque tenía la certidumbre de que mi madre no me dejaría sola en brazos de la adversidad.

Entre los espiritistas que acudían a las sesiones de ***La Buena Nueva***, había un joven maestro de obras llamado Eudaldo, el que habiendo perdido a su madre, estudió el Espiritismo con el noble afán de ver si su madre ***vivía***. Se hizo muy amigo de Luis, de su familia, y por consecuencia natural, yo también entré en el número de sus amigos.

Comenzamos a notar que al dar inicio las sesiones, Eudaldo se levantaba y se iba a la galería o a un pequeño huerto que servía de desahogo a la casa, y al preguntarle por que no se quedaba a la sesión, me contestó:

-Muy sencillamente, porque en cuanto los médiums comienzan a hablar, me entra un sueño irresistible, y yo conozco que este sueño no es natural, porque siento frío, calor, angustia, ganas de gritar, un peso en la cabeza como si la tuviera llena de plomo. Y como yo no quiero ser médium, por eso no quiero estar en la sesión, y el caso es que hago firme propósito de no venir hasta que la sesión se concluya, y estando en el café, me levanto maquinalmente y me vengo, pero como a mí nadie me hará hacer las cosas contra mi voluntad, lo que es ser médium no lo seré.

Luis lo escuchaba sonriéndose, y al parecer no hacía el menor caso de sus entradas y salidas, y preguntándole yo un día que le parecía todo aquello, me contesto:

-Nada de particular, Eudaldo será un gran médium, a su tiempo. Los espíritus le dominarán. Si yo le hubiese dicho, **quiero que seas médium**, da media vuelta y no vuelve más al centro. No le digáis nada, dejadle que entre y salga y suba y baje, y repita hasta la saciedad que no quiere ser médium, que tú que tanto recuerdas las sesiones de la Espiritista Española, las tendrás aquí tan buenas y de tanta enseñanza como aquellas. Eudaldo, es una buena adquisición para el Espiritismo, pero si fuéramos impacientes todo se perdería. Demos tiempo al tiempo.

Eudaldo estuvo luchando con su mediumnidad más de un año, cuando una noche, terminada la sesión, estaba el sentado junto a la mesa que había en el centro del salón de sesiones, hablando y riendo a más y mejor. De pronto palideció, inclinó la cabeza sobre el pecho, cerró los ojos y exhaló un profundo suspiro. Todos enmudecimos, y al poco tiempo se despertó diciendo:

-Cuando yo digo que no quiero estar en este salón... Vámonos a tu cuarto, Amalia, que allí no me harán dormir.

Diez o doce personas seguimos a Eudaldo, que al entrar en mi aposento se sentó, quedándose dormido instantáneamente. Todos le rodeamos, y el médium, después de guardar silencio largo rato, dijo con voz conmovida lo siguiente:

Hermanos míos, la hora ha llegado de que tengáis entre vosotros un médium que os dará buenos resultados, y tú, hermana mía, ¿no me conoces? ¿No me recuerdas Amalia? Soy Benisia, soy el que te di a conocer donde no te conocían, soy el que pronostiqué que llevabas un mundo en tu cabeza. Trabaja con afán, hermana mía, yo estoy contigo, yo he ido desarrollando al médium lentamente, sus comunicaciones te ayudarán en tu trabajo. Trabajad unidos, tus amigos del espacio no te abandonan, agradece la protección divina y bendice a Dios en las alturas.

Me han concedido la inefable dicha de ser yo el que os presente al nuevo médium, ya que a mí me ha cabido la gloria de vencer su

tenaz resistencia. Uníos por el amor, hermanos míos. Los que no se aman viven desterrados del cielo. Dios es amor, el amor nos acerca a él, el amor nos engrandece, el amor nos regenera. ¡Bendito sea Dios, que todo es amor!...

Si grandes y encontradas emociones experimenté con la comunicación de mi madre, la de Benisia me hizo sentir profunda satisfacción, y como el placer en la Tierra se manifiesta con lágrimas, lloré dulcemente, porque yo recordaba a Benisia con inmensa gratitud. A él debí que hicieran caso de mis humildes escritos en la Espiritista Española. Siempre me atendió con el mayor cariño, siempre sus miradas se habían fijado en mí con triste y dulce compasión, su recuerdo iluminaba mi mente con los más puros destellos. Así es que su comunicación y haber sido él el encargado de desarrollar al médium, todo se unió. Para que mi reconocimiento se aumentara, me fue útil en la Tierra y me lo seguía siendo desde el espacio, proporcionándome un buen médium para hacer más fácil mi trabajo y más agradable mi vida.

Cuando Eudaldo se despertó le conté lo ocurrido, y el se encogió de hombros, diciendo con alegre sonrisa:

-Bueno, bueno, Luis dirá que debo hacer.

-Pues lo más sencillo -contestó Luis-, asistir a las sesiones y dar tu comunicación, pero aquí solamente, ¿entiendes?, porque ahora sobre ti lloverán peticiones. El uno querrá saber de su madre, el otro de su padre, aquél de su nieto, y siendo de buenas condiciones, te echarían a perder. Y la mediumnidad es un tesoro, que si se sabe conservar, dura toda la vida, en cambio, con el abuso se convierte en pesadilla, y, ¡ay de aquel que llega a ser juguete de los espíritus!

Eudaldo, a los dos o tres días entregó a Luis varias comunicaciones escritas muy buenas, más Luis le dijo:

-No quiero tantos bienes, con la mediumnidad parlante tienes suficiente para dar luz a muchos ciegos. Desecha la escribiente, porque ésta llegaría a serte muy perjudicial. Vives de tu trabajo, necesitas las noches para descansar, los días para tus planes y tus medidas, la tarde del domingo es la que te queda libre, y ésta es la que puedes dedicar a las sesiones. Siguiendo mis instrucciones nunca te arrepentirás de ser

médium parlante, harás mucho bien a la Humanidad y te lo harás a ti mismo.

Eudaldo apreció lo mucho que valían los consejos de Luis, y hace catorce años que es médium parlante del Centro **La Buena Nueva**, médium puramente mecánico, no recuerda jamás ni un solo pensamiento de sus discursos. Cada día, si cabe, son mejores sus comunicaciones. Esposo modelo y padre cariñoso, cumple una gran misión en esta existencia. Sólo por enfermedad o atenciones perentorias de su carrera, o de su destino, ha dejado de dar comunicación los domingos, jueves y algunos otros días festivos que son los señalados para las sesiones, y aunque esté en un banquete de familia, o en una reunión política, a la hora señalada todo lo deja y viene al centro a dar su comunicación, sin tener por este continuo trabajo la menor retribución. Da gratuitamente lo que gratuitamente recibe, por eso no le falta la protección de los buenos espíritus. Ha hecho mucho bien en su modesta esfera y Dios quiera que durante muchos años resuene su voz en el círculo de **La Buena Nueva**.

Con la adquisición de tan buen médium, las sesiones que antes nada decían a mi alma, tuvieron para mí gran atracción, porque comencé a oír una serie de comunicaciones sensatas, profundas y consoladoras. Sin ser áridamente científicas, no llegaban tampoco a la sencillez de las familiares. Eran instrucciones al alcance de todas las inteligencias, sin llegar nunca a la vulgaridad.

Asistiendo semanalmente a una buena cátedra de Espiritismo, mi imaginación tendía su vuelo, y sin poder llegar a las hermosas regiones de la ciencia, escribía con mucha facilidad historias y hechos auténticos del Espiritismo, pues siempre en todos mis escritos ha dominado la sencillez de la verdad. He creído siempre que mi invención sería muy pobre en comparación de la realidad.

A finales de agosto de 1877, entró Luis una mañana en mi cuarto diciéndome con vivas demostraciones de alegría:

-Amalia, ahora sí que vas a empezar una buena campaña. El **Diario de Barcelona**, trae un artículo titulado El mundo de los espíritus, en el cual dice que el Espiritismo es una monstruosidad, y tú vas a contestar al **Diario**, diciendo lo que es el Espiritismo.

-Tú estás loco, Luis. Ni tú ni yo somos sabios para convertirnos en defensores del Espiritismo, así es que por lo mucho que amo la escuela filosófica a la cual pertenecemos, no me meteré como se dice vulgarmente en *camisa de once varas*.

-Déjate de cuentos. Tú lee el artículo, pide inspiración a los buenos espíritus y ponte a escribir sin perder momento. Demasiado sé yo lo que me hago, si antes de conocerte, ya veía yo las verdades que dirías al mundo entero -y se fue dejándome el periódico.

En ello sentí grandes apuros, porque si bien soy médium inspirado, no acepto de los espíritus más que aquello que comprende mi razón. Creo en la comunicación de los invisibles, pero no me fio para entregarme ciegamente a su inspiración.

Temo siempre ser juguete de algún enemigo ultraterreno, o de algún espíritu más ignorante que yo que se crea sabio sin serlo. Para solaz de las almas sencillas y de los seres afligidos, tenía la certidumbre que servían mis humildes escritos, pero para salir a la defensa de un ideal filosófico tan grande, tan profundo, tan trascendental como el Espiritismo, ¿qué conocimientos científicos poseía yo? Ninguno, absolutamente ninguno. Había leído muchísimas novelas históricas y narraciones de viajeros en mi juventud, tenía buen gusto literario, sabía conocer los defectos, conocía los de mis escritos, pero no sabía como corregirlos, y para convertirme de buenas a primeras en paladín del Espiritismo, me encontré tan pequeña, que mirándome con el buen microscopio de mi razón, no hallé en mí la menor condición intelectual que abogara en mi favor. Pero al mismo tiempo reflexionaba y decía: Yo tengo obligación de trabajar, yo debo ser útil a una escuela a cuya sombra he hallado un hogar y una gran familia entre los muchísimos espiritistas que me envían sus recuerdos de fraternal simpatía.

Mi intención es muy buena. ¡Dios mío! Que no me ciegue la necia vanidad. ¡Buenos espíritus!, ¡dadme inspiración!

Y llena de súbito entusiasmo escribí el primer artículo de polémica, que se publicó en *La Gaceta de Cataluña*, mereciendo mi trabajo general aceptación.

En el mes de abril de 1878, *El Comercio de Barcelona*,

refiriéndose a una conferencia dada por Don Manuel Lasarte, en el Ateneo libre, dijo que éste señor había dicho que la vulgarización de la ciencia en nuestro país, luchaba con antiguas preocupaciones y con el grave inconveniente de que parece abandonar un fanatismo, sólo para caer en otro, para pasar de la Inquisición al Espiritismo.

Y he aquí otra vez a Luis diciéndome:

-Escribe Amalia, escribe.

Y yo, siguiendo sus indicaciones, escribí otro artículo, que terminaba del modo siguiente:

El Espiritismo no viene a reanimar las muertas cenizas de las hogueras de la Inquisición, viene a sembrar las semillas del adelanto, viene a repetir a los hombres las sublimes palabras de Cristo: ***Amaos los unos a los otros.*** Viene a recordarnos el consejo de Solón: ***Conócete a ti mismo.*** Viene a afirmar lo que dice Sócrates, que ***conocer no es otra cosa que acordarse,*** y que esperemos lo que esperaba aquel sabio: ***La aparición de ese día que no tiene víspera ni mañana,*** viene a proclamar el principio filosófico de César Cantú, que decía: ***El porvenir no es nunca la repetición de lo pasado...***

La Inquisición de ayer decía; ***Fuera de la iglesia no hay salvación posible;*** y el Espiritismo de hoy exclama: ***Humanidad, ¡libre eres para creer! ¡La razón derribó a los dioses, y hoy la razón es diosa! Hacia Dios por la caridad y la ciencia.*** Esta es la síntesis del Espiritismo.

En noviembre del mismo año, el notabilísimo orador sagrado Don Vicente de Manterola habló sobre el Espiritismo en los templos de Santa Ana y Santa Mónica. Vi anunciado el tema de sus conferencias, y me apresuré a ir a las iglesias donde una lumbrera del catolicismo se disponía a cubrir con una losa de plomo la eterna verdad del Espiritismo.

No perdía ni una sola de sus palabras. Mi frente ardía, mis sienes latían con violencia, sentía en todo mi ser la savia de una nueva vida, y al terminar el orador su plática regresaba a mi hogar, me encerraba en mi aposento, y trasladaba al papel todas mis impresiones. Seis artículos publicó ***La Gaceta de Cataluña*** dedicados al Sr. de Manterola, que con toda su ciencia y sus profundos conocimientos

habló sobre el Espiritismo, como el último cura de *misa y olla*, diciendo que la comunicación era una verdad, pero que era Satanás el que se comunicaba con los espiritistas.

La Revista Popular, salió a la defensa del Sr. de Manterola y un Don J.B. y P., me dirigió todos los insultos que pudo, y a sus diatribas contesté escribiendo siete artículos que se publicaron. Cuando yo veía con el afán que se leían los números de ***La Gaceta de Cataluña***, que llevaban mis escritos, lágrimas de profunda gratitud brotaban de mis ojos. Recordaba mi pasado, cuando pasaba días y días pensando en el modo de morir, después cuando iba a la capilla evangélica y estudiaba el modo de llegar a la perfección aceptando la mendicidad como el camino más directo para llegar al reino de Dios, y con el conocimiento de la verdad, con la certidumbre de mi eterna vida, aquella mujer medio ciega, inútil para ganarse su sustento, puesta en relación con los espíritus, protegida por un alma generosa le decía a un sabio de la iglesia romana, verdades que no tenían refutación. ¡Qué diferencia entre una religión y el Espiritismo!...

La religión me decía: Crúzate de brazos, hunde tu frente en el polvo, bendice a los que te maltratan y te atropellan. ¡Ay de ti si no te humillas hasta perder toda noción de dignidad! Y en cambio, cuando escucho mi humilde voz, un espiritista, ***comprendió que yo podría decir grandes verdades al mundo entero***, me llamó a su hogar y me dijo:

-Escribe, di que el Espiritismo es la verdad eterna. Tú que apenas ves la luz del Sol, darás luz a muchos ciegos, y ya que conoces lo triste que es la ceguera, encárgate de curar a los que no quieren ver.

Al comenzar el año 79, publicó Manterola ***El Satanismo, o sea, la Cátedra de Satanás combatida desde La Cátedra del Espíritu Santo. Refutación de Los errores de la escuela espiritista***. Y yo principié a refutar dicha obra el 5 de marzo del mismo año, escribiendo 46 artículos que coleccionó con los anteriores el editor Don Juan Torrents, que publicó un libro titulado: ***El Espiritismo refutando Los errores del Catolicismo romano***.

El 20 de septiembre de 1880, publicó ***La Gaceta de Cataluña***, los retratos del Sr. de Manterola y el mío, dando la siguiente explicación de dicho grabado:

En esta época de libre examen discuten las escuelas los credos que sostienen y cada cual hace gala de su ingenio y de su fe. El catolicismo, fuerte por la tradición y por el apoyo que le presta el Estado, ataca a las demás creencias, contándose entre ésta el Espiritismo, que no hallándose conforme con los tiros que recibe, se pone a la defensiva, trabándose entre ambas escuelas la noble lucha de la discusión. Siendo unos de los que se han batido con mejores armas Don Vicente de Manterola y Doña Amalia Domingo: el primero escribiendo un volumen de 931 páginas, titulado: ***El Satanismo, o sea, la Cátedra de Satanás combatida desde la Cátedra del Espíritu Santo. Refutación de los errores de la escuela espiritista***, y la segunda publicando, un libro de 335 páginas con el título: ***El Espiritismo refutando los errores del Catolicismo romano***.

El asunto de ambas obras fue conocido del público antes de que sus autores coleccionaran sus trabajos, pues el Sr. de Manterola, pronunció sus conferencias en la iglesia de Santa Ana y en la de Santa Mónica, y la Sra. Domingo publicó sus artículos en ***La Gaceta de Cataluña*** y en ***La Luz del Porvenir***. Pero tanto las conferencias del primero, como los artículos de la segunda, no debían perderse ni en las ondas sonoras del viento, ni en el descuido y olvido a que se entregan los periódicos políticos, cuyo interés palpitante sólo dura el tiempo que se leen, y ambos señores tuvieron un buen acuerdo en coleccionar sus trabajos porque uno y otro defienden con valentía sus respectivas causas, y bueno es que todos los ideales pronuncien públicamente su credo.

¿***La Gaceta de Cataluña***, periódico neutral en esta clase de cuestiones teológicas, pero que comprende y procura satisfacer en la medida de sus fuerzas el interés de sus lectores, se apresura a dar a conocer el retrato de ambos contendientes, en una polémica que por su índole, no ha podido menos de llamar la atención pública.

No nos proponemos al publicar el retrato del Rdo. Don Vicente de Manterola, y Doña Amalia Domingo Soler, escribir una biografía completa de ambos personajes. El primero, no la necesita; la segunda, hasta cierto punto, puede decirse que no la tiene. El Sr. Manterola, ex-diputado carlista, antiguo consejero de Don Carlos, durante una buena parte de la última guerra civil, y en la actualidad cura párroco de una importante parroquia de la Corte, y según lo que la prensa insinúa,

candidato obligado a todas las mitras vacantes que se presentan, es un sacerdote fogoso, apegado a las ideas ultramontanas y dotado de indiscutible talento.

La Sra. Domingo, que nació en Andalucía, ha llevado siempre la modesta existencia de un apóstol de las ideas espiritistas. Vive humildemente en el seno de su iglesia, es querida y considerada por sus correligionarios y en todas las regiones de la península que ha recorrido, llevada de un celo inextinguible y desinteresado en favor de las ideas religiosas que profesa, ha sabido dejar huellas brillantes de su talento, honrando con sus cultos y fervorosos escritos las columnas de un gran número de periódicos.

Nosotros, que por temperamento y por convicción somos partidarios sinceros del libre examen, aunque no participemos, ni mucho menos, de las ideas de ninguno de ambos contendientes, hemos de ver siempre con profunda simpatía una polémica que nunca ha degenerado en disputa, y en la cual se esgrimen las armas de la razón sacadas del arsenal moderno, y se emplea la táctica de la cultura literaria, que en todos casos es preferible a otros medios violentos que antes se empleaban exclusivamente en la ventilación de las cuestiones religiosas.

Así terminó mi primera polémica con un sabio de la iglesia romana. Durante el curso de mi trabajo tuve mis horas de temor y de vacilación. Tengo en tanto el ideal filosófico, al que le he debido más que la vida, porque le debo el progreso de mi espíritu, que siempre temía dar un mal paso, resbalar y caer, no sintiendo mi caída, sino que pudieran decir mis contrarios: ¡Pobre escuela la que tiene tales defensores! Pero gracias a Dios, los buenos espíritus no me abandonaron un solo instante, y la que estaba condenada por las religiones, pedir una limosna en la puerta de una iglesia, redimida por su trabajo elevaba un himno al progreso universal.

Mis escritos despertaron la curiosidad primero, la atención después, y muchos indiferentes quisieron saber entonces lo que era el Espiritismo.

Sólo tengo un sentimiento, sólo una pena me abruma, y es no ser en esta existencia uno de los grandes sabios que pudiera demostrar en todos los terrenos de la ciencia las verdades del Espiritismo y el

consuelo que dan sus enseñanzas a los que, abrumados por el peso de su expiación, creen como yo creía que era un desheredado que no tenía hogar, ni en la Tierra, ni en el Cielo.

Capítulo 10.

En los primeros días del mes de mayo del 79, entró Luis una tarde en mi cuarto, acompañado del editor espiritista don Juan Torrents, y de buenas a primeras me dijo Luis:

-Amalia, Torrents conviene conmigo que hace mucha falta un periódico espiritista dedicado exclusivamente a la mujer, donde no escriban más que mujeres, y para mediados de este mes, saldrá el primer número. Con que así ya estás enterada, escribe el artículo de fondo, háblale a tus amigas Matilde Fernández y Cándida Sanz, y verás que semanario haréis tan interesante. Saldrá los jueves.

-Pero tú estás loco, hombre de Dios -repliqué con enojo y risa a la vez-, ¿cómo quieres que yo me meta en el berenjenal de un periódico y (semanal nada menos) teniendo que escribir la refutación del Satanismo? ¿Tú piensas quizá que los artículos son buñuelos que se echan a freír? Pues estás en un error, que por mucho que me ayuden los espíritus, yo sé cómo se me queda la cabeza cada vez que le contesto al célebre Manterola.

-Con poco te asustas. Tú no sabes todavía lo que tienes que escribir en este mundo. Yo si lo sé, ponle el título que te parezca al nuevo periódico.

-La Luz del Porvenir.

- ¿Ves?, ya el título promete.

-Pero, ¿y si lo denuncian? ¿No comprendes que no se dirigir un periódico? Una cosa es colaborar, y otra ordenar y escoger los originales.

-Tú no te inquietes por las denuncias que pueda tener ***La Luz del Porvenir***, tú no tienes más que escribir. Torrents pone la parte material, y yo haré la propaganda y proporcionaré suscriptores, así que trato

hecho. Ahora no ganarás nada, ya que todo serán pérdidas. Cuando el periódico pague sus gastos, entonces Torrents te pagará lo que pueda.

Y se fue Luis con su amigo dejándome como el que ve visiones.

Dicen que todos los extremos son viciosos y es verdad. Yo siempre he tenido tan poca confianza en mi misma, que a pesar de la constante asistencia de los espíritus, he dudado en todas ocasiones, mejor dicho he temido no poder salir adelante con el trabajo que me han exigido, y sólo Luis, a quien consideraba como si fuera mi Providencia en la Tierra, hubiera conseguido que yo dirigiera un periódico, y aunque dice el refrán que *más vale ser cabeza de ratón que cola de león*, también es muy cierto que, por diminuta que sea una empresa, quien está al frente de ella sufre muchas contrariedades, muchísimas.

El 22 de mayo salió el primer número de *La Luz del Porvenir*, el cual fue denunciado por mi artículo *La idea de Dios*, y condenado a 42 semanas de suspensión; pero el 12 de junio salió *El Eco de la Verdad*, del cual se publicaron 26 números, reapareciendo *La Luz del Porvenir* el 11 de diciembre del mismo año, gracias al real decreto que publicó *La Gaceta* del 29 de noviembre, en cuyo artículo primero, su majestad Alfonso XII alzaba la suspensión a todos los periódicos que estuvieran cumpliendo o debieran cumplir de sentencia dictada antes de la publicación de aquel decreto.

También fue denunciado el número 11 de la revista *El Eco de la Verdad*, por la publicación del artículo *Los Obreros*, de Cándida Sanz. Lo más curioso del caso es que los propios denunciantes se lo guisaron y se lo comieron, puesto que ellos mismos acusaron y dieron la absolución a *El Eco de la Verdad*, el 29 de agosto de 1879.

Trabajaba mucho, encontrándome casi siempre profundamente triste. Parecía que mi alma, muy desgraciada en sus afectos terrenales, necesitaba escuchar una voz amiga.

El 9 de julio de aquel mismo año me encontré más meditabunda que de costumbre, subí al terrado y allí escribí un artículo titulado *Remordimiento*. Me llamó vivamente la atención mi abatimiento, y aquella misma tarde, estando acompañada de una señora espiritista, subimos al terrado, por ser las dos muy entusiastas de contemplar el

cielo cubierto con las rojas nubes del crepúsculo. Poco después subió Eudaldo, y les conté a ambos la extrañeza de mi tenaz melancolía. El médium se durmió sin que nadie le dijese nada, y dio la comunicación siguiente:

Amalia, no te extrañe la emoción que sientes, es mi fluido que te envuelve. Cuando te acostumbres a él, en vez de darte tristeza te producirá alegría. Necesitas quien te aliente en tu trabajo, no te basta la inspiración que recibes, ni las instrucciones que te dan los espíritus indirectamente en las sesiones. Necesitas más aún, y como cada cual tiene lo que se merece, y aquello que le es de imprescindible necesidad, de hoy en adelante, sin día determinado, ni hora fija, cuando hayas de hacer algún escrito que te parezca de mayor importancia que los demás, llama al médium, y yo te daré las explicaciones que sean necesarias para que tu tarea te sea más fácil.

Y como enseñanza y recreo de tu espíritu, te dictaré algunos capítulos de *«Mis memorias»*, las cuales has comenzado hoy, y en ellas aprenderás a resignarte con la soledad de tu alma, y darás útiles lecciones a los desgraciados de la Tierra. No te fatigues ni te impacientes por entrar en el temple de la ciencia, todo el camino no se puede recorrer en una existencia. Conténtate con ser en esta encarnación una obrera de buena voluntad.

La comunicación del padre Germán me llenó de inmenso júbilo, mi alma presentía la grandeza y el sentimiento de aquel noble espíritu, y puedo decir, que si he progresado algo en esta existencia, lo debo únicamente a sus consejos. Hablo de ese progreso íntimo, de ese mejoramiento que pasa desapercibido a los ojos de la generalidad, porque el hombre tiene muchísimos defectos que se asemejan a millones de átomos que sólo se ven con un microscopio de los más avanzados, pero que a simple vista ni se adivinan siquiera, porque no hay la menor sombra de ellos. Esos defectos no los ve la multitud que nos rodea, pero el individuo siente sus efectos, puesto que obra dominado por ellos, y hay muchas personas célebres por su talento, por su ciencia y hasta por sus virtudes, que miradas por dentro, son como decía Jesús, *sepulcros blanqueados*.

Yo no era mejor que los demás, ni ahora soy más buena que los otros, pero los consejos del padre Germán dados en los momentos que

más los he necesitado, tengo el íntimo convencimiento que ha operado en mí una reacción favorable. Y no creo tener tiempo suficiente en la eternidad para demostrarle a ese noble espíritu la inmensa gratitud que por el siente mi alma: porque cada defecto que se pierde, por pequeño que éste sea, es una hoja de laurel siempre lozana que se une a la gloriosa corona de nuestras virtudes.

Nada vale el incienso del aplauso cuando uno se reconoce tan pequeño como los demás. No basta el hacer el bien por rutina y por egoísmo, para adquirir fama de bueno. Es necesario sentir íntimamente el dolor de los demás y enjugar sus lágrimas, diciendo: ***¡Qué felicidad! Aún sirvo de algo en la Tierra, aún doy sombra a pesar de mi pequeñez.*** Hay que hacer un detenido estudio de uno mismo y decir sin menosprecio: tengo tantos defectos, con todos ellos no puedo ir por la senda del progreso. Es necesario destruir los más pequeños, por ejemplo, que no es fácil tarea, arrancar viejos vicios porque tienen hondas raíces en nuestro modo de ser, y sucede muchísimas veces que se destruye un defecto infinitesimal, y se crea uno nuevo de gran magnitud.

Así es que el estudio de uno mismo se parece a la tela de Penélope, lo que adelantamos ayer lo desandamos hoy y vuelta a empezar. Pero no hay más remedio, sin el mejoramiento propio no se puede conseguir el progreso universal. En cambio, si muchos hombres hacemos el trabajo de los científicos, que miran continuamente el mundo de lo infinitamente pequeño, si muchos terrenales trabajan en su progreso íntimo, resultará un gran número de virtudes puestas al servicio de la fraternidad y de la unión de las razas y los pueblos, y este estudio (desconocido hasta por nuestros más íntimos amigos, porque cada cual tiene especial cuidado en aparecer poco menos que impecable), es el que he venido haciendo desde que el espíritu del padre Germán me da sus comunicaciones (familiares, se puede decir).

Estudio que me entristece, que me exaspera en muchas ocasiones, pero que me hace confesar a mí misma que si yo no corrijo mis defectos, ningún redentor me podrá conducir al reino de los cielos. La verdad es muy amarga, su sabor es muy desagradable, pero sólo el conocimiento de las verdades eternas nos da la libertad que ambicionamos, y los afectos que necesitamos para vivir relativamente tranquilos y gozar de las dulzuras de la vida. Por eso el estudio razonado del Espiritismo es tan útil, porque sólo él nos dice:

Nadie te salvará, no hay pontífice que pueda perdonar tus pecados borrando con sus bendiciones la indeleble mancha de la culpa. No hay bastantes sacerdotes en la Tierra para elevar plegarias y cantar responsos en bien de tu alma, todos los tesoros que encierra la Creación no son bastantes para comprar tu salvación eterna. Eres tú mismo quien te has de tejer la tela de tu negro ropón o de tu blanca túnica; eres tú mismo quien tienes que pulimentar las piedras preciosas que han de brillar sobre tus cabellos; eres tú mismo quien tienes que sembrar las flores odoríferas que han de brindarte su aroma embriagador; eres tú mismo quien has de amar a los pequeñitos, para que los niños salgan a tu encuentro. Eres tú mismo quien has de escribir tu historia, de nada sirven las crónicas escritas por escritores, ni las grandiosas mentiras de las historias de los pueblos. Eres tú mismo quien tienes que escribir en tu conciencia las memorias de tu ayer.

Esto dicen los espíritus, esto me repite siempre el padre Germán con una paciencia de la que no he hallado ejemplo en la Tierra. Y haciendo punto por ahora en mis consideraciones, seguiré hablando de mis trabajos.

En el mes de julio de 1880, me entregó Luis tres tomos que contenían las *Conferencias científico-religiosas del Rdo. P. Llanas*. Este, en el prólogo decía:

He dicho en el púlpito y he procurado demostrarlo, que la fe nada tiene que temer de la verdadera ciencia. Y ahora lo repito por escrito y me comprometo a sostenerlo contra quienes dicen que sólo en el púlpito es semejante tesis sostenible. Creo que esta tesis puede defenderse en el libro, en el folleto, en el periódico y en el Ateneo. Elíjase el terreno que se crea ventajoso, que a él descenderé, no en calidad de sabio, sino en calidad de sacerdote católico que conoce la fe y no está malquistado con la ciencia.

Leí con avidez los libros citados, encontrando en sus primeros párrafos, que para el Padre Llanas el Espiritismo entraba en el número de los *errores*, de las *utopías irrealizables* y de los *sistemas impíos*. El Padre Llanas no desdeñaba la discusión y ofrecía descender al terreno de la prensa. Escribí refutando sus Conferencias quince artículos que publicó *La Luz del Porvenir* y copió *La Gaceta de Cataluña*.

Nada contestó el Padre Llanas públicamente, pero al terminar mis ***Réplicas filosóficas*** (que éste era el título de mis artículos), le preguntó al Padre Llanas, un amigo suyo que también me honraba con su amistad:

-¿Qué te parecen los escritos de Amalia?

-Muy bien.

-¿Y por qué no le contestas?

-Porque nada tengo que objetar. Dentro de mi iglesia soy sacerdote católico. Fuera de ella, respeto todos los ideales que aspiran al engrandecimiento de la Humanidad.

En el mes de noviembre del mismo año, al recibir ***El Buen Sentido***, de Lérida, me impresionó profundamente una carta que publicaba Don José Amigó y Pellicer, y como aquella carta me hizo llorar de pena y de gratitud, como es una página de la historia de mi vida, copiaré algunos fragmentos.

A los cristianos espiritistas nacionales y extranjeros.

En el mes de julio último, nuestra queridísima hermana, la infatigable propagandista del racionalismo cristiano, Doña Amalia Domingo Soler, fue obsequiada por nuestros correligionarios de Tarragona con una preciosa escribanía de plata. Aplaudimos nosotros el acto, manifestando al mismo tiempo que sentíamos no haber contribuido a él, como hubiéramos contribuido, al saber oportunamente que se trataba de realizarlo. Y terminábamos añadiendo que conceptuábamos a Amalia acreedora a una honrosa distinción, no de parte de unos cuantos correligionarios de una sola ciudad, sino de todos los de España, y si posible fuese, de todos los del mundo. No faltó quien se apodera de esta indicación nuestra: ***La Revelación*** de Alicante la reprodujo dos veces consecutivas, en sus números de agosto y de septiembre, comentándola en los términos siguientes:

Nos asociamos con toda sinceridad y con toda la efusión de nuestra alma, a tan justo como laudable pensamiento para cuya realización nos hallamos dispuestos a prestar todo nuestro apoyo y nuestra cooperación, ya que tanto se merece nuestra apreciable colaboradora e incansable propagandista de nuestras ideas, la

distinguida escritora Doña Amalia Domingo, con cuya amistad nos honramos desde hace tiempo. Den forma, pues, al pensamiento los que en tan buena hora lo han concebido, y tracen pronto el camino que debe recorrerse para conseguir esa honrosa distinción que se desea, ya que a ella se ha hecho acreedora Amalia. Procuremos, nacionales y extranjeros, admiradores de las dotes que distinguen a nuestra ilustre compatriota, mejorar un tanto la precaria situación en que vive, apartando de su espíritu los cuidados con que las indispensables necesidades de la vida le distraen y perturban, para que, más libre e independiente, pueda sostener el vuelo de su admirable inspiración y la lucidez de su inteligencia, al dedicarse a sus literarias tareas. ¿Quién habrá, que llamándose espiritista, se niegue a contribuir con un pequeño óbolo a esta obra de justicia y de gratitud a un tiempo?

¡Con cuánta razón dice nuestro estimado colega alicantino que se trata de una obra de justicia a la vez que de gratitud!

Cuando nosotros, huyendo de una fe que repugnaba a nuestros sentimientos y de un dogma que no satisfacía a nuestra razón, vinimos a principios del año 1873, al campo del racionalismo cristiano del Espiritismo, los escritos y el nombre de Amalia Domingo llenaban la prensa periódica espiritista de España y de América. Sus elucubraciones filosófico-religiosas, impregnadas de convicción y de dulzura, llevaban a todas partes la buena nueva de una creencia regeneradora, celestial, divina, llamada a transformar a la Humanidad, salvándola del marasmo y de la perturbación moral en que la sumieran, por el fanatismo y la ignorancia, los eternos enemigos del progreso. Era ya a la sazón Amalia la heroína de la nueva idea, y sin embargo de ser una débil mujer, peleaba en la vanguardia entre los más esforzados campeones.

Desde entonces no la hemos visto flaquear ni descansar un momento. Se multiplica de una manera prodigiosa, inconcebible, viéndosela aparecer simultáneamente en Europa y América, siempre prodigando los consuelos de su fe y comunicando a los demás el fuego que inflama su corazón. Testimonios de su laboriosidad inagotable son: *El Criterio y El Espiritista*, de Madrid; *La Gaceta de Cataluña*, *La Luz del Porvenir*, y la *Revista de Estudios Psicológicos*, de Barcelona; *La Revelación*, de Alicante; *El Espiritismo*, de Sevilla; *La Ilustración Espirita*, de Méjico; *La Ley de Amor*, de Mérida de Yucatán; *La Revista*

Espiritista, de Montevideo; *La Constancia*, de Buenos Aires; los *Anuali dello Spiritismo in Italia*, en Italia; *El Buen Sentido*, de Lérida, y otros periódicos que sería largo enumerar.

Es la encarnación de la bondad, de la sencillez, de la energía, de la nobleza de carácter, de la ternura fraternal, en un vaso frágil y delicado. Es un alma grande en un cuerpo débil y enfermizo. Quien la conozca, quien la haya visto con su salud continuamente quebrantada, con sus fuerzas de niña, casi ciega a consecuencia de sus habituales vigiliias consagradas al estudio y al trabajo, no comprenderá cómo pudo escribir durante el año pasado, *ciento dos artículos*, publicados en multitud de periódicos y revistas de esta y de la otra parte del Atlántico.

Ahora bien, esa heroína de la virtud y del trabajo, ese alma angelical, esa eminente escritora de la escuela espiritista, vive en la más triste orfandad y se sienta en la mesa que la caridad le ofrece. Sin padres, sin hogar y sin familia, no tiene otro amparo que la conmiseración de alguno de esos seres generosos y cristianos que la Providencia pone en el camino de las almas atribuladas. Amalia, que jamás ha vendido su pluma, ignora cuando escribe alguno de sus artículos en que tanto consuela a los que sufren, si al terminarlo se habrá agotado aquella conmiseración.

¡Oh! ¡Cuánto han de angustiar su espíritu los temores de su inseguro presente y de un inseguro porvenir! ¡Cuántas veces sus lágrimas correrán sobre el papel donde derrama los tesoros de una inspiración, cuyo ideal es secar las lágrimas ajenas!

Ya es hora de que Amalia sepa que no está sola en el mundo, urge hacer llegar a su oído una palabra que la aliente. No basta admirarla, es necesario que sus trabajos obtengan el premio que merecen. Si viviese en una posición holgada, esa recompensa podría consistir en un objeto de arte que simbolizara sus merecimientos. Mas en su actual estado, en su situación afflictiva, lo que debemos hacer es mejorar su suerte poniendo en sus manos los recursos que necesita para hacer frente a las necesidades de la vida. Amalia tiene derecho a ello: sacrifica su salud y ofrece toda la actividad de su alma en el ara santa del progreso, y por tanto, los que blasonamos de anteponer a todo el progreso de la Humanidad, faltaríamos a un deber sagrado si dejásemos aquellos sacrificios sin la merecida recompensa. No se trata

de hacer una obra de caridad, se trata de pagar una deuda contraída.

Para esta obra de justicia, nos dirigimos a nuestros correligionarios, nacionales y extranjeros, especialmente de España y América, que es donde más conocido son los trabajos de propaganda de la inspirada escritora. Tenemos la seguridad de que no será desoída nuestra voz y de que no hacemos sino formular una aspiración general. Siendo muchos, el sacrificio que nos impongamos, habrá de ser tan insignificante, que no merecerá el nombre de sacrificio. Unámonos todos, unámonos en el noble propósito de mejorar la afflictiva situación en que vive nuestra buena hermana Amalia, para que su espíritu, libre de temores y de las inquietudes que hoy la absorben, pueda remontarse desembarazadamente a mayor altura, en pos de los bellísimos ideales que acaricia y acariciamos todos.

En virtud, pues, de las precedentes consideraciones, proponemos:

Formar por vía de suscripción voluntaria una pensión perpetua de seis mil reales anuales a favor de la distinguida escritora Doña Amalia Domingo Soler, como merecida recompensa a los eminentes servicios que ha prestado y continúa prestando a la causa espiritista o racionalismo cristiano. (...) Se entenderá que aceptan y hacen suyo este proyecto todos los periódicos, tanto nacionales como extranjeros, que lo reproduzcan en sus columnas a la brevedad posible. Se recibirán con agrado todas las observaciones que tiendan a simplificarlo o mejorarlo.

Lérida, 15 de noviembre de 1880.

La Redacción.

Mi espíritu, conservando aún una gran parte de su orgullo anterior, si bien agradeció profundamente el buen deseo de Amigó y Pellicer, secundado por Ausó, le era muy doloroso ver otra vez sobre el tapete de la publicidad, la historia de mi pobreza. Pero yo no podía rechazar la limosna de muchos, viviendo de la limosna de uno solo. Yo no tenía derecho a seguir gravando los intereses de una familia pobre, que vivía exclusivamente de su trabajo.

Luis me dijo:

-Acepta lo que te ofrecen, porque no hacen más que cumplir con un deber de conciencia. Por mi parte me es del todo indiferente que te señalen una pensión o que no se acuerden de ti. Te conceptúo como un miembro de mi familia, si tienes abundancia disfruta de ella y no te olvides de los pobres. Si no puedes ganar nada, mientras yo viva (y Dios quiera) no te faltará lo preciso para la vida.

Como no hay proyecto que no sea aplaudido por unos y censurado por otros, la proposición de Amigó fue objeto de muchas hablillas y de entusiastas adhesiones, y desde el mes de julio de 1881, comencé a cobrar 125 pesetas por mediación del director de ***El buen Sentido***, publicando en dicho periódico en su número 7 de 1881, la carta siguiente:

Sr. Director de ***El Buen Sentido***:

Querido hermano en creencias, uno de los sentimientos que deben engrandecer al espíritu, es la gratitud. Y profundísima gratitud guarda mi alma para el hombre generoso que inicio una suscripción a mi favor, y para todo aquellos que han respondido a su humanitario llamamiento.

Por razón natural, los que han llorado mucho son los que saben agradecer. Porque es necesario vivir en la sombra para apreciar lo que vale la luz, es preciso haber visto la muerte de cerca para conocer el inmenso valor de la vida.

El objeto de esta carta es, como debe Ud. comprender, para dar un voto de gracias a todos los espiritistas que han secundado los nobles deseos de Ud., y además quiero hacer una aclaración.

La suscripción iniciada a mi favor ha producido, como era lógico, encontrados pareceres: unos se han adherido al pensamiento de Ud., otros lo han rechazado. Y por si alguno ha podido creer que yo escribía defendiendo el Espiritismo porque buscaba en ella base de mi porvenir, justo es que deje la verdad en su lugar.

Desde la edad de diez años comencé a escribir, y siempre he colaborado en algunos periódicos literarios o políticos, sin dejar por esto de trabajar para vivir, dedicándome a coser. Pero mis ojos delicados y faltos de vista, por tener una gran debilidad en la retina, mortificados por el excesivo trabajo, me han dejado años enteros en la

198

más dolorosa impotencia, y en el año 1876, comprendí con espanto que no podía ganarme mi sustento. Mis ojos fatigados se negaron por completo a secundar mis deseos, que nunca han sido otros que vivir de mi trabajo.

El año 1873, comencé a escribir en ***La Revelación***, de Alicante. Y como yo en el Espiritismo encontré la vida, porque halle la resignación y el convencimiento de que ***lo que no se gana no se obtiene***, deseando difundir el consuelo, anhelando llevar un reflejo de luz al hogar de los pobres, el tiempo que había de emplear en murmurar del prójimo lo aprovechaba en escribir, y todas las revistas espiritistas de España, acogieron mis escritos con fraternal benevolencia. En coser y en escribir ocupaba mi vida, hasta que, como he dicho antes, en 1876, me encontré en Barcelona imposibilitada para atender a las necesidades de la existencia, puesto que mis ojos se negaban a ayudarme. Pero como cuando la expiación se acaba, el hombre encuentra seres amigos, la Providencia puso a mi paso a una familia espiritista, cuyo jefe, con tono profético me dijo:

-No puedes coser, porque perderías la poca vista que te queda. Pero podrás escribir: trabaja en difundir la luz, y la luz no faltará en tus ojos. En mi casa encontrarás la tranquilidad que te falta: no pienses en tí, piensa en el bien que puedes hacer a los demás.

Acepté su generosa oferta con profundo agradecimiento, y con profunda pena a la vez, porque a los hijos del trabajo les gusta ganar el pan con el sudor de su frente.

Se cumplió el pronóstico del espiritista que me brindó hospitalidad, verificándose en mí un extraño fenómeno. Mis ojos se han negado a fijarse en las labores, se fatigan mucho si les obligo a fijarse en los libros. Y si me pongo a escribir a las siete de la mañana y dejo la pluma a las siete de la tarde, no experimento más que un leve dolor encima de las cejas. Y como yo creo que el hombre debe trabajar mientras aliente, por eso trabajo, y no pudiendo hacer otra cosa que escribir, escribo, y creo que obrando así cumplo con mi obligación.

Jamás he pensado en que será de mí mañana, plenamente convencida de que no sufriré más de lo que debo sufrir.

Mi conciencia está tranquila, muy tranquila, porque he trabajado

cuanto he podido trabajar, y hoy trabajo cuanto puedo.

En 1878, escribí 103 artículos; en 1879, 127; en 1880, 125, Y llevo escritos en el año actual, 60. Si más pudiera hacer, más haría. Pero mi salud está muy quebrantada, y la noche no la puedo emplear en trabajo alguno.

Creo que he cumplido con mi deber dando esta satisfacción a los que hoy tanto se han interesado en mi favor.

Conste siempre que no he buscado en el Espiritismo *mi casa de la Tierra*, sino el progreso de mi espíritu, la resignación, la esperanza, el consuela supremo de las verdades eternas.

Pobre y medio ciega, sin poder ganarme el sustento, porque la falta de la vista entorpece todos nuestros movimientos, tuve que aceptar a pesar mío la generosa oferta de la familia espírita que me acogió en su casa, y hoy admito con profundísimo reconocimiento la pensión que me señalan los espiritistas, porque nada poseo, porque nada tengo, y el que como yo se sienta en la *mesa de otro*, no tiene derecho a rechazar lo que le ofrece la Providencia.

Lo repito, mi gratitud será eterna para quien inició la suscripción, y para todos aquellos que se adherieron a su pensamiento. Y aunque con el transcurso del tiempo se llegase a entibiar y aun a extinguir el interés que hoy inspiro a mis hermanos los espiritistas, jamás olvidaré que un día se acordaron de mí. Y en una Humanidad tan indiferente, una prueba de simpatía y de compasión, es una flor cuyo perfume embalsamará las horas de mi vida.

Amalia Domingo Soler.

Gracia, 29 de junio de 1881.

La pensión la recibí hasta diciembre de 1884, percibiendo desde el mes de julio de 1881 hasta diciembre de 1884, 3.139 pesetas. Sucedió después lo que era de esperar. Aunque la suscripción era voluntaria, por el mero hecho de suscribirse ya era obligatorio contribuir en mayor o menor cantidad. Y nada más enojoso que una limosna obligatoria. Así es que de tantos suscriptores que

contribuyeron a mi pensión, hoy sólo quedan diez o doce, que muy de tarde en tarde me envían la expresión material de su recuerdo. Mas ¿qué importa que de mi pensión sólo quede la historia? ¿Dejará por esto de haber sido una prueba del interés y de la simpatía que inspiré a mis hermanos? Lo que de la Tierra es, en la Tierra se queda. Recibí el auxilio cuando en realidad lo necesitaba, y dejé de disfrutar de aquel beneficio cuando mi trabajo comenzó a darme algún fruto.

Me olvidaron los que me daban dinero, pero no me olvidarán los que por mí han conocido las verdades eternas. En el espacio tengo muchos amigos, de esto tengo la más íntima convicción.

En todas las cuestiones que anda el dinero por medio se acaban pronto las relaciones. En mi larga carrera de propagandista del Espiritismo, he recibido innumerables desengaños y múltiples demostraciones de profunda simpatía.

Desgraciadamente en este planeta, sin el oro no hay medios de trabajar y de vivir, por eso los pobres somos inmensamente desgraciados. Porque como necesitamos de todo el mundo, estamos más en contacto con las miserias humanas, nos asemejamos a las piedras de la calle que los muchachos dejan Intencionadamente en las aceras, en las cuales todo el que tropieza desvía la piedra con enojo. Y por esta vez yo he sido una de las piedras que han quitado de su camino los favorecidos por la riqueza o por un seguro bienestar. Indudablemente yo habré lanzado en otras existencias a gran distancia, las piedras que encontré en la senda de mi vida, por eso hoy me ocupo en atender a los pobres, por eso escribo para ellos, por eso pido a Dios raudales de luz eterna para iluminar los antros del dolor.

Capítulo 11.

En el mes de marzo de 1884, el padre Sallarés (escolapio) dio en la Catedral de Barcelona una serie de conferencias, en las cuales combatió *el falso sobrenaturalismo de la secta de los espiritistas*, y yo combatí sus argumentos escribiendo diez artículos que se publicaron en *El Diluvio* y en *La Luz del Porvenir*.

En mayo del mismo año, el editor espiritista Don Juan Torrents me cedió la propiedad del periódico *La Luz del Porvenir*, que llevando cinco años de publicación, tenía, puede decirse su vida asegurada, puesto que cubría gastos, y desde aquella fecha, vengo publicando *La Luz del Porvenir*, sufriendo las consecuencias de ser, como dice el refrán, *cabeza de ratón* en vez de *cola de león*.

Muy bueno es ciertamente poseer un periódico, puesto que en él se pueden insertar escritos propios que por su índole o por su mucha extensión son rechazados por otras publicaciones por el tema que en ellos se trata, y por otras muchas causas más. Mas, ¡ay!, que esta hermosa libertad de acción se compra con muchas noches sin sueño, con innumerables horas de angustia, de ansiedad y sobresalto, que agotan la existencia, cuando se lucha con ese enemigo formidable que se llama ¡la miseria!... Cuando no se tiene lo suficiente para cumplir con todos los compromisos que crea una publicación, aunque ésta sea modestísima como lo es mi humilde *La Luz del Porvenir*, queriendo vivir sin deber al impresor, como me sucede a mí, pues siempre he creído que las deudas no dan otra cosecha que inquietudes y murmuraciones.

En el mes de febrero de 1885, el padre Fita (de la Compañía de Jesús) habló en la Catedral de Barcelona, sobre el Espiritismo, y yo combatí sus aseveraciones escribiendo nueve artículos que publicaron *El Diluvio* y *La Luz del Porvenir*, teniendo tanta aceptación ambas refutaciones, que los espiritistas de Cienfuegos formaron con ellas un libro titulado, *Impresiones y Comentarios sobre los sermones de un*

Para dicha obra escribí un prólogo que copio a continuación.

A las mujeres de Cienfuegos.

¿Qué es la mujer? Según el diccionario, es la criatura racional del sexo femenino, la casada con relación al marido. Y en tan breves palabras (si bien se considera) está perfectamente sintetizada la importancia social de la mujer.

Ella forma parte de la Humanidad terrena, y con ella se crea el hogar de la familia. Sin ella no puede haber en la Tierra ángeles bellos con rubia cabellera, ojos azules, mejillas de rosa, frente de azucena y boquita de perlas y coral. Sin ella el hombre no puede sentir esa inquietud divina llamada amor, ni esa adoración a las únicas santas de este mundo conocidas con el nombre de madres.

Sin la mujer, la Humanidad terrena no podría existir, luego es un componente importantísimo de nuestra raza, de la vida racional puede decirse, que merece todas las atenciones, todos los cuidados, y un esmero especialísimo para educarla y guiarla por la senda del progreso: puesto que ella es el alma de la sociedad, quien imprime en la mente del niño las primeras nociones del amor, del respeto y del entusiasmo. De todos los sentimientos, ella es la clave, es quien posee el secreto de todas las heroicidades, de todas las abnegaciones, de todos los sacrificios. Ella es la causa de todos los grandes efectos. Y por regla general los criminales más feroces no han recibido las caricias de su madre, frutos podridos, de espúreos amores, han sido arrojados al páramo de la inclusa, y de allí han ido rodando hasta caer muchos de ellos al pie de un patíbulo.

Ahora bien, reconociendo en la mujer igual superioridad que en el hombre, puesto que la sabia naturaleza ha hecho a **uno** el complemento del **otro**, y separados no pueden sentir grandes sensaciones, ni santas alegrías, ni arrobamientos de inefable amor, es necesario que eduquemos a la mujer con igual cuidado y esmero que al hombre. Dulcificando su sentimiento, engrandeciendo su aspiración, instruyéndola y colocándola en el lugar que le pertenece, en el puesto que le corresponde.

Si el hombre es la cabeza visible de la familia, la mujer indudablemente es el corazón, y entre éste y el cerebro existen relaciones tan íntimas que para vivir un cuerpo se necesita que funcionen unísonos la cabeza y el corazón.

¿Se ha educado de igual manera al hombre y a la mujer? No. El primero ha sido iniciado en todas las ciencias, la segunda ha vivido relegada al olvido, no enseñándole otra cosa que las faenas domésticas y sencillas labores para entretener sus ocios.

¿Quiénes han sido los maestros del hombre? Muchos y variados, desde el indocto y crédulo teólogo, hasta el sabio y escéptico materialista. ¿Y quién ha sido el encargado de educar a la mujer? En la era cristiana el sacerdote católico, ¿y ha cumplido éste bien su cometido? Sí, y no. Sí, porque ha hecho de la mujer un dócil instrumento de sus ardides, encerrándola en el estrecho círculo de la más supina ignorancia, sirviendo así a los intereses de la iglesia católica apostólica y romana. Y al mismo tiempo, no ha sabido ser buen maestro porque no ha hecho de la mujer un ser inteligente y digno que pudiera colocarse a la altura del hombre en la vida social. El sacerdote no ha servido más que a su iglesia, pero no al progreso universal.

¿Puede vivir la mujer en nuestra época del modo que vive hoy? No, está fuera de su centro, porque el centro de la mujer racional no debe ser el templo y el confesionario. Su templo debe ser su hogar, el confesor su marido, su padre o su hermano (si no tiene madre), su culto el cuidado prolijo de su familia, sus lecturas no *El Año Cristiano*, ni *La Llave de Oro*, ni *El camino más corto para llegar al cielo*, sino la Historia Universal y los tratados de Geografía, de Astronomía, de Botánica. Debe leer todo cuanto le ponga en relación con el adelanto intelectual y moral de su tiempo. La vida de hoy no es la vida de ayer, por consiguiente hay que ajustarse a las circunstancias y a las exigencias naturales de una nueva civilización.

Todas las religiones han sido útiles en su principio, porque todas han señalado un paso de avance en la marcha progresiva de la Humanidad. Las escuelas filosóficas científicas han ido más lejos, y los libros de texto de las religiones ya no son suficientes para instruir a las generaciones contemporáneas. Son la cartilla primitiva, el

catecismo infantil con sus cándidas definiciones, absolutamente insuficientes para el progreso de los espíritus encarnados hoy en la Tierra.

Y cuando todo avanza cuantos inventos verdaderamente maravillosos convierten al hombre en el genio encantador de la fábula. Cuando con su varita mágica detiene su ímpetu del rayo y hace uso de la electricidad convirtiéndola en poderoso agente que utiliza a su placer. Cuando perfora las montañas, y levanta puentes gigantescos sobre insondables abismos Cuando lleva la vida y el movimiento a los desiertos infecundos. Cuando canaliza los mares y los hilos telegráficos ponen en comunicación a la gran familia humana. Cuando la imprenta, que es el alma del progreso, difunde su savia por todos los confines de la Tierra. Cuando los astrónomos pretenden ponerse en relación con los habitantes de otros mundos. Cuando los biólogos estudian en las gotas de agua y en las ondas del aire los usos, las costumbres y las propiedades de los infusorios. Cuando la inmensidad de la vida llena todos los ámbitos del Universo, las religiones con sus oraciones pagadas, sus casas de piedra y sus falanges de hombres y mujeres inútiles, parecen grandes masas inertes del todo innecesarias para el adelanto universal.

¿De qué sirven los sacerdotes y las religiosas? Ellos no forman familia, no toman parte en la lucha incesante de la vida para bien de la Humanidad, sino que únicamente trabajan para sí, haciendo el trabajo de los topos. Estos mamíferos, carnívoros e insectívoros, viven en galerías que construyen en tierra, y causan mucho daño a los árboles, royéndoles las raíces y cortándolas para hacer sus madrigueras. Pues idéntico trabajo hacen los servidores de la iglesia católica con el árbol gigante del progreso. Siendo sus fieles aliadas, las mujeres educadas en los conventos, en los beateríos, y en todos los colegios dirigidos por *madres* que no han sentido los santos dolores de la maternidad.

No se crea por esto que nosotros deseamos la supresión de esas asociaciones religiosas, ni aprobamos la demolición de ningún templo, ni el ultraje inferido a ninguna imagen venerada por la ley de la costumbre. No. Para nosotros la religión católica es la nodriza de las generaciones que han ido encarnando en la Tierra hace diecinueve siglos. Y así como respetamos la historia y los libros sagrados de todas las religiones que antes de la venida de Cristo educaron a las muchedumbres que llenaban las ciudades de Egipto y de la India, así

respetamos a la religión católica apostólica romana, con su Dios hecho hombre, su virgen inmaculada, sus apóstoles evangelizando a los pueblos y sus santos martirizados, que religión sin mártires es un árbol sin fruto.

Creemos que el presente nunca debe hostilizar el pasado, porque se hiere a sí mismo, siendo además una lucha innoble...

¿Qué diríamos si viéramos luchar a un coloso con un pigmeo? Diríamos que no procedía con nobleza el gigante puesto que su pujanza era superior a la debilidad de su contrario. Pues en iguales condiciones está el pasado y el presente. El *ayer* es el anciano enfermizo y débil, achacoso y fatigado. Y el *presente* es el joven robusto y lleno de vida inspirado por el genio del progreso. Mas si bien no queremos una lucha de mala ley, ni aprobaremos jamás que se emplee la fuerza bruta para destruir ningún santuario ni se profanen los lugares que los creyentes conceptúan sagrados, creemos que cumplimos con un deber contestando y enseñando la moral cristiana a los sacerdotes que desde sus púlpitos hablan en contra del progreso y de la escuela filosófica a que pertenecemos.

Odiamos la razón de la fuerza, pero rendimos culto a la fuerza de la razón. Y cuando la intolerancia religiosa quiere imponer su ley, cuando los sacerdotes anatematizan el progreso, cuando niegan la verdad de hechos innegables, o los atribuyen a influencias satánicas, cuando procuran hacer lo blanco negro y lo negro blanco, entonces salimos a su encuentro y les decimos: -No alteréis la verdad con vanos sofismas, no neguéis lo que es innegable no atribuyáis al fabuloso Satanás lo que es obra de Dios. La comunicación de los espíritus es tan cierta y tan evidente como dos y dos son cuatro, como es verdad que el Sol nos alumbra. Es una manifestación de la vida universal, que se ha hecho del dominio de muchos, lo que ayer era solamente conocido por los iniciados en los grandes misterios de los santuarios. Y si bien los sacerdotes están en su derecho al defender sus intereses, procurando retener a las mujeres en la más profunda ignorancia, para que hagan el trabajo de los *topos*. Los apóstoles del progreso universal, no podemos permitir el estacionamiento de la mujer. No iremos a arrancarla violentamente de su oratorio ni tocaremos un solo cabello de sus vírgenes de sus Cristos y de sus santos, pero sí les diremos cuando los sacerdotes insulten a los espiritistas, que en el estudio del Espiritismo

encontrarán la luz y la Verdad, que la revelación ultraterrena es la prueba evidente de la justicia divina.

Tenemos obligación de hacerlo así, porque es obra de misericordia enseñar a quien no sabe. Y las mujeres católicas gimen en la triste esclavitud. Para ellas el siglo XIX no existe con su aureola de luz, para ellas el ángel del progreso no bate sus alas de oro, para ellas su propia razón es un volcán apagado, para ellas la libertad es un nombre sin valor, y Dios una figura raquítica con odios y rencores, y elegidos y predestinados y toda la cohorte de absurdos que la razón tiene que rechazar. Y considerando que las mujeres son las primeras figuras de la Humanidad, porque son las que educan a los hombres del porvenir, es necesario educarlas, instruir las, conducir las por la vía del progreso para que no sean una rémora en el adelanto universal, sino que muy al contrario, se convierta su apatía en entusiasmo, y unidas al hombre por triples lazos, le impulsen a realizar todos los actos grandes y sublimes que puedan granjearle la admiración de los pueblos y la eterna gratitud de la posteridad.

¡Mujeres de Cienfuegos!, al enviaros hoy las *impresiones* y los *comentarios* que hemos hecho sobre los sermones de un entendido escolapio y un célebre jesuita, lo hacemos con el noble afán de ilustraros y de haceros conocer la verdad suprema que las religiones se obstinan en ocultar dentro de sus santuarios, imponiéndoo sus sacerdotes un obediencia que os sepulta en el antro del error y en el caos de la ignorancia.

Leed sin prevención nuestras consideraciones, sin tergiversar su sentido. No olvidéis que no ridiculizamos ni nos mofamos de vuestras creencias, ni de la adoración que rendís a vuestros ídolos, porque toda oración es sublime cuando se pronuncia con noble intención y buena voluntad.

Rezad en buena hora al pie de los altares pidiendo a la madre de Jesús que os inspire. La figura de María es dulce y conmovedora, e indudablemente hay razones muy poderosas para que las mujeres la amen y la consideren como la mejor intercesora cerca del mártir del Gólgota. ¡María cruzó la calle de la Amargura! ¡María apuró el cáliz del dolor! María lloró en su soledad la ingratitud y la ignorancia de un pueblo fratricida... Y son tantas las madres que han llorado al pie del cadalso de sus hijos, sin tener quien las haya consolado en su amarga

soledad... que por simpatía, por analogía de sufrimientos, tienen que amar a la madre de Jesús todas las mujeres. Y especialmente aquellas que tengan en su historia páginas escritas con la tinta Indeleble del dolor.

El Espiritismo respeta todas las religiones, por eso tiene derecho a exigir el respeto y la consideración de las mismas. Con la medida que mide quiere ser medido. Por eso cuando los sacerdotes le ridiculizan y niegan la pureza y la verdad de sus enseñanzas, los espiritistas racionalistas tenemos obligación de decirles que los que hacen el trabajo de los *topos* son muy dignos de lástima, pues por muchas raíces que procuren romper del árbol del progreso, éste crece cada día más frondoso y más lleno de savia. Que en cumplimiento de las leyes naturales, los cuerpos caen del lado que se inclinan, y en la gravitación universal, el oscurantismo de las religiones será atraído por otros planetas más atrasados que la Tierra. Y el progreso que es Luz, irá a unirse a otros focos luminosos que Irradian en mundos más adelantados que el globo terráqueo. Que es inútil su empeño de truncar las leyes de la Naturaleza (sabias e inmutables, como la Causa de que proceden), porque no conseguirán que un solo átomo deje de girar dentro de la órbita que le pertenece. Que el deber de las religiones es asociarse al adelanto universal. Y si en uso de un libre albedrío prefieren el estacionamiento, que no intenten atraer a su esfera las ondas luminosas del progreso, porque lo que es contrario a la ley de progresión eterna no se realizara jamás.

He aquí lo que nosotros le decimos a la religión católica en nuestros *comentarios*. Leedlos, mujeres de Cienfuegos, estudiadlos y su sencilla lectura quizás os Induzca a estudiar las obras fundamentales del Espiritismo, en las cuales encuentran los sabios y los Ignorantes la síntesis de la verdad suprema, la demostración matemática de la grandeza del Universo, la admirable justicia de Dios que no tiene más que un solo mandamiento en su Código eterno: *No hagas a otro lo que no quieras para ti*.

He ahí la religión de todos los tiempos, la moral universal de todos los pueblos, la ley promulgada en el instante supremo que las humanidades invadieron los mundos, que irradian en las noches tranquilas en las inmensidades del espacio. Ley falseada por las religiones, ley olvidada por los explotadores de la credulidad, ley que

ninguna religión ha cumplido, porque de cumplirla (especialmente la religión católica), hubiera perdido sus diezmos y primicias, sus regalías y sus falsos derechos sobre la vida y hacienda de sus fieles.

¡Ay! ¡Cuánto daño ha hecho a la Humanidad la religión católica! Por ella el fanatismo y la superstición se apoderaron de los pueblos cristianos, y lo que era luz y verdad fue sombra y mentira, lo que era tranquilidad y reposo fue Inquietud y sobresalto, y lo que era alegría y bienandanza fue persecución y muerte. ¡Ah, religión católica! ¡Tu historia es horrible!... Pero como luchar con los vencidos no es noble, por eso te compadecemos y deploramos que tan mal hayas empleado tu tiempo, que habiendo tenido en tus manos todos los gérmenes de la vida, tu codicia Insaciable los ha convertido en muertas cenizas.

¡Asóciate al progreso!, para Dios nunca es tarde. ¡Deja de acaparar riquezas en la Tierra, y adquiere con tus virtudes heredades en los cielos!.

*¡Avanza, religión! Recuerda a Cristo
que como fundador le proclamaste,
y a su divina sombra levantaste
la sacrosanta enseña de la fe.
Abandona tus tétricas mansiones
donde gimen las almas pecadoras,
sin esperar en sus horribles horas...
Que Dios mitigue su espantosa sed.
Olvida el anatema que es injusto,
y deja el purgatorio que es mezquino,
y rinde culto al Hacedor divino
en el inmenso altar de la Creación.
Huyó el oscurantismo de la Tierra,
no quieras en tus brazos retenerle,
que el progreso en la lucha ha de vencerle,
¡y quedarás vencida, religión!*

*¿Por qué te empeñas en cerrar los ojos?
¿Por qué no miras el azul espacio?
¿Por qué prefieres sepulcral palacio
donde la sombra reina por doquier?
¿No sabes que el imperio de la sombra
cesa cuando los soles centellean?..
¿No sabes que las ciencias te rodean
y ante la ciencia muere tu poder?
¡Avanza, religión!, de tu pasado
olvida los fatídicos horrores,
y adora los divinos resplandores
que sobre el genio lanza la razón.
¡Razón sublime!, luminar del mundo
que con la aliento los espacios llenas.
¡Tú has roto del esclavo las cadenas!
¡Tú eres la verdadera redención!
¿Qué son ante tu lógica los hechos
que relatan antiguas tradiciones?
¿Qué son las engañosas religiones
ante la hermosa luz de tu verdad?
¡Ah, religión católica!, si quieres
prologar tu existencia, ¡tiende el vuelo!
Pide a la ciencia luz para tu cielo,
pide a la compasión su caridad.
No quieras erigirte en salvadora
porque tú ya ni salvas ni condenas,
que la mujer ha roto sus cadenas
y con ella has perdido tu poder.
Libres como las águilas del cielo*

*las mujeres avanzan (¡ya era hora!)
que ha sido la razón su redentora
y a ella rendirá culto la mujer.
Sí, religión católica, no dudes
en seguir por la senda del progreso,
arráncate el capuz del retroceso
y pídele a la ciencia inspiración.
Y entonces serás grande, ¡prepotente!
¡Entonces tu misión será el consuelo!
¡Entonces tú serás la hija del cielo!
¡Entonces tú serás la redención!
Mas si le obstinas en seguir negando
la luz que en los espacios centellea,
si no concibe tu mezquina idea
que el progreso es la fe del porvenir,
al cubrirte el sudario de los siglos,
el tiempo (como todo lo derrumba)
no dejará de tu marmórea tumba
ni piedras que recuerden tu existir.
En tanto que la ciencia omnipotente
extendiendo su vuelo por los mundos,
difundirá los gérmenes fecundos
de gloria, de progreso y libertad.
¡Ella será la religión del hombre!
¡Ella será la fe del alma herida!
Ella será la ciencia de la vida
y la esplendente luz de la verdad!
¡Avanzad, religiones del pasado!
Si queréis existir eternamente*

*enlazaos a la vida del presente,
y de sus adelantos id en pos.
¡Ciencia, Amor, sentimientos generosos!
¡Plegarias de las almas doloridas!
Unamos tantas fuerzas esparcidas
y nuestro acento llegará hasta Dios.
¡Dios justo! ¡Dios eterno! ¡Dios potente
que vives en la gran Naturaleza!
Si a los débiles das la fortaleza
con la divina esencia de tu ser,
yo te pido, Señor, que de tu aliento
envíes un soplo a mi marchita frente,
que quiero trabajar ardientemente
para la redención de la mujer.
Yo quiero que te adore, que en Ti ame
la hermosa luz de tu razón suprema,
que no espere temblando tu anatema
porque tú eres raudal de inmenso amor.
¡Inspírame, Señor!, que mi voz vibre
por siempre en los espacios infinitos.
¡Yo quiero redimir a los proscritos
que gimen en los antros del dolor!
Yo quiero en el gran siglo diecinueve
de tu palabra ser la mensajera,
yo quiero a la mujer decirle: ¡Espera!
Que el infinito tienes ante ti...
¡Inspírame Señor!, como inspiraste
a los que por tu amor profetizaron.
¿Alcanzaré lo que ellos alcanzaron?*

*Y oigo una voz que me responde: Sí.
Dios escucha la voz de los que imploran,
difundid en los mundos las verdades:
profetas hubo en todas las edades,
satélites del sol de la verdad.
¡Tú profetizarás! ¡Gracias, Dios mío!
Porque tu luz a mi cerebro envías.(...)
Si quieres alcanzar mejores días,
¡avanza en tu progreso, Humanidad!*

Gracia, 11 de septiembre de 1885.

Seguimos nuestra vida de trabajo luchando con las innumerables contrariedades que una existencia de expiación ofrece. Llegó el mes de diciembre de 1888, y en su primer día me dieron el aviso por la mañana temprano, que Don José Fernández Colavida, director de ***La Revista de Estudios Psicológicos***, estaba expirando. Cuando llegué a su casa había dejado de sufrir. Contemplé al gran maestro, y entonces se desprendió de su inerte envoltura una forma gigantesca y radiante. Vi toda su gloria, toda su energía, toda su actividad, toda su ciencia, toda su vida consagrada al progreso universal.

Salí de la estancia mortuoria, y sintiendo lo que nunca había sentido, me dirigí a la dirección de telégrafos, y puse dos partes, uno a Miguel Vives y otro a Luis, que se hallaba fuera de Barcelona. Después fui a una reunión espiritista, diciéndoles a varios hermanos que allí se encontraban:

-No sé qué tengo, estoy inquieta. Hablaría mucho, pienso en Fernández y me parece que pronunciaría un discurso. Yo quisiera ir a su entierro y ante su tumba creo que me sentiría inspirada.

-En Barcelona no van las mujeres a los entierros -replicaron algunos espiritistas-. Además, Fernández era muy enemigo de manifestaciones ruidosas. La conducción de sus restos debe hacerse con la mayor sencillez.

La fría acogida que encontró mi proposición heló mi entusiasmo, y me vine a mi casa contrariada sin poderme explicar lo que sentía.

Al día siguiente, muy temprano, llegó Luis, y entrando en mi cuarto me dijo gravemente:

-Todo lo he dejado al recibir tu telegrama. ¿Qué piensas hacer?

-Nada, los espiritistas de Barcelona dicen que no está bien que las mujeres vayan a los entierros. Yo quería acompañar a Fernández y no sé qué hacer. Tú dirás.

-Pues yo te digo que no sólo tienes obligación de ir al entierro, sino que has de escribir una poesía para leerla ante el que fue nuestro maestro, y pide en ella con energía que se levante un monumento a la memoria de Fernández, que debe tener una tumba digna de su trabajo.

-Yo también pensaba eso mismo desde que vi su cadáver, pero no creo que mi voz encuentre eco.

-Tú haz la proposición y déjate de hacer comentarios. Pide a los buenos espíritus que te inspiren, y hasta la tarde, que te llevaré en un coche de dos caballos.

A la hora convenida, llegué a casa de Fernández acompañada de Luis, y al saber varias señoras que yo iba al cementerio, se unieron al duelo, me acompañaron y me rodearon, cuando leí mi poesía ante el cadáver de Fernández.

Los lectores de *La Luz del Porvenir* saben muy bien que mi voz fue oída encontrando eco en muchos espiritistas, y que a los dos años de haber dejado la Tierra el Kardec español, se trasladaron sus restos a la tumba que guardará siempre las cenizas de Fernández.

La primera vez que me senté a la entrada del pequeño jardín que cubre su huesa después de leer la inscripción de la hermosa lápida que cierra su sepultura, me pregunté a mi misma:

¿Y eres tú quien iniciaste esta obra? Fue tu voz la que escucharon los espiritistas la que nada posees en la Tierra, ¿levantas con tu inspiración el pensamiento de tus hermanos, despertando en

ellos idéntica gratitud a la que siente tu alma?

¿Soy yo aquella misma mujer que cruzaba las calles de la corte de España pensando en la muerte y alegando razones para ver en la **nada** la felicidad suprema?

¿Soy yo aquella enferma incurable a la que le dijeron los mejores oculistas **no hay remedio para ti?**

¿Soy yo aquella fanática creyente que siguiendo las huellas de Lutero sólo aspiraba a no tener conciencia de sí misma, aceptando la humillación de la mendicidad, sin soñar siquiera en levantar su pensamiento al cielo?

Súbitamente, brotó en mi mente un recuerdo que me hizo estremecer, sentí angustia y a la vez un placer inmenso. En aquel momento solemne, se cumplía lo que me había anunciado un espíritu, si no precisamente en la forma, sí en el fondo y en la esencia. Y lo demostraré.

Siempre que he ido a Tarrasa he procurado obtener alguna comunicación por medio de Miguel Vives, consiguiendo ver realizado mi deseo muy pocas veces, pues Miguel es muy refractario a dar comunicaciones privadas o familiares. Mas como yo le hago presente que nunca llamo a los espíritus para satisfacer vanas curiosidades, y sí únicamente para pedirles un consejo relativo a mi trabajo de propaganda, o bien algunas frases de consuelo y de esperanza que tanto se necesitan en algunas ocasiones de la vida, Miguel de vez en cuando se resigna con mi exigencia y me da comunicaciones breves, con más pensamientos que palabras.

Una de las veces que le pedí comunicación con más insistencia por encontrarme muy fatigada con el enorme peso de mi **cruz**, se durmió el médium y con voz muy entera me dijo así:

Todos los terrenales sois lo mismo, todos tenéis igual flaqueza, todos sois ingratos. Tú también lo eres, te quejas y tus quejas son infundadas. Dos cuadros veo ante mí, graba en tu mente con caracteres indelebles lo que voy a decirte, y cuando el peso de tu imperfección te abrume, recuerda la comunicación de un espíritu que probablemente no se comunicará más contigo, porque yo no me acerco a los terrenales más que cuando están muy enfermos. Escucha atentamente mis

216

palabras, y que éstas sean para ti revelación sagrada de la eterna verdad.

Veo una gran plaza rodeada de antiguos edificios. Uno de ellos es un templo, sus altas torres parece que quieren escalar al cielo, las campanas anuncian que hay gran fiesta en la Casa de Dios, inmensa muchedumbre cruza sus naves anchurosas, y sale sin orden ni concierto por varias puertas. En la principal, al pie de gigantescos apóstoles de piedra, hay muchos mendigos. Sentada en un escalón hay una mujer de mediana edad, vestida de negro, no lleva harapos, pero su traje revela gran miseria, con los ojos medio cerrados, sin que en su semblante se retrate la desesperación de la rebeldía, ni la dulce resignación del martirio. Es un rostro sin señales de vida. Automáticamente extiende su diestra enflaquecida, en la cual depositan algunos fieles pequeñas monedas de cobre. Al poco rato la mujer enlutada se levanta, y apoyándose en el muro del templo se aleja lentamente, entra en una calle solitaria, se detiene ante una casa ruinosa y penetra en un aposento donde no hay más que una mesa, una silla y un lecho. La mujer se deja caer en la silla con desaliento. Aquella infeliz no tiene luz en los ojos ni fe en el alma, aquella mujer eras tú sin el Espiritismo: ¡Es tu *ayer*! Escucha atenta, el templo y la casa ruinosa han desaparecido, y en su lugar aparecen campos hermosos cubiertos de verde alfombra iluminados por un Sol espléndido, por distintos senderos avanzan tranquilas multitudes que se van reuniendo en una extensa pradera. Todos los semblantes revelan el contento, todas las miradas se fijan en una eminencia coronada de flores y rodeada de arbustos. Al fin aparece en aquella altura una mujer humilde de faz risueña, que saluda a la multitud besando un ramo de lirios y violetas. Después se dirige a la muchedumbre y habla de la vida eterna del espíritu y de la sabiduría de Dios. Todos la escuchan con arrobamiento, todos quieren recordar sus palabras, todos le miran con fraternal ternura. Aquella mujer eres tú, propagando el Espiritismo.

Cuando el peso de tus culpas te abrume, recuerda a la mendiga del templo y comprenderás que ayer tu *cruz* era de piedra y de hierro, y hoy es de mimbres y flores.

Tienes una gran familia. Yo soy uno de tus hermanos mayores que velo por ti como velan todos los espíritus por aquellos que,

envueltos en la carne, no conocen en su flaqueza que sólo deben sentir una inmensa gratitud hacia el Autor de todo lo creado.

¡Bendita sea su eterna sabiduría!

¡Bendita sea su divina justicia!

¡Bendito sea el manantial luminoso del amor universal!

Esto me dijo aquel espíritu mucho antes que muriera Fernández. En su tumba, que está en una eminencia, hay flores, y ante ella mi voz ha resonado, voz que han escuchado los espiritistas. El cuadro que me presentó el espíritu no pudo ser más exacto en el fondo y en la esencia, teniendo muchísima razón al decirme que ayer mi cruz era de piedra y hierro, siendo hoy de mimbres y flores.

Capítulo 12.

Poco me resta que añadir al relato que llevo escrito. He seguido publicando ***La Luz del Porvenir*** con muchísimos apuros, luchando con el Imposible del ***no tener***. Y a no haber sido por el noble desprendimiento de un espiritista al que no conozco personalmente (ni aun por el retrato) mi pobre ***Luz del Porvenir*** hubiera desaparecido del estadio de la prensa. Gracias a él, gracias a su generosidad aún existe ese consuelo de los desgraciados, esa Luz que tanto estiman y con tanto afán esperan en las penitenciarías. Y para demostrar que es cierto lo que digo, copiaré algunos fragmentos de un largo escrito que me han enviado ***cincuenta y cuatro*** espiritistas que se reunieron en la sombría estancia de un presidio, el 31 de marzo último, para consagrar un recuerdo al inmortal Allan Kardec.

He aquí algunas de sus consideraciones, muy dignas de tenerse en cuenta. Dicen así:

Ninguno de nosotros podrá negar que al atravesar los umbrales de esta penitenciaría desconocíamos por completo las obras del inmortal apóstol del progreso, sin que ningún libro ni periódico racionalista hubiese llamado nuestra atención. Cuanto más nos preocupábamos en registrar el archivo de nuestra mente, veíamos aterradoros fantasmas que hojeando el libro de nuestro pasado, nos señalaban página por página escritos con caracteres de fuego los anales de nuestra vida.

Abrumados por el dolor y el remordimiento, comprendíamos que habíamos descendido desde la libre esfera del ciudadano a la más ignominiosa decadencia del esclavo, cubriendo nuestras carnes con los míseros harapos del presidiario, y sellando nuestra frente con el borrón de la Infamia. ¿Quién de nosotros ante la funesta realidad no concibió la idea de cometer uno y mil crímenes para vengarse de una sociedad que nos expulsaba de su seno y nos sumergía en una inmunda cloaca, cuyo asfixiante hedor mata paulatinamente? ¿Quién de nosotros no

maldijo su existencia? ¿Quién en sus arrebatos y aturdimiento no blasfemó de la omnipotencia de Dios, que tan duramente castigaba nuestros desvíos? ¿No buscábamos un consuelo a nuestras penas y a impulso de un frenético delirio pronunciábamos palabras ininteligibles sin encontrar la clave de lo que deseábamos? Pues bien, hermanos nuestros, un eslabón se une a otro, y así sucesivamente se forma una cadena.

En el principio de nuestro argumento hemos dejado sentada la base fundamental de nuestra regeneración. El eco de nuestra humilde voz ha sido escuchado, hemos llamado a las puertas hospitalarias de espíritus privilegiados y se han compadecido de nuestros lamentos, difundiendo en nuestra inteligencia un raudal de luz. Si *ayer* carecíamos de todo consuelo y veíamos defraudadas nuestras esperanzas, *hoy* contamos con medios suficientes que fortalecen nuestro espíritu. Abracémonos firmemente al Espiritismo, sigamos el derrotero que nos señala y conseguiremos enlazar la fraternal cadena que nos una para siempre con lazos indisolubles.

Además, cumple a nuestro deber recordaros que, en los momentos críticos que jugábamos nuestro porvenir, vimos dos caminos opuestos sin poder determinar el rumbo que más conveniente fuera, para procurarnos un consuelo que mitigase nuestros padecimientos físicos y suavizara los rudos combates de nuestro espíritu. Nuestra conciencia, ese roedor gusanillo que nos hace sentir el peso del remordimiento, se rebelaba muy a pesar nuestro, presagiándonos un porvenir de desdichas, y cual frágiles barquillas empujadas por el furioso vendaval, navegábamos sobre la superficie de encrespadas olas, y desmayábamos ante la idea de zozobrar y sumergirnos para siempre en el profundo abismo de la de gradación. ¿Cómo se comprende, hermanos nuestros, ese cambio radical en el modo de ver las cosas en distinta forma? Muy fácilmente vamos a explicarlo.

La luz del Porvenir, periódico moral y sencillo (a cuya directora debemos nuestro respeto y gratitud), iluminó con sus refulgentes rayos este lóbrego retiro. Nuestra inteligencia vio claro entre las sombras que la cegaban. Nuestras aspiraciones nos impelían estudiar y aprender, y pronto, muy pronto, hermanos nuestros, principiamos a sentir los efectos de otra causa, la causa de la verdad, la causa del amor. Aquellos síntomas de perversidad que abrigábamos en nuestro corazón

se redujeron en muy breve plazo en benevolencia, en simpatías. Aquellos sueños que agitaban nuestro espíritu haciéndonos ver aterradores fantasmas que en ademán amenazador nos pedían cuenta de nuestros actos y acciones, se alejaron rápidamente, y nuestro delirio se convirtió en dulce y apacible sueño. Desde que principiamos a leer la bendita e incomparable **Luz del Porvenir**, soñábamos con otros mundos mejores, despreciábamos la materia y como valientes campeones satisfechos de haber ganado la batalla, desafiábamos a la borrascosa tempestad de nuestro espíritu, que nos deparaba nuestro cruel destino: anhelábamos la paz del alma, la tranquilidad de nuestra conciencia, y **La Luz del Porvenir**, nos ha proporcionado la satisfacción que sentimos al llamarnos espiritistas.

Ya veis hermanos nuestros, que no son genios profundos y científicos los que escriben artículos razonados en **La Luz**, son puramente sencillas y humildes mujeres, espíritus elevados donde el espíritu de Allan Kardec, emana su efluvio divino que les inspira a hacer bien a la Humanidad. Sencillas y humildes mujeres, repetimos, escasas de bienes materiales, pero muy ricas, riquísimas en la parte moral y con sobrada dosis de inteligencia y voluntad firme, para hacer el bien por el bien mismo. Sencillas mujeres de acrisolada honradez que han levantado un monumento en el corazón humano, despertándole del letargo en que un ciego fanatismo le tenía sumido, haciendo brillar el refulgente sol de la verdad y evaporando los densos nubarrones que oscurecían su bello ideal.

Ahora bien, hermanos nuestros, semanalmente venimos recibiendo **La Luz del Porvenir**, que gratuitamente nos remite nuestra generosa hermana en creencias Amalia Domingo Soler, directora del ilustrado semanario. Decidnos: ¿Quién de vosotros no siente en su corazón interminables muestras de respeto y gratitud? ¿Debemos apresurarnos en este momento a darle un voto de gracias por tanto beneficio recibido? Por todos lados oímos un grito unánime que corresponde a la inmensa satisfacción que experimentamos. ¡Bendita seas, Amalia! ¡Bendita seas una y mil veces tú!..., que, de seres inservibles y detestables, has podido conseguir con tu doctrina que seamos de nuevo útiles a la sociedad y a la familia. ¡Bendita seas tú! Que cual madre cariñosa nos has conducido por el camino del bien, cuando nos precipitábamos en un profundo abismo. ¡Bendita seas tú! Que nos han difundido abnegación y fe para soportar el duro yugo de

nuestra pesada cadena. ¿Quién de nosotros se mostrará indiferente al recordar que tus escritos han devuelto la salud a nuestro espíritu enfermo por las humillaciones, y tu presencia el consuelo al extenuado agonizante que gime en el lecho de un hospital? ¡Tú que has socorrido a madres desdichadas que veían morir a sus tiernos vástagos por el hambre y la miseria más espantosa! ¡Tú que has amparado al huérfano que se hallaba perdido, evitándole el naufragio que le deparaba el proceloso mar de la vida! Solamente los que comulgamos en el racionalismo cristiano, o sea, el Espiritismo, comprendemos lo grande de tu obra y sentimos vibrar en nuestro ser esos efluvios que en tiempo no muy lejano darán óptimos frutos.

Grande es tu trabajo, colosal es la obra del Espiritismo, y nos causa admiración cuando observamos que allende los mares va extendiendo su rápido vuelo tan sana doctrina. Por todas partes se encuentran firmes y constantes espiritistas, lo mismo en la joven América que en la vieja Europa. Todo bulle, hermanos nuestros, por tan noble y grande ideal. Recorred con vuestra vista la famosa Italia, cabeza del Catolicismo, y encontraréis cómo ha sido la primera en asociarse al progreso universal.

Paraos un momento frente al sombrío edificio del Vaticano, y veréis cómo se levanta majestuosa la figura de Giordano Bruno, desafiando las iras del Papado y representando el símbolo de la libertad, sacrificado en aras de un fanatismo ciego, muriendo sin exhalar una queja al ser arrojado a las llamas por sus implacables verdugos como hereje y apóstata, pues éste era el calificativo que se daba a los héroes que se apartaban de una religión profana y predicaban la ley de amor, enlazando a la Humanidad con los sagrados vínculos de igualdad, libertad y fraternidad universal.

Caiga para siempre la venda que oscurece el ideal humano. Que ***La Luz del Porvenir*** alumbre nuestro camino.

¡Paso libre al progreso! ¡Paso a la luz de la verdad! ¡Abajo el fanatismo! Sigamos, hermanos nuestros, por la dulce y tranquila corriente del Espiritismo, hasta que lleguemos a la fuente del amor, cuyas aguas nos convidan para purificarnos. Sigamos el ejemplo del inmortal Allan Kardec, imitemos a sus apóstoles, y de etapa en etapa, y de progreso en progreso, escalaremos el infinito y alcanzaremos la gloria que nuestro Padre universal tiene reservada para sus hijos.

Siguen cincuenta y cuatro firmas.

La lectura de los párrafos anteriores me hizo verter el llanto más dulce y más consolador que he vertido en esta existencia. Sólo inspirada por los buenos espíritus y sostenida materialmente por la generosidad de algunos espiritistas, podía yo haber llevado en mi desamparo y en mi impotencia el consuelo y la esperanza a esos desventurados, que gimen en los presidios, únicos lugares infernales que existen en la creación.

Además del consuelo moral, ***La Luz***, fiel depositaria de los donativos que le entregan para los pobres, ha podido repartir desde el 26 de abril de 1881 hasta el 8 de abril de 1891, 9.272,35 Ptas.

He debido al estudio del Espiritismo mi redención, por que vivía esclava de la pobreza, de la ignorancia y de una enfermedad dolorísima, porque la falta de la vista da todos los males quitando todos los medios de acción. El que apenas ve tropieza en todas partes, y cuando quiere hacerse útil, se convierte en estorbo enojoso porque rompe cuanto toca, llevándose tras de sí los objetos.

El estudio razonado del Espiritismo es de imprescindible necesidad para los que sufren, porque no hay ningún ideal religioso o filosófico que dé contestación satisfactoria a las preguntas que le hacen los desgraciados.

Yo bien preguntaba a Jesús la causa de mi infortunio, y uno de sus intérpretes en la Tierra, un pastor evangélico, me decía:

-No te impacientes, no te desesperes, no profundices cuestiones que nunca comprenderás. Ama a Dios, cree en la divinidad de Jesús, resignate con el peso de tus culpas, y no murmures.

-Pero señor -decía yo con impaciencia-, ¿qué culpas son éstas? Si a los ocho días de nacer me quedé ciega, ¿qué culpa pagaba yo entonces, si no tenía tiempo de haber pecado?

-Sería para mortificación o escarmiento de tu madre.

-¿Y por qué había yo de servirle de tormento sufriendo dolores que no merecía, puesto que aún yo era impecable?

-Nadie hay impecable, puesto que tiene el pecado de origen, originario de sus primeros padres, de Adán y Eva, que no obedecieron los mandatos del Señor.

-Y entonces, ¿por qué si todos son pecadores, no se quedan todos ciegos, mancos, mudos, cojos o tullidos? Bien hay personas que no sufren el menor quebranto en su salud durante su larga vida.

-Tienen penas en otro sentido.

-¿Y el que como yo las ha tenido físicas y morales desde que nació? ¿Por qué para unos la luz y para otros la sombra?

-Hay misterios que el hombre no sabrá jamás. Sigue con tu cruz las huellas de Jesús, y un día entrarás con él en el reino de los cielos.

Este era todo el consuelo y la esperanza que me daba la religión de la Reforma. El ateísmo me ofrecía el suicidio como único puerto de salvación, así es que la religión me dejaba en brazos de la mendicidad sin más porvenir que vivir de limosna, un asilo para la vejez y un hospital para morir. El ateísmo me ofrecía la muerte, la nada, el no ser. El Espiritismo, en cambio, me dijo:

Hasta el último segundo de tu actual existencia podrás trabajar en bien de la Humanidad y en el progreso de tu espíritu. No eres más desgraciada que los otros por pertenecer a la raza de los desheredados. Tal casta no existe más que en la mente calenturienta de las religiones deicidas, que siempre les ha convenido crear siervos degradados para mantenerlos en la ignorancia y en la humillación.

En ti no hay más vicios ni más virtudes que en la generalidad de los hombres. Tienes como todos los espíritus el tiempo y la eternidad por patrimonio, y tu libre albedrío para buscar el nido de las águilas o las madrigueras de los topos. Puedes llegar a ser asombro de los siglos venideros por tu profunda sabiduría, o permanecer estacionada como los sacerdotes de las religiones. Puedes servir de ejemplo por tus virtudes o ser piedra de escándalo por tu desenfreno. El hombre es hijo de sus obras, sobre ti pesan hoy tus desaciertos de ayer, las espinas te hieren, porque ayer pisoteaste las flores, la luz de falta porque preferiste vivir en la sombra del vicio, pero la luz existe para ti, como existe para todos los seres que pueblan los mundos.

Tu pobreza no te condena a la mendicidad, aún puedes trabajar, tu carencia de familia no es una maldición que pesa sobre ti. Puedes creártela espiritualmente, tus tareas literarias de otro tiempo, hoy te pueden facilitar los medios para aceptar la comunicación de los espíritus dando forma a sus revelaciones. No poseerás riquezas, no brillarás entre los grandes sabios, pero trabajarás en tu progreso y serás útil a los que son más desgraciados que tú.

No te confundirás con los mendigos, no vivirás en la humillación y en el abandono. Tu trabajo te puede hacer libre, el que quiere trabajar se conquista un porvenir.

Esto me dijo el Espiritismo, y así ha sido en realidad. En cambio, los que buscan la comunicación de los espíritus para saber dónde hay tesoros escondidos, qué número deben elegir en los billetes de la lotería para sacar el primer premio, qué medios deben emplear para adquirir tal o cual herencia, qué camino será el más corto para ser maestro en una ciencia determinada sin quemarse las pestañas estudiando, ni pasar malos ratos haciendo cálculos matemáticos, para estos espiritistas de conveniencia no tendrá nunca el Espiritismo ni una sonrisa ni una flor. Antes muy al contrario, pueden ser objeto de burlas terribles que les harán conocer (aunque tarde) que los espíritus elevados no se asocian jamás a las miserias humanas.

Los que crean que el Espiritismo es un arte de *hacer fortuna* o un *modus vivendi* como las demás religiones, incurrirán en un error gravísimo, porque las comunicaciones razonables de los buenos espíritus no son nunca para decir:

Deja tu hacienda y corre, que en tal punto hay un tesoro escondido esperando tu llegada. No, lo que dicen es: Trabaja hoy más que ayer, y mañana más que hoy, y con tu propio esfuerzo encontrarás lo suficiente para vivir.

Mala empresa tienen también los que comienzan por fingirse médiums para abusar de la buena fe de las madres afligidas que lloran la muerte del hijo más amado, o de la credulidad de huérfanos desvalidos, dándoles comunicaciones apócrifas, fingiendo ser los espíritus por quienes lloran aquellos que nos han evocado, pidiendo a sus deudos con más o menos disimulo cantidades en metálico. Mala empresa tienen, repito, porque los falsos médiums juegan con fuego, y

al fin... se queman, siendo cuando menos lo piensan juguetes de espíritus inferiores o víctimas de invisibles enemigos, que a nadie faltan ni en la Tierra ni en el espacio.

El Espiritismo es luz y es sombra, es vida y es muerte. Es la razón natural iluminando todo cuanto existe, y es la obcecación y el fanatismo más ridículo.

Para estudiar el Espiritismo, no se debe abdicar nunca del propio criterio, no se debe considerar a los espíritus como los creyentes de la religión católica apostólica romana, que conceptúan a su confesor como si fuera la imagen de Dios en la Tierra, dejando que él piense por ellos.

No, las comunicaciones deben leerse y examinarse detenidamente si son escritas, y escucharlas con atención pro funda si son parlantes. Y siempre que los espíritus no aconsejen el fiel cumplimiento de todos los deberes, el afán por el trabajo y el deseo del bien universal, no deben aceptarse sus consejos si en ellos demuestran parcialidad y tienden a la desunión entre la familia o determinados amigos.

No es tampoco prudente ni razonable estar de continuo importunando a los espíritus, tomándoles parecer para las cosas más triviales de la vida, porque lentamente, sin darse uno cuenta de ello, se va pasando con armas y bagajes al campo del fanatismo, y en un justo medio está la virtud.

Si al Espiritismo se le considera como una nueva religión, si se convierten los espíritus en otros tantos ídolos y los médiums en sacerdotes, es mejor, es preferible mil y mil veces Ignorar siempre la vida de ultratumba para evitar obsesiones y subyugaciones de fatalísimos resultados.

Si al Espiritismo se llega con miras interesadas de hacerse rico y sabio, en un abrir y cerrar de ojos, se sale chasqueado y burlado cruelmente, como le sucede siempre al que en todos los actos de su vida sólo pretende vivir sin trabajar. En cambio, todo aquel que con sana intención ha preguntado a los espíritus: ¿Quién fui ayer? ¿En qué grado de progreso estoy? ¿Qué seré mañana? Éste ha obtenido contestación satisfactoria, como la obtuve yo, que he hallado en el

estudio del Espiritismo raudales de luz y de verdad.

Yo vivía completamente desesperada, el peso de mi infortunio era superior a mis débiles fuerzas, y hoy, si bien no soy dichosa (porque no tengo condiciones para serlo) tengo la íntima convicción, la certidumbre absoluta que no soy víctima del capricho de un Dios que crea a su antojo (según las religiones) desheredados y elegidos, sino que efecto del mal uso que hice ayer de mi libre albedrío, hoy recojo las espinas de los vicios que sembré. Y aunque mi expiación me obligara aún a concluir mi existencia actual en la puerta de una iglesia, pidiendo una limosna para no morir de hambre, en ese ínfimo lugar, en ese último escalón en el cual se sientan los pobres honrados, aun allí me serviría la enseñanza de los espíritus, recordaría los trabajos que he hecho propagando el Espiritismo, y mi alma sonreiría pensando en su porvenir. Porque todos los seres que me bendicen en la Tierra, indudablemente me abrazarán en el espacio. Todos esos presidiarios que hoy en su encierro me recuerdan con fraternal ternura, serán mis buenos amigos de mañana y Dios sabe los beneficios que de ellos recibiré, y las pruebas de afecto que en momentos de agonía me darán.

Por mucho que aún me quede que pagar en esta encarnación, no por eso perderé ni un átomo del bien que he adquirido estudiando el Espiritismo. Para mí ha sido raudal de vida, fuente de salud, mina de progreso y demostración innegable de la justicia, de la grandeza y de la sabiduría de Dios.

Descubrimiento tan precioso no he querido que quede oculto en mi mente, antes al contrario, he pensado en las mujeres desgraciadas que pululan por la Tierra, cuyo número es incalculable. Y para ellas he escrito esta sencilla narración que tiene el mérito de ser fiel trasunto de cuanto he sentido y he pensado, referente a las religiones y a la filosofía.

Aconsejo a las mujeres que lloran, que estudien el Espiritismo, porque sólo el conocimiento exacto de la verdad de la vida puede consolar las grandes desventuras.

Antes de conocer el Espiritismo, ¿qué era yo en la Tierra? Una hoja seca que el viento del infortunio lanzaba de un lado a otro, una piedra, que en todas partes estaba fuera de lugar.

¿Qué soy ahora? Uno de los obreros del progreso, un ser útil a los más desgraciados y despreciados de este mundo. Una mujer muy pobre, muy pobre en bienes materiales (puesto que nada poseo) pero dueña a la vez de riquezas fabulosas, porque he llegado a convencerme que mañana seré sabio entre los sabios y bueno entre los buenos. Todo de pende de mi voluntad, de mi abnegación, de mis sacrificios, de mi amor al progreso, de mi adoración a Dios cumpliendo sus leyes eternas, y como yo quiero salir de la sombra y vivir en la luz, confío ser después de algunos siglos un apóstol de la verdad divina, un Mesías revelador de nuevas civilizaciones, un redentor que anuncie a los hombres ¡un día de gloria!, ¡un día de sol!, ¡una era de paz!, ¡una ley de amor que enlace todos los pueblos, y sea este planeta un mundo feliz!

¡Oh! Sí, yo confío volver a la Tierra con las blancas vestiduras de un apóstol del progreso para decir:

¡Alégrate, raza humana! Ya no sentirás los rencores del odio, ya las guerras no ensangrentarán tu suelo, ya las envidias no te inducirán al crimen, las flores te darán sus perfumes sin herirte con sus espinas, las avecillas entonarán sus melodiosos cantares, la ciencia te ofrecerá sus inventos y sus descubrimientos maravillosos, el ángel de la caridad tenderá sus alas diciéndote:

¡Adiós, raza terrena! Ya no necesitas que yo te inspire, ya no tienes huérfanos desamparados ni ancianos desvalidos, ya no tienes viudas sin hermanos cariñosos, ya todos tenéis familia, ya no hay almas enfermas que mueran de frío en su soledad, ya os adivináis el pensamiento, ya os apresuráis a protegeros los unos a los otros, ¡ya os amáis!..., ya sois uno para todos y todos para uno, ya habéis escrito en el frontispicio del gran templo de vuestras leyes lo que lleváis grabado en vuestra conciencia: ¡Fraternidad universal!

¡Adiós planeta Tierra! Me alejo de tu suelo porque ya no tienes pobres que necesiten vivir bajo el manto de la caridad.

Y el ángel del amor y del consuelo, la divinidad de los atribulados se alejará por siempre del globo terráqueo.

Sí, yo volveré en esa época de los días de sol, de las noches luminosas, porque la ciencia y el trabajo del hombre habrán desterrado

las sombras de este mundo.

¡Luz habrá en los cielos! ¡Luz en las conciencias! ¡Luz en los abismos! ¡Luz en todas partes! El reinado de la luz lo han anunciado todos los profetas, y el progreso trabaja para que la luz irradie en los mundos de expiación. Yo, que adoro el progreso, seré uno de los muchos obreros que consagraré millones de existencias al bien de la Humanidad.

Y todo el adelanto que yo veo en lontananza, todas las civilizaciones en las cuales tomaré parte activa, todo el amor que consagraré a mis semejantes, todo el trabajo que emplearé en mi perfeccionamiento, toda la ciencia que adquiriré, todo el sentimiento que me elevará y me apartará de las miserias humanas, todo cuanto adquiera mi espíritu de sublimidad y de grandeza, todo lo deberé, absolutamente todo, al estudio razonado del Espiritismo. Por él me he convencido que los muertos viven, que los espíritus conservan en el espacio memoria, entendimiento y voluntad, que sólo por la abnegación y el sacrificio en bien de la Humanidad, el espíritu se engrandece y penetra en los mundos donde existe la felicidad.

¡Bendita sea la hora que conocí el Espiritismo! ¡Benditos sean todos los espiritistas que me han protegido en esta existencia! Mi gratitud hacia ellos durará eternamente, por que les he debido el progreso de mi espíritu y el sostenimiento material de mi organismo, que sólo el pobre sabe agradecer y apreciar en su valor, los favores que recibe. Es necesario haber sentido la angustia del hambre para recordar eterna mente el día en que se dejó de padecer. Yo creo que en el mundo más feliz recordaré siempre la humilde casita del Centro **La Buena Nueva**, y al noble espíritu que me ofreció en ella generosa hospitalidad, a Luis Llach.

Y vosotros, seres de ultratumba, los que me inspiráis, los que me alentáis, los que me dais intuición para adivinar las maravillas del infinito, no me abandonéis, no me dejéis entregada a mis propias fuerzas, que éstas son débiles y escasas, como de sobra lo sabéis.

Y tú, ¡madre mía!, espíritu de amor, de abnegación, de sacrificio, de martirio, que tanto te desvelas por mí, que tanto bien te debí el tiempo que estuviste en la Tierra por tu maternal ternura, por tu inmenso sentimiento, y que desde el espacio me envías los efluvios de

tu amor inextinguible, recibe la expresión de mi imperecedero agradecimiento y guíame siempre en el proceloso mar de la vida. ¡Bendita seas, madre mía!

Y tú, ¡espíritu querido!, al que conozco con el nombre del Padre Germán, tú que guías mis trabajos de propaganda, tú que me has aconsejado siempre la prudencia, la paciencia, la tolerancia, la humildad, la resignación, el desprendimiento, la abnegación, la generosidad, la templanza, y todas cuantas virtudes pueden engrandecer al espíritu, tú que siempre me dices:

Ama a Dios sobre todas las cosas y confía en su amor infinito, porque de Dios procede cuanto la creación encierra, y recurre siempre a El cuando las fuerzas te abandonen.

Ora con tu pensamiento, ora con tus buenas obras, ora siempre pensando en Dios, porque sin Él la luz no existiría, ni la inteligencia que te individualiza te haría sentir y pensar. De Dios procedes, por Él te engrandecerás, por El progresarás eternamente; sin El serías aún parte integrante del cosmos universal.

Si por Dios vives, si por Dios vivirás, ¿no puedes amarlo? ¿No debes rendirle culto avanzando en tu progreso, cuanto puedas avanzar?

Estas son tus enseñanzas. Cuanto he progresado en esta existencia todo lo debo a tus consejos, ¡No me abandones nunca, padre mío! Y deja que te dé tan dulce nombre, porque como padre amorosísimo me has guiado siempre por el mejor camino, para el engrandecimiento de mi espíritu.

¡Inspírame siempre! ¡Yo quiero ser grande! Yo quiero llegar, no al límite de la perfección, porque éste no existe, pero al menos avanzar tanto como los espíritus que han dejado en pos de sí un rastro luminoso, y que las humanidades han contemplado con el mayor asombro, creyendo buena mente que eran enviados de Dios.

¡Inspírame siempre, Padre mío! ¡Quiero poseer la ciencia de todos los sabios y las virtudes de todos los mártires que se han sacrificado en bien de la Humanidad!

Gracia, 9 de abril 1891.

*¡Cuánto tiempo, madre mía,
que estoy viviendo sin ti!
Al perderte yo creía
que el dolor me mataría...
¡Y no ha sucedido así!
Se vive, aunque el corazón
quede roto en mil pedazos,
y la desesperación
de una terrible expiación
nos aprisione en sus lazos.
Se vive, aunque sin cesar
con desconsuelo profundo
no se haga más que llorar;
se vive, sin encontrar
quien nos ame en este mundo.
Se vive, porque vivir
es el humano destino;
se vive, para sufrir,
se vive, para gemir
como errante peregrino.
Se vive, para saldar
las cuentas de nuestro ayer,
se vive, para esperar,
se vive, para soñar
las quimeras del placer.
Se vive, porque el dolor
nos centuplica la vida
como dijo Campoamor;
contemplando con horror*

*esta lucha fratricida.
Así, madre, yo he vivido
hace veintisiete años;
y como un ave sin nido,
por patrimonio he tenido
pesares y desengaños.
Hoy es la fecha fatal
que por mi mal te perdí;
y en este triste erial,
consagrada a mi ideal
y a tu recuerdo viví.
Hoy contemplo mi pasado
con tan profunda amargura,
que nueva vida ha tomado
lo que el tiempo había borrado,
¡Y hasta veo tu sepultura!...
La veo cubierta de flores,
después sola... abandonada...
¡Cuántos, cuántos sinsabores!...
Pues sólo encontré dolores
en mi penosa jornada.
Tanto, tanto he padecido
que me alegré cuando inerte
quedó tu cuerpo dormido:
si tu vida fue un gemido...
¡Qué más dicha que la muerte!
¡Madre!, ¿por que te escogí
para llegar a este suelo?
Tal vez porque comprendí,*

*que el amor que hallaría en ti
sería mi único consuelo.
Tú me amaste con locura,
con un amor tan profundo
con tan inmensa ternura:
que en tu vida de amargura
yo fui tu Dios y tu mundo.
Cuánto debiste sufrir
¡Pobre madre! Al despertar
Y mis lamentos oír...
¡Qué horrible será sentir
al que se ama sollozar!
Yo que dije al contemplarle
en tu lecho funerario:
¡Haces bien en disgregarte!...
Ya que has recorrido en parte.
Tu espíritu me veía;
y mi mayor alegría
es el estar junto a ti.
Hace siglos que mi historia
voy escribiendo en los mundos;
mas sus páginas de gloria
son para mí tu memoria
y los recuerdos profundos.
Qué conservas de mi amor
que nunca se acabará,
siempre te dará calor,
y te prestará valor
y al bien te conducirá.*

*No lo olvides, hija mía,
no me apartaré de ti;
en tu progreso confía;
y en tus horas de agonía
yo haré que pienses en mí.
Sí, madre, yo pensaré
en tu amor grande y profundo;
por ti me levantaré,
y por tu amor, tendré fe
para conquistar un mundo.
Un mundo de perfección
donde el amor fraternal
no sea una amarga irrisión;
donde no exista expiación
sino armonía universal.
¡Cuánto tiempo, madre mía,
que estoy viviendo sin ti!...
Mas renace mi alegría
al pensar que en mi agonía
estás siempre junto a mí!
¡Siempre!..., ¡palabra bendita!
Siempre del progreso en pos
va todo aquel que medita;
¡siempre la vida infinita
en la grandeza de Dios!*

Continuación de las Memorias de Amalia Domingo Soler.

Dictadas desde el espacio por mediación de María, médium del Centro La Buena Nueva de Gracia (Barcelona).

Quedamos en la época en la cual se publicaba mi **Luz del Porvenir**, revista que se llevaba a los presidios, y cuando recibía carta de los reclusos, mi gozo era inmenso, y me decía a mí misma:

-¡Gracias, Padre mío! ¡Ya soy útil a los desgraciados! Si puedo salvar un alma, daré por bien empleados todos los sufrimientos de esta existencia.

Y más de una vez me decía a mí misma:

-No sé si podré sostener esta revista.

Y entonces, por mediación del médium, me daban aliento y seguía adelante. Pero muchas veces había estado a punto de cesar, y salía, no sé de dónde, una mano protectora y me decía:

-¡Amalia! ¡Adelante!.

Y así pasaron todos los años de mi **Luz** hasta que el último protector no pudo ayudarme más.

-¡Pobre **Luz**! -Dije con sentimiento-. ¡Ya no darás más consuelo a las almas afligidas!

Desde entonces, tenía correspondencia directa con los hermanos que me contaban sus cuitas y sus penas, a quienes, valiéndome del médium, seguía dando consuelo.

¡Cuántas cosas pasaron en mi humilde hogar!

La compañera de Luis me quería y me respetaba. Se desvivía para que yo no careciera de nada, y sus hijos veían en mí un ser privilegiado, marchando todo bien hasta el día en que la enfermedad de Luis llamó a la puerta, y desde entonces empezaron largos disgustos. Yo entonces tuve que hacer poderosos esfuerzos para

sostener aquel hogar.

Luis, aunque era hombre fuerte, si no hubiera sido por su Ideal y por el respeto que le inspiraba mi presencia, hubiera caído. Pero yo, entonces, comprendí que había llegado el momento de demostrarle mi gratitud, y más fuerte que nunca, me puse a trabajar, y con el concurso de Eudaldo salimos adelante.

Nadie que no sienta la gratitud sabe lo que es. Yo, que siempre he sido alma agradecida, pensé:

Ahora ha llegado el momento de dar a Dios lo que es de Dios, y al César lo que es del César.

Al ver que aquella buena mujer, que siempre estaba dispuesta a servirme, se había quedado inútil, yo pedía a los espíritus la resolución que había de tomar y el padre Germán me dijo:

-¡Ahora ha llegado el momento de dar la mano a tu protector!

Yo entonces le dije, con lágrimas del alma:

-Desde hoy en adelante seré tu amparo.

¡Qué grande me vi en aquellos momentos! ¡Ya no era un ser inútil! Quien me había abierto las puertas había encontrado en mí una hermana. ¡Ya podía yo dar consuelo de cerca! ¡Ya había un alma que me bendecía! ¡Ya tenía quien esperara mi llegada cuando o salía!

Yo entonces daba mil gracias a Dios de haberme con cedido un hogar donde podría progresar. Porque el contemplar las miserias de lejos no tiene valor, pues cuando uno las oye contar no se conmueve como cuando las ve, y así no se puede progresar.

Vosotros no sabéis qué se siente cuando uno está ya convencido de que es árbol seco, y de pronto sale un retoño de placer. Entonces es cuando uno, rebosando de alegría, se dice a sí mismo:

-¡Ya puedo vivir! ¡Cuán equivocada estaba al considerar que el árbol que no daba fruto era inútil!

Cuando empecé a ser útil es cuando empecé a vivir. Y en esta situación se pasaron algunos años hasta que lo que se llama muerte

vino a buscar a aquella mujer. Yo entonces, mirando aquel cuadro, me decía:

-¿Qué sucederá aquí?

Porque yo, lo confieso, en mi última existencia fui muy cobarde. Las escenas de familia me asustaban.

Cuando todo había pasado y estábamos un tanto más tranquilos, vino Luis y me dijo:

-¡Amalia! Tengo que darte un encargo, que yo ya sé que lo cumplirás.

Yo pensaba: ¿Qué encargo será éste?

Y él adivinó mi pensamiento, porque Luis era muy listo, y leyendo en mi interior me dijo:

-No te asustes que yo ya sé de lo que tú eres capaz y así me prometerás que serás madre de mi hija.

Yo no pude contestar. La emoción me embargaba, y pasado el primer momento de tan fuerte impresión, le dije:

-Tú, que lees en mi pensamiento, sabrás si estoy dispuesta a cumplir tu deseo.

Y entonces él me dijo:

-Así estaré tranquilo, porque mi hija, bajo tu amparo, no hallará en falta a su madre y de este modo todo marchará bien.

Yo le contesté:

-Mucho te agradezco la confianza que te inspiro -pues yo sabía lo mucho que Luis quería a su hija.

En esta forma empezamos una nueva vida, vida de amarguras, porque cuando se tiene un deber, todo cambia de aspecto.

Yo, que nunca había soñado con tener un cargo tan sagrado, empezaba a ser víctima de insomnios, no por la hija, sino por temor a

la gente. Porque cuando una joven no está bajo el amparo de sus padres, todo el mundo se cree con derecho de cuidarse de ella. Y como todo esto ya lo sabía, por eso eran mis apuros e inquietudes, y de esta forma iba pasando el tiempo.

Concha, la hija de Luis, era una joven lista y dispuesta como no había otra, así que nuestro hogar marchaba muy bien.

Teníamos una joven recogida, a quien Concha se había propuesto curar de la neurastenia que padecía, siendo ella la única que nos daba quehacer. Mas yo, lo confieso, si de mí hubiera dependido, más de una vez la hubiera puesto en la calle.

Pero Concha quería acabar la labor que había comenzado, y por la lástima que le tenían tanto ella como su hermano, y como todos los refranes son verdad, y entre ellos hay uno que dice: El roce engendra el cariño, poquito a poco me fui encariñando con ella hasta llegarla a querer. Mas ella, cuando comprendió que yo la quería, se enseñoreó de mí hasta el extremo de llegarla yo a temer, pasando así los años, hasta que sucedió lo que tenía que suceder.

Concha encontró en su camino su alma gemela, y un día me dijo:

- ¡Ahora sí que tendré que dejarte!... ¡Amalia!

Yo encontré muy natural este acontecimiento y le respondí:

-Por mí no te detengas, porque ésta es la Ley, y yo siempre he sido amante de que la mujer forme nueva familia.

Entonces me apresuré a notificárselo a Luis. Y él, que como ya dije era un buen padre, pensando que era un buen partido no titubeó en dar su consentimiento.

Pronto llegó el día en que me quedé, otra vez, muy sola: ya no me restaba más familia que Luis, y éste ya no estaba en contacto conmigo, pues se había formado una nueva familia que no era de mi Ideal. Por consiguiente, si bien me respetaban, ya no me querían como de familia.

Concha, al casarse, se marchó muy lejos, dejando en mi corazón

un vacío difícil de llenar. Pero como el tiempo se encarga de todo, poquito a poco me fui acostumbrando a la soledad. Y digo mal, porque si bien huérfana de familia, en cambio tenía muchísimos amigos que no me desamparaban un instante. Y entre ellos había uno que me llenaba todo el vacío de mi alma, era el médium que tenía por costumbre venir a tomar café en mi compañía, y de esta manera podíamos hablar de nuestros trabajos espirituales.

Repuesta algún tanto de esta lucha, me puse a trabajar de nuevo, siguiendo los consejos del padre Germán, que era para mí un espíritu que me inspiraba respeto y cariño, y siempre que se posesionaba del médium, me decía:

- ¡Amalia, no te impacientes! Tú piensas que corriendo se llega más pronto y te equivocas, porque tú has padecido de este defecto en muchas de tus existencias, y ahora ha llegado el momento de refrenar los impulsos de tu espíritu. ¡Amalia! No has terminado tu labor en esta existencia, aún tienes que luchar y llorar mucho, porque encontrarás en tu camino muchas espinas, pero vencerás, y como el peso de los años ya te acobarda, por eso vengo yo a darte fuerzas. ¡Sigue, sigue, Amalia, que aún has de perder lo poco que te queda!

¡Ay! Entonces yo pensaba: ¿Qué será lo que tengo que perder?

Y el espíritu, que veía en mí la falta de aliento, me daba fuerzas, prometiendo una felicidad espiritual.

Yo no sabía a quién dirigir mi pensamiento, y me con fundía el pensar quién de los dos que sostenían el Centro sería el primero en dejarme. Y digo esto, porque todo mi ideal era mi Centro, no teniendo más ilusión que la de hacer el bien, y porque si me faltaba Luis me escasearían los recursos, y si me faltaba el médium, me vería privada de las instrucciones para continuar mi labor.

Todo esto me preocupaba en gran manera, porque yo sólo pensaba en dar consuelo a las almas afligidas, sumidas en la indigencia, sin poderlas socorrer por falta de recursos.

Me asustaba el pensar si me llegaba a faltar la inspiración, porque comprendía que sin el médium no podría continuar.

Lo confieso, me asustaba, pero como nadie está solo en la tierra, cuando más triste me encontraba llegaban algunas de mis amigas que venían a contarme sus cuitas, a quienes prodigaba consuelo y consejos, y ellas, como todas eran madres de familia, creían que yo, no teniendo hijos, no tenía penas. Pero cuando ellas se marchaban, me quedaba sola y pensativa, diciendo:

-Esas infelices vienen a contarme sus penas creyendo que yo soy muy

feliz.

Y poco se pensaban ellas que, más de una vez, hubiera querido ocupar su puesto porque, a decir verdad, yo no he padecido de esa enfermedad que se llama celos y únicamente les he envidiado sus momentos de placer.

Yo bien comprendo que el tener hijos y no poderles dar pan, ha de ser el infierno más horroroso que puede sufrir un espíritu, y por eso, cuando a mí se dirigía una de esas madres para hacerme confidente de sus desdichas, procuraba, por todos los medios posibles, favorecerla, y cuando me quedaba sola, daba gracias a Dios por no haberme dado hijos, lo cual proporcionaba a mi espíritu gran dicha y tranquilidad.

Yo no tenía a nadie que me pidiera pan, pero en cambio tenía muchos amigos que procuraban que yo no careciera de nada.

Más de una vez me habían sucedido escenas como la que acabo de relatar, y de momento, como si una mano protectora se cuidara de mí, yo encontraba mi óbolo centuplicado. Entonces yo, sin creer en los milagros, exclamaba:

- ¡Padre!... ¡Ahora sí que me han dado una prueba de que todo lo ves!...

Otras veces, cuando estaba más triste, venía alguna de mis amigas a contarme sus alegrías, y aquello me dejaba muy satisfecha, dando también gracias a Dios, al ver que no todos sufren en la Tierra, que también hay quien goza, que también hay hogares donde brilla el sol de la felicidad.

Si la felicidad existe en la Tierra, ahora lo he visto mejor que

antes, y esto depende de la misión que cada uno escoge al descender a ella.

Como quiera que yo hubiera sido la nota discordante de muchos hogares, era más que justo que me sucediera todo lo que aconteció en mi última existencia.

Es inútil pedir a Dios hijos, si no hay espíritus dispuestos a descender entre vosotros, o bien que no seáis acreedores de tanta dicha, por motivos ignorados de momento, porque cuando estamos en la Tierra, un velo nos oculta todo lo del espacio, siendo la causa de que siempre pidamos que se nos concedan los mayores imposibles.

Yo no pensaba que todo lo que me decían no era más que para darme aliento, para que pudiera escribir.

Así iba pasando el tiempo, hasta que llegó la hora de la desencarnación de Luis, golpe mortal que recibió mi espíritu, que, si no hubiera sido por el consuelo y aliento del médium y su familia, yo no sé lo que hubiera pasado por mí. Pero como yo no me pertenecía, no tuve más remedio que hacer un esfuerzo de voluntad para seguir adelante, y no dejar a mi numerosa familia huérfana de mis escritos.

Se sucedieron tantas cosas con la separación de aquel ser, que mi organismo quedó abatido y marchito, cual las azucenas que se inclinan bajo la influencia funesta del vendaval. Ya no tenía a quien comunicar mis impresiones porque me faltaba aliento, y Luis me lo daba porque él conocía el estado de mi organismo y aliviaba todas mis dolencias.

En verdad os digo, que no hay en la Tierra otro ser que pueda sufrir más que yo, porque todo mi organismo estaba desequilibrado, hasta el extremo de que un pequeño disgusto me dejaba inútil para mis trabajos.

Yo comprendía que mi misión era trabajar, y por eso, cuando me veía imposibilitada, me desesperaba y lloraba en silencio. Pero como el que quiere derramar luz para bien de la Humanidad nunca está solo, y así yo lo comprendía, me reanimaba, porque cuando más aturdida estaba, me sentía una fuerza superior a mí y era cuando salían mejor mis escritos, por lo que daba gracias a Dios por su misericordia

para conmigo.

Un día, cuando estaba más pensativa, vino a visitarme una de mis antiguas amigas y me dijo:

-¡Amalia, es llegada la hora de que yo te pueda ayudar! ¡Ya siento la inspiración de los buenos espíritus! ¡Ya me hablan de cerca y me dicen que te podré prestar buenos servicios!

Entonces no sé lo que sentí en mí, si era alegría o miedo. Porque siempre que se acercaba a mí un ser y me hablaba de mediumnidad, me asustaba, y yo, que no veía en mi amiga más que buena fe, no sabía cómo tornar su facultad y le dije:

-Ten mucho cuidado con lo que tienes entre manos, porque tu buena fe podría perjudicarlo y perjudicar a toda tu familia.

A lo cual ella me contestó:

-No tengas miedo, que yo ya conozco bien lo que tengo entre manos, y si tú supieras la felicidad que disfruto desde el día que siento la influencia de los invisibles no tendrías tanto miedo, y para que te convenzas, vendré todos los días a contarte mis impresiones y te persuadirás de que te podré ser útil algún día.

Tan verdad fue, que su mediumnidad nocturna me servía para que yo no tuviera que evocar a los espíritus en mis trabajos, y esto era un gran alivio para mí, dado mi estado de precaria salud.

En vista de este cambio de cosas, yo no cesaba de preguntar al padre Germán si habría peligro en mi segunda médium, y él me decía:

-¡No tengas miedo!, porque ese espíritu no ha cogido el fruto antes de sazón, y más de una vez servirá para todos.

De esta forma íbamos siguiendo, ella inspirándose y yo trabajando, dando así consuelo a todos los que necesitaban.

Mi primer médium me decía:

-¡Qué hallazgo hemos hecho! Ya no tendrás tanta necesidad de mí porque yo ya voy perdiendo las fuerzas y lo siento más por ti que por mí. ¿Qué sería de ti, si un día en un arrebato de mi enfermedad te

quedaras sola?

Pero yo no me conformaba con esta solución, porque de él había recibido tan hermosas enseñanzas y tan buenos consejos que, en verdad, con ellos me había regenerado.

De mi segunda médium, hasta entonces, sólo había recibido débiles comunicaciones que servían de consuelo a los que estaban lejos. Mas como al hombre en la Tierra le está vedado el conocimiento del porvenir, yo no sabía lo que daría con el tiempo aquella mediumnidad, pues el tiempo, que nunca se detiene y siempre sigue su curso, es el que va poniendo en claro lo que, entonces, para nosotros estaba vedado.

Cada día venía a visitarme y cada día me daba nuevas pruebas de su mediumnidad verdadera, porque ella no había soñado siquiera que me llegara a ser útil. Pues cuando me contaba lo que le sucedía de noche, lo hacía con miedo, mirando con cierto recelo mi rostro para ver, por la impresión que en mí hacía su relato, si aquello era una ilusión suya o una realidad.

Como ella veía en mí a un ser inteligente respecto a la mediumnidad, no me ocultaba nada de lo que le pasaba, y yo iba de sorpresa en sorpresa al ver tal maravilla, y con lágrimas en los ojos le besaba con el mayor respeto y le decía:

-Sigue, hija mía, sigue, que me estoy convenciendo de que tú nunca llegarás a ser juguete de espíritus obsesores.

Entonces ella, por el respeto y confianza que yo le inspiraba, se entregaba con toda su buena fe, y era cuando con la cooperación de mi primer médium, podíamos comprobar la realidad de aquellas comunicaciones.

Recuerdo perfectamente que un día el espíritu encargado de mis trabajos me dijo:

-No sólo en la Tierra, sino en el espacio te será útil.

¡Cuán grande fue mi alegría por haber hecho un hallazgo de tal naturaleza! Ya no me quedaría huérfana de comunicaciones. Pero me preocupaba mucho pensar en aquella frase del espíritu amigo:

-No sólo en la Tierra, sino en el espacio te será útil.

¿Qué quería decir todo ello?

Mucho me daba que pensar el que si yo tendría que partir pronto. Pero como a los espíritus nada está vedado, el espíritu del padre Germán, que leía en mi pensamiento, me decía:

-¡Cómo te acobardas, mujer, cómo te acobardas! ¿No comprendes que, por razón natural, ella, que es más joven que tú, tiene que quedarse en la Tierra, aunque tú tardes mucho en marchar? No te acobardes, que tienes bastante que hacer en el planeta. Hay muchos seres que te necesitan y tú aún tienes que trabajar mucho.

Entonces me ponía tan contenta que me rejuvenecía y me decía a mí misma:

-A trabajar, Amalia, que el que mucho debe es justo que aproveche el tiempo en bien de los demás.

Todo esto me lo guardaba, para no dar importancia a mi segunda médium, porque es muy peligroso adular a los médiums por cuanto la vanidad está reñida con la virtud, y cuando un médium se envanece de lo que recibe de lo Alto, es cuando desaparece todo lo bueno y loable que podía atesorar y llega a ser víctima de espíritus rastreros y falsos, y por eso yo, al parecer, no le daba importancia alguna, aun cuando ella se desvivía diciéndome:

-Los espíritus me dicen que te seré muy útil, y a mí me parece que no es verdad, por eso dudo y temo ser engañada.

Yo entonces le decía:

-No temas, hija mía, que mientras no pidas nada para ti y si pidas todo para los demás, no se acercaran a ti fuerzas negativas.

A lo que ella me contestaba:

-Te hablo con toda sinceridad, Amalia. Yo no pido nada para nadie, sólo pido para ti, porque, como te veo tan animosa y con una voluntad de héroe para prodigar consuelo y a la vez con un cuerpo que se niega a trabajar, efecto de tu decaído organismo, por eso mismo pido ser tu auxiliar y así la Humanidad no carecerá de tus consuelos

que hartos los ha de menester.

¡Pobrecita!... ¡Qué buena fe tenía entonces!... Así yo lo comprendía y le decía:

-¡Hija mía! Pensando de este modo, no temas ser engañada.

¡Qué hermosa misión cumple el espíritu que vive sólo para el bien!

En medio de mis inquietudes, estaba yo un tanto más tranquila porque veía que, a medida que de día en día se iba apagando una luz, otra se encendía. Y en mis momentos de soledad, daba gracias a Dios al ver que no me abandonaba, convenciéndome, una vez más, de que cuando uno quiere hacer el bien no se le niegan los medios para practicarlo, y así me sucedía a mí.

¡Qué dolor sentía yo cuando veía al pobre de Eudaldo que, por más esfuerzos que hacía, no podía con su cuerpo!, y esforzándose me decía:

-No te asustes, Amalia, no te asustes. Yo no me iré, yo no puedo irme, porque, ¿qué sería de ti? ¿Cómo te las arreglarías para tus trabajos espirituales?

Como estoy convencido de que tú me necesitas, aun en medio de mis sufrimientos, tengo la esperanza de que no me iré.

Pobrecito, ¡cómo se engañaba! ¡No sabía él que todos los adagios se cumplen!, y hay uno que dice: *A rey muerto, rey puesto*, y tal sucede cuando llega el fatal instante, aunque, en un momento dado, parece que en realidad todo ha terminado.

Así íbamos pasando día tras día, cuando él acordó venir a vivir en mi hogar porque ya no se veía capaz de acudir, con la presteza que siempre lo había hecho, cuando yo le llamaba.

Por fin, un día me dijo:

- ¡Amalia! ¿Sabes lo que he pensado? Que tú estás muy sola y yo estoy muy enfermo, y que habitando contigo aprovecharemos los momentos que tenga de lucidez, y a la vez mis hijos, que ya son

mayorcitos, me cuidarán y te servirán de compañía.

No encontré mal su plan y así le dije:

-Cuando quieras y lo más pronto posible, porque de este modo no tendrás que sufrir tanto para ayudarme en mis trabajos.

Convinimos y vino a vivir conmigo en compañía de un hijo y una hija que tenía, a quienes yo quería mucho porque los había visto nacer y crecer.

¡Cómo no quererlos, pobrecitos! Habían compartido conmigo todas sus alegrías infantiles, y más tarde, cuando tenían algo que les molestaba y temían decírselo a su padre, corrían hacia mí para que yo les librara del peligro que corre la juventud cuando hace travesuras que no son del agrado de los autores de sus días.

Yo, entonces, cumpliendo con mi deber todo lo arreglaba, y ellos, agradecidos, se echaban en mis brazos y me bendecían. ¡Qué hermosa es la bendición de los seres que entran de nuevo en la vida que, como no conocen los escollos, se encuentran sin saber cómo salir!

Comprendiendo yo el bien que hacía en salvarlos no les negaba mi apoyo, dando gracias a Dios porque ya podía representar el papel de madre de los hijos de un hombre a quien tanto debía.

El tiempo que Eudaldo estuvo en mi compañía fue tan corto, que comprendí en seguida que no era él quien, *motu proprio*, había venido, sino que una fuerza superior le había impulsado para que realizara su propósito de acabar sus días en mi compañía y dejar bajo mi amparo aquellos seres que eran toda su ilusión, porque Eudaldo era un padre como pocos hay en la Tierra.

Fue muy justo que fuerzas invisibles impulsaran a quien tanto se había desvivido para ser su fiel instrumento y que en señal de gratitud, viendo ya su tumba abierta, le inspiraran la idea de venir a habitar conmigo, y junto a él, aquellos dos seres que tanto quería. Hasta que llegó el día en que el fantasma de la muerte, que tanto aterra a la Humanidad, hizo que en la Tierra todo terminara para él.

¡Qué momentos más amargos para mí! Me parecía que el sol ya no alumbraba, y que todo había quedado envuelto en el silencio de la

muerte.

Mucho sentimiento tuve con la muerte de Luis, porque le quería de verdad, pero la pérdida de Eudaldo me hizo huérfana de un hermano cariñoso, dejándome en herencia un sagrado deber a cumplir. Me quedaban sus hijos y yo no sabía de qué manera podríamos vivir juntos. Mas como Dios es justo, cuando queremos hacer el bien, encontramos siempre los medios para salir del paso.

Cuando más abismada estaba en mis meditaciones, me asaltó una idea, y fue la de poner en venta todos mis libros para poder hacer frente a tan triste situación, sin que por eso me faltaran penas y sufrimientos. Pero al menos tenía solucionado el primer problema, y emprendimos una nueva vida de aquellas en que uno mismo no sabe ni cómo la pasa ni si la podrá continuar.

A mi alrededor todo estaba oscuro y silencioso. Yo no sabía qué determinación tomar, y me decía a mí misma:

-¿Qué haremos ahora del Centro?

Como mi deseo era ver si hallaba medio de que continuara funcionando para bien de todos, mandé llamar a algunos espiritistas que me inspiraban confianza para que me aconsejaran lo que tenía que hacer respecto al Centro.

Fue un verdadero fiasco. Uno se miraba a otro y se encogían de hombros sin darme contestación alguna satisfactoria, y viendo yo que los hombres no daban solución a aquel conflicto, hice venir a mi segunda médium, que me dijo:

-No temas, Amalia, que lo que los hombres no resuelven. Dios se cuidará de hacerlo resolver. Ten ánimo y fe y no desmayes, porque yo siento una voz oculta que me dice que el Centro volverá a ser lo que era.

Yo en aquellos momentos, lo confieso, perdí la fe, por que, ¿cómo habían de volver a mí los que ya se habían alejado? Y dirigiéndome a la médium, le dije:

-¡Hija mía!... Si yo tuviera recursos para poder sostener este Centro, no digo que los invisibles no tuvieran razón, pero como esto es

un imposible, desde hoy mismo mandaré a buscar otra casa donde mis fuerzas lleguen para poder pagar.

Al oír mi solución la médium se marchó cabizbaja y disgustada al verme tan resuelta a no escuchar a los invisibles, y aún no había llegado a su casa, cuando recibí la visita de una Comisión del Centro Barcelonés que venía decidida a prestarme su apoyo.

Entonces comprendí perfectamente que los invisibles tenían razón, y les pedí mil perdones por haber desoído un momento sus consejos.

Ya se había abierto otra puerta. ¿Dónde me conduciría? No lo sabía, pero era dar tiempo al tiempo, porque, como de un momento a otro las circunstancias cambian, yo pensaba:

- ¡Quién sabe si esto es para esperar cosas mejores!

Y como ya hacía tiempo que por la médium me venían anunciando la llegada de un opulento espiritista, decidí esperar el resultado.

Mi pobre Centro se quedó al igual que una frágil barquilla en medio del océano en un día de tempestad. Los unos lo dejaban, los otros lo tomaban, sufriendo los embates de la indiferencia de los hombres. Yo allí no representaba nada, y nadie sabe lo que se sufre cuando uno ve lo suyo en poder de seres que ni lo quieren ni lo entienden.

Así pasaron algunos meses sin saber dónde íbamos a parar. Mi organismo, harto delicado, iba agravándose cada día más. Cuanto más me medicaba peor me encontraba.

Bien comprendía yo que todos cuantos se proponían curarme no entendían mi enfermedad, y de esta manera se iban acabando mis fuerzas y agotándose mis energías, comprendiendo yo misma cómo mi organismo se doblegaba y se iba quedando sin aliento.

Tenía ya tantos años, que aquello me parecía natural, mas como todas mis amigas me querían tanto, no estaban con formes en que yo me marchara, y mi segunda médium no cesaba de aconsejarme que llamara al médico que visitaba a su madre. Mas yo no hacía caso,

porque, a la verdad, tenía miedo de entregarme en manos de un hombre que no pertenecía a nuestro ideal, y ella, comprendiendo todo lo que pasaba por mí, me decía:

-Mira, Amalia, aunque nada me digas, ya sé que tienes reparo, pero como yo te quiero tanto y conozco mucho al médico, te garantizo que puedes entregarte con toda con fianza, que él te mirará como si fueras su madre. Te hablo así porque yo misma le he visto visitar a enfermos pobres y los trataba con el mismo interés y cariño que si de ellos pudiera sacar un caudal.

Tal fue su empeño, que se puso de acuerdo con la muchacha que me servía, consiguiendo sitiarme, y yo no tuve más remedio que rendirme y acceder a su demanda.

¡Qué impresión sentí al ver por primera vez a mi buen doctor! Como yo tenía desarrollada esa mediumnidad de comprender y juzgar a las personas a la primera vez que las trataba, ningún trabajo me costó comprender que poco era lo que habían dicho en favor de aquel ser.

¡Con qué respeto me escuchaba! ¡Con qué cariño me trataba! Con la sonrisa en los labios me dijo:

-No tenga usted cuidado, señora. Si los que la rodean me ayudan, yo le pondré a usted bien.

Entonces, un antiguo espiritista lo tomó a pecho y reunió a todas mis amigas, a quienes dijo:

-La vida de Amalia depende de nosotros, según ha dicho el doctor, así es que ni de día ni de noche se le puede desamparar un momento, para lo cual cuento con ustedes, porque estoy convencido de que ninguno se negará a velarla.

¿Cómo negarse, ¡pobrecitas!, si me querían de verdad?

Acordaron, y así fue, que cada día y por turno viniera una por la noche, sacrificio que duró durante ocho meses consecutivos, sin que ni una noche me quedara sola.

¡Qué contento estaba mi buen doctor al ver que todos sus esfuerzos darían el resultado apetecido! Tan fielmente se cumplieron

sus prescripciones, que yo pude triunfar de aquella enfermedad que me tenía atada de pies y manos.

Durante este tiempo crítico, mi pobre Centro se reanimó porque vino uno de los médiums del Centro Barcelonés y me dijo:

-Amalia, si usted quiere, yo no la abandonaré. Yo me presto de buena fe a ser el médium de este Centro.

Agradecida a tan espontáneo ofrecimiento, le dije:

-Hijo mío, yo no quiero que por mí, si es que allí te necesitan, los abandones.

A lo que él me respondió:

-No, no. Es que quiero retirarme de allí en definitiva, tanto si usted acepta como si no acepta mi proposición.

Yo, entonces, me quedé muy agradecida y le dije:

-Te entrego mi Centro.

Entonces él y su esposa, una de las que me velaban, seguían al frente del Centro. Pero como yo no había venido a la Tierra para gozar, sino al contrario, para sufrir, una vez restablecida de mi enfermedad hubiera sido demasiado feliz si aquellos dos seres que salieron a mi encuentro hubieran sido espíritus afines. Pero por desgracia no lo eran, y se fueron luego complicando las circunstancias de tal manera, que tuvimos que separarnos, porque se llegó al extremo que mi voz y mi autoridad les molestaba.

Este contratiempo hizo que yo tomara una resolución enérgica, y en este arranque de mi espíritu, no me di cuenta del abismo que se abría a mis pies. Pero como mi espíritu no estaba acostumbrado a retroceder, ni por un momento se arrepintió, y entregándome a la voluntad del Padre, exclamé:

-¡Ahora sí que, en verdad, sucumbirá mi pobre Centro!

Pero no fue así, porque el médium que me había brindado su apoyo no me abandonó, y como tantas y tantas veces había yo recurrido a mi segunda médium, en casos de apuro, y aquél era uno de

los más grandes que había encontrado en mi camino, le dije:

-Amiga mía: entrégate de buena fe y cuéntame todo cuanto te digan los espíritus.

Y así lo hizo, ya que por entonces aún no se le había desarrollado su segunda mediumnidad, que era la parlante, y como recibía de lo Alto y directas las instrucciones, me dijo:

-¡Amalia! Me dicen que no seas cobarde, que esto ha pasado porque así tenía que suceder, y que las pequeñeces de los hombres en nada influirán en la marcha de tu Centro. Y me dicen, además, que de hoy en adelante recobrará nueva vida porque se desarrollará una nueva mediumnidad que es la que ha de sostener el Centro por mucho tiempo.

Todo se cumplió al pie de la letra, pero me había olvidado decir que, en el transcurso de mi enfermedad, el tan anunciado millonario espiritista llegó, para mí, en una situación tan crítica que casi de nada me sirvió, porque, en aquel lapso de tiempo, yo no me pertenecía. Siempre tenía miedo de ofender a quienes me rodeaban, por cuyo motivo a ellos recomendé tan digno hermano.

-¡Infelices! Poco sabían cómo se tenía que tratar aquel gran personaje, y pronto conoció que los que le rodeaban ni conocían ni respetaban ese hermoso Ideal que le había atraído a mi lado.

Cuando a mí se dirigía, yo no le daba muestras de comprender todo lo que él pensaba. Y como mi afán no era buscar su oro, me hacía la desentendida.

¡Cuánto sufrió mi pobre espíritu al comprender que en vez de aprovechar la ocasión para dar vida a mi pobre Centro, la despreciaba por un exceso de cobardía!

Tan sólo un día, después de muchos exhortas por su parte, pues todo era preguntarme de qué carecía, yo le dije:

-Estoy tan acostumbrada a sufrir y a carecer de todo, que en este momento me considero rica. Y es porque me veo rodeada de seres que piensan en mí, y entre éstos te encuentras tú. Como yo sé que eres muy amante de la enseñanza de la infancia, mucho me gustaría que

montaras una escuela en mi Centro.

No se hizo rogar. Tan pronto se lo pedí, la escuela se puso en marcha, figurando al frente de ella una antigua amiga mía, una digna profesora que no sólo enseñaba a los niños a leer y escribir, sino que les inculcaba el amor y respeto que debían a sus mayores y entre sí, considerando a todos como hermanos.

Era mi amiga una espiritista convencida y amante de la verdad. Y como esta escuela no tenía el nombre de escuela espiritista, siendo el afán de su fundado inculcar al niño la moral y educación que necesita el niño pobre para desarrollar sus sentimientos para que el día de mañana sea modelo de virtud, ella era la más indicada para llevar a cabo este trabajo, como lo demostró en su buena marcha.

Poquito a poco me fui restableciendo de mi enfermedad y pude volver de nuevo a mis antiguas tareas.

¡Qué razón tenían los espíritus cuando en los momentos de abatimiento me llamaba cobarde!

- ¿No ves que tienes que trabajar mucho? -me decían, y era verdad por más que yo no lo creía.

Cuando todo marchaba bien, vino otra vez ese furioso oleaje de la contrariedad que casi me derrumbó otra vez, como en otra ocasión, mi pobre baluarte, mi pobre Centro. La causa fue que el fundador y mantenedor de la escuela tuvo que subir las gradas de una clínica para que le operaran de una antigua dolencia, con tan mala suerte, que sucumbió en dicha operación. ¡Otra vez mi pobre nave se quedó a merced de las olas!

Tuvo que cerrarse la escuela, y, con ella, la esperanza de poder continuar el Centro. ¡Pobre Centro mío! ¡Cuánto sufrí por él!

Sus altas y bajas eran los dardos que se clavaban en mi pobre espíritu. Para mí todo había ya terminado.

¿De qué habían servido tantas comunicaciones anunciándome la llegada de tan buen hermano? ¿Es que yo no sabía aprovechar esta ocasión, o es que mi espíritu se empeñaba en no querer gozar?

Ahora, desde el mundo de los espíritus, veo que lo segundo es la verdad, porque cuando un espíritu desciende a esa penitenciaría con el solo propósito de encontrar espinas, cuando se le presenta una flor, la desconoce por completo y la echa al olvido.

Tal me sucedió a mí. Yo no había venido a gozar, vine a saldar una de esas deudas que tanto molestan al espíritu cuando se encuentra en estado libre.

¡Cuán justo es Dios! ¡Qué grande es su providencia! Uno mismo es el que se condena o se salva, y así me pasó a mí, pues si bien en mi última existencia no había podido gozar por faltarme la salud, en cambio pudo sobrarme el oro, que es lo que en la Tierra hace felices a los humanos. Pero mi espíritu, cuando se encontraba cerca de ese peligro, se asustaba, y éste es el motivo por que yo cometía la mar de torpezas al despreciar las ocasiones en que me lo brindaban, y así mi espíritu volvía a quedar tranquilo viendo que carecía de todo. Porque yo, como los demás, pensaba en algunos momentos que, si hubiera sido rica, hubiera empleado bien mi fortuna, pero ahora veo que no habría sido así, que habría retrocedido, al punto que, así como faltándome todo sólo pensaba en los pobres y sufría por no poderles ayudar, entonces quizás no hubiera frecuentado con ellos por el orgullo que da la riqueza en la Tierra.

Nuestro espíritu no progresa dando el óbolo al mendigo, sino sufriendo en silencio por no poderle socorrer, y en este caso me hallaba yo.

¡Cuánto sufría, cuando a mí llegaban seres pidiéndome auxilio y más cuando estaban en la creencia de que yo lo podía hacer, encontrándome completamente imposibilitada de darles nada, por ser yo tan pobre como ellos! ¡Cuánto sufría!

Sufría más que ellos, porque ellos sufrían por su situación y yo sufría al pensar que estaban en la convicción de que yo podía hacerlo. Y así pasé un infierno, sin que nadie lo comprendiera.

En cambio, cuando a mí se acercaba un rico con las atenciones que le merecía mi pluma, le contemplaba y me daba tanta lástima, que no me atrevía a pedirle nada, porque frente a frente de él, me veía yo tan rica que todo mi afán era darle la riqueza de mi espíritu, sin pensar

que él me pudiera haber dado la felicidad material para recreo de mi cuerpo.

Por toda respuesta les decía que mi pluma daba mucho consuelo, pero que a mí no me daba ni lo más necesario para el sostenimiento de la vida, y entonces ellos, al igual que el que hace una limosna, me entregaban pequeñas cantidades para que pudiera continuar mi trabajo, cantidades que yo recibía con el rubor en el alma y que me hacían exclamar:

- ¡Padre mío! ¿Por qué no haces que yo pueda vivir de mi trabajo? ¡Cuán triste es trabajar mucho, y que el trabajo no produzca para atender las más apremiantes necesidades de la vida!

Al ver tantos desengaños es cuando llegué a convencerme de que mi misión era la de pedir limosna, y ahora es cuando veo clara la verdad de por qué, por más esfuerzos que hacía, siempre me encontraba en la misma precaria situación.

Hay un adagio que dice: ***Bienvenido seas, mal si vienes solo,*** porque no tenía yo bastante con lo que me pasaba, que venía a colmar mis desdichas la suerte de mi pobre ***Luz del Porvenir,*** que tuvo que desaparecer por falta de suscriptores, debido a que, por aquel entonces, en España los hombres estaban poco acostumbrados a leer.

Y así iba yo cumpliendo mi misión, llegando a convencerme de que en esta existencia no podría complacer a los necesitados, que era lo que más apesadumbraba a mi espíritu.

¡Qué triste es para el espíritu el verse impotente de hacer su voluntad, y más cuando a uno se acercan todos los seres que sufren pensando encontrar alivio a sus penas! ¡Qué momentos más amargos se pasan, cuando uno se encuentra solo, con el recuerdo de los que sufren y no se les ha podido socorrer!

Esto mismo me sucedía a mí, porque no basta pertenecer a un ideal, cuando no se practica la caridad.

Cuando más abatida estaba, llegaba a mí el recuerdo de las comunicaciones, y entonces, como el que despierta de un letargo, me levantaba y daba gracias a Dios por tan grato recuerdo.

Lo confieso con toda sinceridad, si no hubiera sido por el Credo que profesaba y los consejos de los buenos espíritus, yo no hubiera podido soportar mi cruz.

Más de una vez, cuando me hallaba en esta situación, llegaba mi segunda médium, y como siempre le tenía trabajo guardado, esto me distraía. Porque la verdad es que en la Tierra las penas ajenas amenguan las nuestras. Y como todo el afán de la médium era preguntarme qué es lo que quería, y corría a mi despacho a buscar lo que tenía guardado y se lo leía.

¡Con qué atención me escuchaba! Parecía, en aquellos momentos, que no pertenecía a la Tierra, y cuando dejaba aquella actitud, me decía:

-Pide, que todo cuanto tú quieras me darán los espíritus.

Yo, entonces, daba gracias a Dios porque aún había en la Tierra un alma que deseaba servirme, y sirviéndome a mí servía a los desgraciados.

Así iba pasando los días de mi calvario porque, en aquel entonces, yo casi no podía salir de casa por estar muy decaído mi organismo.

A no haber sido por la correspondencia que tenía de mi numerosa familia espiritista, hubiera estado enterrada en vida. Mas no era así, porque cada vez que recibía una carta de uno de mis hermanos y por su contenido veía que aún podía serles útil, prodigándoles consuelo, entonces me rejuvenecía y le pedía al Padre que alargara mi existencia, si era que yo podía servir de faro y consuelo a las almas doloridas, y parecía que oía una voz misteriosa, pero dulce, que me decía:

- ¡Pide, Amalia! Pide que todo cuanto necesitarás te será otorgado.

Y por eso no me faltaban nunca elementos para prodigar consuelo y dar luz a los ciegos de entendimiento.

Pobre, muy pobre es el concepto que los humanos tienen del espacio, porque, cuando estamos en la Tierra, aunque se nos conceda

todo lo que pedimos somos tan ingratos, que no lo queremos reconocer, y todo nos lo apropiamos como nuestro. Pero cuando se llega a la vida de verdad, cuando se vive en esas moradas donde me encuentro yo ahora, entonces es cuando uno está enfrente de la realidad y dice:

- ¡Qué descuidado se vive en la Tierra cuando se desconocen las fuerzas ocultas sin las cuales sucumbiríamos a la mitad de la jornada!

Como yo cuando estaba entre vosotros, no las desconocía, aunque no en el grado que ahora las conozco, por esta razón pude llegar a cumplir la misión que llevé a la Tierra.

Ahora comprendo perfectamente que en una existencia como la mía, si yo no hubiera tenido más de una fuerza protectora, habría sucumbido en la mitad de mi camino. Pero cuando se viene a saldar el pasado, cuando el espíritu voluntariamente se dispone para querer sufrir, todas las espinas que encuentra en su camino le parecen pocas. El cuerpo gime y llora, y el espíritu goza con ese goce que en la Tierra no se puede apreciar.

Esa especie de disparidad entre el cuerpo y el espíritu, es incomprensible para el hombre. Y si para comprender algo se necesita de una fe a toda prueba, yo tenía esa fe, pero entiéndase bien, una fe razonada, porque yo estaba plenamente convencida de lo poco que valía mi organismo y de las fuerzas de las cuales disponía.

En momentos dados, comprendía perfectamente que aquella fuerza era desconocida y no había más remedio que rendir tributo de admiración al que todo lo puede, a esa fuerza desconocida llamada Dios. Nombre único que hasta el presente le han dado las humanidades, y que más tarde, cuando la ciencia esté en su verdadero desarrollo, dejará de ser, sustituyéndolo por otro más adecuado.

Entonces, los hombres, estudiando la verdadera ciencia, analizando esa fuerza protectora, le darán su verdadero nombre, porque hasta el presente no ven los hombres en El más que un ser que hace y deshace a su antojo. Pero la razón se abrirá paso, y será cuando la ciencia, juntamente con el amor, ambos pondrán las cosas en su verdadero lugar, y entonces será cuando se derrumbarán los ídolos de la hipocresía y de la mentira.

Sólo ese faro que ahora empieza a alumbrar y que se llama Espiritismo, es el único que tiene la clave de cambiar el malestar de ese planeta.

¡Paso a la luz, porque la luz del Espiritismo, comprendido razonablemente, es la única que puede cambiar la manera de ser del hombre!

¡Bendito seas. Espiritismo, que por ti he luchado y por ti he vencido!

Si no te hubiera encontrado en mi camino, ¿qué hubiera sido de mí, pobre mendigo de la Tierra?

Mi alma, cubierta de harapos, se presentó en ese planeta donde nada me sonreía a mi llegada. Triste fue mi entrada en la Tierra, como llena de flores mi partida al espacio. ¿A quién debió mi alma esas flores? A mi hermoso Ideal. Sin él, toda mi existencia hubiera sido un calvario de amarguras, y sólo él fue quien endulzó la copa convirtiéndola en ese líquido divino llamado fe que cuando el hombre no puede más, lo acerca a sus labios, y una sola gota le reanima y le ayuda a luchar y a vencer.

Poco es lo que digo, para lo mucho que me ha dado mi hermoso Ideal. A él se lo debo todo.

Hoy ya no sufro, ya no lloro, hoy sólo vivo para los que me necesitan. Ya he ganado un sitio desde donde puedo ver a todos los seres que luchan por su progreso, y vengo a ellos cuando tienen necesidad.

¡Bendita mil veces, ciencia divina! Si todos los que cobijas bajo tu manto te comprendieran como yo te comprendí, la Tierra se transformaría en un Edén, donde los hombres ya no sufrirían las ingratitudes de los demás, ya no llorarían sino un pasado, pero todo cuanto les rodearía les haría grata su expiación.

En esta profunda meditación me pasaba yo tantas y tantas horas, cuando salía de uno de esos pasos borrascosos de la vida y cuando ya en un momento de calma estudiaba mi pasado, comprendía perfectamente las fuerzas que me rodeaban, y era cuando se

acrecentaba mi fe y se elevaba mi espíritu a esas regiones desconocidas para mí, donde me rejuvenecía para volver a luchar y vencer.

Así se pasaban los meses y los años, y mi pobre organismo iba decayendo. Mi cuerpo pedía descanso y mi espíritu no lo quería, pero como por ley natural llega el plazo prefijado, así llegó el mío.

Durante el curso de mi enfermedad, todos los seres que rodeaban mi lecho me querían de verdad, disputándose el puesto que, decían, les correspondía, para estar más cerca de mí. Y yo, comprendiendo su cariño, y el afán que tenían de alargar mi existencia, daba gracias a Dios, porque no es poco llegar a ser querido por seres que en la Tierra no nos une ningún lazo de familia.

¡Cómo se afanaban los pobrecitos en llamar a los invisibles para que les dijeran que tardaría en llegar la hora de mi partida!

En más de una ocasión habían recibido el mensaje por medio de la comunicación de que aún no había llegado el vencimiento de mi plazo. Mensaje que les tranquilizaba mucho, y llenas de júbilo y animosas venían a contármelo.

A decir verdad, yo no quería partir porque, entonces más que nunca, me veía querida de veras, y como yo siempre había carecido de la felicidad de ser amada, en aquellos momentos, para mí tan gratos, me encontraba tan bien en la Tierra, que no creía que hubiera dicha mayor para mi espíritu.

Cuando analizaba las comunicaciones que mis amigas obtenían en secreto, en todas encontraba el mismo tema: que aún no era hora. Sin duda no había trabajado lo bastante para ganar lo que mi espíritu quería. Y era la palma que recogen los héroes cuando regresan del campo de batalla, y que mi espíritu se había propuesto ganar en esa existencia de amarguras.

Respecto a la palma que en tantas comunicaciones me habían anunciado los invisibles, cierto día y cuando menos lo pensaba, se presentó una renombrada espiritista, la esposa de mi buen amigo Serrillosa, que ignoraba lo de la referida palma, porque vivía muy lejos de nosotros, y me dijo:

-Amalia: viene conmigo una médium que dice que te dará todo cuanto te corresponde.

Y en efecto, se puso la médium a trabajar en mi presencia y tomando lápiz de diferentes colores trazó en el papel una hermosa palma y me dijo:

-Me dictan los invisibles que esta palma es suya, que ya la tiene bien ganada.

Difícil es describir qué es lo que pasó en mí en aquel momento. Una lucha terrible de impresiones entre las que se abismaba mi espíritu pasando del temor a la alegría. La palma tan anunciada por mi segunda médium, había llegado en el momento que se me había concedido. Y comprendiendo yo perfectamente que aquel símbolo anunciaba mi partida, exclamé:

-Ahora sí que he concluido mi tarea, termino felizmente mi campaña, señal inequívoca era que mi cuerpo ya no podía más.

¡Qué doloroso es para el ser que se ha impuesto deberes, el haberlos de dejar!

Yo, en momentos de lucidez, hablando conmigo misma, me decía:

- ¿Qué harán estos infelices después de mi muerte?

Pero como no hay quien detenga a la ley, ésta va siguiendo su curso y llega el momento fatal, y digo fatal porque el hombre en la Tierra está convencido de que nada se pierde después de la transformación. Siempre se ve que lo que nos cubre el mañana hace que dudemos de la verdad, y esto mismo me sucedió a mí.

Esperando el desenlace me rodeaban todos y se decían entre sí:

-A ver si con nuestras lágrimas la podremos detener.

Porque bien comprendían, aunque jóvenes, en la orfandad que quedaban.

Parece imposible que, cuando el organismo está pasando una

crisis tan grande, el espíritu, perfectamente y con toda lucidez, se aperciba de todo lo que le rodea.

De ahí viene que, cuando el espíritu rompe los lazos que le unen al cuerpo, los guías y amigos de uno mismo lo envuelven con su manto fluídico para que no se aperciba de aquel crítico momento. Y pasada la primera impresión, cuando todo en la Tierra vuelve a estar en su verdadero lugar, nos descorren el velo y nos dejan contemplar aquellos lugares tan queridos por los recuerdos que de ellos tenemos. Porque cuando uno ha sufrido y llorado mucho en el santuario de su hogar, en santuario se transforma para dejarnos contemplar lo provechosa que ha sido aquella existencia de amarguras.

Cuando en la Tierra estuvo todo en su verdadero lugar, fue cuando yo, al igual que la paloma mensajera, volví a mi verdadero palomar sin quererme mover de allí, aunque es taba plenamente convencida de que nadie me veía ni oía, pensando tan sólo que aún les podía ser útil y así era en realidad.

Entonces comprendí que mi pobre Centro iba a sucumbir, y fue cuando, haciendo un esfuerzo de voluntad, pedí al que todo lo puede que no permitiera que sucediera. Y en el mismo Instante oí una voz grave y lejana que solemnemente me prometió que podía partir de aquellos lugares sin temor alguno, porque mi Centro quedaría bajo su tutela.

Al oír esta promesa, yo no sé lo que pasó por mí... ¡No puedo más!...

Aquí termina el manuscrito de un espíritu que vino a la Tierra con grandes deudas y partió algo limpio de conciencia.

¡Adiós!.

10 de julio de 1912.